



*La Madona
de los coches cama*

MAURICE DEKOBRA

TRADUCCIÓN de LUISA LUCIUX VENEGAS

IMPEDIMENTA

Lady Diana Wynham es una de las figuras más glamurosas de la nobleza inglesa, acostumbrada a escandalizar a la sociedad británica con sus romances indiscretos y sus escapadas a través del continente, siempre acompañada de su fiel *valet*, Gérard Séliman, un perfecto caballero que, técnicamente, sigue siendo un príncipe. Sin embargo, tras años de derroche constante, lo único que la puede salvar de la ruina es un campo de pozos petrolíferos que le legó su difunto esposo, el embajador de Reino Unido en San Petersburgo; un campo que ahora ha sido tomado por los bolcheviques. Lady Diana urdirá un plan que llevará al príncipe Séliman a embarcarse en una peligrosa aventura a través de Europa, repleta de espías soviéticos, noches de amor apasionado y un viaje a bordo del mítico Orient Express.

Lectulandia

Maurice Dekobra

La Madona de los coches cama

ePub r1.0

Titivillus 02.12.2018

Título original: *La Madone des Sleepings*

Maurice Dekobra, 1925

Traducción: Luisa Lucuix Venegas

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La Madona de los coches cama

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

Sobre el autor

Notas

Un sorprendente best seller de los locos años veinte. Una de las primeras novelas de espías del siglo XX.

«Recientemente, haciendo limpieza en mi librería, me topé dos décadas después con la copia de La Madona de los coches cama que se había quedado dando vueltas en mi cabeza... Antes de que puedas llegar a nombrar a Maurice Dekobra, yo ya estaba tumbado, bebiéndolo a grandes y sedientos sorbos».

S. J. PERELMAN, THE NEW YORKER

I

Lady Diana Wynham reposaba sus hermosas piernas, enfundadas en los husos etéreos de dos sedosas medias de 44 *denieres*, sobre un puf cuadrado de terciopelo color habano. Su busto quedaba oculto tras el parapeto blanco del *Times*, desplegado entre sus brazos desnudos. Sus piecitos se agitaban dentro de unos zapatos de brocado cereza y plata, amenazando el equilibrio de una taza Wedgwood auténtica, tangente a uno de los inquietos tobillos.

—¡Gérard! —exclamó—. Quiero cita con el *professor* Traurig.

Yo acababa de aplastar un terrón de azúcar con el reverso de una cucharita de oro que portaba el escudo de armas de los duques de Inverness. Entregado como estaba a la tarea de satisfacer los deseos de lady Diana, me alejé de los labios su terrible café, ese tan negro y tan amargo que sirven en Londres en unas tazas más pequeñas que los huevos de chorlito.

—Vuestros deseos son órdenes para mí —respondí—. Telefonaré al Ritz.

—Os lo ruego, Gérard.

El teléfono se encontraba en el tocador, escondido en el interior de un armarito vertical de puertas ojivales, ornamentadas como un misal. Ausculté el receptor, que me devolvió el estertor de la centralita. Me pusieron en comunicación.

—¿Hola? ¿Podría hablar con el profesor doctor Siegfried Traurig?... Señor profesor, el príncipe Séliman al aparato, secretario de lady Diana Wynham, que desea pedirle cita para una consulta urgente...

Me respondió una voz gutural:

—Recibiré a lady Wynham esta tarde, a las cuatro.

—Gracias, doctor.

Transmití el mensaje. Desde detrás del biombo de papel, emergieron el cabello rubio de lady Diana y su rostro de facciones puras y clásicas de diosa, si bien algo demacrado por los abusos de las veladas nocturnas en el *Ambassadeurs* o en el *Cyro's*. Una Diana cazadora cuya cierva, en realidad, era un arisco pequinés de enormes ojos de besugo muerto y cráneo de cretino diminuto y aplastado. Pero ¿para qué describir la belleza de lady Diana si cualquiera que abra el *Tatler* o el *Bystander* puede apreciarla con sus propios ojos? Las revistas de sociedad publican fotografías artísticas de lady Diana Wynham todos los meses: jugando al golf, besando el morro de un becerro de seis semanas, conduciendo un *Rolls-Royce*, cazando el urogallo en los páramos de Escocia o con un suéter blanco, de paseo por las terrazas de Montecarlo.

Suele decirse en París que, cuando una británica es guapa, es que es muy guapa. Lady Diana no contradice en absoluto este truísmo estético. Digamos que esta madona prerrafaelita, que habría hecho las delicias del señor John Ruskin, les resulta

muy hermosa a todos los que aman los rostros ligeramente alargados, los labios sensuales y el azul límpido y embaucador de unos grandes ojos claros festoneados de tupidas pestañas.

—Vendréis conmigo, ¿verdad, Gérard? —me rogó—. ¡Decidme que sí! Para mí es fundamental que asistáis a mi cita con Traurig porque, si voy a ver a ese neurólogo eminente, es por una razón importante. Acabo de leer en el *Times* un artículo sobre sus teorías. No me he enterado de nada... Gérard, explicádmelas. Seríais un amor.

¡Explicar las ideas de Traurig! Y ya puestos, ¿por qué no desentrañar los orígenes panteísticos de la *Batracomiomaquia* o demostrar el proceso de la intuición espacial con las piezas desordenadas de un mahjong? Competidor de Freud, el afamado doctor Siegfried Traurig lleva varios años dando que hablar en los cenáculos europeos dedicados a estudiar el yo a través del escoplo de la introspección y a cincelar los elementos de la voluntad con la garlopa del análisis psicopático. Hay quien lo cuestiona. Hay quien lo imita. Lo ridiculizan y lo admiran a partes iguales.

—Lady Diana —repliqué modestamente—, dentro de unas horas, el profesor se encargará de ello mucho mejor que un servidor. Le mostraréis vuestra alma desnuda, y él tomará la tensión arterial de vuestros impulsos y la temperatura de vuestro subconsciente.

—¿Por dónde se entra en el subconsciente?

—¿Cómo, lady Diana?

—Me refiero al orificio natural por el que se accede al yo.

—Por un ojal moral, si me lo permite... Por la boquilla invisible que ocluye el globo de vuestra personalidad.

Aquello hizo reír a lady Diana con una risa armoniosa en mi natural, compuesta por una negra con puntillo y un arpegio ascendente. De hecho, la hilaridad de esta hermosa escocesa es uno de sus encantos más fascinantes. Mientras que ciertas mujeres nos resultan irresistiblemente deseables en medio de una crisis de llanto porque sus lágrimas actúan como un afrodisiaco, me imagino que cualquier diletante decuplicaría el voltaje de sus placeres si supiera hacer reír a lady Diana en el momento preciso. Digo «me imagino» porque yo no he tenido el placer de probar ese falso paraíso. Llevo cinco meses trabajando como secretario de esta importante dama. Comparto su vida privada. Pero no he franqueado jamás el umbral de su alcoba. Si alguna vez, antes de dormir, le he leído ciertas páginas de Chateaubriand, los versos obscenos de lord Byron o la prosa picante del difunto señor Jean Lorrain, siempre ha sido sin pasar a ilustrar esas lecturas con demostraciones concomitantes ni buscar el epílogo de los capítulos abordados bajo el lino blasonado de sus sábanas.

A las cuatro en punto, tras esperar cinco minutos en uno de los salones del Ritz, nos recibió un anciano vestido de negro que se presentó al tiempo que entrechocaba los talones e inclinaba la cabeza 45.º.

—Doctor Funkelwitz, señora —dijo con un fuerte acento alemán—. Soy el primer asistente del maestro. Ha podido reservarle una hora y la recibirá en unos instantes.

—Gracias, caballero —dijo lady Diana—. Son ciertos, entonces, los rumores de que el profesor Traurig está muy ocupado desde que se halla en Londres...

—Así es, milady... Ahora mismo acaban de salir de su gabinete dos princesas de la familia real. Esta noche recibirá al señor Lloyd George. Mañana por la mañana, nos visitarán Marie Tempest, el virrey de las Indias y el señor Charlie Chaplin.

El doctor Funkelwitz enumeraba con orgullo los nombres de aquellas celebridades. Sus palabras fueron interrumpidas por un timbre. Desapareció. Me volví hacia lady Diana y murmuré:

—Ni que estuviéramos en el Barnum...

—¡Gérard! ¡Sois verdaderamente cruel! ¡No respetáis siquiera las reputaciones mejor asentadas!

—Sobre todo cuando se asientan en un inodoro.

El anciano vestido de negro reapareció y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Pasamos a un salón de color botón de oro, en medio del cual se erguía, inmóvil, el famoso profesor, sentado a una mesa atestada de papeles y libros.

Nunca había visto ningún retrato de Siegfried Traurig. En mi cabeza, le había atribuido la silueta medieval de un nigromante. No me habría sorprendido que nos hubiera recibido vestido con una túnica de seda constelada de estrellas y de las ecuaciones de la cábala. Pero la imaginación es la liebre que se esfuma ante el galgo de la inteligencia. Y me decepcionó un poco no encontrarme a Siegfried Traurig rodeado de gatos hieráticos ante un pebetero repleto de ortigas, esperma coagulado y sangre de batracios.

Este antiguo *Privatdozent* de la Universidad de Jena es, sin embargo, un personaje de una radioactividad imponente. Tiene el cabello gris, erizado como las cerdas de un escobón sobre una frente despejada pero surcada de arrugas. Bajo la espesa maraña de sus cejas oblicuas, su mirada es imposible de olvidar. Un Mefistófeles, en definitiva, al que hubiera vestido un sastre de Sackville Street. Alto, delgado como un asceta y bien rasurado. De labios finos bajo una nariz aguileña. Se expresa perfectamente tanto en francés como en inglés y alemán.

Tras las cortesías de rigor, nos hizo entrar en su gabinete, situado en una salita que me habría parecido banal de no ser por un singular aparato eléctrico que enseguida llamó mi atención.

La consulta iba a comenzar. El profesor Traurig se me quedó mirando. Comprendí el significado de aquella mirada, y ya me disponía a retirarme cuando lady Diana me detuvo con un gesto.

—No, no... Deseo que el príncipe se quede... No tengo secretos para él.

El erudito psiquiatra asintió con una inclinación y le ofreció una butaca a su hermosa paciente, aguardando a que se decidiera a exponerle su caso.

—Doctor —comenzó lady Diana—, aunque soy demasiado ignorante para apreciar sus famosos trabajos, sus extraordinarias teorías me tienen seducida, sobre todo las que se refieren a la voluntad, la sexualidad y las degeneraciones. No acudo a su eminencia, pues, en calidad de enferma propiamente dicha, sino de mujer con buena salud que desea que la ayudéis a dilucidar un asunto que la perturba. Se trata de un sueño extraño, un sueño que me atormenta y me preocupa.

—Por supuesto, lady Wynham. Pero, antes de que continúe, permítame confirmar con usted la exactitud de los detalles que poseo acerca de su personalidad. —El profesor abrió un cajón, extrajo una hoja de papel y la desplegó. Como lady Diana parecía intrigada, le explicó—: Nunca paso ninguna consulta sin antes recibir de alguno de mis secretarios las correspondientes notas de rigor sobre mi paciente. He aquí, señora, lo que contiene la suya. Corríjame si procede: «Lady Diana Mary Dorothea Wynham, nacida en Glensloy Castle (Escocia) el 24 de abril de 1897, hija única del duque de Inverness. Educación deportiva en el Salisbury College. Casada en 1916 con Ralph Edward Timothy, lord Wynham, G. C. B., K. C. M. G., K. C. V. O.^[1], antiguo embajador de S. M. británica en Rusia. Matrimonio de conveniencia. Fidelidad de corta duración por parte de lady Wynham». —Aquí, el profesor se interrumpió—. Desea rectificar, ¿no es así? —afirmó con una cortesía glacial.

Pero lady Diana no hizo ninguna objeción.

—Es totalmente exacto —confirmó, y sacó un cigarrillo ambarino de su pitillera de platino con monograma de diamantes.

—Entonces, continúo —resolvió el profesor inclinando la cabeza—. «Los sucesivos amantes de lady Wynham han sido, por orden cronológico, lord Howard de Wallpen, duque de Massignac, secretario de la Embajada; George Wobbly, el cantante de revista; el señor Somerset Wiffle, M. P.^[2], y Leo Tito, el bailarín del Ambassadeurs...».

—Disculpe, doctor —lo interrumpió lady Diana, que acababa de lanzar una cerilla apagada a la chimenea—, Leo Tito y George Wobbly fueron mis amantes al mismo tiempo —corrigió simplemente.

El profesor Traurig asintió.

—Deberían haberlos metido entre corchetes —dijo, y retomó la lectura más adelante—: «... y otros amores pasajeros, efímeros y anónimos cuya identidad no podemos precisar».

Lady Diana asintió de nuevo.

—Yo tampoco, de hecho... ¿Eso es todo, doctor?

—No, señora. Todavía quedan algunas líneas de orden psíquico. Dicen así: «Aunque lady Wynham haya experimentado con la morfina y el opio alguna que otra vez, no es ninguna adicta, sino una buscadora de nuevas sensaciones (de las que habría que excluir el safismo) de actividad intermitente. Sin tendencia alguna al misticismo religioso. De ambición desmesurada».

El profesor plegó su hoja de papel.

—Todos esos detalles son ciertos, doctor —intervino entonces lady Diana—. Tiene usted ahí una idea bastante precisa de mi persona. Ni estoy medio loca ni soy ninguna ninfómana. Vivo la vida como una mujer emancipada que, ya en su pubertad, se liberó de las cadenas de la hipocresía propia de sus compatriotas.

El profesor se había puesto de pie. Con las manos cruzadas a la espalda, caminaba de un lado a otro de la chimenea. Empezó su interrogatorio. Fue un cuestionario preciso, sembrado de palabras crudas y detalles íntimos que enunció con gravedad, sin segundas intenciones ni sobreentendidos licenciosos. Abordaba la sexualidad desde su posición de hombre de ciencia, doblegado por la rigurosidad de la metodología germánica.

—Lady Wynham, ¿a qué edad fue desflorada?

—A los diecinueve años, por mi marido.

—¿Tuvo una sexualidad infantil muy desarrollada?

—A partir de los trece años, sí. Sentía curiosidad... Solía leer...

—No. Me refiero a su infancia. Por ejemplo, hacia los cinco o seis años, ¿sentía ya algún tipo de placer embrionario cada vez que un hombre la hacía brincar sobre sus rodillas?

—En absoluto.

—Bien... Seguro que, antes de que se entregara a su legítimo esposo, ya había ofrecido el Stradivarius de su sensibilidad al arco de sus cortesanos, ¿verdad?

—Así es. Tuve algunas aventuras que llegaron bastante lejos... No obstante, sin consumir el acto final.

—¿Tiene zonas erógenas hipersensibles?

—Las mismas que todas las mujeres, doctor.

—¿Ninguna reacción delectable, por ejemplo, cuando la muerden?

—Sí. Me encanta que me muerdan, doctor. Pero, para mí, no es más que..., ¿cómo decirlo? El pequeño aperitivo que uno mordisquea cuando pasa junto al bufé de la Voluptuosidad.

—¿A qué edad se entregó por vez primera a los placeres solitarios?

—Alrededor de los doce años.

El profesor Taurig escrutaba a lady Wynham con sus ojos de color gris acero. Yo me sentía al mismo tiempo divertido y un poco incómodo por aquella sorprendente confesión que no parecía avergonzar lo más mínimo a lady Diana. Reclinada en el sillón, con las piernas cruzadas bajo las maravillosas pieles de su abrigo de marta cibelina, contestaba a las preguntas sin rubor aparente, como si se tratara de un galanteo de salón.

—A partir de aquel momento —continuó el psiquiatra—, ¿experimentó lo que yo llamo una simbiosis *onanígena*?

—¿Cómo dice, doctor?

—La simbiosis, milady —precisó el maestro deteniéndose delante de la chimenea —, es el estado de equilibrio de dos coloides adversos que se acostumbran el uno al otro. Toda enfermedad crónica es una suerte de simbiosis... Voy a citarle un ejemplo que le permitirá entenderlo mejor. Algunas orquídeas se desarrollan bajo la acción de ciertos champiñones endófitos. Decimos entonces que es un caso de simbiosis entre vegetales.

—¿Debo deducir, doctor, que compara mi corola con este tipo de orquídea y mi dedo índice con el champiñón?

—Más o menos... La simbiosis en cuestión se traduce en la mujer por una propensión a las satisfacciones en solitario. Juega un papel muy importante en la evolución de su carácter, de sus gustos y de su voluntad.

—En lo que a mí respecta, confieso que *simbiosaba*... a falta de algo mejor. En cualquier caso, puedo decir que siempre he preferido la colaboración de un compañero a los decepcionantes placeres del narcisismo, y que el sueño que tuve la otra noche...

Pero el profesor interrumpió a su paciente con un gesto autoritario.

—A su debido momento, milady. Empiezo a percibir su psique con algo más de claridad... Ahora necesitaría que, antes de narrarme ese sueño, me permitiera realizar el análisis espectral de sus reacciones durante el orgasmo.

—¿Cómo dice, doctor?

—Me explico. Quizá haya oído hablar del análisis espectral de los rayos luminosos, el cual nos ha ayudado a descubrir los distintos cuerpos simples de los que están compuestos los astros del cielo. La posición de las líneas oscuras en el espectro de uno de estos rayos nos permite comprobar si hay hidrógeno en Aldebarán o potasio en la estrella Vega de la constelación de la Lira. He aplicado el mismo procedimiento al estudio de las particularidades de cada individuo. Este análisis me permite obtener deducciones muy útiles sobre su carácter. Pero, para que un análisis dé buenos resultados, tiene que romperse el equilibrio eléctrico de los coloides, y la mejor manera de obtener esta ruptura es observar al sujeto durante los breves instantes que dura la satisfacción sexual.

—Lo entiendo, doctor.

—Debe, pues, lady Wynham, acceder a colocarse delante de la placa de este aparato de radiografías que yo mismo he perfeccionado y que me permitirá realizar, por medio de los rayos Roentgen, el análisis espectral de sus reacciones íntimas.

—Ya veo, doctor, ya veo. —Y añadió sonriendo—: Veo que tiene el aparato, pero que no proporciona el estímulo.

El profesor Traurig no admitía broma alguna respecto a la ciencia, y replicó con severidad:

—A usted le corresponde, lady Wynham, elegir el modo de desencadenarlo.

En cuanto el maestro accionó el timbre, entró el asistente. Detrás del aparato de radiografías, este levantó una especie de cabina portátil, fabricada con mamparas

yuxtapuestas de tela negra, y desapareció en su escondrijo improvisado.

—Y ahora, lady Wynham —ordenó el profesor Traurig—, bastará con que dé rienda suelta a su emoción sexual entre esta bombilla y esta placa de vidrio. La avisaré en cuanto hayamos terminado.

El maestro desapareció a su vez dentro de la cabina negra y el salón quedó en silencio, salvo por el crepitar amortiguado del radiómetro de Crookes.

Lady Diana se volvió hacia mí con una sonrisa irónica.

—Mi querido Gérard —me susurró—, hemos de abrir el conmutador de mis emociones, como dice el maestro... ¿Puedo contar con vos?

Confieso que jamás me había visto en una situación más barroca. Mi posición social es de las que exigen una gran circunspección. Durante los cinco meses que lady Diana llevaba honrándome con su confianza, siempre había tenido cuidado de no exponerme a las maledicencias del mundo dándole un giro desafortunado a nuestra intimidad. Príncipe arruinado, pero hombre honesto, sin embargo, no me agradaría que lady Diana me firmara cheques en el umbral de su alcoba. Le rindo mis servicios sin retribución. Sería indecoroso que hubiera de valorar en libras esterlinas el precio de mis caricias. Digan lo que digan los malpensados, sobre nosotros no planea ningún equívoco: ni gestos dudosos, ni miradas cómplices, ni roces imprecisos ni sobreentendidos licenciosos.

—Lady Diana —murmuré a mi vez—, en honor a la ciencia, estoy dispuesto a violar mis normas de conducta. ¿Queréis que os bese en los labios delante de la bombilla mágica?, ¿que os acaricie la piel satinada con la cinta de plumón de cisne de vuestro sombrero cloche? Si pensáis en Leo Tito o en Somerset Wiffle, quizá ofrezcáis al profesor un bello análisis espectral...

—¡Gérard! ¡Nunca os tomáis nada en serio! —protestó lady Diana.

Y, antes de que pudiera darme cuenta, me arrastró hasta colocarme delante de la placa de vidrio esmerilado y me abrazó sin previo aviso con sus dúctiles brazos, apretándose contra mi cuerpo al tiempo que posaba sobre mi boca la flor viva de sus labios. Muy a mi pesar, me recordó el beso simbólico de una planta selvática, de una planta fantástica cuyas lianas me hubieran atrapado y cuya flor maravillosa me aspirara la vida. Embriagado por aquel abrazo imprevisto, aturdido por un placer que casi me hacía lamentar no haberlo probado antes, le devolví el beso y estreché con más fuerza aquel cuerpo delgado y cimbreado. Estaba sin duda a punto de ponerme a murmurar palabras inútiles cuando una voz brusca rompió el encanto.

—¡Alto!

Venía de la cabina negra, brutal como la orden de un *Oberleutnant* en el campo de maniobras de Tempelhof. Lady Diana deshizo el abrazo. Yo me esforcé en volver a la realidad. El profesor Traurig salió de su cubículo de tela.

—Gracias, lady Wynham —dijo sencillamente—. El doctor Funkelwitz le entregará luego los resultados de su análisis. En cuanto a mí, ahora dispongo de más información sobre las sorpresas, las reacciones y los sobresaltos de su inconsciente.

Entre otros pormenores, puedo decirle que, desde su juventud, ha estado reprimiendo sin darse cuenta una necesidad de riqueza, de poder, de absolutismo... Sufre la neurosis de la perfección. Busca lo inencontrable, como Cristóbal Colón: con gusto emprendería la vuelta al mundo de las pasiones para descubrir una América poblada de superhombres dispensadores de sensaciones y placeres sin fin. Ahora, lady Wynham, siéntese de nuevo en este sillón y cuénteme el sueño que la ha traído aquí.

Lady Diana obedeció la invitación del profesor —¿acaso era posible oponerse a los ucases de aquel psiquiatra tirano?— y comenzó en estos términos:

—Debo decirle primero, doctor, que normalmente mis sueños carecen de interés. Al igual que todas las mujeres, sueño bastante a menudo. Suele tratarse de extravagantes pesadillas o de evocaciones eróticas. Sin embargo, no consigo olvidarme del sueño que tuve anoche porque encierra una suerte de lógica en el encadenamiento de sus escenas que me hace atribuirle un valor premonitorio. Me hallaba, y no sé cómo, en medio de un paisaje rojo..., completamente rojo, para ser exacta. La tierra, la hierba, los árboles y sus hojas eran de un vivo color rojo. Apenas conseguía avanzar, porque tenía los tobillos trabados en... una cadena o una cuerda que un hombrecillo, también rojo, sujetaba a mis espaldas. Era más pequeño que un enano; un verdadero liliputiense, de un pie de altura quizá. Su jefe, ovalado como un huevo, iba tocado con un gorro frigio y, ¡qué horrible detalle!, de su cinturón, colgaban, cual guirnalda, cinco o seis cabezas cortadas. Yo caminaba con dificultad sobre el polvo carmín del camino y, cada vez que trataba de detenerme, un pinchazo de alfiler en las pantorrillas me lo impedía, obligándome a proseguir con mi calvario. De repente, apareció ante mí un palacio de cristal, del tamaño de una casita de muñecas. Un palacio transparente como un bocal, de torres minúsculas y puertas tan diminutas como nidales de un palomar. Tras las murallas de vidrio había unos seres que no alcanzaba a ver hablando en una lengua desconocida, y aquella algarabía de voces agudas me recordó el gorjeo de veinte cacatúas tras los barrotes de una pajarera. El hombrecito rojo me ordenó entrar en el palacio. Pero ¿cómo entrar por aquella puerta tan estrecha? Introduje la mano, luego la muñeca, el brazo hasta el hombro. Me esforcé desesperadamente por llegar más lejos, ¡lloraba de desesperación!, y el hombrecito rojo me acribillaba a pinchazos. De repente, innumerables manitas de tití me aferraron la mano izquierda, la que tenía dentro del palacio de cristal, tirándome de los dedos hasta casi arrancármelos. Por último, y este es un detalle que tardaré mucho en olvidar: sentí que me deslizaban un anillo en el anular, un anillo redondo y liso, sin ornamentos, mientras que, al mismo tiempo, unos labios invisibles posaban un beso en la misma mano. Todavía siento escalofríos cuando recuerdo aquel beso invisible, goloso, perentorio..., un beso que me provocó repulsión y placer al mismo tiempo. En aquel momento, debí de emitir una especie de quejido, porque me desperté sobresaltada y me extrañó mucho encontrarme junto a la cabecera de mi cama a mi criada, que se había levantado. Le pregunté qué estaba haciendo allí y me respondió que la había sorprendido que estuviera sola en la cama,

teniendo en cuenta las modulaciones del grito que acababa de emitir. La eché de allí, me quedé dormida y aquella noche no volví a soñar más... Ya ve, doctor, la pesadilla que me obsesiona. Soy un poco supersticiosa. Me preocupa. Quisiera conocer su opinión.

El profesor Traurig había escuchado escrupulosamente a su paciente. Tomó entonces la palabra.

—Lady Wynham, desde que Aristóteles estudiara por primera vez el valor psicológico de los sueños, numerosos sabios de todas las épocas lo han imitado. Para unos se trata únicamente de reacciones vegetativas. Otros los atribuyen a causas psicopáticas más o menos plausibles. Yo, por mi parte, me contento con averiguar, en primer lugar, si un sueño concreto se debe a excitaciones cutáneo-motrices o si se trata únicamente de la realización camuflada de un deseo reprimido... En el caso que nos interesa, encuentro en su pesadilla una alteración del sentido de la vista, puesto que veía de color rojo lo que normalmente es verde. Puede deberse a una causa puramente accidental, como la irritación producida por el encaje de la almohada al rozarse contra su párpado.

—Duermo sin almohadas, doctor. Al despertar, me las encuentro siempre sobre la alfombra, bajo la cama o detrás de la mesilla.

—Su sueño presenta también una alteración de las dimensiones normales. Ese encogimiento del mundo exterior puede deberse a que estuviera durmiendo con un camisón demasiado estrecho.

—Doctor —observó lady Diana con una sonrisa imperceptible—, no utilizo camisón para dormir. En invierno duermo en pijama, sin el pantalón; y, en verano, completamente desnuda.

Las respuestas de lady Diana no parecieron alterar en absoluto la serenidad metódica del ilustre profesor.

—Observo, por último, en su alucinación erótica, en ese beso invisible y turbador —continuó este—, una excitación fortuita, debida sin duda al recuerdo de algún placer sensual experimentado la víspera.

—Eso es imposible, doctor, puesto que soy rigurosamente casta desde el pasado 7 de marzo, día de mi último encuentro a solas con el señor Somerset Wiffle, tras las cortinillas corridas de mi limusina, entre el palacio de Westminster y su mansión de Hampton Court.

—En ese caso, su sensación onírica pudo deberse, igualmente, a un deseo causado por esta continencia prolongada.

El profesor Traurig tenía una respuesta para todo. Pero sus explicaciones no parecían satisfacer a lady Diana, que, con un gesto de impaciencia, le preguntó:

—En fin, doctor, me gustaría saber el significado de mi sueño. Le agradezco que intente desentrañar las causas científicas, pero lo que me interesa es conocer su significado respecto a mi futuro y a...

El silencio del profesor Traurig era de mal augurio. Se levantó y posó su imperiosa mirada sobre la paciente. Introdujo sus huesudas manos en los bolsillos de su pantalón y, con supremo sarcasmo y una voz lacónica, vituperante, le espetó:

—Se ha equivocado de puerta, lady Wynham. Para conocer el futuro a través de los sueños, mejor haría dirigiéndose a los innumerables charlatanes que colaboran con la *Clef des Songes*^[3] para regocijo de las modistas celosas, los burgueses románticos y las viudas ricas en plena menopausia... —El profesor Traurig tocó el timbre y añadió despidiéndose—: Mis respetos, lady Wynham. El doctor Funkelwitz la acompañará hasta la puerta y le entregará su análisis espectral.

—¡Menudo bruto! —observó ella apenas recuperada de su asombro.

Lady Diana y yo atravesamos el salón botón de oro.

—Es un importante erudito —señalé—. Lo habéis tomado por un sonámbulo extralúcido.

—Tonterías, Gérard... ¿Le pagaréis la consulta al viejo?

—Sí.

El doctor Funkelwitz apareció y entregó a lady Diana un sobre que contenía una prueba radiográfica y una nota escrita a mano. Le pregunté discretamente si podía entregarle el importe de la consulta del maestro.

—Por supuesto, señor —asintió.

—¿Cuánto es?

—Cinco mil francos franceses, o doscientos cincuenta dólares o sesenta y cinco libras inglesas.

Rellené un cheque —poseía un talonario de cheques en blanco ya firmados por lady Diana— y se lo tendí. Dos minutos después, sentado junto a mi acompañante en su cabriolé amarillo huevo, abrí el sobre y leí con curiosidad el análisis de nuestro fugitivo estremecimiento. Ella se inclinó hacia mí, recorrió de arriba abajo con sus impertinentes la banda de tonos grises alternos del espectro fotografiado y exclamó riéndose:

—¡Ese es vuestro beso, Gérard! ¡Parece la banda de un sombrero destemplada por una tormenta!

Señalé las líneas oscuras que se apreciaban entre las zonas claras.

—Aquí, lady Diana, flaqueasteis... Aquí, sin embargo, vuestro potencial voluptuoso dio más de sí. ¡Un tipo sorprendente, ese profesor Traurig! Enséñeme su espectro y le diré quién es.

Bromeaba para expulsar de mi recuerdo la deleitable impresión que me había dejado el beso de lady Diana. Pero no contaba con su intuición.

—Parecís un poco turbado, Gérard... ¿Por qué?

—¡Ay, mi querida lady Diana! ¿Os ha pasado alguna vez estar probando un sabroso aperitivo y que un mayordomo burlón os lo retire del plato antes de tiempo? Me siento como ese desafortunado comensal.

—Si lo he entendido bien, Gérard, os habría gustado que mi análisis tuviera cien metros de largo.

—¡Diréis seis leguas marinas!

—¿Qué es lo que os impide dilatarlo?

—Mi *self-respect*.

Lady Diana me miró sin decir nada. Un fulgor naranja se escapaba de entre sus párpados medio abiertos. De repente, giró la cabeza hacia la ventanilla.

—Seréis un *gentleman* —declaró—, pero no por ello sois menos imbécil, porque a mí tampoco me gusta quedarme con la miel en los labios. Esta tarde saldré a terminarme el postre.

—¿George Wobbly? ¿Leo Tito? ¿Somerset Wiffle?

—Ya veremos...

II

Nacido Gérard Dextrier y ascendido a príncipe Séliman por el amor de una hermosa yanqui, actualmente soy el secretario de una pareja británica, no por interés de ningún tipo, sino por falta de ocupación.

Mi matrimonio con Griselda Turner, mi dramática aventura con su hijastra y la negativa de mi esposa a perdonarme una infidelidad no consumada provocaron que mi equilibrio moral se tambaleara. Partí de Nueva York con el corazón herido, el alma maltrecha, un pergamino en el bolsillo que me autorizaba legalmente a portar una corona cerrada y cinco mil dólares que constituían toda mi fortuna personal. Con cinco mil dólares se puede ganar un millón al bacarrá, ponerle un piso a una costurera o comprar retortas para la Facultad de Ciencias. Pero me encontraba tan fatigado que ni siquiera me sentía capaz de derrochar mi haber con elegancia. El recuerdo de Griselda me obsesionaba. Me sentía feliz de haber escapado de una mujer tan cruel y, al mismo tiempo, triste porque no volvería a probar el sabor de sus besos.

Llegué a Londres hacia mediados de octubre. Era un otoño seco y los árboles de las plazas doraban sus últimas hojas al fuego apagado de un sol sin brillo. Solitario y ocioso, deambulaba por los senderos de Kensington Gardens, paseando una mirada átona sobre la alfombra de césped amarillento aderezado aquí y allá por la presencia de un par de plácidas ovejas de pelaje rizado. A veces me detenía a escuchar a los mesías de Hyde Park, que, encaramados a una caja del revés, ejercían su apostolado, o bien me olvidaba de las fealdades del mundo en el esplendor policromo de los crisantemos de Kew Gardens.

La atmósfera londinense es lenitiva. Aletarga las neurastenias benignas e incita a la bebida o a la teosofía. Pero los rosacruces no tienen para mí más atractivo que los *whiskies* de sir John Dewar. Viví dos meses totalmente perdido, yendo y viniendo a merced de la niebla, como una boya sin su peso muerto. Una necesidad irresistible de pasear me empujaba a arrastrar mis pasos irresolutos desde Whitechapel hasta Shepherd's Bush. Cuando me aburría de observar el reflejo de mi *farniente* en los ojos de cristal de las estatuas de cera que immortalizaban sus acciones heroicas bajo el techo de madame Tussaud, me marchaba a contemplar las apetecibles tiendas de los mercaderes de artículos de viaje que despliegan en el Strand la magia de sus cueros flavos; a menos que me detuviera ante los escaparates de las papelerías de Chancery Lane, consteladas de portaminas prestigiosos, libretas sin rival y vitelas artesanales decoradas con filigranas arcaicas.

Huía voluntariamente de los amigos de antaño. Me veía, en mi aislamiento, como un asceta con su cilicio. Vivía en un pequeño apartamento amueblado de Maida Vale, compuesto de salón, dormitorio y cuarto de baño, con servicio incluido. Dos butacas de cuero burdeos flanqueaban la chimenea de nogal lustrado, con morillos rectilíneos

y una galería de cobre delante del hogar, que estaba revestido de azulejos verdes. Las paredes, cubiertas de papel pintado liso, lucían grabados que representaban escenas a color de la caza del zorro y una litografía del caballo ganador del Derby de 1851, un purasangre con cabeza de hipocampo que pafaba sobre unas patas esqueléticas.

Una mañana, la criada que me traía mi *breakfast* diario depositó por error un ejemplar del *Times* entre el tarro de *jam* y el portatostadas. Rara vez consultaba yo aquel austero deán de Fleet Street. Pero esa mañana me dio por leer en la primera página una curiosa sección titulada «Personal», que reúne pequeños anuncios de carácter especial. Leí el mensaje sibilino de un amante enmascarado que revelaba a Nomeolvides que el martes, a las cuatro, en Sloane Square, iban a producirse acontecimientos decisivos; la llamada de auxilio de una lady arruinada que ofrecía su pequinés a cambio de tres meses en el campo; el anuncio de una recompensa formal a quien devolviera un reloj de pulsera de señora, que se había perdido en el saloncito privado del Peacock.

De repente, las siguientes líneas retuvieron mi atención:

Wanted private secretary for member of British Peerage. Must be handsome, refined, highly educated, well acquainted with International Smart Set and talk perfectly English, French and German. Foreigner not excluded. Send full particulars, testimonial, photo, etc. to Box 720 c/o Times, London^[4].

Sonreí maquinalmente mientras calafateaba con mantequilla las porosidades de mi tostada y me pregunté si no sería el destino el que me estaba enviando una nueva posición social a través de aquella gaceta secular. No volví a pensar en ello durante el día, pero a la mañana siguiente me acordé otra vez del anuncio al toparme con el mismo periódico junto al tintero. Estuve dudando unos instantes, hasta que, en un arrebato, arranqué una de las últimas hojas que me quedaban del papel blasonado con el escudo de los Séliman y escribí al apartado de correos 720.

Para la mayor de mis sorpresas, tres días después se presentaba en mi puerta un *messenger boy* portando un gran sobre de color malva cubierto de una letra fina e inclinada.

El breve mensaje que contenía había sido concebido de la siguiente manera:

114 Berkeley Square – W.
Querido príncipe Séliman:
Si sois tan amable de venir a verme esta tarde a las tres, os recibiré
con mucho gusto.
Sinceramente vuestra,
DIANA WYNHAM

P. D.: Traed vuestro certificado de antecedentes penales y de reacción de Wasserman.

Aquel nombre tan familiar para los cronistas mundanos no me era desconocido. No me desagradó en absoluto enterarme de que el apartado de correos 720 correspondía a una mujer tan bella y entrever el giro que mi vida estaba a punto de tomar.

A las tres me hallaba atravesando el pórtico del número 114 de Berkeley Square, un pórtico de columnas dóricas que protegía de la intemperie a los visitantes, y un lacayo someramente vestido —levita negra sobre pantalón gris acero— me condujo hasta un recibidor cubierto de pieles de animales y exorbitantes floraciones de phoenix y latánias. De unos maceteros de cerámica azul turquesa emergían dos palmitos balanceando sus verdes manos por encima de la rampa de la escalera de pórfido. Cuatro reproducciones de diosas griegas disimulaban apenas su milenaria ausencia de pudor desde el fondo de sus hornacinas de mármol rosa y gris.

Esperé unos minutos en un gabinete que olía a una mezcla de sándalo y tabaco turco, hasta que apareció lady Diana Wynham. Su cabellera rubia contrastaba con el caftán púrpura y oro que vestía, bajo el cual se adivinaba un sencillo linón sobre la piel. La pesada túnica comprimía sus senos menudos, a punto de escaparse de su prisión entreabierta. Llevaba los brazos al aire y los pies calzados con babuchas marroquíes. Ningún maquillaje estropeaba su espléndida tez. Me tendió una mano fina, vigorosa, al extremo de una muñeca ceñida por una esclava de platino con un gran brillante cuadrado incrustado.

Me disponía a soltar la sarta de educadas banalidades con las que un candidato se presenta siempre a su futuro patrón cuando lady Diana cortó por lo sano.

—Así que se ha fastidiado la cosa con Griselda... —Mi estupefacción pareció divertirla, y prosiguió al mismo tiempo que me indicaba que tomara asiento—: Por favor, mi querido príncipe, ¿no creeríais que la *gentry* londinense iba a ignorar vuestras aventuras neoyorquinas! En los salones, todo el mundo siguió con mucha atención vuestra fuga a Palm Beach. Hubo incluso apuestas, tres contra uno, a que el divorcio de la princesa sería inmediato... ¿De veras que no lo sabíais? El mundo es un pañuelo, querido. Y os aseguro que estoy encantada de que mi anuncio me haya traído por azar al sayón sentimental de la hermosa señora Griselda Turner. —Mi interlocutora me tendió una pequeña pitillera de cuero escarlata, repleta de cigarrillos dispuestos de cualquier forma, y retomó la palabra—: Entonces, ¿todo se ha acabado?

—Sí y no, lady Diana. Soy como un rey Lear vagando lejos del reino del que la princesa me ha exiliado.

—¿Se está tramitando el divorcio?

—De ninguna manera. He de confesaros que todavía amo a Griselda, pero ninguna de mis cartas ha recibido respuesta. De manera que, como cualquier otro esposo resignado de una mujer inflexible, vivo el día a día, contemplando cómo se

sucedan los acontecimientos. Vuestro anuncio me tentó, lady Wynham. Os escribí no tanto por necesidad económica, sino por burlar mi ociosidad, y espero que os dignéis a precisarme las obligaciones que serán las mías si aceptáis mis servicios desinteresados.

—Habláis muy bien, mi querido príncipe. Por cierto, ¡hay que ver lo charlatanes que son los franceses! ¡Ni que hubieran inventado la saliva! ¿Lo que espero de mi secretario? Todo y nada. Mi anuncio no es ninguna manera soterrada de procurarme un amante, porque, creedlo bien, no tengo ninguna necesidad del *Times* para que me estremezcan en el plano astral... Soy viuda. Sabéis sin duda que mi marido, lord Wynham, murió por haber comido y bebido demasiado, como Wenceslao. Un final prosaico pero rápido. Me dejó esta casa, tres automóviles, un yate pudriéndose en el Solent, una hermosa colección de fotografías eróticas y la biblia de Ana Bolena, la querida del rey Enrique VIII; un palco en Covent Garden, un hijo natural que es *caddie* en un club de golf de Brighton y una renta de cincuenta libras que he de ingresarle cada trimestre a una periquita bretona, camarera de hotel en Dinard. Todo esto es muy complicado para mí... Si a eso sumamos que mi cambista me roba, que cada año recibo setecientas treinta invitaciones a cenar, lo cual, de querer aceptarlas todas, me obligaría a partirme por la mitad cada noche a las ocho de la tarde; si añadimos, además, que tengo una media de seis amantes al año, sin contar los encuentros casuales ni las ocasiones en que se reaviva la llama; que debo llevar una contabilidad precisa de mis deudas al póquer, que colaboro con las fiestas de beneficencia, que soy capitana honoraria de un pelotón de *policewomen* y candidata derrotada en las elecciones de North Croydon; si os digo, finalmente, que poseo poca memoria, que me gusta el champán y que nunca he sabido hacer una suma, comprenderéis lo necesario que es para mí disponer de un secretario. En cuanto a vos, desde ahora os digo que me convenís. Conozco vuestro nombre y vuestra reputación. No sois de esos franceses insoportables que corren detrás de unas faldas como un chucho cualquiera olfateando un faisán entre dos zanjas. Quedáis, pues, prevenido: nada de galanterías entre nosotros. Seréis más mi camarada que mi secretario. Por decirlo de otra manera, el papel que vais a desempeñar a mi lado será el de un marido... hasta el umbral de mi dormitorio, por supuesto. Defenderéis mis intereses. Me aconsejaréis de manera práctica. De vez en cuando, habréis de evitar que cometa alguna locura, que es el pasatiempo favorito de las mujeres de mi clase, y no dudaréis en expulsar de mi alcoba a cualquier indeseable admirador que hubiera podido introducirse aprovechándose de mis caprichos...

Lady Diana se interrumpió para alisarse una pestaña rebelde con la punta de su dedo rosado y retomó su discurso:

—También me acompañaréis en mis viajes, si se diera el caso. Porque, sin duda, sabréis que he totalizado miles de millas de ferrocarril recorriendo el continente y pisoteando hasta el desgaste las alfombrillas de la Compañía de Coches Cama. Un cronista parisino ha llegado a apodarme «La Madona de los *Sleepings*». ¡*Sleepings*,

con s al final, algo que no deja de ser un barbarismo, a no ser que se haya empezado a recoger así en los diccionarios! Y Madona con *M* mayúscula, lo cual es un eufemismo lleno de ironía, puesto que puede que tenga el perfil de una Madona, ¡pero no los atributos, ya no! En verdad, he peregrinado por los principales circuitos europeos, dejándome olvidadas innumerables misivas de amor entre las páginas de la *A. B. C.*, la guía *Chaix* o el *Fahrplan* germánico^[5] y compartiendo con los agentes aduaneros de cada país el perfume encerrado en mis maletas y el secreto de mi lencería íntima... Dicen que partir equivale a morir un poco. Yo soy más bien de la opinión de que morir equivale a partir mucho, y viajar, a airear la melancolía. Cuento, pues, con vos para que, llegado el caso, me distraigáis entre un poste telegráfico y otro; para amenizar con vuestras ocurrencias la monotonía de los túneles; para sazonar el menú insípido de los bufés del vagón restaurante y para espantar a los moscones de los palacios a los que nos inviten. —Lady Diana no me dio tiempo de responder. Añadió para concluir—: No puedo retribuir vuestras funciones en su justo valor porque tenéis un título importante y mi fortuna no bastaría para ello, pero os ofrezco quinientas guineas al mes para vuestros puros, vuestras gardenias y vuestros calcetines de seda. ¿Aceptáis?

Aquella declaración de tan sorprendente belleza me desconcertó y divirtió al mismo tiempo. Hice una reverencia.

—Acepto, lady Diana..., excepto por las quinientas guineas. No voy a alquilaros mis servicios, os los regalo. Seré vuestro secretario como pasatiempo, por amor al arte, si lo deseáis, porque me encuentro desocupado y aburrido.

Mi respuesta sorprendió a lady Wynham, que frunció las cejas.

—Sabéis que preferiría no estar en deuda con vos. No es honrado aceptar algo sin dar nada a cambio.

—Vuestra simpatía y vuestra confianza de sobra bastarán para recompensarme.

Lady Wynham dudó por un instante.

—Así sea —concluyó—. Probablemente, de aquí a una semana, os habréis ganado la primera y conquistado la segunda. —Luego añadió—: Para terminar de hacerlo oficial, mi querido príncipe, enseñadme vuestro certificado de antecedentes penales y vuestro Wasserman... Sobre todo, no os ofendáis. Se puede ser príncipe y estafador, portar una corona a la vez que la sífilis. Deseo estar al tanto desde el principio de la salud moral y física de las personas de mi confianza.

Satisface su curiosidad. Me devolvió mis papeles al igual que el guardia restituye el permiso de circulación a un automovilista sospechoso y, tomándome por el brazo con familiaridad, se ofreció a enseñarme su mansión.

Su alcoba no carecía de originalidad. Contenía una cama muy ancha y muy baja, cubierta de terciopelo azul pavo real y flanqueada por dos antorchas eléctricas que se alzaban como tirsos luminosos para velar el sueño. Una gigantesca piel de oso polar de Groenlandia sangraba pétalos de rosa rojos derramados desde una fuente de cristal vecina. En las paredes observé antiguos grabados de Nanteuil, un original de Félicien

Rops rigurosamente erótico, un cuadro de Alma-Tadema pueril en exceso y una gran fotografía de la dueña de la casa, vestida con una toga transparente y bailando sobre la alfombra de briznas de un césped recién cortado.

Lady Diana me invitó a admirar su cuarto de baño de mármol blanco, digno de un *balneum* romano, y su tocador lacado en verde Nilo, en el que los frascos de verbena y de ámbar se alternaban con viales de permanganato de potasio —un verdadero laboratorio para el cuidado de la epidermis pública y de las mucosas privadas—, diferentes juegos de cepillos de corladura, neceseres de manicura tan bien abastecidos como el maletín de un oculista y un bidé de loza cerúlea montado sobre rodamientos de bolas, que disponía de chorros oblicuos, ascendentes, centrifugados y entrecruzados.

Al salir de aquella sala de operaciones higiénicas, me aseguró que nunca había tenido hijos. No lo dudé.

Entré en funciones al día siguiente. Conservé mi apartamentito de Maida Vale, que creí más apropiado habitar, y consagré la totalidad de mi tiempo a aquella exigente y atractiva aristócrata. Cada día surgía la ocasión de presentarme a alguno de sus amigos. Extrañados de que el príncipe Séliman fuera el chichisbeo de la hermosa viuda de Berkeley Square, todos insinuaban que mi papel a su lado estaba menos destinado a defender sus intereses que a atacar su virtud. Yo dejaba que los calumniadores difundieran sus rezumantes virus por los fumaderos de los clubes y las poltronas de los salones y, a pesar de lo seductor del carácter desenvuelto de lady Diana, lo único que besaba de ella, mañana y noche, era la mano que me tendía.

Eran las once de la mañana cuando, al día siguiente de nuestra consulta con el profesor Traurig, penetré en su gabinete. Solía encontrármela levantada para ayudarme a desellar el correo, vestida —apenas— con un salto de cama color geranio de crepé de China. Aquel día, su criada, una francesa llamada Juliette, me explicó:

—¡Ay, señor! ¡Me pregunto qué habrá estado haciendo *milady* esta noche! Salió después de cenar con un traje sastre, muy sencillo, ¡y no volvió hasta las cinco de la mañana! Reparé en un detalle que me dejó preocupada: *milady* se había puesto una ropa interior..., un tipo de lencería que nunca se pone. ¡Un calzón de batista cualquiera y una de esas prendas bordadas a máquina de las que venden en Selfridges a doce con seis chelines!

Una voz me llamó a través de la puerta cerrada.

—¡Gérard! Venid... Tengo que hablaros.

Entré en el dormitorio. Lady Diana se hallaba acostada todavía. Me hizo sentar en el borde de la cama. Acomodó un cojín detrás de su espalda con un ligero puñetazo y, con los brazos desnudos en escuadra formando un ángulo recto detrás de la nuca, fijó en mí su mirada.

—Gérard, no me regañéis. Anoche cometí una locura, una tontería... Pero es culpa vuestra. O, si lo preferís, de ese idiota de Traurig con su cuestionario de viejo

erotómano. Me dejó con ganas de... Es decir, que estaba dispuesta. Venga, Gérard, no me gusta esa mirada de reprobación. Toda alma civilizada ve resurgir su instinto animal alguna vez... En fin, me vestí como una chacha y salí por Oxford Street a la caza de un semental.

—¡Lady Diana!

—¡Shh! ¡Shh! Querido Gérard, no lo volveré a hacer. Cuando estoy en ese estado, necesito la aventura de lo desconocido. Gérard, escuchadme, seduje a un marinero... Sí, a un marinero del *H. M. S. Wellington*. Llevaba el nombre del acorazado en su boina negra. Un chico guapo, curtido, bañado en tintura de yodo... Lo provoqué. ¡Ya sabéis que, si me lo propongo, hago la calle igual de bien que una profesional! Estuvimos charlando. Me lo llevé por Queen's Hall. La calle estaba desierta... Para tentarlo le cogí la mano y me la planté en un pecho, por debajo de la blusa. ¡Ay, amigo mío! Aquella mano tatuada, áspera, ¡de hombre de mar! ¡En aquel momento era mejor que todos los dedos de los pares del Reino Unido juntos! El marino me preguntó si tenía habitación. Me propuso el Hotel de Boulogne, en el Soho, y yo lo seguí. ¡Qué turgorio tan innoble y delicioso! Entre un puestecillo de pescado frito y un vendedor de frutas exóticas... Nos acostamos en una cama de hierro con agujeros en la colcha de algodón y el retrato de la reina Victoria en la cabecera. A las tres de la mañana me anunció que debía volver a Portsmouth. Se vistió. Me avisó: «*Dearie*, te escribiré cuando acabe mis prácticas en la escuela de tiro. Aquí tienes una guinea. Si te ves metida en un aprieto, avísame; trataré de enviarte un pequeño giro postal». ¡Pobre chico! Me entraron unas ganas locas de devolverle su guinea y darle cincuenta más. Pero no me atreví. Se habría llevado un chasco; se podría haber sentido humillado... Entonces me besó. Todavía siento la cinta de su boina acariciándome la sien... Bajo el umbral de la puerta, me dijo: «Querida, rezaré a Dios por ti el próximo domingo durante el servicio del capellán de a bordo. Eres una buena chica. Adiós». Y me eché a llorar yo sola, en aquella habitación sórdida, sobre aquella cama dudosa, bajo el retrato de la reina moteado de manchas amarillentas de humedad...

Lady Diana, con un nudo en la garganta, enmudeció. Sus manos, sus hermosas manos aristocráticas, se escondían ahora bajo los encajes de la sábana. Posó sobre mi persona su angelical mirada azul, cargada de sinceridad y de inconsciencia, y me preguntó con una voz dulce, muy dulce:

—Gérard, ¿os parece que soy de verdad una mala mujer?

¿De veras puede una mujer ser mala cuando oculta sus extravíos bajo la apariencia de una Circe y la viste la lencera más importante de Londres? ¿Cómo separar el bien del mal en un alma poliédrica? Al igual que ese cóctel embriagador al que llaman *rainbow*, cuyos licores superpuestos forman un prisma líquido que se apaga en el gaznate del hombre sediento, ¿por qué no entender el yo de lady Diana como un arcoíris de virtudes y de vicios capaz de adular el gusto de un moralista indulgente?

—Querida mía —respondí acariciando con afecto la piel suave de su muñeca—, no sois una mala mujer, sino una filántropa en el sentido más amplio del término.

Pero ella contestó burlona, con una mueca encantadora.

—¡En el sentido más amplio! ¡En el sentido más amplio! Veamos, Gérard, tampoco hay que exagerar, o el difunto lord Wynham desaprobará esa aserción descortés desde el cielo en el que expía su amor desmesurado por el rosbif y el pudín contundente.

—Hablaba en sentido figurado, por supuesto.

—¡Ah! Bueno... Entonces, no estáis acusándome, ¿no? Mejor así. De hecho, Gérard, tenéis que saber toda la verdad. Puede que un día no tenga más remedio que, si no hacer la calle en Oxford Street, sí al menos asegurarme lo superfluo soportando unos besos no elegidos por mí... En lugar del primer marinero que pase, será un financiero obeso que vendrá para quedarse.

—Lady Diana, vuestro lenguaje me sorprende. No veo por qué motivo habríais de aceptar otros placeres distintos de los que os dicta vuestra fantasía.

—Os equivocáis, Gérard —repuso ella, súbitamente seria—, porque no os ha dado tiempo de conocer todos los detalles de mi vida en los cinco meses que lleváis observándola. Podría ser que estuviera arruinada antes de lo que imagináis.

—¿Arruinada?

—Cuando aumentaron los impuestos sobre el patrimonio después de la guerra, lord Wynham resolvió vender todas sus tierras del condado de Kent. Obtuvo alrededor de un millón y medio de libras esterlinas en aquella transacción, y he gastado la mitad de esa suma desde su muerte. Se trataba de bonos del Estado o de valores fácilmente negociables: Rand Mines, préstamos de guerra ingleses al cinco por ciento, Tanganyikas y De Beers... El póquer, el bacarrá y otras locuras los dilapidaron. Actualmente solo me quedan, además de mi castillo de Glensloy, que ya está hipotecado, unas seiscientas mil libras, invertidas en su mayoría en dos negocios industriales que me tienen preocupada: la Compañía Rubber de Sumatra y el petróleo de Bengala. Desde ayer corren desafortunados rumores sobre la Compañía Rubber, y los rebeldes de Bengala amenazan con destruir los pozos de la sociedad...

—Lady Diana, ¿por qué no me hablasteis de todo esto antes? Habría tratado de...

—Querido mío, me hallaba a cien leguas de imaginármelo. Mi cambista de la City, un bandido del que ya me vengaré más adelante, no me previno nunca de nada. Ahora sospecho que se confabuló con aquellos que están interesados en que cunda el pánico sobre la Compañía Rubber. En fin, podría ser que, antes de este otoño, mi barco haga agua.

—¿Qué queréis decir con eso?

—No tanto que vaya a terminar a lo grande, lanzándome al Támesis desde lo alto del puente de Westminster, sino que, para mantener mi rango, para conservar a mis criados, me vea obligada a ofrecer el usufructo de mi cuerpo al primer aficionado creso que se presente.

Llamaron a la puerta y entró Juliette portando una tarjeta. Lady Diana leyó en voz alta: «Caroline Limited, New Bond Street, 126».

—¿Mi modista? —se sorprendió—. Sin duda viene a ofrecerme un nuevo vestido para que le dé publicidad... Id, pues, a recibirlo, Gérard.

Entré en el saloncito en el que aguardaba el señor Caroline Limited, de apariencia sobria y aspecto severo, que me saludó. Me conocía de vista y habló sin preámbulos:

—Príncipe, me he permitido presentarme esta mañana para pedirle un pequeño favor a lady Wynham.

—Con mucho gusto. ¿Necesitan su nombre para el lanzamiento de un nuevo modelo?

—No, no... No se trata de eso exactamente. —El embajador de Caroline Limited sacó una nota de su chaqué y me la tendió diciendo—: La casa le estaría muy agradecida si rogara de nuestra parte a lady Wynham que salde su cuenta. La misma comprende, como puede ver, sus once vestidos del invierno pasado, más cuatro abrigos, tres estolas de pieles y diversos artículos menores, por un importe total de ocho mil ciento veinticinco guineas.

Dirigí al hombre del chaqué una mirada de sorpresa algo arrogante.

—No me puedo creer, caballero, que la casa Caroline, de Bond Street, haya perdido el sentido del decoro hasta este punto —me escandalicé—. Cuando se tiene el honor de vestir a lady Diana Wynham, se espera a que esta exija la factura de su cuenta y, aun entonces, no se manifiesta demasiada urgencia por cobrar el cheque.

—Dios mío, príncipe, reconozco que tiene razón, pero hay casos, ya lo sabe usted, en que... En fin, la señora Caroline agradecería a lady Wynham que la excusara y le transfiriera, si no el total de la deuda, al menos un anticipo.

Entonces creí comprender.

—¡Ah! ¡Tenía usted que haberlo dicho antes! —exclamé—. Jamás se me habría ocurrido que la situación financiera de Caroline Limited fuera tan precaria...

El hombre del chaqué alzó las cejas, a todas luces sorprendido de que pusiera en duda el crédito de su compañía.

—Disculpe, príncipe —precisó—, pero no es nuestra situación financiera la que es precaria; es la de lady Wynham la que nos infunde, desde esta mañana, cierta aprensión. ¿No lee el *Financial News*?

Para terminar de convencerme, mi interlocutor extrajo de su bolsillo el último número de esta publicación financiera. Con un dedo perentorio me mostró, en la sección de «Bolsa» de última hora, las siguientes líneas en caracteres gruesos:

CRAC INMINENTE

Fuentes de confianza acaban de informarnos de que la Compañía Rubber de Sumatra se declarará en quiebra a lo largo de la jornada de hoy. Se habla, incluso, de una bancarrota fraudulenta. Los círculos

mejor informados de la City apuntan a una investigación judicial a raíz de varias denuncias.

—Príncipe —añadió—, es de dominio público que la mayor parte de la fortuna de lady Wynham está constituida por acciones de la Compañía Rubber... Excusará, así pues, nuestro deseo de apelar a la buena memoria de la deudora y me permitirá que insista para que no se olvide de nosotros.

Apenas acababa de despedir a aquella desagradable visita cuando me anunciaron al representante de la casa Darind and Pillow, los tapiceros de Regent Street. Este me entregó, a su vez, la factura por los trabajos que los eminentes decoradores llevaban realizando desde hacía dos años en la casa de Berkeley Square: nueve mil seiscientos cincuenta y dos libras esterlinas, unos chelines y algunos peniques. Guardé la nota junto a la de la modista y, con gran perplejidad, di cuenta de la situación a lady Diana, mostrándole el fatídico suelto de la gaceta.

La brutalidad de la conmoción la hizo palidecer, y arrugó nerviosamente la hoja entre sus dedos.

—Es natural —dijo—. Todos mis acreedores están muertos de miedo. Las ratas son las primeras en abandonar el barco.

—¿Qué vais a hacer, lady Diana?

—Visitar a mi cambista de Lombard Street, consultar a mis procuradores, los señores Smith y Jones, para ver si podemos enjaular a ese bandido, y almorzar a la una en el Carlton con Somerset Wiffle, para conseguir que interpele al Primer Ministro en la Cámara de los Comunes sobre el crac de la Compañía Rubber. Mientras tanto, vos escribiréis a la duquesa de Southminster, presidenta de la Obra de Beneficencia para los Tuberculosos de la isla de Wight, para anunciarle que acepto su invitación a participar en la *matinée* de caridad que organiza el 3 de mayo en el Garrick's... De hecho, cuento con vos para que me sugiráis una idea original. Comprendedme bien, Gérard, mi navío hace agua, me hundo lentamente... Si las cosas siguen empeorando, este verano estaré sin blanca. Mas nadie ha de darse cuenta. Hay que saber cantar sobre la balsa de *La Medusa* sin perder la sonrisa. Si no me equivoco, en Francia lo llamáis «*avoir du panache*»... ¡Gérard! Quiero que mi *panache*^[6] le haga cosquillas en las botas a Nelson en su columna de Trafalgar y que deje pasmada a esa fauna de hienas, chacales y lobos que llaman «la flor y nata de Londres».

III

—**Y**a que sois incapaz de sugerirme una idea original —me dijo lady Diana al tiempo que me mostraba ambos pechos desnudos, liberados del encaje de seda que los aprisionaba cual pálidas palomas caídas en la trampa de una jaula rosada —, voy a haceros una pregunta con total confianza. Decidme la verdad, querido: ¿pensáis que haría el ridículo si bailara desnuda en la *matinée* de caridad del Garrick's?

—¡Ay! ¡Lady Diana!

Aquello no fue la aprobación servil de un amigo deseoso de adular, sino la exclamación de un entendido que conoce el valor de un escote conforme a los cánones de Praxíteles.

—¡Debéis de estar bromeando! —añadí—. Vuestras mejores amigas alaban unánimemente el contorno de vuestra cintura, el cimbreo de vuestras caderas y, en general, el clasicismo de vuestra academia.

—En realidad, creo que no estoy mal torneada. Pero vos sabéis mejor que yo, Gérard, que un cuerpo proporcionado sin un busto armonioso es como un huevo sin sal. En fin, la suerte está echada. Me enfrentaré sin velo alguno a la hidra de los mil anteojos de la *gentry* británica. Y ¡ay de vos, si los comentarios desagradables consiguen que me arrepienta de haber ofrecido mis encantos al sarcasmo de los filántropos!

Esta conversación me vino a la memoria mientras espantaba a los inoportunos que aquella tarde de mayo se apelotonaban delante del camerino de lady Diana en el pasillo del teatro Garrick's. Había por allí jóvenes esnobs vestidos con chaqués de un biselado riguroso que seguía el ángulo de sus pantalones a rayas, miembros del Parlamento sacados directamente de las caricaturas de Hogarth y dos o tres pares asmáticos y panzudos. Los ociosos que, después del almuerzo en el club, solían quedarse dormidos en los brazos de cuero de los imponentes butacones habían acudido corriendo, atraídos por aquella *matinée* en favor de los tuberculosos de la isla de Wight. Y es que el programa de la representación había suscitado numerosos comentarios en los salones del barrio de Mayfair. Las duquesas de Grosvenor Square, las nuevas ricas de Regent's Park y las emancipadas de Hampstead expresaron su descontento ante el título del último número de la primera parte: «Lady Diana Wynham: *Ritmos paganos* (Danza sin velos)».

Sus enemigas cuchichearon que, a raíz de esos ritmos impíos, lo más seguro era que se la excluyera de las recepciones reales; y sus amigas aseguraron que aquellos bailes aumentarían en cinco mil libras los beneficios de la *matinée*, cosa que los tuberculosos agradecerían.

—¡Qué audacia! —señalaron los iniciados—. Va a bailar desnuda aun a las puertas de la ruina.

Nadie dudaba de que la colaboración de lady Diana con aquella obra tan caritativa causaría sensación. Y la flor y nata de Londres no se equivocaba, porque la flor y nata sabía, por experiencia, que la Banalidad de ojos inexpresivos, la Banalidad, hija de la Farsa y de la Tradición, no emanaba precisamente del cerebro de lady Wynham, mujer excéntrica, voluble y taimada, nacida por error en la región de las Highlands.

Acababa de responderle a lord Hopchester que lady Wynham no estaba visible, pero que tendría el placer de recibir a sus admiradores después de la representación, cuando Juliette le rogó que entrara en el camerino.

—La señora necesita que el señor la aconseje.

Franquéé una barrera de orquídeas, rosas, lilas y papel de seda engalanado con tarjetas de visita blasonadas; salté por encima de toallas maculadas de maquillaje y de un kimono desplomado sobre la alfombra que parecía un samurái pasado por el laminador; descorrí unas cortinas y me encontré en presencia de lady Diana.

He leído importantes tratados sobre el pudor a través de los tiempos. He estudiado el alma anglosajona en las obras de psicólogos de renombre y en los bares americanos, en las novelas de Sterne y en los ferrocarriles franceses. Confieso que cada vez entiendo menos a lady Diana y me desconcierta más su carácter. De manera que fui incapaz de reprimir un gesto de sorpresa al encontrármela rigurosamente despojada de cualquier vestimenta ante el arsenal odorífero de su tocador desordenado.

—Gérard —me preguntó mirándome sin rastro de sonrojo a través del espejo—, ¿cómo pensáis que me quedaría mejor este velo de seda para el cabello: con o sin la corona de rosas repollo?

—Estas flores virtuosas no pegan con el paganismo de vuestra danza, lady Diana. Yo en vuestro lugar prendería sencilla y directamente el velo en la cabellera rubia.

—Creo que tenéis razón... Juliette, fíjeme el velo por detrás de las orejas.

Se levantó. A excepción de un tanga del tamaño de la mano de un sacristán, sujeto por unas guirnaldas de correhuelas apenas visibles, dos coturnos de lazos plateados y un velo de muselina blanca que le llegaba hasta el codo, todo su ser iba a quedar expuesto a los ojos de los mil quinientos espectadores que empezaban a impacientarse al otro lado del telón.

—¿No teméis —insinué— que el lord chambelán que maneja las tijeras de la Censura británica se corte un dedo... de la emoción?

—¿Por qué? Estamos entre gente de mundo, querido. Es una representación privada. La caridad lo excusa todo. Y no sabéis el gusto que me da demostrarle a todo el mundo que lo que cuenta lady Bloomingswan no son más que calumnias.

—¿Cómo decís?

—Va diciendo por ahí que tengo el trasero caído.

—Pues daos prisa, querida. La signora Tetranelle acaba de cantar el vals de *Romeo y Julieta*. Harry Blow entra en escena... Después es vuestro turno.

—¡Sí! ¡Sí! Estoy lista. ¡Id a la sala, Gérard, tomadles el pulso a los espectadores durante mi número y volved a verme justo después! —Y, con una mirada desafiante, añadió—: ¡Ah! ¡Me creen hundida! ¡Ya me están viendo como señorita de compañía, echando las cartas o vendiendo perfumes en la Burlington Arcade! No sabéis el gusto que me va a dar lanzarles un puñado de arena a los ojos. ¡Hasta luego, querido!

Mientras me acomodaba en un rincón oscuro del fondo, no podía dejar de admirar las agallas de aquella mujer que acababa de recibir, la noche antes, la confirmación oficial de su ruina. Las tres cuartas partes de su fortuna habían sido engullidas por aquella catástrofe financiera. Y, sin embargo, ahí estaba, plantándole cara al destino, sin dudar en propinarle un escandaloso bofetón al coloso de la Hipocresía inglesa, a aquel anguloso gigante de madera que esconde bajo un solemne redingote la fealdad de sus defectos y la elefantiasis de un egoísmo profundo.

Un estremecimiento de impaciencia recorrió el público. Sonó el timbre. La luz de las candilejas cambió a azul. El telón se levantó lentamente. En un decorado de paisaje griego, salpicado de cipreses —esas ruelas vespertinas que tejen las sirenas en las costas del Adriático—, apareció lady Diana de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos juntas.

Algunas mujeres del patio de butacas se medio levantaron para ver mejor. Los hombres, más discretos, estiraban el cuello. El público cuchicheaba. La sala manifestaba su sorpresa con movimientos diversos. Escuché a mi alrededor algunos comentarios descorteses.

—Pero... ¿está realmente desnuda? ¡Anda!

—Es un escándalo...

—No. No está completamente desnuda... Mira con mis gemelos, Betty.

—¡Harry, calla!

—Desde que los laboristas están en el poder, la anarquía reina por todas partes. ¡Es repugnante!

Detrás de mí, un viejo con patillas, la cara de ánfora con asas peludas, murmuró:

—¡En tiempos del príncipe Alberto, la habrían expulsado y azotado en Oxford Circus!

Un lechuguino protestó bien alto:

—¡Sir! ¡Está insultando a una sacerdotisa de la Belleza!

Las interpelaciones fueron subiendo de tono, a pesar de que la orquesta había empezado a tocar los primeros compases de *La mañana*, de Grieg. Restalló una butaca en un palco y una espectadora con quevedos de plata se retiró ruidosamente mientras exclamaba a voz en grito:

—¡Esto parece el Folies Bergère!

Aquella aserción peyorativa provocó una avalancha de manifestaciones en contra. Un *gentleman* se asomó desde el palco de al lado y espetó a la puritana ofuscada:

—¡Si no fuerais mujer, os daría de bofetadas!

Entonces, otro espectador salió en defensa de la virtud ultrajada:

—La dama tiene razón. Venga conmigo al pasillo un instante...

—¡Ahora mismo, caballero!

Los dos paladines salieron. Tenían el aspecto tranquilo y plácido de un par de ciudadanos británicos a punto de romperse los dientes o magullarse los cigomas. Se levantó una oleada entrecruzada de abucheos y de aplausos. Lady Diana, impasible como una estatua, no se movió. El director de orquesta cortó abruptamente la primera aria de *La mañana* con un movimiento de su batuta. Los cascos de los *policemen* asomaban como hongos entre las puertas entreabiertas. De palco a palco crepitaban los comentarios: los unos proclamando los derechos eternos del Arte; los otros esgrimiendo el estandarte de la Decencia vilipendiada. En el palco de proscenio, la duquesa de Southminster, organizadora de la *matinée*, se revolvía como un gato panza arriba. Discutía con las damas del comité: una hermosa morena emperifollada, pero que aprobaba la audacia de lady Wynham, y una viuda rica empolvada de blanco, con una pluma negra de avestruz plantada en la cabellera balanceándose al ritmo de sus exclamaciones de desaprobación.

La aparición de los representantes de la ley calmó a los protestatarios. El director de orquesta dio unos golpecitos en su atril con la batuta. Finalmente, *La mañana* de Grieg se elevó en medio de un silencio relativo... Lady Diana comenzó a bailar. El hilo de sus movimientos bordaba de arabescos armoniosos los motivos del compositor noruego. Los espectadores más hostiles se habían callado. Acababan de olvidarse de que tenían ante ellos a una dama de 1924 que les estaba desvelando sin pudor la elegancia de su academia. Y es que, a pesar de ser quienes eran, se estaban dejando transportar a los felices tiempos de la Hélade pagana, a los tiempos benditos en los que el YMCA no distribuía todavía sus chocolatinas envueltas en máximas evangélicas entre los discípulos de Sócrates. Cuando se apagó el trino final de *La mañana*, lady Diana volvió a arrodillarse, con los brazos extendidos y el rostro extático levantado hacia el sol naciente, como si saludara la llegada de una nueva aurora cuyos fuegos espantarían a los búhos de los palcos y a los topos de la orquesta.

Los aplausos, surgidos de todos los rincones de la sala, pronto se transformaron en una sorprendente ovación, apenas interrumpida por el murmullo de algunos irreductibles. Me precipité hacia el camerino, cruzándome con varios periodistas que se frotaban las manos. ¡Menudo golpe de suerte para los enviados de Fleet Street!

Delante de la puerta de lady Diana, me encontré con un asalto en toda regla, una avalancha, una algarabía de declaraciones apasionadas. Una hora más tarde, estaba entrando en su coche, invernadero ambulante, bajo una montaña de ramos de flores y buqués.

—¡Gérard! —exclamó con una risa triunfal—, ¡lo he logrado! ¡Qué escándalo! Si hubierais podido verme con un largo catalejo, habríais observado que tenía la piel de gallina... La duquesa de Southminster ha venido a decirme, hace un rato, que me he

ganado con creces el reconocimiento de los tuberculosos, pero que, sin duda, voy a ser excomulgada. ¡Me da lo mismo! Durante cuarenta y ocho horas van a estar hablando de mi audacia.

—¿Tanto os gusta que hablen de vos?

—Normalmente, no... En las circunstancias actuales, sí. Era necesario dar un gran golpe de efecto y que mi nombre figurara en todas las gacetas.

—¿Por qué?

—Porque todavía no me doy por vencida, Gérard... Me había olvidado de una carta que me queda por jugar.

—¿Una de corazones?

—Estoy demasiado cansada para explicároslo. Pero mañana, sí; mañana, Gérard, os encomendaré una misión de confianza.

—¿Dónde?

—En Berlín.

* * *

El deseo de lady Diana se cumplió al día siguiente por la mañana. Toda la prensa londinense comentó profusamente la *matinée* del Garrick's. Desde el *Times* hasta el *Daily News*, conservadores y liberales consagraron varias columnas a la danza pagana. El *Morning Post*, órgano oficial de la aristocracia británica, no se atrevía ni a aprobarla ni a reprobarla. Titulaba su artículo «La audaz exhibición de una pareja». El bolchevizado *Daily Herald*, poco inclinado a interesarse por las distracciones mundanas, felicitaba a esta aristócrata que se mofaba abiertamente de los prejuicios de su casta y sacrificaba sus principios sobre el altar escarlata del Desnudo igualitario.

Encontré a lady Diana tumbada boca abajo, en medio de su gabinete, nadando en un océano de periódicos desordenados. Con los codos sobre una gaceta abierta, sacudiéndose el cabello despeinado como un cachorrillo juguetero, leía, riéndose, las prosas que hablaban de ella.

—Y bien —le dije—. Si con esto no estáis satisfecha, ¿qué más necesitáis?

Ella me señaló con el dedo la cuarta columna del *Daily Mirror*.

—¡Gérard! ¡Aquí hay uno que insinúa que quiero fundar una academia, como Loïe Fuller! ¡Está chiflado! ¿Y el *Daily Mail*? ¿Habéis leído su artículo? Han entrevistado a H. G. Wells para preguntarle si las sociedades modernas terminarán evolucionando hacia el desnudo integral... ¡Me lo estoy pasando en grande! ¡Y el *Daily Graphic*! Mirad las dos fotografías que comparan: una de la *Venus de Cnido* y otra mía, con nuestras respectivas medidas. Soy un poco menos ancha de caderas y más alta que ella, por una pulgada y un cuarto. ¡El mundo entero se va a enterar de que tengo el vientre de una diosa y de que lo único que le falta a mi ombligo es el rayo de Zeus!

Lady Diana gateó presurosa hasta el sofá con su pijama color frambuesa y tiró de otro periódico que se había deslizado bajo los flecos.

—¡Gérard! Y esta es la guinda... Os vais a reír. Este periodista anuncia que lady Astor presentará a los Comunes un proyecto de ley que reglamente la superficie de los tangas en los teatros del Reino Unido. Veintiocho pulgadas cuadradas medidas alrededor del ombligo... con un compás proporcionado, sin duda, por el obispo de Londres.

—¡Lady Diana! ¡Estáis blasfemando! —protesté, medio en serio, medio en broma.

—¡Venga ya! Os adoro, Gérard, cuando ponéis vuestro morrito de pastor presbiteriano que se acaba de pinchar la nalga con una aguja de punto.

Luego, circunspecta de pronto, se levantó, me condujo a su habitación, cerró tras de sí y me hizo sentarme a su lado, en el borde de la cama.

—Querido, hablemos ahora de cosas serias —me dijo—. Ayer os anuncié que aún guardaba una carta antes de meterme en la piel de una mujer arruinada, es decir, una mujer que solo contará, para vivir, con diez mil libras esterlinas de ingresos. Se trata de un último recurso que tenía olvidado. Valga lo que valiere, pero, bueno, merece la pena intentarlo. Gérard, ¿vos habláis ruso?

—Muy mal.

Se puso de pie. Abrió un delicioso y pequeño secreter de pulpa de caoba y extrajo una carpeta verde que encerraba un voluminoso dossier. Mientras desplegaba ante mí el fajo de documentos, continuó:

—El difunto lord Wynham, mi augusto marido, repantingado en estos momentos en el Paraíso de los Tragaldabas, ocupó, bajo el régimen imperial, el puesto de embajador de Inglaterra en la corte de San Petersburgo. A raíz de unos acontecimientos de los que sigo ignorando los detalles, recibió a título de regalo personal de parte del gobierno de Nicolás II una concesión de quince mil desiatinas de terreno petrolífero cerca de Telavi, al noreste de Tiflis, en Georgia. Lord Wynham tenía ya proyectada, junto a algunos financieros, la explotación racional de estos terrenos cuando la revolución del 25 de octubre de 1917 anuló la generosidad de la que mi marido había sido beneficiario. Sus quince mil desiatinas fueron nacionalizadas; y estas escrituras que tenéis delante, desprovistas de cualquier valor. Aquí hay pérdidas millonarias para mí, su única heredera. Pero el nuevo giro que están tomando las relaciones de mi país con los bolcheviques me anima a probar una cosa.

—¿Queréis obtener, si no la reintegración de vuestros derechos como propietaria, al menos la autorización para explotar esas tierras?

—Exactamente. Las ganancias que podría sacar de ellas compensarían las pérdidas que acabo de sufrir. Ayer por la mañana, sir Eric Blushmore, un diplomático amigo de lord Wynham a quien he pedido consejo, pues es de confianza, me disuadió de dirigirme al jefe de la Delegación Comercial de los sóviets en Londres. Parece que

este personaje ha dejado de ser *persona grata* en Moscú y que no podría obtener nada a través de él. Es, por lo visto, en Berlín donde debo intentarlo. Mi querido Gérard, cuento totalmente con vos para que me rescatéis. Partiréis lo más pronto posible para Alemania, os presentaréis ante el señor Varichkin, delegado general de los bolcheviques, y trataréis de salir victorioso de un combate cuya victoria equivale a veinte pozos de nafta.

—Lady Diana, mi amistad os pertenece por completo. Haré lo imposible para que la opulencia, si no la verdad, fluya de vuestros pozos.

—Os llevaréis este dossier. Tantearé al adversario; quiero decir que os informaréis sobre la posible venalidad del señor Varichkin. Os otorgo plenos poderes para actuar. Si fuera necesario interesar secretamente a este personaje con la constitución de la sociedad, ofrecedle el 5 o el 10 por ciento del capital en acciones de aportación... Pero, os lo suplico, tened éxito. Las noticias de la India son cada vez peores. La insurrección de Bengala, atizada por los emisarios rusos, se halla en su apogeo. Las acciones de la Indian Oil han bajado de cuarenta y cinco chelines en ocho días... Es totalmente imprescindible que me saquéis a flote. De lo contrario, en tres meses, daré el salto final a los brazos de un nuevo rico... Me tenéis aprecio, ¿verdad, Gérard? Sois como un hermano para mí. Seguro que no os gustaría que vuestra pequeña Diana fuera manoseada por un babuino cebado de chéster y de cerveza negra, ¿verdad?

¡Ay! ¡Lo bien que se las arreglaba para que mi simpatía cayera en la trampa de su seducción! Mi querida Diana... No sentía por ella ningún deseo indecoroso, pero la quería de verdad como a una hermana, una hermana con el cerebro desequilibrado, apenas responsable de sus actos, incapaz de discernir el bien del mal. La amaba con la indulgencia que hay que tener con una criatura de lujo, con una mujer distinta de las demás, que se escapa de los patrones de la norma.

¿Por qué habríamos de clasificar a todas las mujeres según los insípidos modelos expuestos en las vitrinas del bazar del Destino? La Mujer Fatal, la Mujer Fría, la Mujer Honesta, la Mujer Voluble... ¿Qué engreído naturalista sería capaz de afirmar las características específicas de una Mujer Fría, que mañana podría ser voluble sin transición; o de una Mujer Fatal, que un día podría quemar sus naves bajo el umbral de la honestidad?

Por mucho que hurgo con mi escalpelo entre las fibras inestables de su alma desquiciada, no consigo situar a Diana en ninguno de los planos de la ética moderna. Es producto del matrimonio de un duque libertino con una escocesa sentimental y romántica, alimentada con las novelas de Walter Scott y criada a orillas de los *lochs* de aguas tranquilas y elegíacas. Su abuela materna fue una famosa mujer de negocios que gobernaba a los *highlanders* de sus dominios de Laurencekirk a varazos, y su abuelo fue un gentilhomme-poeta, muy apreciado en Edimburgo, que expresaba la nostalgia de su corazón con baladas arcaicas. Diana heredó todo aquello... La lógica, cuando ella quiere, la maneja con sabiduría, a menos que la dobleguen sus sentidos

cuando la luna llena sincroniza la tensión eléctrica de las nubes con el poder embriagador de un perfume. Emancipada de continencias morales, vive su vida según la hora, según la cadencia de sus deseos, según los impulsos imprevisibles de una fantasía siempre en guardia, egoísta hasta en sus gestos generosos, cruel y bondadosa, voluptuosa y fría, pueril y taimada.

El 12 de mayo, a las siete de la tarde, un taxi me llevaba de la estación de Friedrich al hotel Adlon, que se yergue con fachada austera y gris de palacio berlinés en la esquina de Unter den Linden con la Pariser Platz.

No había estado en la capital de la República imperial desde mi luna de miel con Griselda. Al bajar por Friedrichstrasse, volví a ver a las mismas meretrices que, desde que existe el mundillo de las cortesanas, recorren la acera derecha de esta famosa calle para desaparecer de vez en cuando por las perpendiculares, como meteoritos bruscamente desviados de su parábola. Enfrente del Café Bauer, los mismos viejos proletarios a los que antaño arengaba August Bebel en los tiempos heroicos de la Sozialdemokratie seguían vendiendo aquellas gacetas de titulares góticos y deslizando en el bolsillo de sus clientes más serios el último número de la *Rote Fahne*, prohibida por la Policía. Delante de la Puerta de Brandeburgo, los agentes negros del imperio habían sido remplazados por los *Schupos*^[7] verdes, y el tranvía de Stadtring continuaba su periplo alrededor de la metrópoli del oso en el escudo de armas.

Aquella noche cené en un pequeño restaurante italiano de Dorotheenstrasse, donde esperaba respirar un poco la atmósfera de mi juventud, de los tiempos en los que Max Liebermann causaba sensación en las exposiciones de los artistas independientes de Charlottenburg; en los que Su Majestad se enorgullecía de haber inmortalizado el linaje de los Hohenzollern en estatuas de manteca de cerdo; en los que el señor Reinhardt^[8] todavía no obligaba a interpretar el *Tartufo* en chaqué; en los que los «bailes de viudas» florecían detrás del Spittelmarkt, con su complaciente escuadrón de arpías, sortijas de casada en el anular e injustificados velos de crepé, alentando la concupiscencia de los diletantes... El azar se puso de mi parte. Me encontré con Semevski, un pianista ruso al que había conocido en Milán y que conseguía los aplausos de las salas de concierto europeas gracias a la técnica y la velocidad que había aprendido de su maestro Rubinstein. Lo invité a mi mesa y no tardé en preguntarle:

—¿Qué sabe de su compatriota el señor Varichkin, delegado general de los sóviets en Berlín?

Dejando que el humo de su cigarrillo con filtro de color bistre sazonara su escabeche, mi amigo Semevski me lanzó una mirada irónica.

—¿Varichkin, Leonid para las mujeres? —se mofó—. Un caballero que ha hecho su entrada en el bolchevismo igual que otros triunfan con la hojalatería o las pieles de conejos.

—¿Insinúa que este augur del partido no es un bolchevique convencido?

Semevski hizo una mueca fatalista sacudiendo la ceniza del cigarrillo sobre el entrante de apio sin darse cuenta.

—Querido amigo —dijo—, hay dos cosas en este mundo que no podemos saber con exactitud: si una mujer nos engaña y si un bolchevique es sincero. Suponga que fuera usted un escritor famoso y que unos jóvenes necesitados de su apoyo lo trataran de «maestro» doblando el espinazo. ¿Creería en su sinceridad? En nuestra pobre Rusia actual, tenga por seguro que los arribistas, los oportunistas y, en general, todos aquellos que pasan hambre están dispuestos, si hace falta, a revolcarse en el fango ante la imagen del señor Lenin embalsamado como un faraón.

—¿Conoce en persona a Varichkin? ¿Puede darme algún detalle sobre él?

—Leonid Vladímirovich Varichkin cursaba sus estudios en San Petersburgo en la época en la que yo estudiaba música allí. Hijo de un ujier del Ministerio de Finanzas, comenzó, al igual que todos los jóvenes descerebrados de aquellos tiempos, a involucrarse tímidamente en la Primera Revolución rusa de 1905. Tenía diecinueve años. Lo perdí de vista durante más de una década. En 1917, abro un día la gaceta revolucionaria *Pravda* y me encuentro, entre un artículo de Lenin y otro de Lunacharski, un suelto firmado por Varichkin. Me digo entonces: «¡Ajá! ¡Parece que el pequeño camarada Leonid reniega de lo burgués! ¿Se habrá decepcionado? ¿Será que la suerte no ha satisfecho sus ambiciones?». Me sorprendía todavía más encontrarme a Varichkin en aquel nido de cucos rojos cuando lo sabía ávido de consideración, honores y dinero... Pero ya sabe, viejo amigo, que para fabricar un bolchevique basta con un burgués fracasado, amargado o frustrado. Me crucé con Varichkin cierto tiempo después de la purga del Instituto Smolny. Me dijo triunfante: «Ya está, amigo, tenemos el poder. ¡Haremos la verdadera revolución y enviaremos a los falsos hermanos a comprobar si la primavera florece también en las mazmorras de nuestras fortalezas! Un buen consejo: no tengo especial interés en hacerme con tu pellejo. Lárgate esta misma noche con tu cepillo de dientes y tus partituras vía Helsinki si no quieres terminar en el calabozo». No hace falta que le cuente lo rápido que me marché a Estocolmo, ¡contento de poner el Báltico de por medio entre los nuevos reyes magos del Cristo escarlata y mi persona! No he vuelto a ver a Varichkin desde aquel día, pero me han contado sus aventuras. No crea que el camarada fue tocado súbitamente por la gracia comunista. El joven socialista demócrata de ayer contemplaba con ansias las uvas del capitalismo. Y como el destino no le permitiera probarlas, al igual que le negara, por cierto, los favores de una princesa de la que estaba fervientemente enamorado, desarrolló una suerte de rencor contra el orden establecido. Su amante, la señora Muravieva, lo empujó a unirse a la lucha de los dinamiteros de nuestra sociedad contemporánea.

—¿Se refiere a la famosa Muravieva que se destacó por su crueldad en 1918? ¿La misma que asistió un día al fusilamiento en masa de veintiséis intelectuales reaccionarios en el foso de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo?

—Esa misma. Se deleitó mirando cómo morían, sentada en una silla, con un cigarrillo en los labios. La atractiva señora Muravieva es, pues, desde hace ocho años, la amante oficial de Varichkin. Lo encarrila, lo dirige. Incluso lo aterroriza. ¡Ay, querido amigo, qué mujer tan sorprendente, la tal Irina Muravieva! Una de esas iluminadas que sueñan con la felicidad de la humanidad a ráfaga de metralleta y que envían a sus contradictores a reflexionar a los hielos de Solovki. A esos novelistas occidentales que a veces adornan páginas enteras con dudosas verdades sobre el encanto eslavo les serviría yo en bandeja a Irina Muravieva, criada por una monstruosa nodriza de cuyo pecho derecho mamó el marxismo y del izquierdo, el gusto por la morfina. Irina Muravieva, la Marquesa de Sade de la Rusia roja.

IV

E stábamos sentados el uno frente al otro, separados por un escritorio bastante modesto. En la pared había un retrato de Karl Marx y proclamas en ruso. Una gran piedra de los Urales comprimía una pila de papeles sobre un velador. A través de los dos altos ventanales que daban a Wilhelmstrasse, se distinguía el antiguo palacio del príncipe Joaquín de Prusia, flanqueado por un par de buqués de árboles, como un costillar de carne fría entre dos ramilletes de perejil.

El señor Leonid Vladímirovich Varichkin fumaba un cigarrillo de lujo de quince centímetros de largo. Una perla bien orientada adornaba su corbata, sencilla pero de buen gusto. Inocente de mí, había llegado a preguntarme si aquel representante de los sóviets me recibiría en mono de trabajo igualitario y proletario. Me equivoqué. Iba vestido como un burgués respetable, si no elegante. Gracias a las cartas de presentación que le había hecho llegar, nuestro primer contacto fue cordial y desprovisto de formalismos. Me habían dicho, de hecho, que las personas con título nobiliario eran siempre bien recibidas por los bolcheviques en el extranjero. Varichkin, en efecto, me pareció muy amable. Nada en su aspecto evocaba el gusto por las distracciones sanguinarias. Su cabello liso y negro, peinado hacia atrás, su sotabarba negra, corta y ondulada, su tez aceitunada y sus pómulos algo salientes traicionaban un atavismo tártaro, lo cual no impedía que se condujera con la más perfecta cortesía de un diplomático occidental.

Ojeó mi dossier con gravedad. Compulsó algunos documentos de Estado, comparó las fechas. Luego declaró:

—Todo esto es auténtico, mi querido príncipe. Las escrituras de propiedad de lord Wynham están formalmente registradas en esta estadística de tierras antaño pertenecientes a extranjeros... Digo «antaño» porque ya sabe que la tierra ha sido socializada en nuestro país. El derecho a la propiedad fue anulado para siempre por decreto el 26 de octubre de 1917; y la tierra, prestada al trabajador que la pudiera explotar. Pero, en 1920, mis camaradas de Moscú juzgaron oportuno no rechazar las ofertas del capital extranjero y decidieron acordar concesiones en ciertos casos. Me dice usted que lady Wynham desea, con el concurso de algunos capitalistas ingleses, revalorizar las riquezas petrolíferas del territorio del que es la heredera legal. Voy a estudiar las bases del negocio, que tiene su importancia, puesto que representa una inversión de, al menos, ochenta o cien millones de francos.

—Señor Varichkin, lady Wynham le estaría personalmente agradecida si pusiera en marcha las gestiones necesarias.

Estuvimos hablando del asunto en profundidad. Una media hora de conversación después, el delegado de los sóviets tenía quince colillas en su cenicero y el tono de nuestro diálogo había tomado un cariz más familiar. Era evidente que Varichkin se

interesaba menos por el negocio en sí que por la personalidad de lady Diana, y que yo no le resultaba en absoluto antipático.

—He oído hablar mucho de la viuda de lord Wynham porque, entre un estudio económico y otro, no descuido la lectura de las revistas inglesas. ¿Es cierto lo que dicen de que su amiga es la mujer más hermosa de Londres?

—Una de las más hermosas, probablemente.

—Y todo un personaje.

—Más que un personaje: una verdadera mujer.

—No me disgusta la idea de tener que tratar con una criatura tan excepcional. Escúcheme, querido príncipe, me gustaría que me diera algunos detalles sobre ella, pero, como tengo el tiempo contado esta tarde, ¿me concedería el honor de cenar conmigo? Una pequeña cena entre hombres, en *chambre séparée*, como dicen en Berlín...

—Con mucho gusto.

—Estupendo. Pasaré a recogerlo esta noche a las ocho en el hotel Adlon.

Justo cuando me estaba levantando, la puerta del despacho se abrió bruscamente y una mujercita morena, vestida con un sobrio traje de chaqueta, entró con paso decidido, como si tuviera acceso al despacho del delegado a cualquier hora del día. Aunque ignoraba su identidad, la mirada perentoria que me lanzó me dejó helado. Era bastante guapa, pero su boca pequeña de labios delgados no desprendía bondad alguna, y sus ojos del color claro de la lazulita distaban mucho de ser angelicales. Sujetaba en la mano un largo telegrama oficial y lo lanzó con desprecio sobre el escritorio de Varichkin. Con inesperada voz de contralto, anunció al tiempo que se encogía de hombros:

—Ahí le dejo la última insensatez de Stepanovich. Se niega a concederles el visado a los técnicos de Hannover que debían supervisar la rehabilitación de las turbinas de Kazán. ¡Es absurdo!

Pero Varichkin parecía encontrarles menor atractivo a las turbinas de Kazán que a la misión que yo encarnaba. Me presentó:

—Querida mía: el príncipe Séliman... de Londres. —Y, volviéndose a la mujercita morena, añadió—: La señora Irina Alexandrovna Muravieva.

Besé la mano de la famosa Irina Muravieva y la observé disimulando mi sorpresa. Después de lo que me había contado Semevski, me esperaba a una amazona que, a falta del seno cortado, se impusiera a mi asustada consideración con el porte altivo de una domadora o con el aspecto feroz de una *Grande Mademoiselle*^[9] resucitada en la avenida Nevski. Constaté una vez más que la imaginación es una partera de fantasmas que se esfuman con el soplo de la realidad. ¿Quién habría sido capaz de creer que aquella damisela vestida de gris hubiera desempeñado tan horrible papel durante la sanguinaria represión de 1918 y que los ucases que habían salido de sus finos labios hubieran constituido sentencias letales?

Varichkin añadió:

—Querida, el príncipe Séliman ha venido de parte de los herederos de lord Wynham por un asunto de unas concesiones de petróleo en Georgia. Me ha invitado a cenar esta noche para discutir el tema.

La explicación del delegado me dio que pensar. Había dicho «los herederos de lord Wynham» y no «lady Diana». Me había atribuido a mí la invitación a aquella cena íntima cuando, en realidad, era yo su invitado. ¿Por qué?

La señora Muravieva volvió a mirarme de arriba abajo.

—¿Es usted el mandatario de esos herederos, príncipe?

—Sí, señora.

—¿Son muchos?

Sentía el peso de la mirada de Varichkin sobre mí. Intuí que no me convenía decirle la verdad.

—Se trata de dos menores, señora, representados por un tutor legal —respondí.

Me volví hacia Varichkin y adiviné que estaba satisfecho. Pero Muravieva volvió a la carga:

—Leí anoche en un periódico de Londres un artículo sobre lady Wynham. Ha bailado desnuda en un teatro, para gran escándalo del público. ¿Es pariente de lord Wynham?

—Es su viuda. Pero posee un patrimonio paterno y ningún derecho sobre la herencia del difunto lord.

—¿Ah, sí?

Intercambié alguna que otra ingeniosidad con aquella temible interlocutora y me retiré. En el pasillo, el señor Varichkin me estrechó la mano con fuerza y murmuró:

—Gracias... Hasta esta noche, sin falta.

Salí de la casa de los sóviets algo perplejo, y hasta la hora de la cena no pude quitarme de la cabeza la silueta menuda, frágil e inquietante de Irina Muravieva, verdugo de corazones y torturadora de cuerpos.

—¿Es este el retrato de lady Wynham? —me preguntó Varichkin tomando despreocupadamente de la mesa de mi habitación de hotel el marco de oro que la adornaba.

—Sí. ¿Qué le parece?

—Soberbia.

Se inclinó algo más sobre la fotografía. Los ojos negros le brillaban. La mueca del deseo se le dibujó en la boca.

—Verdaderamente soberbia... —repitió—. Toda la finura de una raza en un cuerpo estilizado.

Luego, de pronto:

—Querido amigo, es un diplomático nato. Ha hecho bien silenciando los intereses de lady Wynham en este asunto.

—Me pareció que eso era lo que usted quería. La señora Muravieva, si no me equivoco, está estrechamente vinculada a su carrera política, ¿no?

—¡Estrechamente vinculada! ¡Ja, ja! —La risa de Varichkin resonó como los restallidos de un *knut*—. ^[10] ¡Querrá decir que me tiraniza desde que durmió por primera vez en mi pequeña cama de menchevique timorato hace ocho años!

—Todas las musas son un poco absorbentes...

—La señora Muravieva me absorbería totalmente si se lo permitiera... Pero le estoy contando confidencias, querido amigo...

—Amigo mío, sus confidencias están a salvo conmigo.

—Hay simpatías que son espontáneas, ¿verdad? ¿Un cigarrillo? ¿No? Es espantoso lo mucho que fumo. Cuando me acuesto con una mujer, hago más agujeros en las sábanas de los que podría bendecir un papa.

—Ya estoy listo, Varichkin. ¿Dónde vamos a cenar?

—En el Walhalla de Bellevuestrasse. Soy cliente habitual. Tendremos caviar fresco, traído por valija. Yo mismo lo envío siempre que ceno allí. Lo regaremos con cinco o seis botellas de Heidsieck Monopole de 1911. Esos imbéciles no me lo querían servir últimamente por culpa de la ocupación del Ruhr. Pero yo les dije: «Si ocuparan la región de Champagne, ¿creen que los franceses se iban a limitar a beber cerveza?». Son unos patanes, querido amigo. Unos patanes pretenciosos con charreteras. Solo han tenido una única idea genial en toda la historia.

—¿Cuál?

—El tren precintado de Lenin de 1917.

Media hora más tarde, estábamos sentados a la mesa, uno enfrente del otro, en un reservado del *Weinrestaurant Walhalla*, un saloncito gris perla, negro y berenjena, con cuadriláteros de cretona fúnebre, al más puro estilo muniqués. En medio de la mesa, entre cuatro limones, uno por punto cardinal, se hallaba un recipiente repleto de pequeñas bolitas grises, similares a huevos de hormigas de luto. Varichkin hundió en ellas la cuchara de madera, me sirvió y bromeó:

—Nosotros, los bolcheviques, solo sabemos exportar dos cosas buenas: ¡las teorías y el caviar!

La cordialidad de Varichkin incitaba a la franqueza. Mientras mi limón lloraba lágrimas aciduladas sobre mis tostaditas, confesé:

—Amigo mío, es una sensación curiosa la de estar sentado frente a un representante de la élite bolchevique. ¡Si no le parece mal que hable de élite al referirme a una república comunista!

—En absoluto, querido amigo. Solamente a los lógicos pequeñoburgueses les extrañaría que hubiera una élite en un país igualitario. Además, esta se encuentra muy reducida en el partido al que tengo el honor de pertenecer. Entre los comisarios del pueblo, solo figuramos algunos eruditos, a saber: nuestro querido Lenin, ¡Dios lo tenga en su gloria!, Kámenev, Lunacharski y yo. Trotski es un *kustar*^[11] inteligente y un simple periodista... En cuanto a nuestros camaradas Zinóviev, Kalinin,

Dzerzhinski y tantos otros, son todos analfabetos. Así es perfecto. Cada uno en su sitio y los huevos de esturión bien protegidos.

—En suma, son ustedes unos demagogos profesionales...

—Profesionales, sí. La demagogia, al igual que el pirograbado o la acuarela, tiene sus aficionados. Europa está incubando a un montón de pequeños aprendices de comunista que se dedican a parlotear en las reuniones públicas y a jugar a los soldaditos de plomo con los nuevos principios. —Varichkin hizo una mueca de desprecio dando un bocado a su caviar y continuó—: Todo eso no es más que un juego de niños, querido amigo. Nosotros hemos jugado a lo grande y con cien millones de juguetes de carne y hueso. Es mucho más apasionante. Provocar una reacción de ácido sulfúrico con zinc para obtener hidrógeno dentro de un bocal es pura física mezquina y burguesa. Provocar una reacción humana con el revólver de verdugos letones o húngaros para obtener la edad de oro, eso sí que es un trabajo bien hecho.

—Sin embargo, no parece usted tan cruel, Varichkin.

—¿Cruel yo? No le haría daño a una mosca. Soy dueño de un fox terrier que perdió las patas de atrás bajo las ruedas de un coche blindado un día de manifestaciones en Moscú. En lugar de sacrificar al pobre animal medio paralítico, le mandé construir un pequeño carrito de inválido, con el que consigue andar más o menos. Krasin me dijo un día, de broma: «Tu perro es el símbolo de nuestra Rusia, que camina mal que bien con las ruedas que le colocamos detrás».

—La comparación es bastante acertada... Pero dígame, amigo mío, ¿cómo hace uno para convertirse en un buen bolchevique?

—Muy sencillo: se reniega de las antiguas opiniones y se acecha el viento que soplará mañana. Incluso nuestro venerado maestro Ilich, o sea, Lenin, evolucionó mucho. Se hizo revolucionario de profesión (porque, en Rusia, esta es una carrera como cualquier otra). Aliñó con arte consumado los preceptos de Marx y Engels y las reflexiones sobre la violencia del señor Georges Sorel. Me reconocerá que no le fue nada mal...

—¿Y cuál ha sido el coste en toneladas de sangre humana derramada?

—¡Ay, querido amigo! ¡No se consigue la felicidad del pueblo deshojando margaritas y preguntándose si me ama un poco, mucho o locamente! El proletariado quiere su dictadura. Ha de ser muy satisfactorio ver que media docena de dictadores que piensan por él la ejercen en su nombre. Pero al ser el corolario de la dictadura un régimen draconiano, es totalmente natural que haya platos rotos. Después del último atentado fallido contra Lenin, fusilamos a quinientos rehenes, oficiales y burgueses, para vengar a nuestro difunto maestro. Así es como se reconoce un gobierno fuerte.

—¿No temen que esa crueldad inaudita desplegada durante su régimen los perjudique a ojos de la posteridad? ¿No tienen miedo de que la Historia los juzgue con severidad?

—¡Oh! ¡Qué inocente es, amigo mío! Todo se ha encarecido después de la guerra, pero la vida humana es barata. Cuando veinte millones de hombres han sido víctimas de los capitalistas enemigos, ¿qué importancia tienen unas decenas de millares de rusos inmolados en nombre de unos principios importantes? Cuando el odio, la violencia, la envidia y el egoísmo abyecto circulan libremente entre las personas civilizadas, ¿por qué se nos reprocha no haber hecho la revolución con el cayado en la mano y la flauta de Pan en los labios? Créame, somos indulgentes con los tiranos que tienen éxito y solo les lanzamos el adoquín de la moral a los fracasados de la política. Ahí tiene a su querido Kérenski, la esperanza de la burguesía liberal de Occidente. Erró el tiro y ustedes le reprochan amargamente haber sido demasiado sensible. Le habría bastado con colgarnos a todos, a Lenin y sus consortes. Medio centenar de bonitas ejecuciones de nada sin juicio previo y habría cortado el bolchevismo de raíz; la Constituyente no habría sido disuelta por el marino Jelesniakov y ustedes habrían admirado a Kérenski como al más importante de los hombres de Estado... Las revoluciones no se hacen con guantes. La revolución social por vías legales es un balancín de los socialistas dispépticos, alimentados a base de fideos hervidos y pan con gluten.

—Me va a terminar convenciendo, amigo mío.

El *maître* acababa de retirar la carpa a la Chambord para servirnos un succulento pollo a la diablo sobre lecho dorado de patatas paja. Varichkin devoraba aquella cocina tan burguesa. Ya eran dos las botellas de *extra-dry* que asomaban el gollete vacío desde su ataúd de hielo. Chocó el cristal de su copa contra la mía al tiempo que una sonrisa indulgente iluminaba sus ojos negros.

—¿Que Europa va a reprocharnos nuestros crímenes? ¡Ja, ja! —bromeó—. ¡Es usted un utópico de lo más simpático, querido amigo! ¿Que Europa huye de nosotros como de la rabia? ¡Ja, ja, ja! Cuando los reyes están encantados de estrecharnos la mano... ¡Acuérdese de la conferencia de Génova, con los representantes del papa mezclando sin escrúpulos la seda escarlata de sus sotanas con el algodón rojo de nuestras camisas! ¡Cuando Francia retira a su embajador del Vaticano para enviarnos uno a nosotros! ¡Cuando las princesas más auténticas renuncian a la perla más grande de su *sautoir* a cambio de exhibirnos a su derecha en el comedor! —Vacío la copa, entrecerró los ojos y añadió, tras un corto silencio—: Cuando lady Diana Wynham ha manifestado su deseo de negociar personalmente conmigo...

—Estoy seguro, amigo mío, de que su personalidad fascinaría a lady Diana.

Yo esperaba desde hacía tiempo aquella transición inevitable.

—No me adule, querido amigo. ¿Quién soy yo para ella? Un don nadie sin importancia. Ella nació noble. Yo solo soy el hijo de un lacayo del zarismo. Sus ancestros están ligados a la historia de Escocia. Hace cien años, los míos comían raíces, y los contemporáneos de Pushkin les dejaban la espalda rayada a correazos...

—¿Quién sabe? Quizá, si ella lo conociera, experimentaría la misma atracción extraña que sienten los eslavos por nuestras mujeres.

Varichkin se rio sarcástico. Apoyando la espalda y acariciándose la negra barba con gesto elegante, como el galán que se dispone a declamar su parlamento, trinó con su voz melodiosa:

—¡Sí, claro! Somos los moscovitas de dientes de lobo, los asiáticos de ojos ávidos y bizcos de los que habla nuestro gran poeta Blok, los escitas que marchan bajo el signo de la tempestad hacia el asalto de la civilización occidental para violar a las tres ocas blancas de su Capitolio: su Libertad, su Igualdad y su Fraternidad, esa Trinidad balante que observa sin ninguna voluntad el paso del interminable cortejo de proletarios esclavizados. Sinceramente, querido amigo, ¿de veras cree que lady Wynham podría concebir la más mínima simpatía por mí?

—Varichkin, no existe nadie bajo el sol capaz de predecir las reacciones sentimentales de una mujer, porque Mujer más Hombre más Ambiente es igual a x. Esa ecuación se plantea un millón de veces al día en este vasto mundo y obtiene cada vez un resultado distinto.

Seguimos comentando estereotipos de mujer mientras degustábamos un suflé praliné rociado con asti tras la *mousse* de fuagrás glaseado al oporto. La verdad era que aquel amable bolchevique me trataba de lo más decentemente. Ya se había establecido entre nosotros una perfecta intimidad. Yo había dejado de contar sus reiterados «querido amigo» y, en el fondo, me alegraba del excelente giro que mi misión estaba tomando. Después de los postres, juzgué que había llegado la hora de hablar claro y, seguro de no ofender a mi anfitrión, le dije:

—Escúcheme bien, Varichkin: aquí no hay oídos enemigos o simplemente indiscretos que temer, de manera que le hablaré con total franqueza, de camarada a camarada. Le he contado lo esencial sobre lady Diana. Su actitud me sugiere que el asunto es realizable, que solo necesita utilizar su influencia en Moscú. Déjeme, pues, precisarle las instrucciones que he recibido de lady Diana, que conoce bien la importancia capital de su intervención en esta coyuntura. Lady Diana está dispuesta a recompensar su colaboración en su justo valor, reservándole, el día en el que la sociedad esté constituida, una parte de sus acciones de aportación y una...

Varichkin me interrumpió con un gesto. Acarició de nuevo el astracán de su barba rizada, arrugó los párpados sardónicos y se inclinó por encima de la computera de melocotones, con la mano izquierda crispada sobre la botella de *dry*.

—Lady Wynham es hermosa. Le diré que los presentes de Artajerjes me dejan frío y que refrendaré los papeles de su concesión el día en que la aurora la sorprenda entre mis brazos. —Y, como yo permanecía mudo de asombro, añadió—: Cuento con usted, querido amigo, para comunicarle esto de una forma menos cruda. Admita, además, que mi intervención bien vale una noche de amor... Y, luego, qué quiere que le diga, a mí me gustaría probar los besos de una gran dama cuyos ancestros aparecen en los compendios históricos, inaccesible a los humildes. Todos tenemos nuestras debilidades. Usted me aporta la esperanza de satisfacer la mía. Gracias por adelantado.

Prometí a Varichkin que transmitiría sus condiciones. Pareció alegrarse bastante y, al haber bebido más que yo, su regocijo aumentaba cada cuarto de hora. De pronto, se colocó el cuchillo de plata entre los dientes y exclamó jovial:

—Míreme, ¡soy el peligro rojo! Ya sabe, el coco de los demócratas franceses. Pero ¿no le daré miedo a la sangre azul de lady Wynham? —Luego, poniéndose serio de repente, susurró—: No hace falta que le recomiende la más estricta discreción, a causa de Irina... Si se entera de algo, mis días están contados. Y los de usted también, creo yo.

—Varichkin, le agradezco mucho que me prevenga.

Este llamó al *maître*.

—Franz —ordenó—, ya puede subir el postre. —Y, como vio que me extrañaba porque ya habíamos terminado de cenar, me explicó con toda su amabilidad—: Me refiero al postre viviente. Deseo demostrarle que nosotros los bolcheviques también entendemos de tacones rojos^[12].

—¡Y tanto! A fuerza de caminar pisando sangre.

Estalló en una carcajada.

—Esta me la apunto para difundirla durante los entreactos del próximo Congreso Panruso de los Sóviets —aseguró—. Pero mire el postre anunciado, mi muy querido amigo...

Dos mujeres acababan de franquear la puerta de nuestro comedor mortuorio, dos berlinesas en traje de noche, con escote excesivo y maquillaje sin medida, unas meretrices habituales del Palais de Danse y de los restaurantes nocturnos del Kurfürstendamm. Varichkin me las presentó en los siguientes términos:

—Pedí una morena y una rubia. Franz no nos ha servido tan mal, ¿no? —Y, girándose hacia las dos cortesanas, preguntó—: ¿Cómo os llamáis?

—Frieda y Lieschen —respondió la morena—. Frieda soy yo. Lieschen es mi camarada. ¿Y vosotros? ¿Cómo os llamáis vosotros?

Varichkin las miró con desprecio, altivo.

—Mi amigo es el señor Müller; y yo, el señor Schmidt. No necesitáis saber más. Estáis aquí para distraernos.

La morena se excusó, como una buena chica.

—¡Vaya! Bueno, a nosotras nos importa un bledo, después de todo.

—Lo importante es que nos deis de beber, ¿verdad, tesoros? —insistió la rubia.

—¿Cuál prefiere? —me preguntó Varichkin muy cortésmente.

—Después de usted, Varichkin —protesté.

Mientras rivalizábamos en cortesía, la rubia y la morena esperaban con la placidez de dos bóvidos adornados con lazos. La rubia, rechoncha como un buñuelo con su vestido de lentejuelas estilo tango, se recomponía el sujetador con gesto mecánico. La morena, musculosa como un andábata, exhibía unos pectorales de acero templado y caderas de dovelaje de sillar. Se había girado púdicamente hacia la pared para volver a ajustarse la liga bajo el vestido de *chifón* verde almendra.

—Cruz, Frieda; cara, Lieschen —sugirió Varichkin lanzando un dólar sobre la mesa.

—Cara...

—¡Cruz! Me tocó Frieda.

Le hizo una señal a la morena, que fue a sentarse dócilmente en sus rodillas, mientras que Lieschen se me colgaba del cuello.

—*Schatz!* ¡Me voy a beber tu copa y conoceré tus pensamientos! —me dijo con una risita.

Varichkin accionó un interruptor. Las lámparas de la pared tapizada de cretona se apagaron. No me hacía ninguna gracia exponerme así al exceso de confianza de Lieschen, en aquella oscuridad casi total. Pero, como habría sido descortés negarme a probar las deferencias de mi anfitrión, no protesté. De pronto, se oyó un grito ronco. Le dieron una patada a la mesa. Una copa se rompió sobre un plato.

—*Ach!*... ¡Perro cochino! —articuló la voz de Frieda en argot berlinés—. ¡Me has mordido hasta el hueso!

—Tu camarada es muy apasionado, ¿no? —me murmuró Lieschen al oído.

Hice cuanto pude por tranquilizarla. Pasaron unos minutos. Lieschen, tendida a mi lado en el sofá, feliz y embobada, iba ingiriendo las copas de Heidsieck que yo le servía a tientas. Del otro lado de la mesa me llegaban algunas palabras entre susurros y roces de tela que me hacían pensar en el vuelo de una polilla tras un visillo. A la blanda distensión de un elástico siguió el crujido de un muelle y un «*Ach du!*» enamorado. De repente, sonó un grito de dolor. Se volcó la mesa con un gran estrépito de cubiertos y de porcelana rota. Luego se oyó un ruido de forcejeo seguido de una protesta de Frieda.

—¡Socorro! ¡Al asesino!

Preocupado, encendí otra vez las luces y vi a la desgraciada sujetándose el pecho izquierdo, que se le había escapado de la blusa destrozada. Tenía sangre en el escote y en las manos. Gemía de dolor. Varichkin estaba plantado delante de la puerta para impedir que se escapara.

—Pero ¿qué ha pasado? —exclamé.

—Lieschen... —gimió Frieda—. Llama a la policía... Este bruto... me ha clavado... el... tenedor de postre... en... en... el pecho.

La rubia del vestido de lentejuelas se había levantado, espantada.

—Impídaselo, querido amigo... Amordácela... El altercado es superfluo. Frieda es una blandengue que no entiende de diversiones... —me dijo Varichkin con toda la calma del mundo.

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino! —gritaba ella con voz dolorida, el rostro crispado e hipidos de sufrimiento.

Lieschen, presa de una crisis nerviosa, se había tirado en el sofá y se estaba revolcando mientras mordisqueaba mi servilleta. Yo empezaba a lamentar haber

aceptado la invitación del señor Leonid Varichkin. De hecho, este comprendió mi reprobación silenciosa y declaró con bonhomía:

—No tiene ninguna importancia, querido amigo. Incluso si esta gallinita me demandara... La inmunidad diplomática me protege. —Luego, tratando de consolar a su víctima—: Dios mío, pequeña, ¿de verdad eres tan sensible? Venga, seguro que se te cura la pupa con este billete de cincuenta dólares...

Mientras yo humedecía las sienes de Lieschen con champán, Varichkin curó la herida de Frieda con una servilleta empapada en coñac y espolvoreada con sal. Media hora más tarde, las dos bacantes se marcharon prácticamente calmadas, la rubia sujetando a la morena, que llevaba el pecho vendado. Varichkin, generoso, les deslizó dos *bank notes* más en la mano y, paternal, les dio unos golpecitos en el hombro.

—Menudas damiselas, ¿no cree? —comentó con desprecio cuando hubieron desaparecido. Y, recogiendo del suelo la botella de coñac, que no se había roto de milagro, sirvió con ella dos grandes vasos y proclamó—: ¡De verdad, amigo, que ya no saben divertirse en Berlín!

Aquella misma noche, de regreso en el hotel Adlon, redacté el siguiente cablegrama a la atención de lady Diana:

Visto personaje. Consiente ayudaros pero rechaza oferta acciones.
Exige pago en especie. Reflexionad y telegrafiad decisión. Saludos.
Gérard.

Al día siguiente por la mañana, el sol brillaba iluminando la fachada Luis xv de la embajada de Francia en la Pariser Platz, que se veía desde mi ventana. Resolví dar un paseo por el Tiergarten, pero, según cruzaba el recibidor del hotel, un botones salió a mi encuentro.

—Excelencia, este señor desea hablarle.

Se refería a un individuo vestido sin elegancia que se hallaba detrás de él y me aguardaba, con la cabeza descubierta. El desconocido se acercó y me dijo en alemán, con un marcado acento ruso, que tenía un mensaje que transmitirme en mano. Me tendió un sobre blanco.

—¿Viene de parte de la delegación de los sóviets?

El hombre hizo una mueca evasiva y se fue. Intrigado por aquel misterio, rompí el sello de lacre del sobre y leí estas líneas, escritas con un trazo fino pero regular:

Caballero, ayer me engañó al no revelarme que lady Diana Wynham es la heredera de las tierras de Telavi. Esta mentira pueril no le hace honor a su olfato, pues habría debido imaginar que no tardaría más de veinticuatro horas en comprobarlo. Permitirá, pues, que una mujer indefensa le dé un consejo: absténgase en el futuro de ocuparse

de los intereses de su hermosa escocesa en Georgia. De lo contrario, se expondría a serios peligros... Irina Muravieva.

Leí dos veces aquel mensaje amenazador y me acordé de la mirada de la mujer indefensa que lo firmaba. Aquella mirada me persiguió a lo largo de mi paseo hasta el monumento de Richard Wagner. Volvía a ver a la señora Muravieva con su trajecito de chaqueta gris, tan correcto, tan sencillo, tal y como se me había aparecido en el despacho de Varichkin; la señora Muravieva, el terror de los calabozos de la Lubianka y regidora de la parca en los sótanos de la siniestra prisión... Una advertencia de aquella mujer no era moco de pavo.

V

Me despertó el ruido de un pesado baúl arrastrado por el parqué de la habitación contigua. Mi reloj marcaba las nueve. Me había arrancado de una pesadilla barroca, poblada de globos de niños que una mano satánica destrozaba a navajazos. El camarero me trajo el *breakfast*.

—¿Han ocupado la habitación de al lado? —le pregunté.

—Sí, excelencia —contestó esbozando una sonrisa ambigua—. Una hermosa mujer... Y, como dice el viejo proverbio turingio: más vale chica guapa del otro lado de la pared que mujerzuela mellada de este lado de las sábanas...

El mozo iniciado en folclore germánico dio media vuelta para marcharse, y el vuelo de su chaqué se elevó al otro lado de la puerta. Me disponía a untar de mantequilla una tostada cuando llamaron de nuevo. Apareció el mismo camarero, se cuadró ritualmente y me dijo:

—Perdón, excelencia, pero la señora de al lado me ha pedido que abra la puerta que comunica sus habitaciones.

Estaba a punto de asombrarme ante aquella insólita pretensión cuando oí una voz cantarina que me llamaba desde detrás de la puerta comunicante, lacada en crema y oro.

—¡Hello, Gérard! ¡Soy yo!

Entró lady Diana. Todavía iba vestida con su ropa de viaje. Me excusé por recibirla en mi pijama color malva, pero ella me cerró la boca con su mano enguantada. Me besó como una hermana mayor contenta de volver a ver a su hermanito.

—¿Quién es el que está sorprendido? ¡Gérard! No os esperabais que viniera tan rápido, ¿verdad? —exclamó—. Pero soy una mujer de armas tomar. Recibí vuestro cable ayer a las once de la noche. A la una ya estaba de camino, vía Dover y Flesinga. Y aquí estoy... Gérard, tengo hambre. ¿Me permitís que os robe una tostada y que le dé un sorbito a vuestro café con leche?

Me alegraba mucho de volver a ver a lady Diana. Estaba muy atractiva con su *tweed* color linaza y la pequeña toca de cuero leonado... Extrajo una polvera de su bolso morado de piel de cocodrilo y, empolvándose prestamente con impaciencia excusable, me bombardeó a preguntas.

—Entonces, ¿habéis visto al bolchevique? ¿Le expusisteis el asunto correctamente? No comprendí vuestro comunicado... Exige un pago en especie. ¿Se refiere a petróleo o a mis besos? ¿Lo que quiere es uno de mis pozos o un hueco en mi cama? ¿Tenéis su retrato, al menos? Seguro que no brilla por su aseo, ¿verdad? Creo que el jabón es muy caro en Moscú... Os lo ruego, Gérard, contadme, quiero saberlo todo.

Le hice un informe detallado de mi misión mientras sus bonitos dientes cincelaban lúnulas en mi última tostada. Al final, asintió con la cabeza.

—Entendido —concluyó—. Los datos del problema están claros. Ese joven puede conseguirme la concesión. La cuestión reside en si quince mil desiatinas de tierra caucásea valen una noche de amor. ¿Qué pensáis vos, Gérard?

—Querida, eso depende del valor que atribuyáis a una noche de amor. Conozco a innumerables mujeres por las que yo no daría ni un arpende de tierra cultivable en Gennevilliers. Y he conocido a otras cuyos favores valdrían en la Bolsa de Eros cinco hectáreas de pinos de las Landas. La equivalencia agronómica de una mujer no está codificada con precisión. Hay tantas criaturas con el corazón como un terreno baldío y el busto falto de fosfato... En lo que a vos respecta, Beaucé y todos sus trigales, Burdeos y todos sus viñedos no serían suficientes para pagar el sabor de vuestros besos.

Lady Diana me lanzó cariñosamente a la cara una servilleta adamascada.

—Gérard, no os pido que me aduléis. Deseo una opinión sincera.

—Mi opinión es que habréis de desconfiar si aceptáis el trato de Varichkin.

—¿Desconfiar de quién?

—De la señora Muravieva. Vos no conocéis a esa mujer. Un *hooligan* en la esquina de Whitechapel Road me preocuparía menos que la señora Muravieva sentada a un escritorio estilo Imperio.

Lady Diana levantó la cabeza. Se pintó los labios con ayuda de su espejo de bolsillo, me miró de reojo a través de sus largas pestañas, se retocó el rodete y su sombrerito dorado y dijo:

—Gérard, ¿me creeríais si os confesara que quizá me deje tentar por la aventura precisamente a causa de ella?

—Os creería perfectamente. Sois una amante del riesgo.

—Vuestra Irina no me da miedo, ya lo sabéis.

—Disculpad, pero no es mía. Es Varichkin quien es de ella.

—¡Mejor así!

—Seréis cazadora furtiva en sus tierras... ¡Que la Virgen de la Checa os proteja!

—Con el debido respeto, mi pequeño Gérard, os estáis olvidando de los principios básicos del comunismo, tan apreciados, seguro, por la señora Muravieva... Todo es de todos. Nada es de nadie. Puesto que ya no existe la propiedad privada, podemos compartir el corazón del señor Varichkin.

—Por desgracia, mi pobre amiga, las mujeres no nacionalizarán jamás a sus amantes.

Lady Diana, sentada en el borde de mi cama, se inclinó hacia delante para mirarse en el espejo de un tocador situado en la pared de enfrente. Se quitó la toca de cuero, la lanzó sobre el sofá, comenzó a sacudirse el pelo y se interrumpió de repente.

—¿No se os ha caído algo bajo la cama? —me preguntó—. Ahí, detrás de la pata izquierda...

Descubrí, en efecto, un objeto cuya presencia bajo mi lecho era nada menos que insólita. Un minúsculo transmisor de ebonita, montado sobre una pequeña plataforma y conectado a unos hilos conductores que desaparecían bajo la alfombra.

—¡Vaya, vaya! —murmuré—. Parece que alguien está interesado en nuestra conversación.

Indiqué a lady Diana con un gesto que bajara la voz. Ella se agachó junto a mí y contempló el artefacto con curiosidad.

—Es un micrófono —le dije.

Me levanté, cogí un pañuelo y lo introduje en la pequeña hendidura del objeto.

—Ahora, querida, ya no es necesario seguir susurrando. No pueden oírnos. — Palpé la alfombra y noté que los cables, como venas bajo la piel, se dirigían hacia la puerta que comunicaba con la habitación de la izquierda—. Tenemos un vecino que no quiere perderse ni una palabra de nuestra conversación, eso es todo.

—Tiene fácil solución... Cortad los cables, Gérard.

—No, no... Mejor que no sepa que lo sabemos.

—Pero ¿quién habrá podido colocar este aparato sin que os dierais cuenta?

—Un camarero de planta al que hubieran comprado los curiosos...

Lady Diana no pareció en absoluto alarmada.

—Gérard, ¡qué divertido! —declaró jovial, mientras se me colgaba afectuosamente del cuello—. Soy como todas las mujeres: me encanta el misterio y no me gustan los triunfos demasiado fáciles. La carta de la señora Muravieva que me habéis mostrado y este aparatito de debajo de vuestra cama son los condimentos perfectos para estos *zakuski*^[13] moscovitas... Avisaréis al señor Varichkin de que lo invito a cenar mañana por la noche en mi salón privado, con usted. Y, ahora, voy a decirle a Juliette que deshaga mi baúl y me dará un baño bien caliente. Luego mandaré llamar al peluquero... ¿Ondular se dice *onduliren*, no? ¿Y propina? ¿*Trinkgeld*? Bien. A mediodía, pediréis un coche y nos iremos a comer los dos solos a la Isla de los Pavos Reales, por el lado de Grunewald... Esta noche cuento con vos para que me arregléis una pequeña correría por Charlottenburg y sus salas de fiesta... Quiero concederme veinticuatro horas de permiso antes de pasar a los asuntos serios.

—Mi querido Varichkin —dije al entrar en el despacho del delegado—, he venido esta misma mañana para anunciarle algo que no le disgustará en absoluto.

Varichkin me tendió su caja de cigarrillos y entornó los párpados con aire cómplice.

—Lo sé. Está aquí. Habitación 44, en el Adlon... La contigua a la suya... Llegó vestida de marrón y tocada de cuero color leonado.

—¿La ha visto?

—No. La *hemos* visto. Somos la gente mejor informada de Europa.

—Le felicito...

—No parece sorprendido ante la exactitud de estos detalles.

—No, amigo mío, pero un consejo: cuando pida que coloquen micrófonos ocultos en las habitaciones de sus amigos, arrégleselas para que no queden tan a la vista.

La sorpresa de mi interlocutor me desconcertó. Se inclinó sobre el escritorio y me miró incrédulo.

—¿Un micrófono? —repitió. Y, como le confirmé mi descubrimiento, se acarició la barba, pensativo, y murmuró—: ¡Ay! Esto sí que me disgusta.

—¿No eran sus esbirros los que estaban al otro lado de la línea?

—No. Y solo se me ocurre una persona a la que pudieran interesar sus intenciones: Irina. Ha hecho bien al prevenirme, querido amigo... La señora Muravieva habrá olido la rata, como dicen en Inglaterra. Y a mí no me va a quedar más remedio que estar en guardia. Gracias por la advertencia. Pero ¿qué le ha contestado su querida lady Wynham?

—Me ha rogado que lo invite a cenar mañana por la noche. Estaremos los tres.

—Acepto con mucho gusto. ¿Dónde?

—En el hotel, en su salón privado. Cree que será el lugar más discreto y el que más le conviene.

Varichkin reflexionó.

—Sí..., tomaré mis precauciones. A propósito, he teleografiado a Moscú y creo que el asunto podría tener éxito, en principio.

—¡Ah, qué bien!

El delegado esbozó una sonrisa faunesca.

—Lady Diana tiene ahora la solución del problema entre sus manos.

Me levanté y estreché la diestra de Varichkin.

—Entre las... manos de lady Diana es un eufemismo muy acertado —concluí sencillamente—. Hasta mañana, amigo mío.

Lady Diana y yo cenamos en el restaurante Sans Souci del Kurfürstendamm, los Campos Elíseos de Berlín Oeste. A nuestra izquierda, en el carrito de los postres, se exhibían hojaldres rosas y verdes con festón de nata bajo un quincunce de praliné de moca. A nuestra derecha, dos sajones condimentaban el curso del mercado de divisas con una ensalada de arenques del Báltico aderezada con morro de buey. A nuestra espalda, dos judías de cabellos crespos y labios gruesos mascaban mondadientes tras la pantalla curva de sus manos.

El *maître* acababa de ofrecerle a lady Diana el segundo bocado de una bandeja cargada de *Delikatessen*. Yo le estaba aconsejando que probara las apetitosas rodajitas de un salchichón de *foie* de ave y *anchoïade* cuando me planteó un problema de orden fisiológico.

—Según vos, Gérard, ¿qué es más penoso: que un hombre refinado satisfaga a una mujer fea, o que una mujer hermosa soporte los besos de un bruto?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Porque estoy pensando en Varichkin y en sus condiciones.

—No creo que vayáis a sentir por él la típica repulsión. Ese delegado de los sóviets no es ni un bruto ni un ángel. Se parece a la mayoría de los humanos, con alma de piel de leopardo, moteada de vicios inconfesables y taras excusables. Si bien es verdad que los chequistas le han contagiado una ligera propensión al sadismo, lo ha hecho conservando unas costumbres de urbanidad pueril y occidental.

—¿Podría gustarle a una mujer como yo?

—Sí... ¿Conocéis el *Caracalla* del Museo Vaticano, con su sotabarba y su mirada de vividor satisfecho? Acentuad los rasgos asiáticos del hijo de Septimio Severo y os estaréis imaginando al señor Varichkin, procónsul del imperio de los sóviets en el de los teutones, *gentleman* casi perfecto, que hostiga a la aristocracia en Rusia, pero la honra lejos del país de Miguel Strogoff; hombre ingenioso a ratos y filántropo de efecto retardado; el señor Varichkin, resumiendo, el que tuvo la generosa idea de invitar a los comisarios del pueblo a disecar a un burgués ruso y a conservar la *rara avis* en el Museo Etnográfico de Moscú antes de que la raza desapareciera por completo.

—¿Y lo único que quiere ese hombre de mí es una noche de amor?

—Sí.

Lady Diana sorbió el oro líquido de su *Liebfraumilch*.

—O se excede o no llega. Vuestro eslavo carece de *savoir faire* —concluyó sonriente.

Después de la cena, para matar el tiempo, la llevé al Theater des Westens, en el que los ritornelos de una opereta vienesa nos recordaron los domingos sentimentales de las *Mädel* con sus trenzas de oro. Cuando salimos del teatro, lady Diana arrebujo en su abrigo de brocado los últimos compases del señor Franz Lehár.

—Querido —dijo al subir al automóvil—, llevadme ahora a algún espectáculo picante. Después de estas chucherías, probaría con gusto el guindillo de una saturnal clandestina.

—Entonces no os llevaré ni al Palais de Danse ni al Fox Trot Club. Tengo algo mejor que ofrecer.

Le indiqué una dirección al chófer, que arrancó velozmente a pesar de los gestos furibundos del *Schupo* de guardia. Cruzamos Kurfürst, esa vía sagrada que conduce al Venusberg de los placeres prohibidos, y nos detuvimos en la esquina de Fasanenstrasse.

Un palacete al fondo de un jardín. Boj en el sendero y el aire cargado de sándalo. El lamento humano de un saxofón escapándose a través de las contraventanas cerradas.

—Se trata de un *Tanzlokal*^[14] bastante exclusivo, en el que se baila ligero de ropa entre gente educada —le expliqué a lady Diana, que estaba intrigada.

Un lacayo, engalanado como un *Vortänzer*^[15] de la corte de antaño, nos desembarazó de nuestros abrigos. La dueña de la casa salió a recibirnos, adiposa y sonriente. Rostro abotargado, cigomas impregnados de un rosa apagado. Cabello

color azafrán, cortado groseramente. Un rubí en forma de pera entre los pechos. Se la presenté a lady Diana.

—Frau Sonnenfeld, más conocida como baronesa Hilda... Anfitriona de los noctámbulos berlineses y proveedora de adrenalina.

—*Ach, Milady, wie reizend!*^[16] —exclamó la baronesa Hilda—. Encantada de recibirlos. Aquí van a estar entre personas de la alta... extrachics. Mis salones los frecuentan las damas de la mejor sociedad de Berlín Oeste. Libertad sin límites mientras se comporten como es debido. ¡Digo esto porque la otra noche hubo un *Skandal* terrible! Imagínese que uno de mis amigos había venido con un húngaro, un conde auténtico. *Oui, oui*. Me aseguraron, incluso, que había sido edecán del almirante Horthy. En fin, un perfecto hombre de mundo, ¿no? Pues bien, ¿saben lo que hizo a las dos de la mañana? Estaba todo el mundo un poco piripi y descubrió en un sofá a una joven que estaba durmiendo la mona, después de haberse pimplado una botella de coñac. De *Französischer Kogna*^[17] el mejor. Se sacó una navaja de afeitar del bolsillo y le rapó la cabeza a la durmiente como si nada. La cabeza... ¡y el resto! ¡Y el resto, *oui, oui!* —repitió entre risitas—. Cuando el amante de la joven dama constató el destrozo que el magiar había causado en el sistema piloso de su bienamada, se abalanzó sobre el culpable, le rompió una jarrita de cúmel en el cráneo y lo tiró, a puñetazos, por la ventana de la planta baja... ¡Menuda historia! Pero háganme el favor de elegir sus kimonos en el probador.

La fiesta estaba en su apogeo. Hombres y mujeres vestidos únicamente con albornoces abigarrados se aglutinaban al antojo de sus afinidades en los sofás, hundidos como arrecifes de coral del archipiélago polinesio. De repente, las luces se apagaron. Los que bailaban se reabsorbieron en los cojines dispersos.

—Damas y caballeros —anunció la baronesa Hilda—, ante ustedes la maravilla del siglo, la bailarina Lolita, la antigua amante del príncipe Baruchkin, asesinado por los bolcheviques en 1918.

Se hizo el silencio. Se apagaron las últimas luces amarillas. De pronto, en medio de la oscuridad casi total, surgió una mujer fosforescente. Lolita, completamente desnuda, se había untado el cuerpo, incluidas las partes más recónditas de su anatomía, con una pasta fosforescente que le permitía desplazarse por la oscuridad cual sombra luminosa. Empezó a bailar. Lady Diana se inclinó hacia mí.

—Podríamos leer el periódico a la luz del sudor de sus pechos... —me susurró al oído.

—¡Oh! ¡Qué guapa es! Me recuerda una estatua del Tiergarten bajo cuya sombra me entregué a mi ahijado la noche del Armisticio —gimió una pequeña berlinesa colgada del cuello de mi vecino.

Lolita desapareció. *Fiat lux!* El jazz comenzó de nuevo. Se agitaron los kimonos. Charlamos con la baronesa Hilda.

—Estoy rodeada de monstruos encantadores, ¿no creen? —Melindreó—. ¡Ay! Sin querer echarme flores, les aseguro que todos los desquiciados, medio locos,

fetichistas, ninfómanas y abúlicos de Europa central han pasado por aquí. ¿Pues no me vino la otra noche un émulo de Haarmann, el loco de Hannover^[18], pidiéndome muy educadamente si no le podía servir una tacita de sangre humana con azahar y pimienta roja? Un poeta, sin duda, ¿no, milady?

Lady Diana contemplaba a nuestra interlocutora con curiosidad a través de las espilleras de sus impertinentes constelados de brillantes. Yo me disponía a hablar, pero llamaron a la puerta. Cuchichearon al otro lado de las pesadas cortinas. Pensando que el tiempo era oro para la baronesa Hilda y que no había que retrasar el placer que aguardaba a los recién llegados como un gnomo al acecho de una sonrisa equívoca, entregué cien *Rentenmark* a la baronesa y pronto estuvimos en la calle de los Faisanes. Lady Diana se estremeció. Para distraerla de aquellas visiones desalentadoras, exclamé con un optimismo afectado y artificial:

—La humanidad parece una enfermería llena de infectados... Afortunadamente, los hay que se curan.

Lady Diana se ciñó el abrigo por encima de los hombros desnudos.

—Sí... Los que se mueren —se limitó a replicar.

VI

El primer encuentro de lady Diana con Varichkin se pareció a la toma de hierro inicial de dos duelistas que se observan. El ruso batió enseguida —*tirez droit*— con un cumplido bien hecho, y no hubo contrarrespuesta por parte de la inglesa, que paró con la distancia.

Aquel enfrentamiento preliminar tuvo lugar en el salón de lady Diana, ante tres cócteles equidistantes servidos en copas de cristal de Bohemia sobre tallo de cristal verde. Le había propuesto a lady Diana pretextar cualquier cosa y marcharme para dejarla a solas con su pretendiente, pero ella lo había rechazado; prefería que asistiera a aquel prólogo como testigo imparcial.

A las ocho nos sentamos a la mesa, los tres muy alegres. Para la ocasión, Varichkin había elegido un esmoquin que habría hecho las delicias de cualquier *dandy* londinense, un esmoquin con solapas tornasoladas y chaleco de faya negra, ornado con una cadena de reloj y un dije simbólico: una hoz y un martillo de oro con incrustaciones de rubí. Salvando aquella insignia evocadora de los sóviets, Varichkin podía haber pasado por un capitalista cualquiera. Para hacer honor a su comensal, lady Diana iba —apenas— ataviada con un vestido de brocado malva y rameados de plata y una diadema de brillantes y esmeraldas en el pelo. Cuando el *maître* se hubo retirado con la sopa, me incliné bajo la mesa de manera ostentosa.

—¡Qué sorpresa! Nadie nos escucha... —exclamé haciéndome el sorprendido.

—¿Ninguna línea de fondo disimulada bajo la alfombra? —preguntó irónica lady Diana.

Varichkin hizo un gesto tranquilizador.

—He tomado mis precauciones. El hombre que nos atiende está al servicio de mis informadores privados, mientras que el camarero de planta, según me comunicaron ayer, trabaja para la señora Muravieva.

—Esto sí que es gracioso... ¿Cada uno tiene su red de espías?

—No hay más remedio. Porque seguro que no la sorprende, lady Wynham, si le digo que, para la señora Muravieva, usted no es *persona gratissima* y que emplea en su contra los procedimientos al uso en nuestra querida ciudad de Moscú.

—... Capital de la delación, si no me engaño.

—Exacto. La Checa sin informadores sería como una recién casada sin alianza... ¡O como un sóviet sin sayón!

Serví un poco de Rüdeshheimer en la copa de Varichkin y le pedí que nos explicara su humorada.

—Vamos, querido amigo, cae por su propio peso. No le ocultamos a nadie que el Gobierno de los sóviets no re-presenta la voluntad de la mayoría del pueblo ruso. Cuando las gacetas comunistas de Francia o Inglaterra comentan los deseos de la

opinión pública rusa, hablan de la opinión de una minoría activa, pero limitada... En nuestro país, la libertad de prensa pasó a mejor vida en 1918, como, de hecho, ocurrió con el resto de las libertades, y está muy bien así, porque la libertad es tan perjudicial para los pueblos como para las mujeres.

Lady Diana escuchaba con interés las palabras de su vecino.

—Pero —dijo ella— ¿cómo pueden soportar esa atmósfera de espionaje perpetuo?

—Mi querida lady Wynham —respondió Varichkin con su voz más dulce, al tiempo que le ofrecía uno de sus mejores cigarrillos y se lo encendía galantemente—, uno se acostumbra. Nuestra Checa, que es una suerte de comité de vigilancia político, desempeña el papel del médico de guardia encargado de tomarles el pulso a nuestros conciudadanos a cualquier hora del día y de la noche. De modo que tiene a sueldo a millares de enfermeros voluntarios auscultando puertas, escuchando lo que se dice y diagnosticando los accesos de fiebre blanca.

—Viven ustedes entonces a merced de las denuncias de esa gente, que, me imagino, no peca de exceso de honestidad... ¿Qué tipo de persona aceptaría esa degradante profesión?

—Los especuladores indultados, los asesinos amnistiados, los antiguos policías del zarismo que compran así su propia seguridad... Gracias a sus revelaciones, cortamos de raíz cualquier tentativa de contrarrevolución, lo cual, para un régimen como el nuestro, es la base de la prudencia.

—¡Pero seguro que se producen muchísimas acusaciones inmerecidas, denuncias inspiradas por la venganza o informes falsos!

—¡Así es! Y, puesto que cualquier acusado de contrarrevolucionario, incluso sin pruebas, se expone a la pena de muerte, muchos inocentes terminan en los sótanos de la Lubianka. Pero no tiene importancia, porque mejor fusilar a diez inocentes que dejar escapar a un alborotador peligroso para el régimen.

Los hombros desnudos de lady Diana se estremecieron imperceptiblemente. Lanzó una mirada tan extraña a Varichkin que este intentó desagraviar el cinismo de su confesión.

—Además, esté segura, querida lady Wynham, de que el Terror Rojo probablemente haya causado ya más víctimas de las que provocará... —añadió con mucho tiento, como si tratara de tranquilizar con buenas palabras a una niña asustada—. Hay que dejar atrás el pasado. Los muertos enseguida se olvidan, ya lo sabe. Entre nosotros, dígame si los últimos soberanos europeos piensan todavía en la masacre del zar y de su familia. ¿El destino trágico de este potentado desaparecido le impide al rey de España salir de picos pardos o al príncipe de Gales disfrazarse de bandido en los bailes de máscaras? Reyes, fósiles vivientes de una edad pasada. No sea, pues, más papista que el papa, y no se preocupe de la suerte de las decenas de miles de aristócratas o de burgueses que, de todas formas, habrían muerto algo más tarde de una parálisis cerebral o de apendicitis... Mi querido amigo, Danton, Marat o

Robespierre son grandes nombres de la historia de Francia. Mi querida lady Wynham, ¿no se avergüenza de ser compatriota de Cromwell, que mandó cortar la cabeza a su rey Carlos I? ¿Podrían explicarme por qué habría de ser mejor el hacha o la guillotina que las Brownings de nuestros verdugos? ¿Que nosotros hemos causado más víctimas? Sí, pero somos más de cien millones de rusos. La proporción de supervivientes es más o menos la misma. Además, después de todo, lo que hacemos es imitar a los americanos.

—¿Cómo dice? —pregunté sorprendido.

Varichkin vació su copa.

—Matamos en serie, como el señor Ford —aclaró—. Solo que no lo hacemos con automóviles.

Lady Diana entreabrió sus hermosos labios y permitió que unas volutas de humo cerúleo ascendieran en lentas espirales hacia la araña.

—Señor Varichkin, me da usted miedo —concluyó.

—¡Ay! ¡*Dear lady Diana!* ¡No puede hablar en serio! —protestó el ruso—. Yo, un hombrecito tan modesto, ¿darle miedo? Pero si le aseguro que ya ha estado rodeada de aristócratas británicos o de banqueros cosmopolitas que escondían bajo su aspecto inofensivo un alma de sátrapa... ¿De verdad cree que se nace tirano al igual que se nace músico o contribuyente? ¿Qué es, a fin de cuentas, la crueldad del tirano? La manifestación del instinto de supervivencia. Nada más. Un chupatintas sin importancia a quien el destino ha llevado a dirigir a millones de individuos que lo odian se convertirá en un perfecto Calígula. No crea que ordenará la muerte de sus semejantes para que sepan quién es el jefe, sino para deshacerse de posibles asesinos. Porque hay tantos Tamerlanes insospechados como enamoradas aún por revelar...

Esperé a que sirvieran el asado y entonces expuse mi objeción.

—Se olvida de la crueldad voluntaria del apóstol convencido de que trabaja por el bien de la especie, amigo mío. Toda fe radical ha engendrado un ultraje a la humanidad. A Torquemada y Jiménez, que aplicaban las directivas del Concilio de Verona, los ha sucedido Lenin, sembrando la muerte para imponer los ideales de la Tercera Internacional. Sus herejes son aquellos que repudian la felicidad según la fórmula de Marx; y sus apóstatas, los millones de civiles que adoran a los dioses — falsos dioses según ustedes— de la Libertad del individuo, de la igualdad ante la Justicia y de la Tolerancia... Porque la ironía más cruel de su caso es que los miles de socialistas rusos que, desde hace treinta años, sufrían los horribles rigores de la opresión zarista permanecen hoy en día secuestrados en los mismos calabozos, por voluntad de sus camaradas revolucionarios de antaño... El socialismo reformista y pacífico está, no obstante, más cerca del absolutismo de Nicolás II que de la autocracia comunista... Y, sin embargo, las represiones inhumanas del antiguo régimen imperial no han hecho sino cambiar de nombre; el águila bicéfala se ha transformado en estrella roja y la Checa ha remplazado a la Ojrana.

—Ningún bolchevique sincero le diría lo contrario, querido amigo... Pero yo le respondería que, si la crueldad humana se ha despertado, ha sido por culpa de esa guerra mundial de ustedes, que agudizó el apetito por la Muerte. Ahora la psicosis guerrera se ha extendido por la Tierra. Una fiebre inmensa la devora. Nuestro planeta está enfermo de escarlatina... El sentido de la vida ha perdido su importancia y al hombre se le ha embotado el juicio... Las ratas se dispersan por la pradera. Los microbios se matan entre sí. Sus imperialistas han enviado a sus legiones del otro lado de las fronteras. La batalla continúa en la lucha de clases... Esa es la velocidad adquirida. Ya no pelean franceses, alemanes o búlgaros unos contra otros, sino que se pelean entre sí, sin explosivos, burgueses contra proletarios, dentro de cada nación. Es como luchar dentro de un frasco hermético, los glóbulos blancos y rojos desafiándose unos a otros bajo la piel del cuerpo social. Ya no hay, como antaño, un único frente, del mar hasta Suiza. Existen tantos frentes de combate como pueblos, tantas trincheras como barrios, tantos fortines como casas. Lo que no quieren ustedes comprender, occidentales presuntuosos, es que en sus propios países se vive en un estado latente y solapado de conflicto, movilizados desde el primer día del año hasta el último. Las fuerzas adversas están ahí, mezclándose y observándose, acechantes y desafiantes, siempre a la espera de la primera ola de asaltos...

Lady Diana esbozó un gesto de protesta.

—Sea sincera, lady Diana —retomó Varichkin—, y dígame si, en su lujosa mansión de Berkeley Square, no se halla acaso acampada día y noche enfrente del enemigo. ¿Que qué enemigo? Pues su criada, que la envidia, y su cocinero, que de momento solo le sisa, esperando una oportunidad mejor. Y el fontanero que le instala el cuarto de baño, y el cerrajero al que llama para que refuerce las cerraduras... Un parado pasa bajo su ventana y sueña con apropiarse de su hogar. Franquea el *no man's land* del soportal y llama a la puerta. Usted le dispara una limosna con su calibre 75 y lo hace retroceder con una granada de mano en forma de sermón o de promesa. El enemigo se retira, pero un día volverá y, a pesar del fuego de contención de su ilusoria filantropía, la expulsará de su reducto. Viven todos en una falsa seguridad... ¿No les ha dado por preguntarse por qué los mejores asientos del teatro no los han tomado nunca por asalto millares de proletarios a los que la policía sería incapaz de desalojar?, ¿por qué los pobres se apretujan dócilmente en sus vagones de tercera clase cuando nada les impediría arrellanarse en los coches cama?, ¿por qué los mendigos no expulsan de las salas de fiesta de todo el mundo a aquellos a los que la fortuna ha sonreído para degustar el champán en su lugar? ¿Encuentran ustedes natural esa disciplina tácita, esa servidumbre moral que nadie osa transgredir? ¡Tengan cuidado! Un día caerán todas esas barreras invisibles y les sorprenderá mucho constatar que bastó con una noche para que les salieran dientes de lobo a todos esos corderos.

Lady Diana se hallaba subyugada por la elocuencia de Varichkin. Lo escuchaba con una suerte de admiración secreta, aunque las predicciones del eslavo fueran de

todo menos tranquilizadoras. Lo escuchaba con la misma voluptuosidad amedrentada que los lamas infunden en los mongoles cuando les hablan de Bogdo Gegen, el Buda viviente de Urga.

—Señor Varichkin —le dijo dubitativa—, después de todo lo que acaba de evocar, ya no me atrevo a creer que pondría usted mi causa por encima de sus intereses.

Los ojos negros del bolchevique brillaron. Su voz se volvió más melosa que nunca.

—No quiero que tal pensamiento se le pase por la mente, querida lady Diana. Ya sabe que los acomodamientos se dan hasta con los detractores del cielo... Nuestro amigo Séliman le dirá, además, que puede que el bolchevismo sea una piel de oso algo ruda, pero nos la quitamos antes de entrar en los salones.

—Eso me tranquiliza, señor Varichkin —suspiró lady Diana.

Yo la observaba discretamente y me preguntaba si la humildad encantadora y más bien asustadiza que manifestaba delante de nuestro invitado no era fingida. Cuando estábamos con el postre resolví, antes de dejarlos a solas, hablar un poco del Cáucaso.

—Mi querida amiga —le dije a lady Diana—, os equivocaríais si pensarais que el señor Varichkin no contempla realizar vuestro deseo. Parece que en Moscú no tienen nada en contra.

El ruso sonrió, enigmático.

—Si lady Diana acepta cumplir con las formalidades indispensables, no me cabe ninguna duda de que, dentro de poco, el petróleo de Telavi centuplicará sus ingresos.

Lady Diana fingió una inocencia encantadora que Romney habría plasmado con gusto en uno de sus lienzos para la posteridad. Las cejas levantadas, los ojos iluminados con un candor angelical, las manos juntas sobre las perlas de su *sautoir*... La Madona de los coches cama parecía casi indefensa. Interpretaba admirablemente a la niña mimada de una sociedad hartamente refinada, que respeta la tranquilidad de los ricos y aleja de sus palacios los rugidos de los hambrientos. Miró a Varichkin con una coquetería fascinante; tomó de un vaso de níquel una pajita envuelta en papel seda, tocó con esta pajita la mano velluda del eslavo y bromeó:

—A menos, querido señor Varichkin, que no sea usted quien haya de cumplir con las formalidades indispensables.

Su interlocutor se desconcertó visiblemente. No era capaz de discernir si estaba bromeando o si lo desafiaba. Yo tampoco, de hecho. Fuera lo que fuese, estimé que mi presencia ya no era necesaria y pedí a lady Diana permiso para retirarme.

La noche era hermosa. Las estrellas titilaban por encima de la cuadriga de bronce de la Puerta de Brandeburgo. Fui a fumar un cigarrillo por la zona del Roland de Berlín y estuve deambulando bajo las sombras de la Bellevuestrasse. Delante de la estación de Potsdam, una mujer que rondaba por allí me invitó a seguirla. Como yo hiciera oídos sordos a sus intentos de seducción, trató de provocarme susurrándome

que tenía una pata de palo y golpeándose el muslo con el cierre de su bolso retículo, que producía un sonido mate.

Los globos cegadores de las farolas de arco de Leipzigerstrasse me atrajeron. Pasé junto a las columnas de granito de la catedral donde el señor Wertheim expone sus estopillas y sus productos de limpieza y le compré unas cerillas a un antiguo *Feldgrau*^[19] condecorado con la Cruz de Hierro. Me aventuré por el pasaje Panoptikum, donde me entretuve admirando en el escaparate de una marroquinería un gran retrato en color de la difunta emperatriz, encintado con los colores prusianos. A las once y media volví al hotel. Al pasar delante de la puerta de lady Diana oí el sonido de una conversación animada, y, al fondo del pasillo, percibí al *maître* vigilando su sector cual centinela discreto. Con la certeza de que Varichkin estaba bien protegido, me retiré a mi habitación, me acosté y me dormí con las últimas noticias del *Berliner Tageblatt*.

Me desperté hacia la una de la madrugada. Sorprendido de no haber recibido todavía la visita de lady Diana, pegué el oído a la puerta comunicante. La conversación continuaba en el salón. Me volví a dormir.

Un repiqueteo en esa misma puerta me sacó de mi sueño. Eran las tres de la mañana. Lady Diana entró y encendió la luz. Yo guiñaba los ojos como un autillo rociado por la luz de un faro. Ella me miró sonriente e hizo una reverencia cómica delante de mi cama.

—Príncipe, tengo el honor de comunicarle que el señor Varichkin, delegado de los sóviets en Berlín, acaba de pedir la mano de lady Diana Wynham —declaró.

Me incorporé sobre las posaderas. Increíblemente al principio, enseguida comprendí lo que quería decir lady Diana.

—Veamos, mi querida amiga, ¡nada de eufemismos entre nosotros! —repliqué—. Con vuestra mano os referís al uso temporal de vuestra anatomía, ¿verdad?

—Claro que no, Gérard —respondió con seriedad—. Yo llamo a las cosas por su nombre, y Varichkin será mi futuro marido.

Aturdido como estaba, no me di cuenta de que me había destapado.

—¿Cómo?

—Cuidado, Gérard, no vayáis a cogerme un resfriado por anunciaros mi próximo matrimonio. Venga, volveos a acostar y dejadme hablar... Pero, bueno, mi pequeño Gérard, ¡os agitáis bajo las sábanas como un gobio en una nasa! ¿Qué tiene de extraordinario lo que he dicho? ¿No os acordáis de lo que contesté cuando me previnisteis de que ese ruso deseaba pasar una noche conmigo? Os dije: o se excede o no llega.

—¡Casaros con Varichkin! Pero ¡habéis perdido la cabeza!

—¿Por qué, querido? ¿Me creíais una mujer capaz de venderse como una chiquilla por un bidón de petróleo? Gérard, me ofendéis. No, no me ofendéis, porque en el fondo sois un buen chico al que aprecio mucho. Así que, para daros el gusto, voy a contaros lo que ha ocurrido desde el momento en el que nos dejasteis a solas.

—Lady Diana tomó el puño que yo incubaba bajo la almohada; me desplegó los cinco dedos en el hueco perfumado de sus finas manos y prosiguió—: Como os podéis imaginar, Varichkin no ha tardado en proponerme su trato. Por cierto, no puedo por más que admitir que no lo ha hecho de una forma demasiado brutal. Hemos estado mareando la perdiz, si me lo permitís, y he empleado toda mi diplomacia en someter a mi invitado alternativamente a la ducha helada del rechazo y al chorro ardiente de la esperanza. Esto ha durado más de una hora... con la *chartreuse* y el brandy avivando el calor de nuestra conversación como es debido. ¡Ay, Gérard! Puede que ese hombre sea muy bueno aplicándole el tercer grado a un contrarrevolucionario, pero no está en posición de poder ante una mujer como yo. Hacia la una de la mañana, se encontraba desamparado... El lucio cansado en el extremo del sedal ya no reaccionaba. Le he dado a entender que su propuesta era, en suma, demasiado injuriosa para tomarla en consideración y que, al fin y al cabo, tampoco me importaba tanto explotar mis tierras de Telavi... «a menos que...». Se ha agarrado enseguida al salvavidas que acababa de lanzarle y ha repetido: «¿A menos que...?». «Que os caséis conmigo, mi querido Varichkin». ¡Ay, Gérard! Me habría encantado que hubierais visto la cara de mi interlocutor en ese preciso instante. No he asistido nunca a una secuencia de sentimientos tan complejos reflejándose en la cara de un hombre. La incredulidad, la satisfacción, la preocupación, el orgullo y la concupiscencia han desplegado su caleidoscopio sobre el rostro de Varichkin. Adivinad lo que ha hecho cuando ha quedado bien claro que no me estaba burlando de él. ¡A que no lo adivináis!

—No lo sé.

—Se ha puesto de rodillas. Sí, de rodillas. Se ha santiguado, ha murmurado una breve oración y se ha abalanzado sobre mis manos, cubriéndolas de besos... Sabéis, Gérard, que he probado el amor en todo tipo de latitudes y en todas las actitudes posibles, y que en el transcurso de mis peregrinaciones por las vías férreas del continente he experimentado todas las alegrías carnales o mentales que una mujer pueda experimentar, de forma que no hay nada relacionado con lo voluptuoso que yo no conozca. Sin embargo, no creo haber sentido jamás la indescriptible sensación que me ha procurado ver a ese bolchevique emocionado hasta el punto de recordar las creencias de su primera infancia y arrodillarse para manifestar su felicidad... ¡Un delegado de los sóviets a mis pies! ¡Gérard, es el florón más hermoso de mi corona!

Tenía razón. Pero a mí no me extrañaba tanto la reacción de Varichkin como la repentina decisión de lady Diana. No pude evitar insistir en mi estupefacción.

—Pero, mi querida amiga, ¿qué es lo que os ha llevado a esta sorprendente resolución? ¿Lo habéis pensado bien?

—Sí.

—Escuchadme. Vayamos por partes. Presumo, para empezar, que Varichkin no os disgusta.

—No. No me disgusta.

—Hablemos del físico. No es guapo.

—Afortunadamente. Tiene una cara diferente, lo cual es mejor... Gérard, mi marido se afeitaba. La mayoría de mis amantes también se afeitaban. La barba negra de Varichkin es una novedad para mí.

Me encogí de hombros.

—No vais a persuadirme de que estáis dispuesta a casaros con ese ruso solo porque lleva barba.

—Gérard, os abriré mi corazón y mi mente. Confieso que Varichkin me gusta. Su conversación me interesó de manera prodigiosa. Su forma de hablar, su encanto un tanto raro mezclado con la rudeza nativa, sus ojos, que son muy dulces, incluso cuando bromea sobre la muerte, todo eso me atrae y me seduce. Da para bastante más que un capricho efímero... Eso en cuanto a lo sentimental y estrictamente personal. Analicemos ahora el lado práctico de la cuestión. ¿Quién os asegura que, una vez satisfecho su deseo, mantendrá su promesa? Las conquistas demasiado fáciles se olvidan enseguida. Al exigirle el matrimonio, lo tengo controlado por partida doble; no solo porque está enamorado de mí, sino porque para él va a ser muy importante no depender de mí, y una forma de compensarlo es hacer que obtenga mi concesión en Georgia. Y eso no es todo. Yo quiero dejar pasmada a la flor y nata londinense. Imagináoslo: la viuda de lord Wynham casándose con un importante bolchevique. ¡Menudo revuelo en la hoguera de las vanidades! Sabéis lo que yo me río de los convencionalismos y los prejuicios de la *gentry* británica. Solo de pensar en la prensa de Londres anunciando uno de estos días mi boda con el camarada Varichkin me invade un regocijo ilimitado. Ya estoy oyendo cómo se propagan los rumores por los salones de Mayfair y viendo las caras escandalizadas de los miembros del Bath Club. Con lo que me gusta a mí alardear delante de las momias, desempolvar las telarañas, dejar desconcertadas a las viejas viudas ricas y boquiabiertos a los vejestorios fetichistas... Tiemblo de impaciencia y de ganas de presentarles a las horrorizadas duquesas al señor Varichkin, mi marido.

—Está claro que tenéis buenas razones, y son defendibles. Si después de vuestra danza sin velos todavía queréis que sigan hablando de vos, querida, no veo nada mejor que un himeneo tan inesperado. Pero permitidme que enfríe vuestro entusiasmo con algunas objeciones.

—Adelante, Gérard... Ya os veo venir, echándoles el lazo a los caballos salvajes de la imaginación con vuestra sucia lógica.

—Primero, ¿se trata de un matrimonio legal? Dicen que en la Rusia soviética reina el amor libre y que las mujeres son «bienes nacionales»; ningún hombre puede poseer una en exclusiva.

—Yo le he hecho la misma pregunta a Varichkin. Me ha dicho que al principio del bolchevismo, en efecto, algunos iluminados emitieron ciertas teorías avanzadas. En realidad, el matrimonio sigue existiendo, pero las formalidades se han reducido al mínimo. Ya no hay bandos ni certificados incontables. Los prometidos presentan sus

pasaportes en comisaría. Un sello, unos rublos y ya se es marido y mujer. Cuando yo quiera, nos casaremos oficialmente en la delegación de Londres.

—Bien... Pero, el día en que Varichkin se case con una aristócrata extranjera, seguro que su partido lo injuria y lo acusa de pactar con el enemigo contrarrevolucionario.

—Existen dos posibilidades. Podría justificarse ante sus pares demostrándoles que se ha casado con una noble para documentarse mejor sobre la opinión de sus adversarios del Reino Unido. Sabéis que los augures soviéticos aceptan de buen grado que sus delegados en el extranjero aprovechen los placeres de la vida burguesa y bailen al son que se toca para conocer desde dentro el nivel de hostilidad. Si, por el contrario, Moscú renegara de él, Varichkin quemaría sus ídolos de ayer y, por amor a mí, consentiría un exilio de lo más aceptable.

—¿Y la concesión de Telavi? ¿No se vería comprometida?

—Hemos estado hablando sobre ese problema largo y tendido. Hemos convenido no celebrar la boda hasta después del otorgamiento oficial de la concesión y la constitución de la sociedad angloamericana encargada de explotarla. ¿Creéis que Moscú se expondría a un problema diplomático con Inglaterra y Estados Unidos solo por perjudicar a un camarada renegado?

—Varichkin tendrá entonces que esperar ese vencimiento para poder tomaros en sus brazos.

—Con la consecuencia de que empleará todo su ahínco en abreviar el plazo.

—¿Está muy prendado de vos? ¿Sinceramente prendado?

—¿Qué mejores pruebas podría ofrecer?

Lady Diana había acabado con todas mis objeciones.

—¿Y la señora Muravieva? —le pregunté al fin.

Dudó un instante.

—Varichkin me ha hablado, efectivamente, de Irina Muravieva. Ha sido muy claro. Me ha dejado ver que nos exponemos a una enemistad terrible. Me ha preguntado si era lo bastante valiente como para enfrentarme a Irina y mi respuesta ha sido: «Sí, ¿y usted?». Me ha advertido que no debo menospreciar la vindicta de esta mujer y me ha dicho que no querría que, más adelante, le reprochara el haber permitido que me lanzara a una peligrosa aventura. Yo he aceptado el riesgo. Y entonces me ha suplicado que sellara solemnemente este pacto con un beso... Nos hemos levantado. Me ha tomado en sus brazos, me ha echado la cabeza hacia atrás y me ha contemplado largamente, con los ojos medio cerrados; ha murmurado unas palabras en ruso que han sonado muy dulces a mis oídos y me ha estrechado muy fuerte contra sí, dándome uno de esos besos que dejan huella en la vida de una venusiana. Ese ha sido, Gérard, el punto final de este prólogo, cargado de consecuencias... Pero estáis cansado, y yo también. Me vais a ayudar a quitarme este vestido, porque tiene la botonadura en un sitio muy incómodo y es demasiado tarde para que despierte a Juliette. Luego os dejaré dormir.

Levantó el brazo izquierdo ofreciéndome una hilera de corchetes en los pliegues del brocado y dejó caer el vestido con la más total ausencia de pudor. Sosteniéndose delicadamente los pechos desnudos entre las manos ensortijadas de esmeraldas, me miró con verdadera ternura.

—Gérard... —me dijo con voz extraña—. ¿No os da pena? ¿No os pondréis celoso con esta boda?

—Sí, Diana, porque el día en que ese ruso tenga por fin a su esposa, yo perderé a mi amiga.

Lady Diana cerró los ojos. Las manos se le crisparon sobre la carne satinada de los senos. A la sombra verde de las esmeraldas, germinaron dos capullos de rosa. Estremeciéndose bajo la enagua que moldeaba en malva la bella curva de sus caderas, entreabrió los párpados y me escrutó en silencio a través del fino entramado de sus largas pestañas. Las ondas emitidas por nuestros cuerpos se buscaron en el espacio. Nuestros deseos inconfesados jugaron al escondite en el dédalo de la Indecisión. Tuve miedo del gesto preciso, anunciador de una voluntad a punto de afirmarse. Entonces, se enderezó bruscamente, atrapó su vestido del borde de la cama y dirigió sus pasos hacia la puerta comunicante. Iba a llamarla cuando ella se volvió.

—Por cierto, querido —me lanzó con ironía—, cuento con vos como testigo de boda.

VII

Acababa de terminar el octavo *breakfast* que me tomaba en mi habitación del hotel Adlon. Varichkin nos había prevenido la noche antes de que en las cuarenta y ocho horas siguientes la parte inferior del acta de concesión sería estampada con la firma necesaria. Los tres estábamos impacientes. Lady Diana se aburría en Berlín. A mí el tiempo empezaba a hacerme largo y Varichkin no escondía su ardiente deseo de acelerar la marcha de los acontecimientos.

A las diez, el camarero de planta me trajo un mensaje urgente. La escritura fina y apretada me inquietó:

Caballero, lo espero esta tarde, a las tres, en el número 44 de la Belle Alliance Platz, segunda planta, a la izquierda. Desearía entrevistarme con usted en privado. Por su propio interés, no hable de esto con nadie. Salud y Fraternidad, Irina Muravieva.

El resto de la mañana me enfrasqué en un juego de construcción de hipótesis. ¿Debía pretextar un impedimento? ¿Sería mejor postergar aquella reunión? ¿Debía fingir que no conocía a la señora Muravieva? ¿No sería más prudente prevenir a Varichkin, a pesar de la advertencia? Concluí que lo mejor era aceptar el encuentro privado para que aquella mujer no pensara que tenía miedo.

En el 44 de la Belle Alliance Platz se erguía una casa burguesa abotargada de boínders de ladrillo pintado, de las que abundan en Berlín. En la primera planta, a la izquierda, había una placa de esmalte blanco en la que se leía: «Dr. Otto Kupfer — *Zahnarzt*», y, a la derecha, en otra placa: «Dr. Jr. Spuckenheim — *Rechtsanwalt*». Me dije que un edificio que albergaba a un odontólogo y a un abogado no tenía nada de misterioso y subí a la segunda planta. A la derecha, en una placa de cobre, estaban grabadas las siguientes palabras: «Fraulein Erna Dickerhoff — *Gesangunterricht*». La verdad era que la señora Muravieva vivía rodeada de vecinos pacíficos; desde luego, las lecciones de canto de la señorita Dickerhoff no habían sido pensadas para espantar a los visitantes recelosos.

Llamé a la puerta de la izquierda. Un hombre mal afeitado y vestido con una chaqueta sucia me recibió con un pronunciado acento eslavo y escrutándome bajo unas tupidas cejas negras. Jamás se me habría ocurrido confiarle mi chequera.

—Tengo cita a las tres con la señora Muravieva —le anuncié con cortesía.

—¿Tiene cita con la camarada Muravieva? —rectificó él.

—Sí, camarada —respondí, sacando partido de su lección de *savoir-vivre*.

Me miró de arriba abajo, desde la punta de mis zapatos de charol hasta la perla de mi corbata, y murmuró:

—Yo no soy su camarada.

Le rogué que me excusara, pero ya había desaparecido detrás de la puerta. Aproveché para examinar el decorado. El vasto recibidor estaba amueblado con algunas sillas desparejadas y una mesa en la que se amontonaban revistas rusas y gacetas alemanas. Desde el fondo de una habitación llegaba un ruido como de metralleta de juguete. Una dactilógrafa trabajando, sin duda.

—Por aquí —dijo de repente el hombre sensible a la etiqueta de la camaradería.

Lo seguí hasta hallarme en presencia de la señora Muravieva. Su despacho privado carecía de cualquier lujo. Una gran mesa de roble sembrada de papeles. Un sillón gastado por las visitas. Una biblioteca de madera blanca, llena de impresos importantes. Y eso era todo.

La señora Muravieva se encontraba de pie, delante de la chimenea. Llevaba el mismo trajecito gris, pero la cabeza desnuda. Sus cabellos cortos, espesos, coronaban con un ancho trazo negro la palidez de su frente, y sus pupilas azules me examinaban sin hostilidad ni benevolencia. Me sentí como un lepidóptero sometido a la curiosidad de una entomóloga.

Hice una venia. Me respondió con un gesto de la cabeza. Creí conveniente empezar la conversación en tono frívolo y, como la rusa hablaba francés admirablemente bien, di paso a las hostilidades en esta lengua.

—Me ha convocado, señora, así que he venido corriendo. Rusia no tiene tiempo que perder.

Mi hilaridad iba para largo. En ese punto todavía ignoraba que con las valkirias de Moscú no se puede bromear. La señora Muravieva dio un par de pasos al frente con las manos en los bolsillos de la chaqueta y me observó de cerca. Me sentí más lepidóptero que nunca. Tuve la impresión de que me haría cosquillas en las orejas con la punta de un portaplumas para ver si reaccionaba. Empezaba a estar harto de ser estudiado en silencio por aquella extraña mujercita.

—Sí, señora —remarqué—. Respiro por los pulmones, como los mamíferos, y me afeito cada mañana, como los seres civilizados. ¿Quiere más detalles?

La señora Muravieva sacó una pitillera de su bolsillo, me ofreció un cigarro, me dio fuego y me hizo una señal para que me sentara en el sillón ajado. Sin embargo, como ella permanecía de pie, decliné su invitación sonriendo.

—No, señora, no me sentaré hasta que no predique con el ejemplo.

—¿Por qué?

—Porque, si permanece de pie, significa que le corre prisa que me vaya y no sería de buena educación. Y si, por el contrario, yo me quedara de pie mientras usted está sentada, sería como comparecer ante usted en calidad de inculpado.

La señora Muravieva se encogió discretamente de hombros y se sentó por fin. La imité. Echó la ceniza de su cigarrillo en un platillo de cobre y me miró de nuevo.

—Me pregunto si es usted un hombre honrado —dijo.

—Eso depende del sentido que le dé a tal calificativo. ¿En el sentido del siglo XVIII? ¿En el del siglo XX? Hasta ahora no he robado nunca y siempre cumplo mi

palabra.

—He estado reflexionando sobre su caso, príncipe Séliman...

—Es un gran honor el que me rinde, teniendo en cuenta la trascendencia de sus ocupaciones.

—... Y me he dicho que, para ser un hombre honesto, ejerce usted una profesión singular.

—¿Cuál?

—Secretario de una hermosa mujer.

—¿Es incompatible con la honestidad?

—En general, sí... porque a ella le falta transparencia. Hablemos claro: ¿se le paga para que redacte las cartas de lady Wynham o para que duerma en su cama?

—Ni una cosa ni la otra. No se me paga y no soy su amante.

La señora Muravieva hizo una mueca de sorpresa y aplastó la colilla de su cigarro contra el fondo del platillo.

—¿Secretario por amor al arte? —observó.

—Digamos, más bien, amigo por afinidad. Pero ¿me permite una sencilla pregunta? ¿Me ha convocado con el único propósito de exponerme sus ideas sobre el valor moral de las profesiones?

—No. Lo he hecho llamar porque me gusta conocer a los adversarios que se me llama a combatir.

—¿Yo? ¿Un adversario? —protesté fingiendo sorpresa.

—Nada de teatro, se lo ruego. Sabe muy bien que nos separa una barricada.

—Política, quizá...

—No. Sentimental. Si solo se tratara de acordar una concesión a un consorcio angloamericano, ya nos habríamos puesto de acuerdo. Pero hay dos medias de seda en ese consejo de administración. Y eso es lo que ha incitado a Varichkin a entrometerse con tanto celo. Mientras que otras diez peticiones cogen polvo en los archivos de la delegación, la de lady Wynham ya está firmada.

—¿Ya está firmada?

—Aparecerá en los anuncios legales del *Izvestia* de hoy.

—Le doy las gracias en nombre de lady Wynham, señora.

La señora Muravieva me interrumpió con un gesto impaciente.

—Lo dispenso de sus zalemas... Dígame mejor de qué manera piensa lady Wynham agradecer a Varichkin su eficaz mediación.

—No tengo la menor idea.

—Seré, pues, yo la que arroje luz sobre el asunto. Príncipe, escúcheme bien. Si por azar todavía lo ignora, sepa que hace ocho años que Varichkin y yo somos amantes. La posición de la que disfruta en Rusia me la debe a mí. De no ser por mí, todavía sería menchevique, es decir, que estaría muerto o en prisión. Todo esto lo he hecho por amor. Cuando nos conocimos, al comienzo de la guerra, acababa de ser evacuado del frente de Galitzia. Lo encontré desamparado, sin un kopek, lo albergué

en mi pequeño alojamiento de estudiante en Petrogrado. Vivimos en la pobreza, simple y llanamente, mientras los primeros rugidos de la revolución que se aproximaba resonaban desde el Báltico hasta el mar Negro. Con la fiebre de la impaciencia, oíamos los crujidos del edificio a punto de desmoronarse. Los siniestros rumores que se divulgaban en la capital nos traían la esperanza de un tiempo nuevo. La alta traición de los ministros, la audacia de los especuladores, la lasitud de los desertores, la cobardía de un zar acéfalo, las ignominias de una zarina hipnotizada por el cetro de un monje monstruoso, todo aquello nos regocijaba en secreto, porque, sobre aquella podredumbre, sobre la humareda del antiguo régimen, la bella flor escarlata de la revolución se abriría más rápidamente... Amo a Varichkin, príncipe. Y se lo he demostrado desde que aquel octubre de 1917 cambiara nuestra Rusia. No estamos casados porque creo en la unión libre, porque repudio esas pequeñas cadenas ridículas que forjan en Occidente y porque estimo que el matrimonio de ustedes es una comedia tan fea como burlesca. Pero me considero unida a Varichkin, si no ante el Cielo, al menos ante mi consciencia. No necesito haberle jurado fidelidad delante de Dios para serle fiel. Porque le diré, como nuestro gran poeta Mayakovski, que viajando a través de las nubes he aprendido a escupirle a Dios.

Mientras la señora Muravieva se interrumpía para aplastar la colilla de su tercer cigarro en el platillo, yo contemplaba con el más vivo interés a aquella pequeña rusa, más bien guapa, que, a su edad, escupía ya sobre el Eterno.

—Si le hago estas revelaciones íntimas, príncipe —prosiguió—, es porque quiero que tenga la noción exacta de su responsabilidad, en caso de que lady Wynham se preste a las exigencias de Varichkin... Se lo ruego, no proteste. Conozco los puntos débiles de mi amante. Le atraen los encantos de las mujeres de alta cuna. Es uno de sus defectos. Tenemos comisarios en Moscú que practican en secreto un amor inmoderado por el capital. Varichkin es menos sensible al oro que al atractivo de una aristócrata vestida por las modistas de su Rue de la Paix. En el año que lleva en Berlín, ya ha estado a punto de engañarme con la princesa Anna de Mecklenburg-Stratzberg. Una alemana muy afrancesada que, entre Niza y Cannes, ha aprendido a vestirse con linos tentadores. Corté aquel idilio de raíz. Castigué a la princesa Anna propinándole un fustazo en la cara en pleno recibidor del castillo de Drückheim. Varichkin no dijo ni mu. Pero no estoy segura de que aquello le haya impedido desarrollar algún tipo de debilidad por su patrona.

Estaba a punto de hablar cuando me detuvo, autoritaria.

—¿Qué pasa? ¿Le choca esa palabra? Pues es usted, sin duda, el empleado benévolo de esa mujer egoísta, ¿no es así? En cualquier caso, príncipe, ha de saber que lady Wynham no me arrebatará a Varichkin, al igual que tampoco lo hizo la princesa de Mecklenburg-Stratzberg. Si algo semejante ocurriera, sepa entonces que serían tres los culpables sobre los que mi venganza pesaría por igual: ella, él y usted.

—Seríamos cuatro, señora. Hombre prevenido, vale por dos.

—¡Nada de bromas estúpidas, príncipe! —exclamó al tiempo que golpeaba el parqué con el pie—. Se equivoca al tomarse a la ligera mi advertencia.

—Pero, querida señora Muravieva, ¿qué le hace pensar que su amante va a encapricharse con lady Wynham? No creo que sea la primera vez que se relaciona con una aristócrata, ¿no?

—Sé de lo que hablo, príncipe. Incluso si él fuera capaz de resistirse a la tentación, desconfío de esas bellas viajeras inglesas, de esos pájaros de coche cama que van por ahí arrastrando su esplín con un perrito pequinés en los brazos y un amante a sus pies. Ya me las conozco, a esas emancipadas de Gotha, de alma engarzada con las gemas más singulares del señor Cartier y el cuerpo entregado a todos los placeres. Comerían esnobismo de la mano de un leproso sacrificando su salud con tal de impactar a la galería. Un egoísmo monstruoso les crece como un bocio en lugar de sus corazones atrofiados. Su epicureísmo las aturde. Están por encima de las convenciones. Se burlan de la moral burguesa. Los prejuicios los apartan de un capirotazo y se levantan la falda ante la Virtud desconcertada...

—Señora, ha expuesto usted unos pensamientos amargos y no desprovistos de verdad, pero no piense por ello que...

—¿Que a su lady Wynham no podría resultarle divertido robarme el amante? ¡Cállese entonces! Nosotras, las mujeres, nos conocemos mejor que todos los psicólogos reunidos en cónclave delante de una octavilla abierta. No sería la primera raposa de clase alta que encuentra estimulante tentar lo bolchevique, atraer bajo sus sábanas a uno de esos bebedores de sangre que el mundo burgués ha transformado en monstruos. Para una mujer como ella, Varichkin vale por todas las drogas y pequeñas distracciones *baudelerianas*... ¿Cocaína, morfina, opio? ¡Bah! ¿Qué es todo eso comparado con un camarada de la Rusia roja con el que pasearse del brazo por los gallineros de Park Lane o de la Plaine Monceau?

—¿Es la actitud de Varichkin hacia usted la que le sugiere tales percepciones?

—No es de su incumbencia, príncipe. Le baste con saber que le estoy hablando en el momento oportuno. Quería prevenirlo antes de que fuese demasiado tarde. Aproveche nuestra pequeña charla y dese prisa en exigir a quien corresponda que dé marcha atrás.

Irina Muravieva se había callado. Su mirada azul, bajo la línea oscura de las cejas fruncidas, era de todo salvo tranquilizadora. Estimé que el sermón había terminado y me levanté. Sin embargo, me intrigaba un detalle. ¿La musa de Varichkin me hablaba así porque estaba al corriente del proyecto matrimonial de su amante? ¿O bien no sospechaba nada y solo había querido protegerse de un hipotético peligro? Traté de elucidar aquel punto.

—Señora —le dije con una reverencia—, le agradezco que me haya hablado con esas palabras tan amenazantes como desprovistas de equívoco. Pero, antes de despedirme, permítame que me asombre ante el hecho de que no esté mejor

informada sobre un tema que la afecta tan de cerca y cuyo desarrollo tiene como escenario la segunda planta del hotel Adlon.

Mis palabras aguzaron su curiosidad.

—¿A qué se refiere con «mejor informada»? —replicó enseguida.

—Por Dios, señora Muravieva, ¿cuando se instalan micrófonos en casa de alguna persona, a alguien tendrán que beneficiar sus conversaciones privadas!

La señora Muravieva pareció avergonzada. Pero recuperó el control de inmediato.

—No sé a qué se refiere —dijo evasiva.

—Entonces —contesté sonriendo—, ¿el aparatito que descubrí bajo mi cama germinó espontáneamente, como un champiñón en el musgo? En cualquier caso, menos mal que me di cuenta, porque ya veo que en Berlín los boletos oyen.

Mi observación pareció disgustar mucho a la señora Muravieva, que exclamó con impaciencia:

—Aunque así fuera, en el amor y en la guerra...

—¿Cómo? Entonces, ¿ya se ha declarado la guerra? Yo creía que todavía estábamos en *Kriegsgefahrzustand*^[20], como dicen aquí.

—Tenga cuidado, caballero, no le vaya a salir cara la ironía.

Un brillo en las pupilas de la señora Muravieva subrayó su advertencia. Me acerqué a la puerta. Una vez en el umbral, me volví a mirarla.

—¿Puedo besarle la mano, señora? —pregunté.

—No. Le ruego que se abstenga.

Tras aquel rechazo definitivo, salí de allí. En el recibidor, el hombre mal afeitado y con la chaqueta sucia volvió a mirarme de arriba abajo, como haría un perro guardián desconfiado ante el paso de un vagabundo. Pronto hube franqueado la Belle Alliance Platz y me encontré meditando bajo las plataneras de Koeniggraezterstrasse. Seguía ignorando hasta qué punto la enamorada de Varichkin estaba al tanto de las intenciones de su amante, pero ya no podía permitirme concebir la más mínima ilusión sobre los propósitos de Irina Muravieva. Si aquel día se me hubiera ocurrido consultar a una cartomántica y esta hubiera omitido «una mujer morena quiere hacerle daño», habría estado en mi derecho de negarme a pagarle sus falaces oráculos.

Aquella noche, lady Diana, Varichkin y yo cenamos en un pequeño restaurante de Schlachtensee. Estábamos prácticamente solos en la terraza sombreada por abetos, contemplando la mermelada de naranja de un lago tranquilo en el que, entre miles de agujas verdes, se reflejaban los últimos fulgores del atardecer. Siguiendo el consejo de Varichkin, el chófer de lady Diana nos había traído en zigzag a través de Wilmersdorf para despistar a los posibles curiosos. La alegría reinaba en el alma de mis comensales porque acababan de recibir la buena noticia desde Moscú.

—Mis queridos amigos —declaré sin énfasis alguno, sumergiendo mi cuchara en los fideos de un potaje color rubio ceniza—, esta tarde he tenido una conversación

que les interesa, con alguien que los conoce a los dos.

—¿Un hombre o una mujer?

—Una mujer.

Lady Diana me hizo un gesto para que me callara.

—No digáis el nombre, Gérard. Tratemos de adivinarlo —exclamó riéndose—.

Varichkin, haga la primera pregunta.

—¿Es rubia?

—No.

—¿Morena?

—Sí. Lady Diana, no sigáis buscando. No lo adivinaríais. Es la señora Muravieva. Obtuve un indiscutible éxito de sorpresa.

—¿Se ha encontrado con Irina? —murmuró Varichkin preocupado.

—No, amigo mío. Nos hemos visto en su despacho de la Belle Alliance Platz.

—¿Qué hacía usted allí?

—Acudir a su invitación. Añadiré que no volveré a ir jamás. Ni las mejores bromas funcionan nunca dos veces.

Lady Diana estaba tan intrigada como Varichkin.

—Pero ¿qué es lo que quería? —preguntó.

—Hacerme una seria advertencia y apremiarme para que la transmitiera. Mis queridos amigos, cuando se casen, pongan mucha distancia entre su persona y la señora Muravieva. En cuanto a mí, si no tienen inconveniente, ese mismo día me embarcaré para Madeira o las islas Sándwich.

Varichkin me agarró por la muñeca.

—No bromeo, querido amigo. Díganos la verdad.

—Se la diré sin tapujos, Varichkin. Puedo revelarla delante de lady Diana, que está al corriente de su relación y disfruta con el peligro: la señora Muravieva se vengará de nosotros si la abandona.

Lady Diana iba vestida de manera muy sencilla aquella noche: un vestidito de terciopelo rojo viejo; un solo anillo y una boina negra de hockey. Parecía una estudiante expulsada de la universidad. Además, el telegrama de Moscú había contribuido a aumentar con creces su buen humor y la había hecho anticipar el éxito rotundo de su plan. Aunque me disgustara ensombrecer su felicidad, no tenía derecho a ocultarle —ni a ella ni a su pretendiente— las advertencias de la señora Muravieva.

He de reconocer, además, que, ante la nueva coyuntura, Varichkin tuvo un comportamiento verdaderamente caballeresco. Como mi declaración acababa de poner en sordina la alegría de su vecina de mesa, tomó la mano de lady Diana y declaró muy serio:

—Lady Diana, ante los detalles que nos aporta nuestro amigo, no dudo por un minuto en ofrecerle la exoneración de su compromiso. Si prefiere no embarcarse en la aventura, la liberaré de su palabra. Por muy difícil que me resulte, no querría exponerla a la venganza de una mujer como Irina.

Me percaté de cómo afectaba a lady Diana aquel hermoso gesto de su adorador.

—Varichkin, le agradezco infinitamente su generosidad —respondió posando su pequeña mano sobre la de él—, pero la que se sonrojaría sería yo si se me ocurriera salir huyendo porque una rival nos amenaza. Le demostraré, al contrario, que una *gentlewoman* británica no tiene miedo jamás. Ante cualquier peligro que surja, me encontrará a su lado.

Un resplandor de satisfacción recorrió la mirada de Varichkin. Besó apasionadamente la muñeca de lady Diana y se volvió hacia mí.

—Amigo, ¿podrá perdonar estas manifestaciones sentimentales en su presencia? —se excusó—. Es que la respuesta de lady Diana me ha causado tanta alegría que no he podido..., me ha sido... ¡Oh! ¡Amar es tan maravilloso!

Yo observaba con curiosidad a aquel extremista tocado por Cupido. Pensaba en Dionisio, tirano de Siracusa, esclavizado bajo el yugo de una bella mujer de Agrigento; en Gengis Kan deshojando una margarita a los pies de una mongola engalanada con pieles de animales; en Marat antes del momento del baño, tocando la viola bajo el balcón de Charlotte Corday... De modo que es cierto que algunas fieras revolucionarias albergan en el alma sentimientos de lo más exquisitos y, bajo su manto púrpura, la casaca campestre de los pastores de Berquin...

—Querido amigo —le dije—, puesto que estamos los tres unidos por el triunfo de esta conspiración amorosa, no juzgará indiscreto que le haga una pregunta: ¿ya le ha dado a entender a la señora Muravieva que su relación tiene los días contados?

—¿Está de broma? Me he cuidado mucho de no alarmarla demasiado pronto. La avisaré el día en que lady Diana y yo crucemos el Rubicón, y entonces, como un burgués decente, ingresaré a su nombre en un banco de Ginebra o de Zúrich la debida indemnización.

—Creo que ella todavía le quiere y que su regalo no servirá para calmarla.

—Mala suerte, entonces. Hay amores que terminan pesando demasiado en el corazón de los humanos, sobre todo cuando van mezclados con el agradecimiento. Se convierten en un peso muerto difícil de arrastrar. No se ha visto nunca a ningún endeudado soportar su carga con alegría... Le estoy siendo lo más franco posible. Estuve muy enamorado de Irina, pero le reprocho el deberle tanto. A los amantes terrenales no les faltan razones para odiarse. Cuando Eros moja sus flechas en la gratitud de uno de ellos, el veneno comienza su trabajo lentamente, y a aquel que, sintiéndolo en sus venas, contempla la llama de su pasión, le entran muchas ganas de gritar, como Macbeth: «*Out, brief candle*^[21]!». El amor no es un libro mayor en el que el *Deber* del hombre pueda primar sobre el *Haber* de la mujer... Si no, ¡cuidado con el balance!

Aquellas reflexiones de un bolchevique sobre un tema inmortalizado por el duque de La Rochefoucauld no eran totalmente inanes.

—Varichkin —le dije riendo—, se expresa usted como un miembro de la Guardia Blanca que hubiera leído a Schopenhauer durante sus horas de facción en el Estado

Mayor de Wrangel.

—Eso es porque todos somos reaccionarios sobre este tema, querido amigo. Podemos nacionalizar las minas y los campos de centeno. Pero ¿el amor? Está blindado contra las balas dum-dum de los innovadores... Está inmunizado contra los sueros de los pacifistas... El día en que la paz reine sobre la tierra (¿asistiremos algún día los seres civilizados a ese estado último de la parálisis general?), la guerra se refugiará en el corazón de los enamorados.

Lady Diana se sublevó contra aquella predicción.

—¡No, no! Los amantes no hacen la guerra. Si acaso pequeñas maniobras, pequeñas obras de ingeniería...

—Os confundís, lady Diana, decid más bien que poseen el ingenio de los pequeños ultrajes.

Varichkin se acarició la barba con su gesto habitual.

—No le haga caso, lady Diana. Los franceses no hablan nunca en serio. Hacen malabares con la moralidad, escamotean las dificultades y llevan diez siglos bailando en la cuerda floja del virtuosismo... Una nación singular, ¡vaya si lo es! Simpática pero un poco exasperante. Como esas viejas solteronas pretenciosas y demasiado reprimidas, empolla los huevos nada frescos de la tradición bajo la falda y mantiene la casa en orden. Cuando las Ideas modernas entran en su salón, las tolera mientras dura la visita, porque no se atreve a renegar de sus errores de juventud y de las locuras de aquellos tiempos en los que, jovenzuela desenfrenada, pegaba saltos delante del puente levadizo de la Bastilla... Pero, una vez que el nuevo Espíritu ha salido de su casa, coge la escoba y el trapo y limpia las huellas que el visitante de zapatos sucios le ha dejado en la alfombra. ¡Ya lo creo que sí, querido amigo, esa es la Francia de hoy! Marianne lleva bigudíes, mitones y un manguito para calentarse el pie derecho. Es una coqueta arrepentida a la que manosearon obscenamente los *sans-culottes* y que ahora gasta una lencería de lo más burguesa. Si la ve ponerse colorete de vez en cuando, no se engañe. Es un viejo resto de coquetería que no tardará ni unas horas en expiar ante el altar de la Democracia.

Los tenues vapores de un excelente caldo de Mosela habían borrado las preocupaciones del cerebro de lady Diana, que se volvió hacia Varichkin.

—No está nada mal lo que dice sobre Francia, querido mío... —aprobó—. Hábleme un poco de mi país. ¿Qué piensan de él allí, en Moscú?

—¿De Inglaterra? Que es como una mojigata confitada en un bocal de petróleo.

Lady Diana asintió con la cabeza mientras mordisqueaba el extremo de su boquilla de ámbar con incrustaciones de zafiros.

—¡Oh! ¡No es muy amable con mis compatriotas!

—No esperará de mí banales fórmulas de cortesía, ¿no, lady Diana? Ya sabe, como sé yo, que los ingleses, individualmente, son muy valiosos y a menudo generosos. Sin embargo, unidos como país, se vuelven insoportables. Si Britania se limitara a exportar *girls* encantadoras y beicon, el mundo entero se lo agradecería con

el vientre y con... lo demás. Pero su país padece una hipertrofia del yo, padece el cáncer del egoísmo, y este lo corroe poco a poco. Será culpa suya si un día termina asfixiándolo. —Varichkin hizo su típico gesto y concluyó galantemente—: Perdóneme estas opiniones pesimistas y de valor puramente especulativo. Britania posee ahora para mí todos los atractivos de una princesa de *Las mil y una noches*, puesto que usted la personifica.

Lady Diana sonrió, radiante. Su zapatito viajó bajo la mesa y, como presionaba el mío por error, lo empujé suavemente hacia el zapato de Varichkin y susurré:

—Un poco más a la izquierda, querida amiga...

El pomerano rapado que nos servía con chaqueta blanca y un número a modo de decoración acababa de traernos el café cuando el chófer de lady Diana apareció en la terraza.

—Vuestro chófer os busca... —dije yo a media voz—. ¿Qué es lo que querrá?

Lady Diana le hizo una señal para que se acercara. Él se inclinó por detrás de su silla y le susurró al oído.

—Milady, acaba de abordarme un hombre que me ha preguntado si el señor Varichkin se encontraba en el restaurante. Le he respondido que no lo sabía.

Lady Diana, preocupada, se volvió hacia Varichkin, que le preguntó al chófer:

—¿Un rubio alto con fedora gris?

—Exacto, señor.

—Entonces id corriendo a decirle que estoy aquí y que venga.

El chófer se excusó y desapareció. Lady Diana y yo no comprendíamos nada.

—No tengan miedo —nos explicó Varichkin brevemente—. Se trata de Tarass, mi criado, un ucraniano al que salvé de la muerte en 1919. Me es totalmente fiel. Lo tengo al corriente de mis desplazamientos para que pueda prevenirme si es necesario. Si ha venido hasta Schlachtensee esta noche, significa que tiene algo importante que comunicarme.

El ucraniano entró en el restaurante. Era un grandullón alto, pálido y rubio; una figura de madera de pino coronada de estopa, con las estalactitas amarillas de un largo bigote colgante. Susurró unas palabras en ruso al oído de Varichkin y le entregó un sobre. El bolchevique lo rasgó, leyó el breve pasaje y se sobresaltó. Despidió al ucraniano con un gesto.

—Esta tarde, a las ocho, la señora Muravieva ha venido a mi domicilio —declaró—. Se encontró allí con Tarass, quien, leal a lo que habíamos convenido, fingió ignorar dónde estaba cenando. Irina escribió entonces estas líneas y le rogó a Tarass que me las diera en cuanto volviese. Les traduzco su nota:

Cariño, Borokin me ha telegrafado que mi presencia es indispensable en el Congreso de la Enseñanza que comienza mañana en Moscú. Tomaré el tren de las 21.20. Lamento no poder despedirme

de ti. No volveré, sin duda, hasta dentro de dos semanas. No me olvides, cariño mío. Muy afectuosamente, Irina.

Varichkin dejó la nota sobre el mantel. Aunque estuviera escrita en ruso, yo reconocía la escritura fina y apretada de la señora Muravieva. Lady Diana lo interrogó con la mirada. Este no respondió. Dibujaba ochos con su cucharilla en el café.

—Desde luego, yo no le veo nada de extraordinario. ¿Y usted? —observé para romper el silencio que parecía impacientarse a lady Diana.

Varichkin detuvo la rotación de la cucharilla.

—Yo no le vería nada de extraordinario tampoco si de verdad se celebrara un Congreso de la Enseñanza en Moscú —replicó—. Pero es la primera noticia que tengo. Y comprenderán que me habrían llegado ecos de ser así.

La respuesta de Varichkin me dio que pensar.

—Entonces, ¿se trata de un falso pretexto para ir a Moscú?

—Me parece que sí.

Lady Diana escrutó con curiosidad aquellas líneas que no comprendía.

—Le llama «cariño» —constató—. No es la carta de una amante ultrajada, ni siquiera desconfiada.

Varichkin plegó el mensaje y se lo guardó en su faltriquera.

—No se fíe. Esta partida súbita, el día mismo en el que nos hemos enterado de la firma del decreto que la concierne, no es mera coincidencia... Irina no me había dicho nada de este viaje. La vi ayer... Nada en su comportamiento me hizo sospechar este brusco deseo de volver a Rusia.

—¿Se trata entonces de un nuevo motivo de preocupación?

—No en lo que al asunto de Telavi se refiere. El delegado de Londres ha sido notificado oficialmente y la Foreign Office también. Por consiguiente, me parece materialmente imposible que Irina, si es que ese era su objetivo, pueda conseguir que anulen el decreto.

—¿Quiere decir que todo queda en el terreno de la venganza personal?

—Sí.

—Lo que significa que estaba al tanto de sus intenciones y no ha hecho más que disimular...

Varichkin se acarició la barba y miró a lady Diana sonriendo.

—¡No sería la primera mujer capaz de ponerse una máscara para engañarnos mejor!

Lady Diana guardó silencio, pensativa. Varichkin, impasible, sorbió con circunspección su café demasiado caliente. Yo templé en la mano mi vasito de aguardiente de Dantzsig y repetí mentalmente el texto sibilino de la carta. Por el lago tranquilo pasó una barca con un lampión verde que tornasoló el agua negra con sus reflejos ondulados. En la popa, un hombre y una mujer se abrazaban bajo la cúpula

cómplice de la noche. En medio del silencio se oyó un chapoteo de remos seguido de una voz lánguida.

—*Ach!* Egon, ¿quieres estarte quieto?

* * *

Al día siguiente por la mañana, me hallaba embadurnando de espuma de jabón el hemisferio austral de mi áspero rostro cuando Lady Diana me llamó a través de la puerta.

—Gérard, ¿estáis visible?

—Sí, ¡pero todavía sin afeitarse!

—No pasa nada. Abrid.

Entró y me tendió un telegrama que le iba dirigido:

Llegado a Nikolaya con plenos poderes del consejo de administración para tratar detalles con autoridades locales. Si estima necesario asociarme con encargado de sus intereses para estudiar terrenos de Telavi, envíe procurador o secretario. Saludos respetuosos.
Edwin Blankett, hotel Vokzal, Nikolaya.

—Sabéis que la sociedad que acaba de crear mi amigo *sir* Eric Blushmore para explotar mi concesión ha delegado allí en su ingeniero consultor, el señor Edwin Blankett —añadió a continuación—. Acaba de llegar, puesto que me envía este mensaje... Quería, pues, preguntaros, Gérard, si no os importaría acudir a Nikolaya. La propuesta del señor Blankett es muy acertada y se la ha debido de sugerir mi amigo *sir* Eric, que desea probarme su perfecta lealtad en este negocio. Pero como perdería un tiempo precioso tratando de convencer a alguno de mis procuradores de Londres de que hiciera este viaje y como vos sois el único hombre que posee mi entera confianza, preferiría que...

Interrumpí a lady Diana con un gesto perentorio de mi Gillette.

—Saldré rumbo a Constantinopla en el próximo rápido. Cogeré el Orient Express en Viena y embarcaré en el primer barco que parta del Bósforo hacia el Cáucaso.

Lady Diana me lo agradeció efusivamente.

—¡Sois un ángel, Gérard! Si tuvierais menos jabón en las mejillas os besaría de todo corazón. ¿Queréis que os ayude a preparar vuestro equipaje? ¡Sí, sí! Dejadme hacer a mí y ocupaos de vuestra barba.

Me afané delante del espejo mientras ella se encargaba de mi equipaje. Cuando me di la vuelta, con las mejillas húmedas todavía, me di cuenta de que había metido de cualquier forma en mi maleta de cuero un batiburrillo de doce corbatas y un par de calcetines, mis escaupines de charol y un tubo de aspirinas, mi sombrero clac de noche, un fular tango y una sola liga para los calcetines. De modo que le supliqué que

fuera a vestirse y le di a entender, con delicadeza, que desconocía el arte de hacer una maleta de hombre. Pareció muy sorprendida y salió tildándome de viejo maníaco.

VIII

Reservé una plaza en un compartimento del tren rápido Berlín-Viena y regresé junto a Lady Diana, que había venido a acompañarme al andén de la estación de Anhalt. Volvió a darme sus últimas instrucciones.

—¿Me habéis comprendido bien, Gérard? En cuanto contactéis con el señor Edwin Blankett, estudiad junto con él la valorización inmediata de los pozos de mi concesión. Me telegrafiaréis vuestra impresión nada más visitar las tierras de Telavi. Cuento con vos para que me informéis con exactitud sobre el rendimiento eventual del negocio.

—¿Vais a quedaros en Berlín?

—No. Volveré a Londres el martes. Varichkin me ha telefonado hace un rato para decirme que recabará una misión especial en Inglaterra. Se reunirá conmigo dentro de poco.

—¿Y la boda?

—Esperaré a tener noticias vuestras para celebrarla. Como es natural, Varichkin está ansioso por que se celebre, pero yo prefiero conocer primero el resultado de las entrevistas de Blankett con las autoridades soviéticas locales. Con esa gente nunca se sabe. En cuanto me hayáis tranquilizado sobre ese punto, entregaré mi anular al eslavo de mis sueños... Sed prudente, mi pequeño Gérard. No os resfriéis, ¡y no vayáis a olvidar vuestra misión en brazos de una circasiana de ojos encantadores! Por cierto, ¿lleváis el pasaporte en el bolsillo?

—¡Sí, sí! Varichkin me ha firmado y refrendado el «ábrete sésamo» que me permitirá entrar en el paraíso geórgico, ante cuyas puertas velan en este momento los arcángeles de Moscú. Estoy bien equipado. Lo único que puede pasarme allí es que tenga que malcomer. Pero ya me resarciré en vuestro banquete de bodas, porque... me esperaréis para casaros con vuestro querido Varichkin, ¿no?

—Os lo juro, Gérard.

La locomotora silbó. Estreché una última vez las manos de lady Diana y regresé a mi compartimento. El tren salió de su inmenso nicho de ladrillos rojos y marcó sobre innumerables agujas las síncopas de su baile acelerado. A mi derecha, había un viajero sumido ya en la lectura, con el rostro rosado como un pepón y marcado por las cicatrices de rigor que traicionaban sus proezas universitarias. En el asiento de enfrente, del lado del pasillo, un inglés con un traje de golf *homespun* abigarrado, espinaca y Siena, abrió una guía de Karlsbad y se desentendió del resto del mundo. En la red del maletero que colgaba por encima de su asiento, figuraban un saco de lona gris que contenía, apretujados, unos palos de golf y una maleta de piel de cerdo en la que habrían cabido tres hombres descuartizados. No había nadie sentado frente a mí, pero el asiento estaba ocupado por un abrigo beis con forro de mofeta, una

pequeña bolsa de viaje de cuero color azul pavo real, un número de la revista *Simplicissimus* y otro de *Punch*.

¿Se trataría de una inglesa o de una alemana? Me dije que la revista múniquesa traicionaba la nacionalidad germánica de la viajera y me sorprendió que todavía no hubiera aparecido por su compartimento. Pasó media hora. El sajón de las cicatrices sacó un puro de un estuche de cuero adornado con una cabeza de ciervo, lo palpó, lo olisqueó, lo chupó y lo cortó con un incisivo experimentado. Se cambió el bombín por una gorra de lustrina negra, estiró las piernas del lado del inglés con un «*Verzeihen Sie...*^[22]» apenas audible, tomó del bolsillo de su abrigo *Ulster* la edición matutina del *Dresdener Nachrichten* y empezó a leer al tiempo que sofocaba un eructo inoportuno con una mano delante de la boca. El inglés, cuyos pies el sajón había molestado —apenas—, separó sus zancas de asesino a sueldo, enmendó de un empujón las piernecillas del otro y ni se dignó excusarse.

Estaba a punto de levantarme para ir a explorar los pasillos cuando apareció una mujer en el marco de la puerta. Vaciló ante el encabalgamiento de tibias que bloqueaba el paso, pero el sajón retiró servicialmente las suyas, mientras que el inglés, oculto tras su guía, ni siquiera levantó la cabeza. La viajera se sentó frente a mí.

Aproveché que rebuscaba en su pequeña bolsa azul pavo real para observarla. Un rostro agradable, ojos azul malva que sonreían bajo un sombrero cloche de paja marrón oscuro, nariz respingona sobre una boca sensual y un lunar auténtico bajo el ojo izquierdo. Muy *Lustige Blätter*^[23]. Era berlinesa, sin duda. Olía a Coty pasado de moda. No se puede decir que fuera mal calzada, pero sus medias eran de seda artificial y las perlas del collarcito que llevaba al cuello, falsas. Ojeó el *Simplicissimus* sin prestar mucha atención a los dibujos de los herederos de Rezníček^[24] y cruzó las piernas estirándose la falda; un error, de hecho, porque sus tobillos eran finos y sus piernas bien proporcionadas.

A pesar de que estábamos en un compartimento catalogado como *Raucher*^[25], me dirigí a ella en inglés y le pedí permiso para fumar. Murmuró un asentimiento amable y bilingüe.

—*Bitte schön... Certainly, sir...*

El tren resonó a través de la estación de Zossen. El sajón salió al pasillo a terminarse su puro barato. El jugador de golf se levantó para arengar al dolmán blanco del encargado del vagón restaurante. Yo observé discretamente a mi vecina. Mi instinto de parisino mujeriego, largo tiempo adormecido, empezaba a despertarse. Atraído por la posible aventura, volvía a ser el típico francés que caricaturizan en todo el mundo, el Barba Azul de las calles, el distribuidor de ojeadas, el escamoteador que desliza su tarjeta de visita doblada en cada mano que lo consienta. Me dije que un divertimento pasajero en Viena no carecería de atractivo.

La viajera se quitó el sombrero, que rodó, cual pez de paja, por el interior de la red portaequipajes. Sacó un cigarrillo de una pequeña pitillera curva y buscó algo en

el bolso. La ocasión me desafiaba con una cerilla en la cabeza.

—¿Me permite, señora?

Acababa de encender la conversación. El inglés se había sumergido hasta los codos en su maleta monumental. El sajón, en el pasillo, aprovechaba cada bocanada de su humareda maloliente. Intercambiamos banalidades varias a media voz.

—¿Se dirige a Viena, señora?

—Sí, caballero.

—La perla de Europa central, ¿no le parece?

—Prefiero Praga, con su Hradschin imponente y el viejo puente de Carlos erizado de estatuas.

—¿Habla checo?

—No. Soy berlinesa. Se me nota en el acento, ¿no?

Me gustaba la hermosa forma de su cabeza descubierta, con la raya en medio dividiendo en dos el rubio de sus cabellos, trenzados en rodetes por encima de las orejas.

Al mediodía aceptó sentarse a mi mesa en el vagón restaurante.

A las doce y media ya me había contado que era la viuda de un lugarteniente del segundo regimiento de la guardia, muerto en el Yser en 1915, que tenía una vieja tía en Viena, que le encantaba el difunto poeta Liliencron y que conocía una excelente receta para hacer pulpeta de ternera en salsa de harina tostada... A la una sabía incluso que había crecido en un internado de Hannover y que una noche la habían sorprendido en la cama de la hija menor del príncipe de Schaumburg Detmold, ¡una adolescente guapísima de labios sabor a anís!

Nuestras *chartreuses* sincronizaban su *shimmy*^[26] bajo los traqueteos de los *bogies*. Mi berlinesa estaba sonrosada y satisfecha. La aventura hechizaba la monotonía de mi viaje y el runrún del ventilador invitaba a las confidencias.

—¿Aceptaría usted cenar conmigo esta noche? Llegaremos a Viena a las nueve. Conozco un pequeño club, en la antigua Giselastrasse...

—No sé si debo.

—La improvisación, señora, es la sal de la vida, ¡el cuco del reloj del Tiempo!

—Dios mío, ¡qué capacidad tiene! ¡Voy a terminar cayendo en la tentación!

—¿Por qué no? Hay una santa Antonieta adormecida en cada mujer...

Al bajar al andén en la estación de Viena, la pequeña bolsa de viaje azul pavo real se colocó junto a mi maleta amarilla en el carrito del maletero y el abrigo forrado de mofeta fue rozando la manga de mi sobretodo. Un cuarto de hora después, la maleta amarilla entraba en la habitación 26 del Bristol, mientras que la bolsita de viaje desaparecía en la habitación 27.

El Orient Express con destino a Constantinopla no pasaba hasta dos días después. Tenía por delante treinta y seis horas de permiso.

* * *

El restaurante Chez Zulma. Una docena de mesitas con manteles de colores degradados, una rosa en una probeta de cristal y un pimentero de madera lleno de paprika. Separando las mesas, biombos de tela, perfectos para aislar a los amantes de incógnito.

—¡Qué agradable es este sitio! Pongámonos allí, ¿le parece?

Mi berlinesa se sentó, muy alegre. Dos zíngaros auténticos con caras de exconvictos elegíacos tocaban a la sordina. Una orquídea de papel color junquillo vestía la bombilla desnuda de la lámpara. Me incliné hacia mi invitada.

—¿Su nombre de pila?

—Klara.

—¿Se arrepiente de nuestro encuentro?

—¡Oh, no! Tenía pensado cenar con mi vieja tía Louisa. Ahora no me verá hasta mañana. ¡Así es la vida!

—¿Quiere que el violinista toque algo que le guste?

—¡Sí! ¡Ay, sí! Si quiere complacerme, pídale el vals de *Fledermaus*. Esa melodía de la opereta de Strauss me hará revivir mi juventud.

Mientras el zíngaro ejecutaba la pieza, nos trajeron col lombarda despintada con vinagre, anchoas enrolladas como resortes de reloj y una fuente en la que se extendía la clorosis de un apio rallado. Klara, que apenas probaba bocado, escuchaba el ritmo fantasioso y anticuado del viejo vals vienés. Yo leía en la repentina melancolía de sus ojos azules la llamada de un pasado en el que, jovencita núbil apenas, mecía la nostalgia de sus primeros deseos sentada al piano. La tomé de la mano.

—Es una tarde de primavera —murmuré—. Los castaños de Charlottenburg apuntan al cielo con los tirsos de sus dedos rosados. La imagino en un saloncito de muebles muy nuevos, querida Klara, vestida de blanco, con sus dos trenzas rubias enrolladas alrededor de las sienes. Está sola. Tiene dieciséis años. Se ha sentado en el taburete y toca este mismo vals, tan sentimental y tan tiernamente pueril. Su alma de niña poblada de pensamientos inconfesados viaja hasta un bello lugarteniente de la guardia al que ha percibido durante un baile; unos besos subrepticios en los senderos del Tiergarten; sueños maravillosos a la sombra de la iglesia memorial Kaiser Wilhelm... El vals continúa, lascivo, embriagador, meciendo la danza blanca de sus brumosos deseos. Es su primer viaje al Venusberg de las adolescentes imaginativas; descubre la gruta mágica en la que gozan los senos menudos de las vírgenes y sus cálices palpitan en espera de lo desconocido... Querida Klara, paseemos de vez en cuando por el jardín del pasado, a la sombra de las reminiscencias quincunciales. Es un parque maravilloso en el que las hojas no amarillean nunca.

Los zíngaros dejaron de tocar. La mano de la viajera temblaba bajo la mía. Sus ojos empañados me contemplaron, tristes y fascinados. De repente, se inclinó y me ofreció los labios.

—Gracias. Me ha hecho feliz. Le recompensaré —murmuró con la voz embargada por la emoción.

Yo no comprendería hasta más tarde el sentido de aquella promesa. Esa noche creí que era la agradable melodía la que la había convencido para llevar la aventura hasta el final. Se lo agradecí voluptuosamente al señor Strauss, que en paz descansa, cuya música sensual derrite las virtudes indolentes y precipita la caída de las alemanas en los brazos de los turistas desocupados.

A las once volvimos al hotel Bristol, después de un paseo alrededor de los jardines del Hofburg, alumbrados por un claro de luna excesivo que relucía bajo las cúpulas cardenillo y los tejados brillantes del palacio. La viuda del lugarteniente de la guardia estaba ebria de zardas y de palabras románticas. Bajo el umbral de su puerta, en el pasillo desierto, le besé la mano e hice ademán de retirarme. Ella me miró con la bonita mueca de reproche que las marquesitas del siglo XVIII dedicaban a las jaulas abiertas.

—¡Oh! ¿Un último cigarrillo? Venid...

La seguí. Pedí que nos subieran champán «al gusto americano». Klara, muy alegre, me vendó los ojos con la servilleta que estrangulaba el cuello de la botella y me ordenó que no mirase.

—Se la quitará cuando yo se lo diga. No antes.

Dócil, cerré los ojos tras la venda. Oí el ruido del cierre de la maleta. La puerta del armario chirrió. Un vaporizador hizo «¡pffft!», como un gato antes de arañar. Dos zapatitos de tacón cayeron al suelo. Un crujido de tela precedió al crujir de la cama. Dos interruptores eléctricos se respondieron.

—*Achtung!* —ordenó una voz dulce—. *Jetzt dürfen Sie...*^[27]

Volví a abrir los ojos. La lamparita de la mesilla era la única que seguía encendida. En la gran cama, Klara aguardaba mi sorpresa, escondida tras la almohada. Un brazo desnudo se levantó en señal de auxilio del placer. Corrí al rescate de la náufraga. Y la tempestad se desencadenó en un océano de linón crema, batista blanca y satén verde Nilo.

* * *

A la mañana siguiente me dirigí al consulado turco para el visado de mis papeles. Encargué un ramo de rosas de té para Klara y compré un estudio documental sobre el petróleo para comprender mejor las observaciones del señor Edwin Blankett, experto en nafta, cuando llegara a Nikolaya. Puede confundirse El Pireo con un hombre, pero sería inadmisibile confundir la Acrópolis con una filial de la Standard Oil.

Almorcé solo. Klara me había avisado de que se reuniría conmigo en el Kaffee Franz una vez cumplidas sus obligaciones familiares.

A las cinco, muy puntual, llegó para acompañarme en mi mesa. Parecía contenta de volver a verme y se sentó irreverentemente sobre el *Wiener Abendblatt*.

Mordisqueamos unos *bretzels* delante de sendos mocas deliciosos y dos vasos de agua fresca. Paseamos sin rumbo por la ciudad y fuimos a comer *haluschka* de harina frita y de queso blanco cerca de la iglesia de los Agustinos.

Hacia las diez, el rostro de Klara pareció ensombrecerse. Su rodilla se apretó contra la mía bajo el mantel y las uñas de su mano izquierda se crisparon alrededor de mi muñeca. Levantó las cejas, sus ojos reflejaron una expresión de ternura afligida.

—¿De verdad partes mañana para Constantinopla? —suspiró.

—Desgraciadamente, Klärchen... No hay más remedio.

—¡Entonces es nuestra última noche!

—Sí. A menos que me acompañes hasta Pera. No me atrevo casi ni a pedírtelo. Sin embargo, la verdad es que me encantaría que...

—¿Y si yo me atreviera a aceptar?

Mi viudita berlinesa era demasiado atractiva para que su respuesta no me causara el más inmenso placer. Acaricié la mano que me ofrecía.

—Mañana, a las once, partiremos juntos, querida. Retrasaremos así el doloroso vencimiento.

—Y luego nos diremos adiós igualmente. Y luego desaparecerás para siempre.

—La suerte de los hombres carece de importancia en este mundo, ¿no lo crees? El destino es un marroquino caprichoso. Ayer se complacía favoreciendo el flirteo de una bolsa de viaje azul con una maleta amarilla y, dentro de noventa y seis horas, su intimidad habrá pasado a la historia. Alá es grande y Mahoma no es profeta en el País de la Ternura^[28].

—Me parece algo terriblemente triste. ¿A ti no?

—Resumes muy bien, mi encantadora amiga, el problema que siempre horrorizará a los humanos. Ten por seguro que la relatividad de la duración apasiona menos a los metafísicos que a los amantes. Romeo acaba de trepar por la escala de cuerda, pero no tendrá más remedio que bajar. Todos tememos el canto de la alondra.

—¿Y si un día se abstuviera de cantar? ¡Qué milagro sería!

—No, Klara. Es la incertidumbre de su canto lo que aviva la pasión y lo que hace que nos amemos más. Sin el cantar de la alondra, nuestra aventura perdería su sabor porque habría perdido su final.

—Me habría gustado que durara para siempre.

—¡Durar! ¡Durar! Incluso la Tierra, que siempre está ahí, se enfría poco a poco. Es una vieja con arrugas que, en un millón de siglos, ya no disfrutará de las caricias del Sol.

—Querido, ¡qué desilusión!

—¡No, no! Lo único que hacemos es tratar por encima un tema que ya interesaba a los hombres mucho antes de Platón. ¿Sabes lo que somos? Meros niños en la playa escuchando el mar dentro de unas caracolas, pacientemente, con la ilusión de que esas conchas nacaradas contienen todo el océano... ¡Camarero! ¡Otra botella de Heidsieck Monopole!

Entramos en el hotel. A los pies de la cama, la colcha color verde Nilo florecía con un ramo de rosas. Klara, estupefacta, las olió cerrando los ojos. Se lanzó a mis brazos y, de repente, se echó a llorar. Al principio creí que se estaba riendo, pero me

llevé una sorpresa al ver las lágrimas, y la estreché contra mi pecho. No quiso contarme la causa de aquella crisis inesperada.

—Cariño, cariño, ¡eres tan bueno...! Te quiero. Te quiero. Y te lo demostraré... —se limitó a murmurar con una voz que temblaba de la emoción.

Yo trataba de calmarla con caricias tranquilizadoras, susurrándole palabras de amor en sus cabellos despeinados, pero la dulzura de mis gestos parecía incrementar su desolación. Cayó sobre la cama sollozando, se desgarró el vestido, arañó como una gata el satén de la colcha, se mordió el antebrazo desnudo... Creí oír entonces una exclamación de protesta sofocada contra la almohada.

—*Ach Gott!* No soy una mala mujer, ya lo verás. ¡Todavía puedes amarme!

La campana de un tranvía tintineó en el Ring. El séptimo cielo de leyenda proverbial se asentó en la segunda planta del hotel Bristol. Eros, maestro de baile, acompasó la pavana con besos silenciosos, y la lámpara de la mesilla brilló de nuevo, fuego fatuo rosa sobre la tumba de los grandes estremecimientos.

IX

El viaje me había parecido demasiado breve. Budapest, Braşov, Bucarest, Constanza... Fueron muchas las paradas disolutas en el trayecto de nuestro coche cama. Ahora compartíamos la misma habitación en el Pera Palace. Y, a pesar de que aún tuviera algunas por delante, contaba con pesar las horas que faltaban para decirle adiós a aquella compañera rubia que el azar había sentado maliciosamente en un rincón de mi compartimento.

Si Don Juan decía «¡Una más!», yo habría suspirado con gusto: «¡Una menos, antes de cerrar el periplo de mi vida fracasada!». ¿Se sentirá orgulloso el Asesino de Mujeres, como lo llaman los británicos, cuando contempla los despojos de sus víctimas en las paredes de su fumadero? Las diminutas astas de la jovencuela que cayó indefensa una tarde de primavera; la diez puntas de la coqueta altanera que sucumbió al toque de acoso del esnobismo; la blanca piel de la esposa de gran virtud que murió luchando hasta el final contra la llamada de sus sentidos desenfrenados; el pelaje cambiante de la emancipada aburrida, que expiró a lo grande por buscar un nuevo placer... Pobres trofeos de caza para el orgullo del trampero vestido de negro, cuya huella en su corazón cansado se resume en las cenizas de un puñado de recuerdos.

Degustamos Constantinopla durante tres días, con sus minaretes como bolos apuntando hacia el cénit. De Disdarié a Estambul, de Sirkeci a Yedikule, perdimos la noción del tiempo respirando el perfume de la rosa seca, el aroma del raki y otras fragancias ambarinas, evocadoras de los harenes de antaño. Deambulamos, cual pareja perdida, por los muros de *yalis* bordeados de árboles de Judea, a lo largo del Bósforo tranquilo en la inquietud dorada del crepúsculo. Cavilamos bajo el umbral de los bazares repletos de objetos heteróclitos y abigarrados. Sentados en la incómoda *araba* de un cochero apoplético, realizamos un piadoso peregrinaje a la necrópolis de Eyüp, fúnebre dominó de innumerables blancas dobles clavadas en la tierra seca. Luego, durante dos noches, tras la oración vespertina de los muecines, nos perdimos por la cohorte cosmopolita de las calles de Pera, abarrotadas de ristras de marineros, racimos de rusos y brochetas de griegos...

Nuestras horas estaban contadas. Y nuestros besos tomaban ya el gusto acre y amargo de la separación inminente. El cuarto día pasé la tarde recorriendo las oficinas de los armadores en busca de un barco de vapor que partiera lo más pronto posible para Batumi. En la Compañía de Vapores Turcos me ofrecieron subir a bordo del barco mixto *Abdul-Aziz*, que tardaría una docena de días en alcanzar los puertos del Cáucaso.

—Cariño, yo podría ayudarte, quizá, a encontrar un barco —me dijo Klara, que me había acompañado—. Conozco a un negociante egipcio que solía venir a Berlín

dos veces al año y que estará encantado de hacerme un favor. Tiene su oficina en la calle Voïvoda.

Fuimos a visitar al señor Ben Simon, que nos recibió en una estancia constelada de diversas variedades de *rahat lokum*, frutos secos, baratijas, alfombras de Daguestán o de Karaman, bordados búlgaros y faros de automóviles. Este comerciante ecléctico nos ofreció una taza de café y me redactó una recomendación para el señor Agraganiadis, director de la Compañía de barcos cisterna Phébus. El griego, hijo de una siciliana y de un usurero de Patras, me propuso embarcarme al mediodía siguiente a bordo de uno de sus navíos; llamaba así a sus carracas de novecientas toneladas, que transportaban petróleo desde Batumi hasta Salónica. Le expresé mi más sincero agradecimiento y volví al Palace.

Mi última noche con Klara estuvo atenuada por la tristeza de la partida irremediable. Nos sorprendió el alba cariñosamente abrazados. Mi pequeña Lorelei se había soltado el pelo, que le caía en cascada rubia sobre la redondez de su hombro desnudo.

—Son las nueve —le dije—. Tendríamos que vestirnos, cariño.

—¡Ay! ¡Todavía tenemos tiempo! —suplicó ella reteniéndome.

Pasó una hora. Tan breve... Un rayo de sol, bengala de oro oblicuo en el claroscuro de la habitación, dibujaba una elipse en el centro de la colcha. Cuando alcanzara el borde de la cama, tendríamos que arrancarnos de los placeres de Pera. Besos y caricias abreviaron los últimos minutos. La elipse luminosa estaba a punto de caer de la cama. Me desprendí del abrazo de Klara y salté al suelo. Entonces ella se incorporó bruscamente, trágica, y me tendió los brazos.

—¡No! ¡No! No te vayas. ¡Escúchame! —gritó—. Tengo que decirte algo...

Desconcertado por aquel tono de confesión, me acerqué a ella.

—Cariño, no quiero separarme de ti sin habértelo dicho todo —prosiguió, con la voz velada por el desasosiego—. Quiero que me perdones por haberte espiado y que intentes no menospreciarme por aliviar mi conciencia.

Lo entendí todo.

—Estás a sueldo de Moscú... —le dije sin rencor, estrechándola una vez más entre mis brazos. Ella agachó la cabeza y yo le acaricié la nuca—. No estoy enfadado contigo, querida Klarita. No te lo reprocho, porque tus besos fueron dulces en mis labios y tu sonrisa supo llenar de encanto las horas fugitivas de nuestro corto viaje.

Mi indulgencia la desconcertó profundamente. Lloró contra mi pecho y luego se confesó.

—Gérard, soy una miserable... ¡Sí! ¡Sí! Pero la culpa no es solamente mía. Es cierto que soy la viuda del lugarteniente Hoeckner, muerto en el frente francés en 1915. Desde la guerra, he estado viviendo de mi pensión y de mis pequeñas rentas. Pero, con la devaluación del marco, me vi obligada a buscar ingresos fáciles que me permitieran salir adelante sin tener que convertirme en una cortesana. El azar y mis relaciones me pusieron en contacto con el servicio de contraespionaje de los sóviets.

Necesitaban a una mujer que no fuera muy fea ni muy estúpida para ejecutar ciertas misiones confidenciales... Así que acepté. Primero me encargaron pequeños trabajos en los que me las fui arreglando con facilidad. Fui ascendiendo. Se me asoció extraoficialmente a la delegación bolchevique de la Conferencia de Génova. Me recorrí los pasillos de los grandes hoteles; tomé nota de las conversaciones susurradas detrás de las columnas; en Miramar, me dejé cortejar por un observador americano y por un parlamentario francés que me informaron sin darse cuenta... Resumiendo, me gané la confianza de mis jefes. El mes pasado, durante las negociaciones anglosoviéticas de Londres, me encargaron una investigación encubierta en los círculos dirigentes del Partido Laborista. Haciéndome pasar por una feminista alemana, se me vio en el *Daily Herald* y en las tertulias de la Fabian Society: los *Sinn Féiners* me hablaron a corazón abierto... Cada dos días, entregaba un informe en un despachito de Throgmorton Street, una oficina sin pretensiones, de zurupeto modesto, en la que se cocinan la propaganda y el espionaje bolchevique... Luego volví a Berlín. Hace unos días me convocó una mujer que ocupa un cargo secreto junto con ciertos comisarios y que me recibió en su despacho particular.

—Belle Alliance Platz, n.º 44... La señora Muravieva.

Klara me miró sorprendida.

—¿La conoces?

—He oído hablar de ella —respondí evasivo—. Continúa...

—Me preguntó si me gustaría vigilar a un francés que debía viajar desde Berlín hasta Nikolaya.

Interrumpí bruscamente a Klara. Sus palabras me daban mucho que pensar.

—Dime exactamente cuándo te habló esa persona en cuestión de mi viaje a Nikolaya.

—Déjame ver... Salimos de Berlín el martes por la mañana. Fue la víspera: el lunes por la tarde.

—¿A última hora?

—Sobre las seis.

Yo había visto a la señora Muravieva aquel lunes a las tres. ¿Cómo había podido adivinar que lady Diana iba a recibir un telegrama de Nikolaya al día siguiente por la mañana y a enviarme en misión tan pronto? Las hipótesis se entrecruzaban en mi cerebro desvelado. Una sola me pareció plausible. Sin duda, los informadores de la señora Muravieva habían interceptado el comunicado enviado por el señor Edwin Blankett antes de su expedición. Y la rusa, prevenida mucho antes que nosotros por vía diplomática, se había enterado el lunes por la tarde de que lady Diana recibiría el telegrama del experto al día siguiente. Era lógico, pues, que contara con mi partida repentina.

Aclarado este punto, rogué a Klara que prosiguiera con sus interesantes revelaciones.

—Respondí que estaba dispuesta a partir y solicité instrucciones. La mujer comenzó enseñándome una gran fotografía tuya, extraída de una revista americana. Debajo estaba escrito: «El príncipe Séliman, que acaba de casarse con la señora Griselda Turner...». ¿Ves, querido?, ¿conocía tu identidad exacta y no sospechabas nada! La rusa me instó a memorizar bien tus rasgos y a espiarte en cuanto salieras de Berlín. Añadió: «Su misión consistirá en coquetear con ese pajarraco (te pido que me disculpes, *Liebling*^[29], esas fueron sus palabras exactas), hacerse con sus documentos si hubiera algo interesante y señalarme a las personas con las que se entrevistaste. No le será difícil, porque es guapa, y los imbéciles de los franceses saltan sobre las mujeres guapas como las ranas sobre un trozo de tela roja. Si fuera refractario, apáñeselas para seducirlo de todas formas y, en Constantinopla, termine de conocerlo por completo. El servicio marítimo de Constantinopla a Batumi es muy irregular en estos momentos. Tendrá que ayudarlo a embarcar en uno de los cargueros de la Compañía Phébus para que llegue cuanto antes a Batumi. Una vez haya subido a bordo, me telegrafiará al número que ya conoce de Moscú. Volverá a Berlín y su misión habrá terminado...». A la mañana siguiente te reconocí enseguida sobre el andén de la estación de Anhalt, y reservé un asiento enfrente del tuyo. Ya conoces el resto. Entablaste conversación conmigo y yo me presté al juego de tus insinuaciones. Mis órdenes así lo exigían. Y también un impulso secreto, algo indefinible que me atraía hacia ti. Tus maneras especialmente caballerosas; nuestra pequeña cena, tan novelesca, en Chez Zulma; la discreción con la que no intentaste conquistarme de cualquier manera, por la noche, en el Bristol... Todo acabó seduciéndome, y no fue una espía de servicio la que poseíste aquella noche, sino una mujer feliz.

—¿Y después?

Klara agachó la cabeza, se sonrojó y continuó.

—Aproveché una de las ocasiones en que saliste para echar un vistazo a tus papeles, en tu habitación. Las órdenes son órdenes, ¿no es así? Además, de haber descubierto cosas que hubieran podido interesar a esta rusa, no te habría traicionado. La prueba es que le he enviado tres informes fantasiosos y poco comprometedores.

—Sabes bien que no te guardo rencor, Klärchen, y que tu franqueza me conmueve infinitamente.

Se puso entonces muy seria y me tomó las manos.

—Cariño, no sé lo que vas a hacer en Georgia, pero si aceptas un consejo, renuncia a ese viaje —me dijo de repente.

—¿Que renuncie a ese viaje? ¿Por qué? ¿Corro peligro de caerme en un pozo de petróleo? —bromeé encogiéndome de hombros—. ¡Venga ya!

—¡No! ¡No! Es un presentimiento. Cometerías una imprudencia enorme.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso? ¿Irina Muravieva te hizo alguna confidencia?

—No. Nada concreto. Pero conozco la reputación de esa rusa. Me habló de ti con una animosidad que no presagiaba nada bueno.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Me dijo: «El príncipe Séliman es uno de mis enemigos y, en la guerra, lo esencial es estar informado de los movimientos del adversario...». Pero su mirada delataba una hostilidad tan grande hacia ti que te suplico que sigas mi consejo.

Me senté en el borde de la cama. Las palabras de Klara merecían una reflexión. Era evidente que ignoraba el drama íntimo que subyacía tras aquel enredo. Por mi parte, solo veía dos soluciones posibles: o bien no tener en cuenta las aprensiones de mi rubia aliada, por muy justificadas que fueran, y proseguir mi viaje, o bien recular ante el peligro y telegrafiar a lady Diana para anunciarle que renunciaba a defender sus intereses en el Cáucaso. Actuar así habría sido indigno de mí. No podía decirle a lady Diana que, asustado por el espectro de la señora Muravieva, prefería no correr el riesgo de disgustar a aquella rusa y volver apaciblemente a Londres. Mi conciencia no me permitía seguir dudando ni un minuto más si debía partir o no.

—Querida Klara —le dije con una sonrisa—, tu consideración me prueba la sinceridad de tu ternura. Te lo agradezco con todo mi corazón. Pero ni la señora Muravieva es la Gorgona ni el odio de sus hermosos ojos hará que renuncie a embarcarme en el barco del señor Agraganiadis. Tengo un pasaporte en regla, con el visado de Moscú. Un amigo me estará esperando. ¿Qué infortunio podría acaecerme?

—¡Un pasaporte en regla! Sabes perfectamente que eso no tiene ninguna importancia. Desde la insurrección georgiana, allí lo que reina es el estado de sitio y estarás a la merced de lo que les plazca a los bolcheviques.

—Es posible. Pero iré de todas formas. Por otro lado, a un ciudadano extranjero no se lo escamotea tan fácilmente como a un pobre menchevique. Venga, Klara, querida mía, vístete rápido y ven a ejecutar tu última orden, que consiste en verme embarcar hacia Batumi.

A las doce menos cuarto del mediodía, un coche nos dejó en el muelle, delante del *Djoulfá*, un barco cisterna que tenía de paquebote lo que una carretilla de Hispano-Suiza. Klara había subido conmigo al estrecho puente. Tres minutos antes del último toque de sirena, volvió a suplicarme:

—Cariño, quédate conmigo. Enviaré un telegrama a Moscú de todas formas, diciendo que has embarcado.

—No. Eres un encanto y te deseo toda la felicidad del mundo. ¿Quién sabe? Quizá un día volvamos a encontrarnos en Londres o en París, gracias a alguna de tus misiones.

El segundo de a bordo del *Djoulfá* nos indicó que iban a retirar la estrecha pasarela. Klara y yo nos abrazamos largo rato sin decir nada. Ella me entregó de nuevo sus labios y se marchó muy deprisa, con paso inseguro, sobre el suelo inestable. El trajín de la partida se aceleró. Sonó un timbrazo en la sala de máquinas. Largaron la última amarra. Ondeé mi pañuelo por encima de la cabeza y Klara, entre una pila de lona embreada y un turco plácido con un fez descolorido, me respondió agitando el suyo.

Contemplaba en silencio la delgada silueta de mi atractiva espía cuando un hombre gordo, vestido con un caftán negro de bordados rojos en el pecho, me miró con compasión. Dejó de masticar lo que estuviera masticando para decirme con mucha dulzura:

—¿Le da pena separarse de su mujer, *efendi*?

Apenas le respondí. Klara seguía allí, en el embarcadero que se alejaba. Su traje de chaqueta gris perla y su sombrerito blanco me hacían pensar en una gaviota inmóvil sobre el malecón del puerto. De repente, me sentí muy triste por separarme de ella. ¡Ay! ¿Podía yo prever que no se equivocaba y que partía al encuentro de unas pruebas tan crueles?

El *Djoulfá* tenía solo una chimenea. Pero expulsaba abundante humo, espolvoreando de hollín la estrechísima cubierta a la que daban las puertas de las seis cabinas de pasajeros. Me daba la impresión de viajar a bordo de un gasógeno flotante. Además, el *Djoulfá* flotaba mal y rodaba como un queso de bola, porque navegaba en lastre; se dirigía a Batumi para rellenar las quinientas toneladas de sus tanques.

El comandante de aquella nave blindada era un oriental galoneado de oro hasta los codos, pero calzado con alpargatas y con un tatuaje de una esvástica azul en la mano izquierda. ¿Por qué aquel ortodoxo con cara de Cristo afeitado portaría la cruz gamada hindú en su metacarpo curtido por el salitre? No me atreví a preguntarle la razón de esta anomalía, pues no parecía agradarle la compañía de los pasajeros improvisados que sus armadores le imponían de vez en cuando. El turco viejo y simpático del caftán negro, que se había apiadado de mi infortunio sentimental y que me había tomado bajo su protección, me dio la clave de aquella hostilidad.

—Al comandante no le gusta que haya gente a bordo, a excepción del equipaje, porque ya no puede emborracharse con tanta facilidad. Tiene miedo de que algún pasajero vaya al señor Agrabaniadis con la queja.

Mi compañero de viaje parecía muy informado y muy liberado de cualquier prejuicio oriental. Le señalé a dos marineros que estaban la entrada de la bodega del equipaje.

—¡Esos señores parecen unos *comitadjis*^[30] escapados de la horca! —le dije sonriendo.

El turco hizo un gesto fatalista, se quitó de un capirotazo la carbonilla que maculaba el bordado de su vestimenta y respondió:

—No lo crea, señor. Asesinos, no... Ladrones, seguramente.

La distinción no estaba exenta de miga. Pregunté a mi sutil otomano si navegaba mucho por el mar Negro.

—¡Sí, sí! —asintió—. A bordo de este barco y de otros también. Suelo ir a Trebisonda, donde tengo una tienda de madera de ebanistería.

Los dos marineros pasaron por detrás de nosotros y se dijeron algo en un idioma incomprensible. Cualquier cineasta parisino los habría contratado con gusto como

figurantes para una película de piratas sin necesidad de maquillarlos. No pude evitar volver a sacar el tema.

—¿Esos jóvenes no han intentado nunca tirarlo por la borda? —le pregunté al mercader turco.

—¿Por qué? ¡Vaya idea de turista occidental que se ha dejado seducir por las novelas de aventuras! El mar Negro es tan pacífico como el lago de Ginebra. En todos los años que llevo viajando a bordo de los distintos cargueros que efectúan el cabotaje, nunca me ha pasado nada malo. Lo único que me han robado han sido dos relojes y un billetero que solo contenía, por fortuna, ciento cincuenta libras turcas. El invierno pasado, la tripulación del vapor *Moughla* nos encerró en nuestros camarotes para pillar las calas durante unas horas. Aparte de eso, las travesías son monótonas en demasía.

Mientras que el *Djoulfá* rompía sin exceso de velocidad las olas cortas del Ponto Euxino, quise saber quiénes eran mis dos vecinos de camarote. A la derecha distinguí a un armenio sin falso cuello, con un sobretodo beis hecho a medida, disponiendo sobre su litera los compartimentos de su muestrario. Verificaba la alineación de sus joyas sobre la guata rosa. El viejo turco me explicó más tarde que aquel viajante de perfil cyranesco abastecía de artículos de París a las circasianas hechizadas por la elegancia francesa y les garantizaba sus baratijas alemanas importadas directamente de la Ruede la Paix. A la izquierda, el estrecho camarote estaba ocupado por una dama con velo, una musulmana adiposa, vestida con un charchaf de color maíz.

La primera comida se sirvió a la una en un pequeño comedor sin fasto, perforado por cuatro ojos de buey manchados de cardenillo. No había frescos en las paredes de pino bronco, sino unas litografías en color que alababan la excelencia de los cigarrillos Manoli, Muratti y Abdulla... El capitán no comía con nosotros; solo el segundo nos honraba con su presencia, un macedonio tuerto, con la cara picada de viruela y un gran bigote de foca. Hablaba inglés bastante bien y, para imitar a los viejos lobos de mar británicos, maldecía el nombre sagrado de Dios después de cada trago de vino de Samos. Mi amigo el turco me habló de la caída de las ventas de cedro y de las ganancias que conseguía con el arce y el limonero. La musulmana del velo había pedido que le llevaran una sopa de sémola a su camarote. Cuando trajeron el café, el viajante armenio me llevó a un rincón y me ofreció un hermoso reloj de oro, un cronómetro suizo que daba la hora, indicaba los cuartos de la luna y anunciaba los eclipses. Yo le pregunté con una sonrisa dónde había robado aquella obra de arte.

—No lo he robado, caballero —me respondió sin sentirse ofendido—. Lo cambié por una chaqueta vieja.

—¿Cómo?

—En los baños turcos. Al salir, me equivoqué de ropa.

—¿No le devolvió el reloj a su propietario?

—¿Está bromeando? ¿A ese rufián que se largó con mi traje?

El día fue monótono. Por fortuna, a las cuatro y media, un pequeño incidente vino a romper el aburrimiento de la travesía. El capitán de la mano tatuada propinó al timonel una violenta patada en los cuartos traseros porque se lo encontró durmiendo delante de la puerta de su camarote. A ello le siguió un terrible altercado que se elevó por encima del ronroneo de las máquinas. El viejo turco escuchaba impasible.

—El timonel está furioso porque el capitán le ha dicho que a su madre la mancilló un macho cabrío entre dos cerdos muertos —me explicó.

Creí que la discusión acabaría en tragedia cuando vi al capitán salir de su camarote armado con una pistola enorme del calibre de una escopeta. La querella recomenzó con más intensidad.

—¡Lo va a matar! —le susurré al oído al comerciante de arce.

Pero este negó con la cabeza.

—¡Oh, no! No está cargada. El capitán solo quiere asustarlo. Además, el otro lo único que pide es que el ofensor retire lo de los dos cerdos muertos.

Por la tarde avistamos Sinope, una aldea sin importancia, cuya estacada de madera se hundía en la tinta negra de un mar tranquilo. Al día siguiente, a las dos, entramos en el puerto de Trebisonda entre tres o cuatro buques de carga fondeados, dos docenas de veleros erizados de vergas y una nube de pequeños botes aglutinados como pulgones de agua.

La fauna de aquella rada no me habría interesado lo más mínimo de no haber reparado enseguida en un magnífico yate de vapor que flameaba su pabellón estrellado sobre un casco blanco resplandeciente. Como el *Djoulfá* no partiría antes de las ocho de la noche, tenía toda la tarde para pasearme en tierra. Descendí con el comerciante de madera, le dije adiós y me acerqué al pontón de atraque de los barcos de remo. Había vislumbrado la lancha del yate, pilotada por un marinero vestido de blanco, dirigiéndose a puerto. A bordo distinguí a dos personas, un hombre de azul marino y una mujer con ropa clara. Sentía curiosidad por ver más de cerca a los americanos que habían elegido como lugar de excursión las costas áridas de Anatolia.

El yanqui de azul marino dio una orden al marinero, saltó a tierra y tendió la mano a la mujer de rosa.

Un golpe de viento le arrebató el fedora, que salió rodando hacia mí. La recogí y se la devolví. Como en Trebisonda no abundaban los hombres vestidos a la última moda londinense, el pasajero del yate me observó con cordialidad y entabló conversación.

—Vaya con el condenado vientecillo del oeste, ¿eh?

—¿No han sufrido demasiadas sacudidas en su cascarón de nuez?

—No. Estamos entrenados. Llevamos dos meses luchando contra las olas a bordo del *Northern Star*.

—Hermoso yate. ¿Es suyo?

—¡Dios mío, no! —respondió el americano, revelando dos dientes blindados de platino al sonreír—. Mi mujer y yo somos los invitados del propietario. ¿Conoce

Trebisonda?

—Muy mal. Pero si aun así puedo serles de ayuda... No me voy hasta esta noche.

La dama de rosa, que había encañonado su Kodak hacia un pequeño armenio medio desnudo que se zambullía a cambio de cigarrillos, se volvió hacia nosotros. Era una rubia alta, de complexión atlética y andares flexibles. Su compañero se presentó sin formalidades.

—W. R. Maughan... ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Príncipe Séliman.

Una sorpresa indescriptible iluminó el rostro del señor y la señora Maughan. Si el destino los hubiera colocado de repente en presencia del gran lama de Lhasa, su asombro no habría sido más profundo. Yo también debí de parecer desconcertado en extremo por su actitud, porque la señora Maughan retomó la conversación en un tono que evidenciaba una intensa curiosidad.

—¿Es usted el príncipe Séliman? ¿El marido de Griselda?

—Sí, señora.

El señor Maughan se golpeó la palma izquierda con el puño derecho.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Vaya encuentro, a cinco mil millas de Nueva York! ¡En este sucio e insignificante agujero del mar Negro! —Se volvió hacia su mujer y, poniéndola por testigo de tan barroco acontecimiento, añadió—: En fin, Ruth, ¿qué piensas de todo esto? El príncipe Séliman en Trebisonda. ¡Antes se encuentra una aguja en un pajar!

Las palabras de aquel hombre me intrigaban.

—Escuche, señor Maughan, estoy encantado de que mi presencia en Armenia sea para ustedes motivo de tan grande emoción —declaré con ironía—. ¿Me permiten, sin embargo, preguntarles por qué?

—Porque Ruth y yo somos muy buenos amigos de Griselda. No nos conoció en Nueva York porque estuvo usted muy poco tiempo en América, y porque su deplorable separación de la princesa ocurrió demasiado pronto. Pero puede estar seguro de que nadie lamentó el malentendido que lo alejó de su mujer más que nosotros.

—Por lo que veo, están al corriente...

La señora Maughan intervino.

—¿Que si estamos al corriente? ¡Leímos absolutamente todos los detalles de su aventura en Palm Beach con la hijastra de Griselda! ¡Dios mío! ¡Ni que hubieran matado a alguien! Y yo nunca le oculté a Griselda que se equivocaba guardándole rencor.

Rebuscando en mis recuerdos, me acordé de repente de que, durante nuestra luna de miel, la princesa me había hablado de un tal señor Maughan, procurador de la ciudad. Me apresuré a reparar mi olvido.

—Mi querido Maughan, disculpe las lagunas de mi memoria. Fueron tantos los acontecimientos que trastornaron mi vida... Ahora ya me acuerdo. Usted es

procurador en Nueva York y la señora Maughan fue la anfitriona de Griselda en las Adirondack, en los tiempos en los que mi mujer todavía se apellidaba Turner.

—¡Exacto! ¡Exactamente! Ahora ya pisa terreno conocido.

El excelente señor Maughan me dio un golpecito cordial en el hombro y me estrechó la mano con un vigor comunicativo. Sin embargo, su mujer reflexionaba. De repente, me tomó no menos familiarmente por el brazo y dijo con resolución:

—Mi querido príncipe, acompáñenos.

—Pero ¿adónde?

—A bordo. —Como el señor Maughan se sobresaltó sorprendido, su mujer lo tranquilizó con un gesto—: Déjame a mí, Willy. Yo me hago responsable. El príncipe Séliman nos concederá el favor de aceptar una taza de té en el puente del *Northern Star*.

Me habría costado mucho declinar una invitación tan cordial. Salté a la lancha detrás de la señora Maughan y el pequeño motor emitió un zumbido. Sin embargo, sentía ciertos escrúpulos.

—¿No cree, querida señora Maughan —pregunté volviéndome hacia la dama de rosa—, que es poco caballeroso de mi parte aceptar subir a bordo de ese yate? ¿Cómo se llama su propietario?

—¡Shh! —dijo la americana, enigmática—. No se preocupe en absoluto. Es uno de nuestros amigos. Además, ¿no exige el protocolo marítimo que se recoja a cualquier náufrago que uno se encuentre?

Las palabras de la señora Maughan me parecieron encantadoras y claudiqué. Nos acostamos a la embarcación y un marino nos izó al portalón. Admiré el bello aspecto de aquel yate, decorado como para una revista naval, con sus cobres relucientes y sus superestructuras en madera de caoba barnizada. El señor Maughan me condujo a la cubierta trasera, donde ya estaba puesta la mesa para el té, mientras que su mujer desaparecía anunciando:

—Voy a presentarle al dueño del navío.

El señor Maughan me ofreció una mecedora y un puro. Había gaviotas revoloteando alrededor del yate, como un puñado de acentos circunflejos blancos lanzados a la brisa. Allá sobre el fondo gris de los montes de Anatolia, la silueta del barco cisterna se perfilaba oscura y humeante. En unos instantes había pasado del *Djoulfá* al *Northern Star*, del buque de carga sucio al barco de vapor de lujo. ¿Existía mejor metáfora de mi vida aventurera? La novela de mi pasado se proyectó vertiginosamente en la pantalla de mis recuerdos... Volví a verme, gentilhomme arruinado, despidiéndome de París. Rememoré el puente de los emigrantes en el transatlántico, el milagro de mi buena fortuna en Nueva York, mi conquista de la bella Griselda Turner, mi adopción por parte del anciano príncipe Séliman en Viena, mi locura con Evelyn, el drama de Palm Beach, mi despedida de Griselda, mi vida bohemia en Londres, mi asociación con lady Diana... Y ahora, aquella carrera hacia

lo desconocido, en el Cáucaso, interrumpida por un intermedio enigmático a bordo de un yate cuyo propietario estaba a punto de hacer aparición.

En aquel momento, escuché la voz de la señora Maughan.

—Venga..., venga —decía—. Acabamos de encontrarnos con un muchacho encantador en el embarcadero de Trebisonda. Estará encantada de verlo.

Me volví. Y me levanté de golpe, muy pálido, con el corazón en un puño. Allí estaba Griselda.

X

Griselda también palideció, pero se sobrepuso enseguida. ¡Qué emoción indecible me invadía! Contemplé su naricilla aguileña y sus labios sin maquillar, sus pupilas de aguamarina y la piel de sus brazos desnudos, ligeramente bronceada por los rayos del sol mediterráneo.

El señor y la señora Maughan se retiraron discretamente. Griselda se sentó frente a mí, en un gran butacón de mimbre.

—¿Qué haces, pues, por aquí, querido? Te creía en Londres todavía —me preguntó con una amabilidad indiferente que me dejó desconcertado.

Le expuse brevemente lo que había hecho desde que partiera de Nueva York. Ella me escuchó sin que pareciera interesarse demasiado por mis proezas.

—En suma, ¿te has convertido en un ferviente admirador de lady Diana Wynham? —concluyó cuando terminó.

—Trato, al menos, de prestarle servicio.

—Haces bien, amigo mío. Sería poco digno del príncipe Séliman aceptar los favores de la Madona de los coches cama sin ofrecer nada a cambio.

—Te equivocas, Griselda. Lady Wynham no es mi amante y nunca lo será...

La princesa no pareció dudar en absoluto de mi afirmación, pero esbozó una sonrisa teñida de burla.

—Está claro que eres el hombre más curioso que conozco —observó—. Hay en ti algo de paladín y de tonto, si me permites que te lo diga. Caballero de día; bufón de noche. ¡Descuellas en todos los empleos! Aquí estás, removiendo cielo y tierra por la cara bonita de una mujer que ni siquiera es la tuya. Carece de lógica.

—A veces es excitante, Griselda, burlarse de la lógica, conocida solterona angulosa de caderas planas. Pero estás olvidando que el desequilibrio de mi conducta es un poco obra tuya.

—¡Oh!

—Sí. Fuiste implacable conmigo. Me marché de América con la visión melancólica del lago Placid una tarde de abril... ¡No vas a decirme que te has olvidado de tu gesto! De cómo destrozaste mi última carta partiéndola en pequeños pedacitos que se dispersaron al antojo del viento... Mi pobre carta mutilada significó la muerte de mis esperanzas. Fue un alma en pena lo que dejaste partir a la deriva, un alma desamparada. Mis llamadas quedaron sin respuesta, y el azar de mis pasos me condujo hasta Londres... Desocupado, acepté convertirme en el secretario, el consejero, el mentor incluso, de una importante dama de la clase alta. Me dirás que existen ocupaciones más dignas de un hombre de mi categoría. Sin duda. Pero no hace falta arrebatarme la voluntad que nos eleva y nos incita a crear cosas importantes o a apuntar hacia objetivos más nobles. Naturalista errante, me he

divertido de lo lindo observando a la sociedad británica en el espejo deformante de una aristócrata sin prejuicios. Transportado en su estela por el océano del esnobismo, el único deseo que he estado alimentando ha sido el de matar el tiempo mientras esperaba a que el destino se dignara volvernos a reunir. Mi deseo se ha cumplido. Te he encontrado, Griselda, más seductora que nunca, y eso me conmueve terriblemente. —Guardé silencio. Observé a Griselda, impenetrable, y añadí en voz más baja—: Hace exactamente dos años que nos estremecimos por primera vez en la suntuosidad embriagadora de tu florido *roof garden*, bajo la complicidad de una noche de junio afrodisíaca y templada. ¡Acuérdate!

De manera imperceptible, me había ido aproximando a ella. La contemplaba más de cerca, pensativa en su butaca. El cielo azul de ultramar rodeaba su cabeza inclinada, un cielo rayado de vez en cuando por el vuelo caprichoso de las gaviotas. El mar tranquilo lamía los flancos del yate con un chapoteo indolente. Algo más allá, a bordo de la lancha amarrada, el marinero de servicio silbaba un viejo *rag* americano cuyos motivos se perdían en la brisa. En el embarcadero, a lo lejos, una grúa hundía su mano acerada con ritmo jadeante en el seno de un carguero.

—Gérard —dijo por fin Griselda—, no se debe evocar un pasado que está muerto. Es mejor que me permitas seguir con mi camino, que se cruzó con el tuyo por casualidad... Ya ves que no he tratado de escapar de ti. No me pidas más. Habría podido decirle a Ruth que me negaba completamente a recibirte a bordo, y no lo he hecho porque tal rigor habría sido desmesurado. No te guardo rencor por haber intentado engañarme con mi hijastra. El tiempo cura las heridas y la distancia calma las penas de amor... Pecaste de inconstancia. Te lo perdono. Es más: te juzgo todavía digno de mi amistad, porque eres un hombre honesto y no hay nada en tu vida que haya manchado nunca tu reputación... Tuviste, además, un detalle que me conmovió mucho, lo suficiente como para no dejar de expresarte, en este momento, mi más profunda gratitud.

—¿Qué detalle?

—Cuando mi procurador te propuso divorciarnos, te ofreció de mi parte una importante suma de dinero para que, una vez pronunciada la separación, me autorizaras a seguir portando tu título. Al rechazar el divorcio y el dinero, volviste a ganar mi estima.

—¡Griselda! ¿Cómo pudiste pensar que te vendería una corona que ya te había entregado por amor?

—Otros lo habrían hecho.

—Esos otros habrían sido indignos de ti, pero ¿yo?

El rostro de Griselda, al principio indiferente, se había animado poco a poco. La sentía menos hostil. Le tomé la mano.

—*Honey*, todavía te amo. Mi corazón ha permanecido junto al tuyo, lo que enviaste de vuelta a Europa fue solamente un maniquí. Tu amistad está bien, pero yo deseo algo más. Lo que yo quiero es volver a tener a la Griselda que conocí en Nueva

York una hermosa noche, acurrucada tan cerca de mí que podía sentir su pulso acelerarse entre los anillos de la serpiente de perlas rosas que reptaba por su muñeca. Quiero a la Griselda de la isla de Santa Margarita que, con los ojos entrecerrados, se entregaba al ascenso de las serenatas nocturnas inhalando los ritmos en sordina de un húngaro nostálgico... Esa es la Griselda a la que deseo reconquistar y cuyo regreso esperaré al igual que el navegante perdido acecha en el horizonte la vela liberadora.

Pero la princesa negó con la cabeza y alejó suavemente mi mano, que empezaba a apoderarse de su brazo desnudo.

—No, Gérard, seremos amigos. Quedaremos como buenos amigos —dijo—. No vuelvas a intentar confundirme evocando las hermosas horas de nuestra breve unión. Prosigue con tu cometido, puesto que es tu deber. Y deja que yo a mi vez cumpla con el mío. Porque mi viaje es más una peregrinación de caridad que un crucero de placer. He venido para repartir entre los niños pobres los donativos del comité armenio-americano del que soy presidenta. Los Maughan y yo, junto a otros amigos que nos dejaron en Constantinopla, hemos viajado en yate desde Marsella, y permaneceremos dos o tres semanas en estos parajes. Una vez repartida la ayuda, volveré a la Costa Azul y, luego, todavía no lo sé... No hay que hacer proyectos más allá de noventa días. Cuando uno se pasa de ese margen, su cheque sobre el futuro le es devuelto sin fondos.

Griselda se había puesto de pie. Nuestra conversación íntima había terminado. Llamó a Ruth Maughan, que salió de su camarote y pidió que nos sirvieran el té.

—¿Es cierto, querido, que has venido a Trebisonda en ese horrible barquito que distingo allá? —preguntó riéndose.

—Exacto. Un barco cisterna, el *Djoulfá*.

—Hermoso nombre para un feo casco —observó la señora Maughan.

—¡Desgraciadamente, señora Maughan, la decoración de los barcos que conectan los puertos desde el Cáucaso hasta Montecarlo deja mucho que desear!

Pasó el tiempo. Fluyó el té. El señor Maughan estuvo comentando los últimos escándalos de Wall Street y su mujer nos habló de la boda de Dorothy Leewet, la bailarina del *Century*, con un grande de España. A las seis me levanté. La lancha del *Northern Star* debía llevarme a bordo de mi carguero. En el portalón imploré una vez más a Griselda con la mirada. Ella me tendió la mano con franqueza.

—¿Amigos?

No me moví.

—Venga, Gérard... —insistió ella, con la mano tendida—. ¿Desprecias mi amistad?

Protesté llevándome con viveza su muñeca a los labios. Pero ella contrajo el brazo e insistió.

—¡No! ¡No! Un apretón de manos. Buen viaje, Gérard. Que Dios te proteja. Si estás en París o en Londres dentro de tres meses y no tienes nada mejor que hacer,

llámame por teléfono. Para entonces ya habré decidido si nos divorciamos definitivamente o si prolongamos el *statu quo* durante otro año.

Un cuarto de hora más tarde estaba subiendo por la escala del carguero. La pequeña lancha puso rumbo hacia el magnífico yate blanco y la observé partir atormentado por una irreprimible melancolía, mientras que el segundo del *Djoulfá*, asomado a una escotilla, vomitaba injurias mortales dirigidas a un fogonero invisible.

El barco cisterna boga sobre el mar tenebroso. Envuelto en mi manta, a solas en el puente, confío mi melancolía a las estrellas titilantes. Aldebarán parpadea, escéptica. Sirio, indiferente, me devuelve a la retina su punto de vista falaz, que esta noche no me servirá de consuelo. El Carro de David, detenido en su rodada etérea, se niega a llevarme hasta el país de la Esperanza. Quisiera aferrarme a la Cabellera de Berenice y arrancarme del presente para degustar ya los aperitivos del futuro, pero la cubierta del barco cisterna es mi prisión y Betelgeuse se burla de mí desde el hombro derecho de Orión... Y la hélice gira. Y mañana por la noche haremos escala en Batumi. Me olvidaré de mis preocupaciones sentimentales cuando contemple en las vías férreas los trenes de vagones tonel, como salchichas empernadas rellenas de nafta; y el señor Edwin Blankett espantará las dulces evagaciones de mi corazón sensible a base de golpes reiterados de portaminas, ante el disfraz de arlequín de un mapa mineralógico.

Las horas pasan. Mi pensamiento vuelve al yate sin cesar, cisne blanco desaparecido en el horizonte del mar Negro. Mis vecinos duermen. El segundo cruza dando zancadas la pasarela de mando. La espumadera de su rostro picado se me aparece de cuando en cuando bajo el resplandor verde del faro de estribor. Mañana por la noche ya no tendré tiempo para soñar.

A las siete, en el crepúsculo, aparecieron las primeras luces de Batumi. Me costaba distinguir los accesos del puerto, envuelto como estaba en humo. A bordo del *Djoulfá* reinaba la agitación. Acababa de comenzar el zafarrancho del ataque. El silbido de una locomotora lejana lanzó al viento de la noche su ulular lastimero. Pasamos cerca de un cazatorpedero de la Flota Roja, un largo puro apagado, anillado con las armas de los sóviets.

Bajé a tierra con el pasaporte en la mano. Dos individuos desprovistos de amenidad escrutaron los dos sellos, examinaron con lupa la filigrana del papel y escudriñaron las firmas, mientras un tercero, vestido con un uniforme indescriptible, auscultaba mi maleta delante de un hangar mal iluminado.

Me extrañé de que el señor Edwin Blankett no estuviera allí para recibirme. Pasé la noche en el hotel y, habiéndome informado del horario de los trenes que iban en dirección al pequeño puerto de Nikolaya, partí al día siguiente al mediodía. Llegué a las dos de la tarde, después de viajar entre dos monjas del convento de San Nino, ambas vestidas con sayal oscuro y tocadas con una suerte de sombrero de copa negro.

El señor Edwin Blankett me esperaba sin duda en el hotel Vokzal, enfrente de la estación. El patrón de este modesto establecimiento, un personaje de rostro pálido y nariz aguileña con narinas planas de tapir, me dio la bienvenida y pareció muy asombrado de que un extranjero viniera a visitar su aldea en aquellos tiempos tan revueltos. Por fortuna, el señor Zulukidze —tal era el apellido de aquel ameno tabernero— entendía el alemán.

—El señor Edwin Blankett me está esperando... Tenga la amabilidad de avisarlo —dije enseguida.

—¿Quién ha dicho?

—El señor Edwin Blankett.

La sorpresa del hotelero me pareció de mal augurio.

—¿No se aloja aquí un ingeniero inglés de apellido Blankett? —insistí.

—No, señor.

—¿Le resulta totalmente desconocido ese nombre?

—Totalmente.

Desconcertado a mi vez, observé al señor Zulukidze.

—¡No es posible! —exclamé—. Hace ocho días recibí un telegrama en Berlín, expedido desde Nikolaya por el señor Blankett, ingeniero consultor de la nueva compañía de petróleo de Telavi. Se alojaba aquí ¡hace ocho días! ¿Se habrá marchado ya para Telavi?

—Usted disculpe, señor. Pero ese viajero inglés jamás ha estado en mi casa.

La sinceridad del hombre me parecía evidente. Mi estupefacción iba en aumento.

—Sin embargo —apunté—, hace cuatro días le envié al señor Blankett un telegrama desde Constantinopla. ¿Lo ha recibido usted?

—Sí, señor. Lo conservé incluso, pensando que algún viajero con ese nombre llegaría para alojarse aquí.

—¿Y dónde está el telegrama?

El hotelero cerró suavemente la puerta de su despacho.

—Se lo entregué a alguien... ayer por la noche —me confió bajando la voz, no sin dudarle primero.

—¿A quién?

El señor Zulukidze bajó todavía más la voz.

—A un agente de la policía secreta —murmuró preocupado.

Di un respingo que reveló mi asombro.

—¿Cómo? —protesté—. ¿Tienen derecho, en este país, a violar el secreto de la correspondencia destinada a un ciudadano británico?

—¡Ay, señor! —suspiró el hotelero—. Tienen todos los derechos. El estado de sitio reina aquí a un nivel endémico. Hay que someterse o emigrar al Nuevo Mundo... cuando se puede. Aquí se entra mucho más fácilmente de lo que se sale. Pero, señor, ¿quiere usted una habitación para esta noche? Si su amigo está en Telavi, seguro que viene a buscarle.

Subí a la modesta habitación que me ofreció el hotelero. Una cama de hierro. Un icono multicolor. Una palangana del tamaño de un bol y un grabado amarillento de la catedral de Sion, en Tiflis. Pero estaba demasiado preocupado como para interesarme por la decoración. La ausencia del señor Blankett era lo que menos me esperaba del mundo. Y también lo que más me inquietaba, porque el interés de la policía secreta de Nikolaya por mis telegramas me parecía insólito. Pasé una hora fumando cigarrillos delante de mi maleta entreabierta. Las advertencias de Klara me vinieron a la memoria. Ya no era tan evidente que se hubiera alarmado por nada. En ese momento, solo en aquel pequeño puerto de la costa caucásica, sometido a los rigores del estado de sitio soviético, perdido en aquel hotel de la estación y lejos de cualquier consulado extranjero, tenía la desagradable impresión de encontrarme de pie sobre un cepo a punto de cerrarse. ¿En qué trampa iba a caer?

A las siete de la tarde conseguí sobreponerme. Después de todo, era posible que mis preocupaciones no estuvieran justificadas. Seguro que la razón por la que no me había encontrado con el señor Edwin Blankett no era más que un malentendido. Tomaría el tren para Batumi al día siguiente, seguiría hasta Telavi y, allí, no me costaría nada localizar al ingeniero de la compañía angloamericana.

Cené en el comedor del hotel. En la mesa vecina comían dos oficiales cosacos con *cherkeska* negra que bromeaban con la camarera de ojos risueños. Después de la cena, fui a pasearme por el puerto. Me crucé con dos miembros de la Guardia Roja desocupados que deambulaban cerca del malecón y me miraron de arriba abajo con curiosidad. Sobre las nueve volví al hotel. El señor Zulukidze me ofreció un vasito de vodka.

—¿No lo han seguido durante el paseo? —me preguntó.

—No. ¿Por qué?

—Me extraña.

Meneó la cabeza.

—Venga, señor Zulukidze —bromeé yo—, el Rey de las Montañas se retiró ya tras hacer fortuna^[31]. ¡Lo que usted quiere es atemorizar a los turistas de paso para animar nuestra estancia en su pueblito!

—Por desgracia, caballero, aquí se persigue a todo el mundo, incluso a los georgianos de pura cepa. A nuestros compatriotas hostiles al poder bolchevique los meten en prisión. ¿Y sabe quién ordena esos arrestos arbitrarios y esas ejecuciones sin juicio? Bandidos como Cobichvili, de la Comisión Extraordinaria de Tiflis, o Kavtaradze, el jefe de la milicia de Douchett.

—Pero ¿a mí, un extranjero... con pasaporte visado por Moscú?

—Por supuesto... Usted es tabú hasta cierto punto...

—¡Venga, señor Zulukidze! Bebamos a la salud de la Georgia libre e independiente.

—¡Shh! ¡Shh! Si alguien le oyera...

Charlamos con más ahínco. A las diez me fui a mi habitación. Me acosté y me quedé dormido.

A la una y media de la mañana, me despertaron unos pasos apresurados en el pasillo. Agucé las orejas. Cuchicheaban detrás de mi puerta. Un rayo de luz brilló por debajo, entre esta y el parqué. Llamaron con dos golpes secos.

—¿Quién está ahí? —grité.

—*Tür auf!*^[32]

Reconocí la voz de mi hotelero. Me levanté y descorrí el pestillo. Dos hombres con sendos revólveres al costado, ataviados con la papaja de astracán, la chaqueta tradicional y la estrella roja bien a la vista, irrumpieron en mi habitación. Los seguía el señor Zulukidze. Se había vestido a toda prisa para recibir a los dos guardias rojos.

—¿Qué desean estos señores? —pregunté irónicamente señalándolos con un gesto—. ¿Examinar mis maletas? ¿Ver mi pasaporte?

—Tienen una orden de arresto —murmuró el hotelero, consternado.

Yo iba a protestar. Uno de los dos guardias rojos, revólver en mano, se acercó a mí y me enseñó un papel. Con el cañón del arma me indicó mi nombre, escrito en grandes letras.

—Príncipe Séliman. ¿Es usted?

—Sí.

—Entonces, síganos.

Solo podía obedecer. Me apresuré a cerrar mi maleta y me volví hacia el hotelero.

—¿Qué significa esto? —pregunté a media voz.

—La Checa —me respondió en el mismo tono.

No necesitaba más. Un escalofrío de miedo me recorrió el espinazo.

XI

En el vestíbulo del hotel Vokzal pregunté a mis dos guardias rojos si hablaban alemán, francés o inglés. El más bajito de los dos, con perfil de topo y las escleróticas veteadas de fibrillas de sangre, se dignó responderme con un acento indescriptible.

—*Afirrrmativo*. Hablo un poco de *frrrrancés*.

—Entonces, amigo mío, dígame: ¿adónde me llevan?

Le ofrecí un cigarrillo de filtro dorado. Aceptó uno. Su camarada, un patán de facciones poliédricas, nariz rota y pómulos salientes, tendió su mano velluda hacia mi pitillera, se hizo con los once cigarrillos que quedaban y se los metió sin decir nada en el bolsillo de su chaqueta de cuero.

—Veo que su compañero practica la recuperación individual... —bromeé.

—Así es el comunismo, ¿no? —respondió burlón el topo, con una mueca evasiva.

—Pero, bueno, ¿adónde vamos?

—Al Comité de Vigilancia de Nikolaya.

—¿A la Checa? —murmuré bajando la voz, pues solo pronunciar el nombre maldito ya me daba miedo.

—Sí, *clarrrro*.

—¿Soy sospechoso de algo?

—¿Cómo dice?

—¿Por qué me busca la Checa?

El topo esbozó una sonrisa sardónica. Me observó con conmisericación. Parecía querer decir: «¡Pobre inocente! ¡Como si alguien conociera las intenciones de la Checa!». Pero aquel corto coloquio había impacientado al gigante rojo. Le dio una patada a mi maleta, me ordenó que la cogiera y gruñó unas palabras dirigidas a su compañero.

—Tenemos que irnos, *camarrrada*.

Nos adentramos en la noche fresca. Un paseo lúgubre entre el topo y el patán, a través de la aldea mal iluminada. La preocupación y la serenidad se sucedían en mi cerebro como una corriente alterna. Pensaba que mi pasaporte, firmado por Varichkin y refrendado por los augures de Moscú, me ayudaría a calmar las sospechas. Me soltarían sin duda a lo largo del día, habiendo conocido la vida de los presos políticos solo por unas horas...

Franqueamos el cobertizo de un patio de escuela. Un guardia rojo, inmóvil bajo un farol, nos miró pasar, indiferente. Nos adentramos por un pasillo y nos detuvimos delante de una puerta gris.

—Es aquí —dijo el topo—. Vamos a bajar. Las celdas están en el sótano...

—¿No hay ningún camarada comisario que pueda examinar mi caso en este momento?

—No. Mañana al mediodía. Empiece por abrir la maleta.

El guardia rojo que velaba bajo el farol se acercó a su vez, atraído por aquella orden. Le siguieron otros gallardos que acababan de despertarse. Eran cinco, vestidos de negro, alrededor de mi maleta abierta, cinco cormoranes en la playa, dispuestos a pelearse por las entrañas de un congrio abandonado. El patán me registró primero.

—¿No lleva revólver? —preguntó el topo.

—Ningún arma.

Mi billetera desapareció en las zarpas del patán. Mi reloj parecía gustarle al topo.

—Aquí no *necesitarrrá* saber qué *horrra* es —me explicó muy astutamente—. Yo se lo *devolverrré* cuando salga. ¿A que sí?

El primer cormorán agarró una camisa. El segundo se apropió de un par de zapatos amarillos. Un tercero se percató de un frasco de agua de colonia.

—¿Vodka? —se limitó a preguntarme.

—No —dije yo—. *Parfüm*.

—¡Ah!

Pareció decepcionado. Entonces, además del frasco, escamoteó mi maquinilla y el jabón. A mí me dio la risa y le rogué al topo que les preguntara a los cormoranes si Sus Excelencias deseaban alguna otra cosa. Mi portavoz obedeció. Los saqueadores se carcajearon. Solo el patán guardó silencio. Se inclinó sobre mi chaleco y se apropió rápidamente de la perla de mi corbata. Quise oponerme. Su mano en la culata del revólver me hizo comprender lo inútil de mis protestas. Abrió la puerta y me mostró la escalera del sótano. Un olor asfixiante ascendió hasta mí, un tufo de epidermis sucias. Pasé por delante de dos puertas con candados entre una cañonería de ronquidos sordos y arrítmicos. El carcelero de la estrella roja, que se hallaba acucillado en el pasillo de tierra batida, con el revólver desenfundado contra el flanco, se levantó refunfuñando. Me empujaron dentro de una celda y lanzaron mi maleta contra un rincón. La puerta fue cuidadosamente acerrojada por fuera. Se alejaron unos pasos. Una risa pastosa se apagó en la escalera. Comenzaba mi cautiverio.

La atmósfera era sofocante. Comparado con aquellas pesadas emanaciones, el olor de los dormitorios colectivos de los cuarteles de Francia era el perfume más dulce de Arabia. El hedor agrio de la leche cortada se mezclaba con el del sudor, la mugre, la piel sucia y los alimentos enmohecidos. La luz difusa de la lámpara del pasillo apenas penetraba por la claraboya de la puerta. Mis ojos se acostumbraron a la semioscuridad. Estaba palpando las mantas sobre el catre estrecho cuando, para mi gran sorpresa, descubrí un cuerpo. Un hombre dormía acurrucado, un hombre con un chaqué raído, sin cuello ni zapatos. Lo miré. Largos cabellos negros sobre un rostro pálido e inofensivo de intelectual. Dedos largos y finos. ¿Un artista, quizá? Sufrió

una sacudida, un gesto de temor, y se incorporó bruscamente, con los ojos azorados. Le hice comprender que no sabía ruso. Entonces, tomó aire y me respondió en alemán.

—Perdóneme, camarada. Me ha dado un buen susto. Cada vez que entran en nuestras celdas, el espectro de la angustia se alza ante nosotros... Pero veo que las garras de la Checa también se han cerrado sobre usted. ¡Que el Destino lo ayude! ¿Quién es? ¿De dónde viene?

Si mi presencia parecía un consuelo para aquel recluso, la presencia del pobre desgraciado no me era menos deseable. Me ayudaría a pasar las horas que durara aquel cautiverio que yo presumía corto. Le di algunos detalles y le pregunté a mi vez. Se llamaba Ivanov. Era profesor de música en una institución privada de Moscú. Así pues, un intelectual, un paria del nuevo régimen, un ser superfluo, destinado a la derrota en aquella lucha desigual entre la mano y el cerebro. Llevaba desde 1918 catalogado como sospechoso por los camaradas de la Comisión Extraordinaria encargada de combatir la contrarrevolución. El camarada Mindlin, juez de instrucción, lo había enviado sin más motivos al número 14 de la calle Gran Lubianka, un centro glacial de detención preventiva, antro del Terror, donde los detenidos vivían bajo la horrible espera de una ejecución sin juicio. Puesto en libertad al cabo de ocho meses, se hallaba instalado en Georgia y casi había olvidado su calvario cuando, seis años más tarde, lo arrestaron de nuevo, durante la represión sanguinaria de la insurrección georgiana. Arrastrado de calabozo en calabozo, trasladado de sótano a celda, se había quedado varado en Nikolaya, acusado, sin pruebas, de espiar a los rojos en beneficio de los insurgentes.

—¡Ay, Señor! —gimió Ivanov, en cuclillas bajo la manta—, voy a revivir aquí la horrible pesadilla de la Lubianka. Pasé ocho meses vegetando en un sótano, rodeado de otros detenidos, culpables del único crimen de no aceptar el régimen de los sóviets; rodeado de figuras terrosas, debilitadas por las privaciones y por el miedo, prisioneros boquiabiertos a los que de cuando en cuando sacudía el estremecimiento de la muerte inminente... ¡Ay, Señor! Dios quiera que no conozca usted aquí esas largas noches de insomnio, esos sueños entrecortados, agitados, interrumpidos por bruscos despertares, esas jornadas en las que, cual animal acorralado, con el cerebro febril, bordamos los festones de la esperanza sobre la trama del futuro... El ansia de sol y el deseo de vivir hierven en nosotros y nos hinchan el corazón. Uno querría que todo hubiera terminado y, sin embargo, espera todavía... Pero, entonces, una pesada puerta se abre junto a la suya. Resuena una llamada. Es la Muerte, que viene a recoger a su presa, como un pulpo cuyo tentáculo ciego rebuscara al azar en los recovecos de las celdas, agarrando a este y perdonando a aquel, sin razón alguna. ¡Ay!

Las imágenes que describía Ivanov en aquel claroscuro siniestro me quitaron las ganas de dormir. Debían de ser las tres de la mañana. Tenía frío a pesar del sobretodo.

—Veo que todavía no está usted acostumbrado al fresco de las prisiones rusas — observó mi compañero—. Túmbese en la cama junto a mí. Nos calentaremos mutuamente.

Seguí su consejo. Me deslicé bajo la manta sucia y guardé silencio para no perturbar el sueño de Ivanov, pero el pobre desgraciado se agitaba a mi lado. Era evidente que mi presencia lo ponía nervioso.

—¡Ay! —gimió apretando los dientes—. Usted, un extranjero, quizá tenga alguna posibilidad de salir de esta, pero yo... ¡Yo...! —Apretó los dedos delgados bajo la manta y añadió bajando la voz—: Acababa de prometerme cuando me detuvieron. Y ya hace cuatro meses que no recibo noticias de Anna Fiódorovna. Pobre palomita blanca, seguro que me escribe y que todas sus cartas las interceptan esos brutos...

Un cántico muy atenuado por las murallas, una especie de coro a la sordina, llegó de repente hasta nosotros. Escuché aquellas voces graves y me volví hacia Ivanov:

—¿Qué es eso?

—La *Dubinushka*, el *Canto de los remeros del Volga*. Seguro que lo conoce.

—¿Y quién canta así?

—La Guardia Roja, en el cobertizo del patio. Eso y *La Internacional* constituyen todo su repertorio.

Me volvieron a la memoria ciertas variaciones melancólicas del *Canto de los remeros del Volga*. Recordaba haber oído aquella melodía popular en los cabarets rusos de Londres o de París, mientras mordisqueaba almendras tostadas rodeado de flores y joyas, de hombros desnudos y de *sautoirs* de valor incalculable; rodeado, entonces, de esnobs con pecheras perladas y puros de pomposas vitolas; de mujeres lánguidas que inclinaban la cabeza y entrecerraban los párpados malvas bajo la lasitud de sus pupilas, estremeciéndose divertidas por lo extraño del *leitmotiv*; de unos niños mimados, en suma, que hacían de la Revolución rusa un juguete; de unas niñas que temblaban de manera encantadora frente a los ecos lejanos de un coco escarlata.

Ahora, sin embargo, el diletantismo ya no era de rigor. Esta noche ya no se trataba de flirtear con el alma eslava ni de saborear, copa en mano, los evocadores matices de un folclore alucinante. Los que tarareaban la *Dubinushka* no eran, ni mucho menos, emigrantes en busca del consuelo de un pianista soñador o de un músico con frente de sátrapa emasculado tocando la balalaica. Eran verdaderos guardias rojos agresivos, centuriones hostiles con los detenidos a los que vigilaban.

El canto murió en la noche. Reinó de nuevo el silencio. Mi compañero comenzaba a adormecerse cuando un ruido de pasos llegó hasta nosotros. De repente, se incorporó a mi lado, aplicando el oído y apretando la mandíbula.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me indicó que guardara silencio.

—¿Adónde van? —murmuró, tragando saliva.

Los pasos se detuvieron a mitad del pasillo. El carcelero mascullo unas palabras y oímos el tintineo de sus llaves. La puerta de una celda chirrió.

—Están entrando al lado —susurró Ivanov.

Se había levantado muy rápido y había pegado la oreja al resquicio de la puerta para oír mejor. Escuchamos con todas nuestras fuerzas. En la celda vecina se oía un alboroto.

—*S veschami po gorodu!* —articuló muy claramente una voz ruda.

Yo había aprendido el significado de aquella frase fatídica durante mi cena con el hotelero: «¡Recoja, que nos vamos a la ciudad!». Era el horrible eufemismo que empleaban con los prisioneros que iban a ser ejecutados. Los sótanos de la Lubianka, en Moscú, las celdas de la Gorojovaya y los subterráneos de la Fortaleza de Pedro y Pablo, en Petrogrado, resonarían durante siglos con el eco de aquella fórmula siniestra.

Se oyó un aullido indescriptible. Me levanté a mi vez. Me sudaban la frente y las manos. Me acerqué a Ivanov, que me agarró la muñeca. Oí el sonido sofocado de una gresca en la celda que había junto a la nuestra.

—¿Cuántos son ahí al lado? —pregunté.

—Seis. Debe de ser Guritzki al que se llevan. Pobre chico.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Lo han acusado de haber tratado de envenenar los conductos de agua de Batumi para matar a los soldados del Ejército Rojo. ¡Qué estupidez! Guritzki, un profesor pacífico, un tipo bonachón que ni siquiera es capaz de matar una mosca... ¡Shh! Escuche.

Los carceleros estaban impacientándose. Se oyeron unas órdenes cortas. Una voz átona, suplicante, les respondió jadeando. La de Guritzki, sin duda. Hubo ruido de forcejeo, unos gemidos. Me pareció que arrastraban un cuerpo rebelde por la tierra del pasillo.

—Se lo llevan al verdugo —me susurró Ivanov—. Se debate. ¿Ve lo que le decía?

El rugido de un motor resonó en el patio del colegio.

—¿Y eso? ¿Se lo llevan en coche?

—No. Es un camión. Ponen el motor en marcha para que no oigamos los disparos de revólver...

Entonces, acucillados junto al resquicio de la pesada puerta, Ivanov y yo aguardamos la muerte del desgraciado con el corazón a mil por hora, apretando los dientes y con el cerebro nublado por la angustia. El motor seguía encendido. De repente, mi compañero me abrazó por la cintura. Tres detonaciones sordas llegaron hasta nosotros, a pesar del rugido del cuatro cilindros.

—¡Ay! Se acabó —murmuró Ivanov. Se estremeció y añadió—: Mañana por la noche, podría ser yo...

A las diez de la mañana, el carcelero entró en nuestra celda con un gran cuenco de sopa de mijo y dos rebanadas de pan negro. Unos pedazos de arenques ahumados flotaban en el caldo. Rogué a Ivanov que preguntara al carcelero si los chequistas aclararían mi caso pronto.

—Su Excelencia puede esperar sentado —replicó el carcelero con una energía feroz. Y acerrojó de nuevo la puerta.

Pasó la tarde. Luego vino la noche. Aquel encarcelamiento sin motivo sometía mi paciencia a una dura prueba. Iba y venía como una fiera enjaulada, mientras Ivanov, tumbado en su jergón, me miraba resignado.

—Al principio, yo también hacía como usted —dijo—. Me sentía ultrajado. Me ponía a gritar con la nariz pegada a la puerta. Y luego me calmé. Dejé de dar bandazos de una pared a otra. El péndulo se detuvo... De aquí a tres semanas o un mes, usted también habrá alcanzado el punto muerto.

—¡Tres semanas o un mes! ¡Está de broma!

—Ojalá lo estuviera. Ya verá... Nuestro nirvana, lo único que nos queda, es la insensibilidad del sueño sobre el duro catre, bajo la manta agujereada. Dormir..., tal vez soñar, dice Hamlet en su soliloquio. Si Shakespeare hubiera vivido el bolchevismo, ¡qué obra maestra habría escrito mojando su pluma en la podredumbre y la sangre!

Mi segunda noche fue mala. Las palabras de Ivanov me torturaban el cerebro. Mi impotencia me exasperaba. Hacia las cuatro de la mañana, extenuado, me deslicé por fin bajo la manta de mi compañero y me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo dormiría, pero, de repente, sentí la mano de Ivanov palpándome discretamente el hombro. Abrí los párpados. Ivanov no se movía y seguía tapado hasta los ojos.

—No haga ningún gesto —me murmuró al oído—. Finja que duerme. Alguien nos está observando a través del ventanillo de la puerta.

—¿El carcelero?

—No lo sé. Trate de ver algo sin moverse demasiado.

De manera progresiva y muy despacio, dirigí la mirada hacia la puerta. Dos ojos nos observaban desde detrás del entramado de la rejilla de hierro. Más despacio todavía, me volví hacia Ivanov.

—¿Es un chequista el que nos observa? —le pregunté en voz muy baja.

El chasquido de la tapa del ventanillo nos indicó que el misterioso observador había desaparecido. Ivanov bajó la manta.

—Ahora podemos movernos —dijo hablando más alto—. Ya está.

—¿Sabe quién era?

—Lo único que sé es que no eran las tupidas cejas rubias del carcelero de servicio del pasillo.

—¿Entonces?

—¿No le ha dado la impresión de que eran... ojos de mujer?

—Los he mirado durante más tiempo que usted. Estoy casi seguro de ello.

—Pero ¿qué mujer tendría acceso al pasillo de este sótano? —Lo dudó unos instantes y luego concluyó meneando la cabeza—: A fe mía que se trata, sin duda, de la dulcinea de algún guardia rojo. A falta de cine, se distrae a la novia como se puede.

XII

Éaco, Minos y Radamantis galoneados de rojo y armados con revólveres Colt de los que antaño distribuyera el War Office británico a los soldados rusos, los chequistas escrutaban mis papeles, las cejas fruncidas sobre los segmentos aceitosos de sus narices aguileñas.

Después de tres noches de espera, los comisarios de la Checa se habían decidido a examinar mi caso. El carcelero de las hirsutas cejas rubias me había sacado del sótano para conducirme a la planta baja, a una de las aulas de la escuela municipal de Nikolaya. Sentado en la banca de un pupitre de madera negra, observaba a mis inquisidores. Estaba cansado, descontento, preocupado, sucio. Me había crecido una barba tupida de cuatro días y mi cuello de seda, polvoriento, había adquirido un tono amarillento sobre mi corbata arrugada.

Uno de los tres chequistas, que se llamaba Chapinski y que, por cierto, hablaba francés con una soltura desconcertante, agitó mi pasaporte después de bromear con sus acólitos.

—Lo felicito, príncipe Séliman —me dijo, socarrón—. Tomó sus precauciones. Totalmente en regla, estos papeles. ¡No falta ni una sola firma!

El tono del chequista me exasperó.

—¿Entonces? ¿Por qué este arresto injustificado, por favor? Soy amigo personal del camarada Varichkin, delegado de los sóviets en Berlín; he venido aquí con su salvaguardia y les advierto que, si no me dejan ahora mismo en libertad, tendrán noticias tuyas por medio de sus jefes en Moscú.

El chequista les tradujo amablemente mi respuesta a los otros dos y se duplicó la hilaridad de ambos. Aquel toque a muerto de campanas resquebrajadas me produjo escalofríos. Intercambiaron unas palabras y salieron. Me quedé a solas con Chapinski.

Este se había sentado en la tarima del profesor. Un guardia rojo vigilaba delante de la puerta acristalada del aula. En un rincón se hallaban apilados un montón de fusiles y de granadas de mano junto a dos metralletas desmontadas. Chapinski me observaba con curiosidad. Era un joven alto, de unos treinta años, delgado como Nijinski, bien embutido en su chaqueta de cuero, un eslavo de nariz arqueada, ojos oblicuos y hombros encorvados, con las manos exentas de callos o deformidades.

Dirigió una mirada bastante despectiva a la puerta por la que sus dos camaradas acababan de salir.

—Ahora que se han ido esos cabezas de chorlito ya podemos charlar —dijo cínicamente.

—¡Con este hacen ya cuatro días que me retienen aquí sin motivo! —exclamé levantándome y perdiendo la paciencia—. ¡Es un abuso intolerable! Le ruego por

última vez que me conduzca ante el camarada encargado de dar las órdenes a la policía de Nikolaya.

Chapinski se inclinó, burlón, por encima de su escritorio.

—Soy yo, monseñor.

—Pero ¿quién ejerce aquí las funciones de juez de instrucción?

—Yo mismo, su Serenísima Alteza.

Me encogí de hombros.

—Un juez de instrucción que interroga a los acusados con un revólver cargado al alcance de la mano... ¡encima de la mesa!

—Se equivoca. No está cargado. Mire.

—Entonces, ¿qué es?, ¿un abanico?

—No, una trampa para los contrarrevolucionarios. Hay algunos acusados demasiado astutos que a veces aprovechan un momento de descuido por mi parte para agarrar este Colt e intentar dispararme. Entonces le sonrío al cañón inofensivo, me saco del bolsillo esta Browning, que sí está cargada, y le doy su propia medicina al acusado, que expía en el acto su intento de asesinato. ¿Comprende? El juegucito es divertido. ¡Ya he sacado a cuatro georgianos a la pizarra! Si el corazón se lo pide, ilustrísimo extranjero...

La sonrisa sardónica de Chapinski era exasperante. Su mano fina, adornada con un anillo robado —un sello de platino que portaba el escudo de armas de un miembro de la familia imperial—, su mano de revolucionario que no había manejado nunca ni la hoz ni el martillo, acariciaba la culata del revólver como la diestra de un aficionado palparía los contornos de una estatuilla criselefantina.

—¿Cree que va a conseguir que confiese unos crímenes imaginarios amenazándome de muerte? —le espeté yo al fin—. ¡Se equivoca, camarada! La Inquisición ya no existe, y los albigenses no vestían con camisas de seda confeccionadas por un camisero de Regent Street.

—En efecto. La camisa de seda es el uniforme de los capitalistas.

—Igual que la incomprensión de las necesidades económicas es el uniforme de los comunistas.

—Príncipe, ¡dejemos las generalidades en el guardarropa, por favor! La dama del lavabo le devolverá sus truismos cuando salga de aquí. Si es que sale de aquí... Si nos hemos informado bien, ha venido usted a Georgia en representación de un consorcio angloamericano que desea explotar el petróleo de Telavi.

—Sí, con el consentimiento de Moscú. De manera que, si no me libera, telegrafiaré a Berlín y...

—No telegrafiaré a ninguna parte porque tenemos la orden de mantenerlo incomunicado.

—¿De quién viene esa orden?

—De Moscú.

—Es imposible.

Me entregó un telegrama.

—No sé ruso.

—Entonces voy a traducírselo fielmente:

Orden para el comisario de la Checa de Nikolaya. Arréstese al príncipe Séliman tan pronto como llegue a territorio georgiano. Desembarco previsto en Batumi. Alojamiento en el hotel Vokzal, Nikolaya. Manténgase incomunicado hasta la llegada del 17, con plenos poderes del Comité Ejecutivo para dar a dicha detención el seguimiento que corresponde. Firmado: Leonov.

El chequista deslizó el mensaje bajo una pila de papeles y me miró con aire de conmiseración burlesca.

—¡Ya lo ve! —dijo.

—¿Entonces se me prohíbe comunicarme con el mundo exterior hasta la llegada del 17?

—¡Efectivamente! La orden es categórica.

—¿Quién es el 17?

—Aunque me ofreciera una fortuna, no podría satisfacer su curiosidad.

—¿Un delegado de Moscú? ¿Un miembro de la Comisión Extraordinaria?

—Puede ser.

—¿Por qué ese número?

—Así es como los conocemos. Lo único que puedo decirle es que un número de dos cifras solo significa que se trata de un camarada de alto rango.

—De modo que en su igualitaria Unión de los Sóviets existen camaradas de alto rango... Me parece más bien retrógrado.

Chapinski realizó un gesto impreciso.

—Las ovejas tienen pastores... En cualquier caso, debería sentirse halagado por el hecho de que un camarada venga desde Moscú con el único propósito de interrogarlo... y decidir su suerte. Pero no tenemos nada más que decirnos, noble viajero. Haré que lo acompañen a su celda. Saldrá de nuevo cuando llegue el 17.

El chequista agitó una campanilla, dio una orden al guardia rojo y me observó mientras salía, con una caída de párpados que no auguraba nada bueno. Volví a mi calabozo. Mi compañero de infortunio no estaba allí. Era la hora del paseo y se hallaba en el patio de la escuela junto al resto de los detenidos, bajo la vigilancia de los guardias. Aproveché que estaba solo para tomar ciertas precauciones. Había conseguido esconder y salvar del saqueo diez billetes de cien dólares enrollándomelos en los tobillos, entre la piel y el calcetín. Como no pensaba que el escondrijo fuera seguro, deslicé los billetes entre dos adoquines y los recubrí de tierra. Aquel dinero podría resultarme precioso más adelante.

Ivanov volvió. Me impresionó su abatimiento. Se desplomó sobre el catre como un pobre perro enfermo.

—Se lo dije: fue Guritzki al que fusilaron la otra noche —declaró con voz insegura.

—¿Cómo lo sabe?

—Uno de los guardias rojos llevaba puestos sus zapatos.

Ivanov tosió con una tos hueca que resonó como la de un violonchelo en una barrica.

—¡Menudos buitres! —añadió—. ¡Nos desvalijarán a todos! Lo han interrogado, ¿no? ¿Quién?

—Chapinski.

—No se fíe de Chapinski. Es un falso, un hipócrita y un cobarde. Un antiguo periodista reaccionario que, internado en la Checa de Kubán, no tardó en convertirse. Para conseguir la confianza de los bonzos de la III Internacional, vendió a sus amigos... Es el típico agente provocador. Sería capaz de deslizar unos folletos comprometedores bajo la almohada de su hermano para salvar el pellejo si fuera necesario. Sé todos esos detalles por un desgraciado amigo mío al que internaron en Ekaterinodar en 1921 y que escapó de milagro de la locura y la muerte. Lo encerraron con sesenta y siete detenidos en un vasto subterráneo que los bolcheviques llamaban la Antesala de la Tumba... Ya verá si aquella fúnebre apelación era o no merecida: una tarde, hacia las siete, se abrió la pesada puerta y entró el comandante de la prisión, seguido de una sección de guardias, revólver en mano. El comandante se volvió al *starosta*, el jefe de dormitorio, y le preguntó: «¿Cuántos sois aquí?». «Sesenta y siete». «¡Ah! ¿Solo sois sesenta y siete? —respondió el comandante con una indiferencia perfecta—. La fosa se ha cavado para ochenta cuerpos. ¡Qué curioso!». Los desgraciados sintieron el tormento de la angustia perforarles el cerebro. El comandante los observó tranquilamente, mientras un silencio alucinado planeaba sobre los sesenta y siete. Se volvió finalmente hacia el jefe de la escolta y dijo: «Está claro que nos faltan trece más. Vigíleme a estos. Rebuscaré hasta en la última celda y seguro que terminan saliéndome los números». Y cerraron la puerta. Durante varios minutos, los sesenta y siete se quedaron petrificados. De repente, uno de ellos se arrodilló, puso voz de fasete y empezó a aullar unas oraciones. Invocaba a Dios y mordía el polvo al mismo tiempo. Luego lo invadió una risa animal, una risa de hiena en la jungla africana, y empezó a saltar y a empujar a sus vecinos. Había perdido el juicio... Las horas pasaron en una expectación horrible. Hubo quienes trataron de aferrarse a la esperanza y se decían a sí mismos que el comandante no encontraría a los otros trece condenados y que ocurriría un milagro. Otros se echaron a llorar, abrumados, destrozados... Aquella espera duró dos días. Luego se enteraron de que a los otros trece los habían ejecutado los primeros. ¿Por qué? Nadie lo sabía... El tercer día, los chequistas invadieron la celda. Su jefe llevaba una linterna y una hoja de papel. Escritas de lado, en la esquina izquierda de la hoja, los detenidos leyeron, horrorizados, las siguientes palabras: «Para fusilar». Y, para colmo de la tortura mental, observaron que algunos nombres de la lista habían sido tachados con

tinta roja. ¿Cuáles? El loco se lanzó sobre un chequista que lo abatió en el acto. Todavía se movía cuando arrastraron su cuerpo hasta el pasillo. Entonces empezó la llamada de la muerte. Uno de los presos, para librarse de la horrible ansiedad que le amenazaba el juicio, se puso a silbar con todas sus fuerzas una antigua mazurca popular. «¡Cállate la boca! —le ordenó el jefe de la escolta—. ¡No podemos oír nada!». La llamada prosiguió, y el hombre que silbaba se encontró, junto a otros tres detenidos, entre los supervivientes de aquella aniquilación en masa. Cuando los tres prisioneros salvados de milagro se quedaron a solas, aquel preguntó con aire aturdido y la mirada congelada: «Entonces..., ¿a mí, a vosotros... no nos fusilan?». «Nos han indultado». Repitiendo la palabra «indultado», se llevó súbitamente ambas manos a la garganta y murió. Lo mató la alegría de vivir.

Pasó la tarde. El carcelero abrió la puerta de nuestra celda y nos trajo una escudilla de sopa fría que olía a pescado podrido. Le hizo una señal a Ivanov y se dirigió a él en ruso, en voz baja. Ivanov se levantó, atemorizado.

—¿Qué quieren de usted? —pregunté, preocupado por aquel compañero del que ya apreciaba la compañía y la apacible resignación.

—Me cambian de celda. Parece que esta noche quieren que esté usted solo.

—¿Yo? ¿Solo? ¿Por qué?

Era una pregunta retórica a la que incluso el carcelero habría sido incapaz de responder. Este último me señaló con el dedo la escudilla de gres, se frotó la barriga irónicamente y, empujando a Ivanov para que avanzara, salió de la celda con él.

Me quedé solo. Al cabo de una hora, cansado de intentar comprender por qué me habían quitado a mi camarada de infortunio, me tendí en el jergón y me tapé con la manta hasta la barbilla. Con los ojos entrecerrados bajo aquella iluminación amarillenta y mortuoria, tuve la oportunidad de meditar. Pero las meditaciones de un hombre de mundo en un calabozo bolchevique no son precisamente alegres. Degusté mi pasado con cuchara, lentamente, poción agridulce que me dejaba el horrible sabor de boca de la incertidumbre. Las imágenes de mi primera juventud se alternaban con las reminiscencias libertinas de mi última noche en el Pera Palace, en brazos de aquella berlinesa de ojos lánguidos... No era la primera vez que me enfrentaba al peligro en mi vida. Las balas me habían pasado rozando durante la guerra, pero aquellas angustias intermitentes, aquel rosario de pequeños miedos alternos, no se podían comparar con la incertidumbre sobre mi suerte que estaba viviendo ahora y que ya duraba tres días y medio. Mi vida pendía de un hilo sujeto por los rudos dedos de unos chequistas todopoderosos e irresponsables. ¡Podían liberarme al día siguiente o ejecutarme esa misma noche! Cuando mi desaparición llegara a oídos del mundo civilizado, suscitaría sin duda una nota diplomática. Los camaradas de Moscú se inventarían pruebas de una culpabilidad plausible: contraespionaje o altercado nocturno. El Quai d'Orsay protestaría por pura formalidad. Pero, como a los sóviets no se les puede infringir ninguna pena por ligera que sea, terminarían aceptando sus

vagas excusas y el caso quedaría archivado... Con extraña indiferencia, ya me imaginaba los acontecimientos que seguirían a mi muerte. Leía mentalmente los artículos de los periódicos importantes de París, Londres y Nueva York. Escuchaba los conmovidos comentarios de lady Diana en los salones de Park Lane: «¡Un joven tan querido! ¡Qué cosa más horrible! ¡Había ido allí por mí! Se trata de un terrible error judicial del que informé a la Foreign Office. Pero esos señores de Downing Street tienen menos corazón que una pelota de golf; me dijeron que no tenían pruebas formales... No, gracias, lady Chutney, sin azúcar... Sí, un poco de leche... Lord Edwin me telefoneó ayer...».

¿Y Griselda? ¿Mi dulce y tan distante Griselda? Mi mujer..., pronto mi viuda... A estas horas, seguro estaría bogando a bordo del *Northern Star*, frente a las costas de Asia Menor. En mi corazón encogido, la esperanza vacilaba como una llamita agonizante; la esperanza de que me echara de menos, aunque solo fuera eso; la esperanza de que, como mínimo, sintiera algún remordimiento por haberse negado a abrirme los brazos sobre el puente de su elegante yate blanco, ribeteado de azul y oro. Mi querida Griselda probablemente lloraría mi asesinato. Estaba seguro. Conocía demasiado bien su generoso corazón como para dudar de su reacción cuando la noticia leída en el *New York Herald* le anunciara brutalmente que sería princesa Séliman para toda la vida.

En mi cerebro febril surgieron otras reminiscencias. Parecía que unas trampillas se hubieran abierto aquí y allí, liberando, una a una, las palomas del recuerdo, que se elevaban en pleno vuelo hacia el desierto sin fin de la memoria de los hombres. Me acordaba de las cosas más heterogéneas: la silueta de una mujer deseada durante una hora alternaba con el decorado del bar clandestino en el que, una noche de esplín, había mordisqueado las almendras saladas de la desesperanza. De repente, un paisaje soleado iluminaba mis párpados cerrados, un paisaje mediterráneo saturado de mimosas, envuelto en la fragancia de los claveles florecidos a la sombra de los pinos, que filtraban la brisa al ritmo de su ramaje. Luego, sin más transición, me veía bañado por la luz de la luna en la terraza de un hotel de Argel, acunando mi deseo en una mecedora y apretando en silencio la manita vecina al extremo de un brazo desnudo, ceñido por un *cabriolet* de zafiros y brillantes.

Había cerrado los ojos. Me hallaba inmóvil bajo la manta, el pulso acelerado y las sienes ardientes. Era un muerto viviente con el pensamiento vagabundeando a orillas del más allá. Me creía enterrado, cadáver sepultado bajo el humus caucásico, olvidado poco a poco por todos aquellos que me habían conocido. Olvidado por las mujeres a las que un día poseí, que me concederían el óbolo de un pensamiento fugitivo mientras se limaban las uñas; olvidado por los hombres a los que una vez prestara servicio; olvidado por los amigos que me habían ayudado. Y, ante aquel olvido total, aquel olvido ineluctable, sentía el mismo vértigo que se siente al contemplar la inconmensurable purpurina que centellea sobre el traje de la Vía Láctea en una estrellada noche de verano... Ya me parecía que se apoderaba de mí la misma

insensibilidad sublime del faquir al rezar y que mi yo desmaterializado estaba entrando en el orbe del plano astral cuando el chasquido del ventanillo me hizo estremecer. Al igual que la otra noche, me quedé quieto. A través de las pestañas entrecerradas reconocí los mismos ojos en el rectángulo de metal. Posaron en mí su mirada durante varios minutos y luego la ventanilla se cerró. Maldije al entrometido que había turbado el beneficioso coma de mi pensamiento anestesiado, y estaba a punto de darme la vuelta en el lecho para no volver a caer en la tentación de mirar hacia la puerta cuando unos pasos resonaron en el pasillo.

Susurros. Giré la cabeza a mi pesar. La puerta se abrió.

—El *númerro* 17 —articuló el carcelero con un acento indescriptible, y se hizo a un lado en el umbral de la celda.

Intrigado esta vez, me incorporé sobre el codo y esperé. El 17 apareció. Se trataba de la señora Irina Alexandrovna Muravieva.

XIII

No me sorprendió tanto. Sospechaba que intervenía desde la sombra, aunque no creía que fuera a presentarse en Nikolaya.

Se hallaba allí, bajo el dintel de la puerta, iluminada de costado por la lámpara amarilla. Me contemplaba impasible. Nada en sus pupilas claras revelaba sus sentimientos. Se había cortado el cabello castaño y lo llevaba aprisionado bajo un pequeño cloche negro e impermeable, como el sombrero de un pescador. Una chaqueta de cuero provista de cuatro bolsillos moldeaba su figura esbelta. Una falda corta caqui, muy sencilla, le caía hasta la mitad de la pierna y unas botas rusas de cuero negro le subían hasta las rodillas. Ni pendientes ni joyas de ninguna clase. La musa de Varichkin parecía incorruptible.

La presencia de la señora Muravieva me afectó como un estimulante. Ni una inyección de estriknina me habría liberado mejor del sopor que me invadía. Mi amor propio erizó todas sus plumas. Me negaba a que aquella esclava despectiva pudiera presumir más tarde de haberme visto sudando de miedo, aterrorizado por la ansiedad. Me deshice de la manta, me levanté de un salto y me incliné con un respeto exagerado.

—Discúlpeme, señora. Si hubiera sabido de su visita no me habría encontrado de esta guisa.

Irina no respondió nada. Despidió al carcelero con un monosílabo, dio un paso hacia mí y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Elocuente, señor camarada? —dijo por fin—. Ya veremos si sigue siéndolo hasta el final.

Aquel exordio me estremeció. Pero me recuperé enseguida y bromeé:

—¿Así que usted es el número 17? ¡Un seudónimo muy modesto para una mujer de su talla! Yo me esperaba a un revolucionario maleducado, bruto, inculto... y el azar me envía a una hermosa moscovita inteligente y de pura raza. Un adversario de primera. Yo no pedía tanto...

—Continúe, se lo ruego.

—Ya he dicho lo que tenía que decir, señora. Ahora, la escucho.

Irina se encogió de hombros. Se sentó en el escabel de madera. Yo me senté al borde del catre. Como ella se había callado, volví a hablar.

—Siento que mi pisito de soltero no sea nada cómodo, pero no es culpa mía.

—Deje de bromear, Séliman. Leo el miedo en sus ojos. Puede que con esa máscara consiga engañar a otra, pero no a mí. Sé que su alma tiembla. No forma usted parte de la raza de los que mueren con la sonrisa en los labios por una causa importante... porque su causa no es noble. Uno no muere con serenidad por el petróleo, por un consorcio financiero, por el capricho de una inglesa egoísta.

—Se equivoca, señora. Un *gentleman* es capaz de mirar a la muerte a los ojos aunque solo sea para darle una lección.

—¿Una lección de qué?

—De *savoir-vivre*.

Aquella pirueta irritó a mi visitante.

—¡Francés...! —dijo con desprecio. Cruzó las piernas, se entreabrió la chaqueta de cuero y retomó la palabra—: Una vez degustado el entrante, hablemos en serio. Ahora ya debe de estar más o menos al tanto de la sucesión de hechos que lo han conducido hasta aquí.

—Melodramáticamente hablando, a eso se le llama caer en la trampa, ¿no?

—¿Y no es el drama moneda corriente en Rusia desde hace siete años? En cualquier caso, el telegrama que firmé como «Edwin Blankett» obtuvo los resultados que esperaba. Vino usted, vio y fue vencido.

—¿Cómo se dice *vae victis* en ruso, señora?

Irina no respondió a mi pregunta.

—Si sus guapas amigas, bonitas y vanidosas, maquilladas, emplumadas y rebosantes de joyas lo vieran, se apiadarían de usted... aunque no esté muy atractivo con las mejillas mal afeitadas y la ropa arrugada —dijo mirándome de arriba abajo. Luego se levantó y emitió una risita acidulada—. ¿Qué fue del bello príncipe Séliman, del elegante asiduo de los Ritz internacionales? Es buen momento para decir sin ironía: la vida es una montaña rusa, con sus altibajos. Aquí está usted, suspendido al borde del abismo. Una caída que haría estremecerse a las señoritas del polo y del tiro al plato, ¿no es cierto? —Empujó la escudilla de sopa posada en el suelo con la punta de su bota menuda y continuó—: Ayer, ostras Belon, *foie gras*, suflé, brandy Napoleón. Hoy, sopa de mijo, arenque ahumado, agua sucia... Perdónenos, príncipe. No tenemos ni los jefes de cocina del Sherry's ni los vagones especiales de Prunier^[33]. ¿Caviar? ¡Ah! Sí. Pero es que no se lo damos a nuestros detenidos; lo guardamos para cambiarlo por el oro de los capitalistas. Se comen nuestros huevos de pescado mientras amenazamos la tranquilidad de su digestión con la moneda que nos dan a cambio. Caviar más propaganda igual a revolución mundial.

Yo me había levantado a mi vez.

—¿Tanto resentimiento me tiene, señora Muravieva?

—Con usted vino la desgracia. ¡Me quitó a mi amante para echarlo en los brazos de una mujer a la que odio! ¡Sí, sí! Estoy perfectamente informada. Lady Diana ha engatusado a Varichkin. Quería su concesión de Telavi. Para conseguirla mejor, se ofreció a él, y luego, para quitármelo mejor, lo rechazó y le exigió que la desposara.

Estoy al corriente de todo. Se casarán dentro de un mes... porque todavía no he hecho que anulen la concesión. Pero, si Moscú, por razones políticas, rechazara definitivamente dicha anulación, tomaré medidas. ¡Ay! ¿A pesar de mis advertencias, se ha atrevido a desafiarme? Va a expiar tamaña audacia, príncipe Séliman, y se enterará de la forma más cruel de que entre el Dniéper y los Urales no se bromea con el amor.

Dio unos pasos en dirección a la puerta y yo me adelanté para invitarla a que me oyerá antes de marcharse. Ella debió de malinterpretar mi gesto, porque de repente pegó la espalda contra la puerta y se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta de cuero.

—No se me acerque —ordenó con sequedad—. La bala de mi Browning pasaría a través de mi abrigo y abreviaría la representación.

—¿De veras pensó que olvidaría la corrección que se le debe a una mujer, por muy enemiga que sea?

—La confianza no es, precisamente, algo que haya sabido transmitirme.

—Permítame unas palabras antes de que se vaya. ¿Tiene plenos poderes para decidir sobre mi suerte?

—Totalmente.

—¿Es usted mi jueza suprema?

—Sí.

—¿Podría decirme, nada más, cuándo tomará la decisión final?

Con la mano izquierda en el picaporte de la puerta, esgrimí una sonrisa malvada y una mirada de feroz coquetería.

—No puedo decírselo. ¿Esta noche, quizá? A menos que no sea en quince días... o más. Lo he estado observando a escondidas, por el ventanillo de la puerta, y todavía quiero seguir mirándolo. Deseo verlo un poco más preocupado, un poco más abatido, un poco más sucio... Ya decidiré en qué momento lo envío a las minas de Altái. Salvo si me decanto por el castigo supremo. Ni siquiera lo sé. Vivir tiene tan poca importancia...

Irina me dio la espalda. La pequeña falda caqui desapareció entre la pared y la puerta. El diente afilado del cerrojo chirrió en el húmedo muro. La soledad merodeaba de nuevo a mi alrededor; la soledad, esa burbuja de silencio hinchada de tristeza.

No puedo evocar sin espanto las horas que viví en mi calabozo tras la visita de la señora Muravieva. La incertidumbre, que derramaba sus gélidas gotas sobre mi corazón desnudo, me provocaba escalofríos. Mi vida había pasado a depender del capricho de aquella mujer. Apresado entre sus garras, no me quedaba más remedio que escrutar sus pupilas en busca de mi indulto o de mi pena de muerte.

Traté de ralentizar mis pensamientos, que se me aceleraban en el cerebro febril, y de volver a ganar poco a poco la benefactora insensibilidad de antes, pero la mirada

azul de la moscovita de tez pálida se insinuaba como un cuchillo entre mis párpados cerrados. Irina ya no estaba y, sin embargo, yo sentía su presencia junto a mi lecho. La veía en el escabel de madera, altiva e impenetrable. Todavía me acuerdo de haber exclamado un «¡Ah!» de impaciencia y de indignación, como para liberarme de su dominio; un grito de animal perseguido que manifestaba mi impotencia. Apretaba los puños para crearme la ilusión de que retomaba el control sobre mi voluntad. Me hundía las uñas en las palmas de las manos, crispaba los maxilares bajo el trismo de la terquedad, fruncía el ceño... Y la sombra de Irina no se iba.

Pasaron las horas. Era bien entrada la noche cuando afloró un resplandor por el tragaluz enrejado de mi celda. Los tacones de unas botas crujieron sobre los guijarros del patio. Chirrió una puerta. Me habría gustado que Ivanov estuviera allí. Él, al menos, conocía el significado de todos aquellos ruidos. Me los habría traducido a un lenguaje más claro.

De repente, unos pasos apresurados resonaron por el pasillo. Una mano exenta de delicadeza volvió a manipular el cerrojo de mi puerta. Apareció mi carcelero. Iba escoltado por un guardia rojo al que no había visto jamás. Con el Colt en la mano y el gorro caído sobre la oreja, espetó la frase fatal:

—*S veschami po gorodu!*

«Recoja... que nos vamos a la ciudad». Aquel bruto indiferente que acababa de escupirme a la cara la sentencia eufemística ejecutaba su macabra faena igual que el sargento que despierta a uno de sus hombres para indicarle que ha llegado su turno de guardia. Vacilé, pero mi pensamiento aniquilado no trató de reaccionar. Me acuerdo de que, en el naufragio de mi inteligencia, solo una cosa permanecía a flote: la importancia de que la mujer que me condenaba no me viera temblar.

Me levanté, autómata consciente. Obedecí al guardia rojo, que me apuntaba entre los omoplatos con el cañón de su Colt. Me ordenó subir por una escalera y atravesar el patio de la escuela. Lancé una última mirada al cielo negro espolvoreado de purpurina de oro y bajamos al sótano del edificio contiguo. Al tiempo que pisaba el último escalón, oí el motor de un camión que se ponía en marcha. Entonces comprendí que solo me quedaban dos o tres minutos de vida y un dilema me atravesó el cerebro como un relámpago: ¿debía dejar que me ejecutaran igual que a un borrego en el matadero o abalanzarme sobre el guardia para morir en combate? Extraña telepatía; el bruto que me escoltaba debió de adivinarme el pensamiento, porque el cañón del revólver se desplazó, frío, contra mi cuello y una orden corta en ruso me hizo comprender lo absurdo de mi rebelión.

Penetré en una especie de hangar subterráneo encalado e iluminado por tres cegadoras lámparas de acetileno. Al fondo, a la derecha, había un cajón con arena, manchas oscuras en la pared y unos charcos coagulados en el suelo. Mesmerizado por aquel espectáculo, me quedé inmóvil, con una rigidez antinatural. Era incapaz de separar la mirada de aquella constelación de manchas en forma de estrella que había en la pared, pero una voz de mujer me hizo dar un respingo.

—Y bien, príncipe Séliman, ¿le gusta la decoración?

Me di la vuelta enseguida. Irina estaba allí. El guardia rojo bloqueaba la puerta. El brusco resorte de mi orgullo me activó inmediatamente una sonrisa en el rostro.

—Señora —repliqué—, como horno crematorio no está mal. Como cripta caucásica, las he visto mejores.

—Confiese que esta vez tiene miedo.

—Sí, miedo de salpicarle su faldita caqui.

Irina me miró más intrigada que nunca. Estaba deseando traspasar mi máscara y averiguar si de verdad el horrible sudor de la angustia me mojaba los lomos. Con ojos inflexibles, acechaba cualquier manifestación de miedo. Era como si un extraño placer le recorriera los nervios y toda su feminidad palpitara secretamente y en vilo en aquella espera. Se acercó. Su rostro se detuvo a cincuenta centímetros del mío, su rostro rubricado de una ironía sádica... Podía oler su aliento perfumado de menta. Sus ojos claros, hendiduras luminosas obturadas por unas pestañas medio cerradas, escudriñaban el iris de mis propias pupilas en busca de la dilatación del miedo.

Con las manos a la espalda, se le escapó una risita seca.

—Esconde bien su aprensión, príncipe Séliman. Sé que el corazón le bate muy deprisa. Los movimientos de su vena yugular me lo demuestran. Sin embargo, mantiene bastante bien la compostura ante la muerte. El verdugo de la Checa está a punto de llegar. Disculpe la demora.

Se oyeron unos pasos. A mi pesar, me volví bruscamente hacia la puerta. Apareció un hombre, seguido de otro.

—Venga —dijo entonces Irina, de la manera más descuidada del mundo—, la función ya ha durado bastante. No morirá esta noche todavía. Por ahora, se limitará a ver cómo nos deshacemos de los contrarrevolucionarios. Sentémonos en ese banco, príncipe Séliman, aunque no durará mucho.

El hombre que iba a morir era un pequeñorruso mal proporcionado, de ojos enrojecidos y barba enmarañada. Caminaba delante del verdugo con la rigidez de un juguete que hubieran vuelto a montar. Resignado, abrumado por la fatalidad, se dirigía al suplicio sin protestar. ¿Era realmente consciente? ¿Poseía todavía el conocimiento exacto del mundo exterior? Lo observé, apenas controlando mi respiración jadeante. ¡Tras colocarme frente al espejo de la muerte, Irina me infringía ahora sin avisar el atroz espectáculo de un ensayo privado! Hoy todavía me pregunto cómo fui capaz de soportar aquella pesadilla sin desmayarme.

De repente di un respingo. Irina, sentada junto a mí, había empezado a hablarme a media voz. Comentaba la escena, como si estuviera en el teatro, criticando la actuación de los intérpretes.

—El chico se llama Chernyshev. Moscú ha telegrafiado su sentencia de muerte al mediodía. Un antiguo voluntario del ejército de Denikin. ¡Pfff! Un excremento de la reacción.

Mientras tanto, el verdugo había colocado a su víctima entre la pared blanca y el cajón de arena. El chequista sayón era un antiguo marino de la flota del Báltico, un forzudo de un metro noventa de altura, con hocico de gorila linfático, lívido y pecoso, las orejas planas y las manos como escalopes de ternera. Dio una orden, pero el condenado no se movió. Por fin parecía entrar en contacto con la espantosa realidad. Nos miraba a Irina y a mí con los ojos desorbitados, y me dio la horrible sensación de que aquel hombre prácticamente muerto nos reprochaba lo incongruente de nuestra presencia.

La orden del verdugo resonó una segunda vez. El hombre siguió sin moverse. Balbuceaba algo, dirigiéndose a nosotros. Su voz ronca y temblorosa me afectaba los nervios, como un golpe de escofina en una herida en carne viva. El chequista se volvió hacia Irina e intercambiaron unas palabras. Irina se divertía. El verdugo se desternillaba. Su risa de fagot y la risa de Irina, en *pizzicato* de harpa, llevaron al límite mi malestar físico. Mi vecina quería hacerme partícipe de la gracia del asunto:

—¡No se quiere desvestir... porque estoy yo delante! Es que, como me imagino que ya sabe, exigimos que mueran sin ropa. ¡Y ese que no se atreve delante de una mujer! ¡Es de chiste!

Irina se había levantado. Sarcástica, interpeló al condenado. Entonces, asistí a lo siguiente: el desgraciado, dócil, se quitó su chaqueta remendada y su pantalón gastado y volviéndose, púdico, de cara a la pared procedió a quitarse la camisa. Irina me hizo un gesto.

—¡No me lo puedo creer! Parece un recién casado. —Luego, brutal, escupió a la atención del hombre que iba a morir una palabra de la que adiviné el significado—: ¡Media vuelta!

Galvanizado por aquella orden, inconsciente, tambaleante ya sobre sus delgadas piernas, Chernyshev obedeció. Estaba completamente desnudo. Irina ni siquiera lo miró. Hizo una señal al verdugo, una señal que parecía querer decir: «¡Líbrenos rápidamente de esta alimaña!», y se volvió hacia mí.

Retumbaron dos disparos. Chernyshev cayó desplomado. El chequista espolvoreó el suelo alrededor del cuerpo con arena y recogió las ropas del ajusticiado. El runrún del motor se apagó en la noche y el guardia rojo que me había acompañado apareció de nuevo.

—Vamos a conducirlo a su celda, mi querido príncipe —me dijo Irina—. Meditará durante algún tiempo sobre lo que ha visto esta noche. —Guardó silencio unos segundos y añadió muy amablemente—: Siempre está bien familiarizarse con el destino que lo espera a uno.

Llegamos al pasillo. El guardia abrió la puerta de mi jaula. Irina le hizo una señal para que la esperara al pie de la escalera y entró conmigo en la celda. Alisó la manta del catre y mulló mi jergón.

—Soy como una hermana para usted —observó—. Mire. Vengo a arroparlo.

Se había inclinado sobre la cama para terminar de colocar la manta. Cuando se irguió de nuevo, la estreché bruscamente entre mis brazos. ¿Qué impulso repentino me había poseído? No lo sé, pero la apresé contra mí.

—Irina... —susurré en voz muy baja, casi boca con boca—. Es usted un monstruo y, sin embargo, no la odio. Al contrario, admiro sus nervios de acero y su corazón, que no tiene nada de humano; y su mirada, que posee el esplendor frío de las estatuas hindúes... Irina, déjeme partir y repararé todo el daño. Irina, seguro que sus labios poseen el sabor de la sangre y el perfume de la mandrágora...

Había perdido la noción de la realidad. Solo tenía ojos para aquella cabecita pálida, bajo la franja color ébano del flequillo de sus cabellos. Solo tenía ojos para aquella boca irónica y sensual que permanecía callada. Pegué mis labios a los suyos. No se rechazaron. Sentí el abandono de aquel cáliz cruel que no se cerraba. El beso se prolongó en el silencio hasta que, de forma brutal, el cuerpo de Irina escapó a mi abrazo. Con un vigor extraordinario, me tiró sobre la cama, me escupió literalmente a la cara y se precipitó hacia la puerta.

—¿Se pensaba que ya me poseía? ¡Imbécil! —me espetó—. Me avergüenzo de esos pocos segundos de debilidad que me ha impuesto. ¡Esta vez, su suerte está echada, acaba de firmar sobre mi boca su pena de muerte!

XIV

A la mañana siguiente, después de una noche poblada de sueños atroces, me desperté muy cansado. Palpándome las mejillas sucias y ásperas, sentía que ya me había ganado la lúgubre desesperación de mis compañeros de confinamiento. El vuelo de una falena imaginaria me zumbaba en los tímpanos, y el peso de una losa fúnebre me oprimía la respiración.

Hacia las dos de la tarde, el carcelero abrió la puerta. Tuve la sorpresa de ver a Ivanov entrar en mi celda. Estaba irreconocible. Un alegre resplandor iluminaba sus ojos, una nueva energía animaba sus gestos. El ritmo de sus pasos era más vivo.

—¡Por fin! —se apresuró a contarme—. Es mi última noche en esta tumba... ¡Han recibido la orden de liberarme mañana!

—¿Y eso?

—No tengo ni idea. Y ellos tampoco, sin duda. Pero Chapinski me ha anunciado la buena nueva hace un momento. Le ha costado decírmelo, lo ha hecho a regañadientes, como si mi liberación fuera una decepción para él. ¡Reptil infame! Si pudiera, lo estrangulaba antes de partir.

Felicité a Ivanov.

—Mi pobre amigo, siento mostrarme tan contento delante de usted —se excusó él—, pero la alegría me hierve la sangre. Me habría gustado que usted también...

Esbocé una mueca de fatiga. Ivanov no sospechaba nada. Si hubiera sabido que la señora Muravieva acababa de condenarme al verdugo se habría avergonzado de su vivacidad.

—Esta noche se ha oído el motor del camión —retomó bajando la voz—. De nuevo, otra ejecución en el sótano.

—Sí. Chernyshev.

Ivanov me miró asombrado.

—¿Cómo lo sabe?

—Asistí a la ejecución.

Ivanov dio un respingo.

—¿Usted? —preguntó—. ¿Usted?

—Sí. Cortesía especial de la señora Irina Alexandrovna Muravieva.

—¿La chequista de Moscú? ¿Está aquí?

—Se interesa por mí... Me dio un anticipo de la ceremonia que me espera. Es una sentimental y no lo sabe.

—Mi pobre amigo...

La simpatía de Ivanov era tan sincera que estreché espontáneamente las manos que me tendía. Ya no se atrevía a sonreír; salvado de la muerte, volvía a entrar en

sincronía con la habitación del agonizante. Me estuvo haciendo preguntas en voz baja. Le expliqué mi caso con todo detalle.

—¿Qué puedo hacer por usted, amigo? —quiso saber.

—¡Desgraciadamente, nada!

Era bien entrada la noche. Me acosté y dormí durante un rato. Ivanov se había puesto en cuclillas en un rincón. La alegría lo mantenía alerta a su pesar. Mil proyectos se le acumulaban en el cerebro. En mitad de la noche, me desperté de repente. Una idea acababa de despuntar, luz titilante, en medio de mis tinieblas.

—¡Ivanov! —susurré.

—¿Sí?

—Escúcheme.

Se sentó en el borde de mi cama.

—Pude salvar del cacheo mil dólares americanos —dije.

—¡Mil dólares! ¡Vaya!

—Están ahí escondidos, entre dos adoquines, bajo la tierra. Con mil dólares, ¿no cree usted que se pueden comprar ciertas complicidades aquí?

—Sí y no. Todo es cuestión de suerte.

—No hablo de los guardias rojos. Tengo otro plan. Ivanov, escúcheme bien: unos amigos míos americanos navegan en este momento frente a Trebisonda a bordo del yate *Northern Star*. Dicho yate está equipado con una estación de TSH. Como perdería demasiado tiempo tratando de contactar con ellos desde territorio armenio, suponiendo que lo dejaran salir de Georgia, ¿cree que sería posible hacer llegar desde Nikolaya un mensaje por telegrafía sin hilos al operador del *Northern Star*?

—No creo que haya ningún puesto de emisión privado en Nikolaya, pero el semáforo de la entrada del puerto está provisto, si no me equivoco, de un aparato. Todo depende del hombre que lo maneje.

—Por mil dólares, ese hombre, quienquiera que sea, quizá considere transmitir un mensaje a un navío extranjero. ¿Qué opina? Y por cincuenta mil dólares, suma que mis amigos me prestarán, puede que Chapinski esté dispuesto a permitir que me escape. ¿Tentaría a la suerte por mí?

Ivanov reflexionó.

—Me arriesgo a que me encarcelen de nuevo por cómplice de tentativa de evasión —respondió—; pero lo haré de buena gana si me da su palabra de que, en el caso de que lo consigamos, sus amigos del *Northern Star* me acogerán a bordo para llevarme a Constantinopla.

—Le doy mi palabra.

—Entonces, mañana mismo iré a ver al guarda del semáforo. ¿Cuál es el contenido del mensaje que debo enviar?

—¿Tiene algo con lo que escribir?

—No. Tengo buena memoria. Y mejor no escribir nada.

—Sería lo siguiente: «Yate de vapor *Northern Star*, mar Negro. A toda máquina puerto de Nikolaya, marido muy enfermo».

—¿Sin firmar?

—Eso es. Por si un puesto soviético captara el mensaje.

—El marido muy enfermo... ¿es usted?

—Sí.

—¿Y el propietario del yate lo va a entender?

—Es mi mujer.

Ivanov me miró desconcertado.

—¿La princesa Séliman navega por el mar Negro mientras usted se pudre en un sótano de Nikolaya? —murmuró.

Le expuse mi caso sentimental. Me escuchó con la mayor atención y se interesó profundamente por mi historia de amor.

—Elaboremos, pues, nuestro plan de acción —concluyó—: en cuanto me liberen, me confabularé con el guarda encargado del semáforo. Supongamos que sus dólares lo convencen y consiente en enviar el radiotelegrama. Supongamos también que la princesa acude a la llamada. El yate fondea enfrente del puerto. ¿Qué hacemos entonces?

—En cuanto la lancha del yate llegue al embarcadero, le entregará al marinero una carta dirigida a la princesa Séliman, de su parte, en la que explicará mi situación. Sugeriré a la princesa que convoque a Chapinski a bordo para ofrecerle cincuenta mil dólares a cambio de dejar que me escape. Luego, ya veremos. No hace falta que le diga, Ivanov, que, si me ayuda a salir de mi celda, no solo escapará usted también al infierno de los sóviets, sino que su fortuna como músico podrá hacerla en América.

—Amigo, sabe cómo tentarme. Y, sin embargo, arriesgamos los dos la vida en este asunto...

—En ocasiones hay que jugar a doble o nada. Además, ¿no cree que lo que está en juego merece el riesgo? Colaborando con mi evasión, asegura su futura carrera y la felicidad de su prometida, que se reunirá con usted en Nueva York algo más tarde... corriendo por mi cuenta, claro está. Venga, Ivanov, conoce el alma de los comunistas mejor que yo. ¿De veras cree que las convicciones de Chapinski están hechas a prueba de cincuenta mil dólares en sana moneda del Tesoro americano?

Ivanov cerró los ojos. Su meditación fue breve. Me tomó la mano y la estrechó con fuerza.

—Tiene mi palabra —terminó—. Doble o nada. Deme sus billetes para que me los esconda bajo la camisa y mañana por la mañana me pondré manos a la obra.

* * *

La lentitud del paso del tiempo tras la partida de Ivanov fue para mí la más dura de las torturas mentales. Apenas salió en libertad, comencé a computar el empleo de sus horas. Imaginaba sus primeras negociaciones con el guarda del semáforo, la

diplomacia y la prudencia que estaría empleando, en un país en el que la delación de mirada bizca se esconde tras las sombras de las casas y se insinúa por las puertas entreabiertas.

La única visita que tuve durante el día fue la del carcelero que me alimentaba a base de pan negro y sopa de mijo. La impaciencia me taladraba las sienes febriles. Me levantaba de golpe a cada hora y me dedicaba a recorrer mi celda de ocho metros cuadrados. Mi razón, a la deriva, acechaba la sombra de Ivanov. Mis pensamientos, meteoros erráticos, se arremolinaban alrededor de Ivanov. Una mujer adorada no podría haber obsesionado nunca hasta ese punto el corazón de su amante. Al igual que al fumador de opio hiperestésico, me parecía a veces que las ondas impalpables del radiotelegrama liberador pasaban rozándome los oídos y se expandían a través del espacio. El crepitar imaginario de una estación emisora acunaba mi ansiedad. Y, de repente, el efluvio frío de la duda bañaba mi epidermis. Ivanov se había marchado con mil dólares... ¿Habría cometido un error confiando en él? ¿Qué le impedía quedarse con aquel fajo de billetes en lugar de exponerse a los peligros de una evasión compartida? Al fin y al cabo, era libre, relativamente libre, en un país en el que el significado de dicho vocablo, tanpreciado para los civilizados occidentales, hacía tiempo que se había perdido...

Llegó la noche. Volvieron a encender la lámpara amarilla. El recuerdo de lady Diana me reconfortó durante un tiempo. ¿Dónde se encontraría a aquella hora? En Londres, sin duda, con Varichkin. Seguro que estaría extrañada de no recibir ninguna noticia mía, ninguna respuesta a los telegramas enviados al hotel Vokzal e interceptados seguramente por los chequistas. Me imaginaba a la Madona de los coches cama en su gabinete de Berkeley Square, jugando con el deseo insatisfecho de Varichkin a sus pies, esperando las precisiones de mis informes para abrirle su corazón. Puede que, en aquel minuto exacto, lady Diana se encontrara ejerciendo los artificios de su seducción entre dos montículos de cojines de terciopelo bordado rellenos de kapok. La imaginaba casi desnuda bajo su vestido rosa y blanco, un flamenco forrado de armiño, mostrando la redondez de sus brazos desnudos y la textura de terciopelo de su piel friccionada con verbena y empolvada de forma somera. También me imaginaba a Varichkin, domado, amordazado, aplacado. Varichkin marcado por las ojeras de la esperanza, acechando a su presa, encadenado por la voluntad de una cierva que escondía un alma de pantera en el apetecible cuerpo de una mujer indefensa.

Pobre Varichkin, peregrino solícito arrodillado ante la Madona de Nuestra Señora del Maquillaje; muerto de amor ante un icono con el corazón de hielo... Estaba en desventaja, a pesar de su sagacidad asiática, de su habilidad para la mentira. ¿De veras pensaba que vencería a aquella anglosajona emancipada, liberada de las ataduras impuestas por la ética aleatoria de una sociedad sin ideales? ¿Se atrevía a creer que aquella pequeña hija de pictos y de escoceses, heredera natural de los

montañeses de los Grampianos, capaces de desafiar al invasor de Roma y detener la marcha triunfal de sus legiones invencibles, acabaría doblegándose?

El eslavo enamorado de una escocesa... Bonito tema de disertación para los que diseccionan almas y rastrillan con un peine de bolsillo las malas hierbas del País de la Ternura... Bonito tema superfluo de conversación para la consulta del psicólogo, patentado por el recaudador de suposiciones indirectas... Admirable combinación explosiva para el químico que observa la notación atómica de los suspiros en la retorta de los grandes estremecimientos... En cuanto a mí, me negaba a prever nada. Estaba tan angustiado que ni siquiera me atrevía a imaginarme lo que sería de aquel idilio si el gorila de frente pálida marcado por una estrella roja apuntaba, una noche, con el cañón de su Browning a mi pecho resignado.

Al día siguiente me concedieron una hora de paseo bajo el cobertizo del patio de la escuela. El aire fresco de la mañana me sentó bien. Habría querido lavarme en el patio, pero el guardia rojo que estaba de servicio no me lo permitió.

Volví al sótano muy a mi pesar. Como tenía los ojos cegados por el sol, al principio no me di cuenta de nada. Pero una sorpresa me estaba esperando. Reconocí la silueta de Irina dentro de mi celda.

—Hola, noble detenido —me saludó, irónica como siempre.

Me incliné sin mediar palabra. No estaba de humor para sacar pecho delante de ella. Me senté en el catre y fingí ignorar su presencia. Irina me observó en silencio.

—Le está creciendo la barba, príncipe Séliman —comentó entonces—. Unos días más y parecerá un *mujik*, un vulgar proletario que se desloma para que las mujeres de los capitalistas se den sus caprichos.

Realicé un gesto de exasperación.

—¡Ay, señora! Por lo que más quiera. ¡Nada de tópicos sobre ese tema! Guárdeselos para sus reuniones públicas y para los hidrocéfalos que la escuchan.

Irina hizo como si no me oyera.

—En definitiva —continuó—, ¿qué diferencia hay entre un príncipe Séliman y un estibador de un cuadro de Gorky? Un afeitado y una pastilla de jabón. ¿La materia gris? Pfff... Los anatomistas han constatado que el cerebro de un imbécil pesa tanto como el de un hombre inteligente. ¿La glándula tiroides? A lo mejor lo sabremos dentro de un siglo. Porque los grandes hombres no existen, según los innovadores de la medicina: a veces hay más menudillos alrededor de la nuez, y a veces menos. ¡Así sea!... Estoy de broma, príncipe. Digamos que estoy en mi derecho. Vengo a saborear las distintas fases de su decadencia. En quince días, si la Checa le permite vivir hasta entonces, por fin estará a punto. Hasta su pantalón habrá perdido la huella de esos pliegues impecables que son las paralelas de la geometría del esnobismo. Su chaqueta arrugada, su cuello ennegrecido, sus uñas sucias y sus mejillas hundidas completarán un cuadro encantador. Me deleito solo con imaginármelo entrando en la categoría

polvorienta y maloliente del despojo de la sociedad, del detrito extraído de la espuma que corona el estofado de la Democracia... ¿No dice nada?

—No, señora.

—¿Insensible a los sarcasmos? ¿Tan pronto? ¿Ya no reaccionamos a las banderillas? ¿El toro está cansado? ¿Se nos ha agotado el orgullo para aparentar? ¿Es esta la indiferencia suprema del brahmán decorticado de su yo?

Mi silencio irritaba a la señora Muravieva. Golpeó el suelo con el talón de su bota negra.

—¡Príncipe, podría hacerme el honor de responderme! —exclamó.

Le lancé una mirada.

—Señora —me limité a replicar—, podría hacerme el favor de dejarme en paz.

Nos miramos en silencio. Soltó una cruel carcajada.

—Una de estas noches se desvestirá ante mí, como Chernyshev —dijo—. Se desvestirá antes de morir. Será una nueva sensación para usted. Se acordará de sus pisitos de soltero en París, donde llevaba a cabo ese mismo ritual antes de inmolar una virtud complaciente. Esta vez, sin embargo, la caída será definitiva: ni flores ni oportó. —Irina se había acercado a mí; su rostro irradiaba odio. Sus ojos me quemaban la retina al igual que dos fogones luminosos observados desde demasiado cerca—. Piense en Chernyshev —prosiguió—, al que le daba vergüenza desnudarse delante de mí. ¡Voy a verlo desnudo! Será la humillación suprema para usted antes del final.

—¿De modo que tanto me odia? —pregunté mientras me apoyaba en la pared—. ¿Por qué?

Mi pregunta pareció tambalear su furor sordo. Se quedó callada.

—Confieso que no comprendo ese odio tan intenso —retomé—. Si yo fuera su amante y la hubiera traicionado, humillado o maltratado, sería, si no justo, al menos admisible que tuviera este deseo de vengarse. ¡Pero es contra Varichkin contra quien debería dirigir su cólera! Me está haciendo expiar el distanciamiento de su amante. ¿No cree que ahí hay algo que choca con la justicia?

Irina se encogió de hombros.

—¡La justicia! Noción pequeñoburguesa. ¿Y su Todopoderoso?, ¿tuvo en cuenta la justicia cuando desencadenó el diluvio y ahogó indistintamente a los buenos y a los malos? ¿Sabe lo que es la justicia? ¡Una póliza de seguros de los débiles frente a los fuertes! Nosotros, los bolcheviques, detentamos la Fuerza. Tanto peor para los demás.

—Habla usted como el Canciller de Hierro, señora.

—¿Y qué? *Kraft ist Macht*^[34]. La Fuerza supera al Derecho. En Moscú nos dan mucha risa sus alucinados de la Sociedad de las Naciones. Un guiñol para vejestorios decrepitos, para los chiquillos que juegan con las utopías mientras sus institutrices fantasean con el lago de Ginebra, eso es lo que es. ¡La Sociedad de las Naciones! ¡Ja, ja! ¿En un mundo que fermenta odio por todas partes?, ¿en el que los amarillos, instruidos por nosotros, están empezando a despertarse?, ¿en el que los alemanes, aún

groguis, están recuperando poco a poco el aliento?, ¿en el que los anglosajones los abrazan a ustedes para después apuñalarlos por la espalda? Ya hablaremos de todo eso cuando los seres humanos se hayan vuelto buenos, generosos, razonables, impermeables a la envidia, a los celos, a la avaricia... Es decir, en tres o cuatro mil años. Mientras tanto, ¿sabe usted?, uno tiene que tomarse la justicia por su mano. Y por eso es por lo que está prisionero aquí. No soy yo la que ha ido a amargarle la vida. ¡Es usted, Don Quijote de una Dulcinea alimentada con abadejo ahumado! ¡Es usted quien me ha roto el corazón arrancándome a mi amante! Hay tres culpables merecedores de castigo: lady Diana, Varichkin y usted. Cada uno a su debido tiempo. El azar ha propiciado que lo alcance a usted primero. Cuando haya saldado su cuenta, lady Diana pagará la suya. Y luego Varichkin. Si le sirve de consuelo, le adelanto que no morirá solo.

—Señora Muravieva, respóndame con franqueza. ¿No se está dejando llevar por el odio de clases, más que por el deseo de vengar un amor desafortunado?

—Ambas cosas. No solo los odio a usted y a su lady Wynham porque sean la causa de mi infortunio sentimental, sino porque pertenecen a una clase social que detesto.

—Que envidia...

—Y porque son ustedes los verdaderos parásitos de la sociedad, una legión de abejorros inútiles en la colmena en la que trabajamos. Son como los pavos reales del corral, dándose pisto y picoteando las mejores semillas en la escudilla de la comunidad... Mientras yo llevaba medias de algodón y estudiaba en la Universidad de Petrogrado con diez kopeks en el bolsillo, Lady Diana Wynham iba por ahí con vestidos de gala de mil guineas y malgastando más oro al día del que mis camaradas hubieran podido ganar en todo un año.

—Señora, no tiene razón, puesto que en Berlín, es decir, cuando está usted fuera del territorio ruso, viste como una mujer de mundo, con medias de seda y traje de chaqueta, de una elegancia sobria pero impecable.

—¡La Revolución, señor!

—Eso es, precisamente, lo que quería oírle decir. Hoy es usted, convertida en la eminencia rosa de los nuevos señores del régimen, la que suscita la envidia de sus propias hermanas, las obreras nacionalizadas, y siembra la semilla de los celos en el alma de las futuras Irinas Muravieva. ¡La rueda gira! Y mientras la monótona y rigurosa igualdad no les imponga la misma pitanza y la misma porquería a los genios que a los cretinos, estará usted siempre cambiando de bando. Pero me consta que su alma de revolucionaria es insaciable y que mis argumentos no servirán para apaciguar su rencor. De modo que esperaré con paciencia en mi celda a que se decida a pronunciarse sobre mi suerte, y usted misma tendrá el privilegio de desnudarme para ofrecerle mi cuerpo a la Browning del verdugo.

XV

Transcurrió el resto del día. Interminable. Pesado como la barra de plomo a los pies del galeote. Al caer la tarde, me percaté con asombro de que el carcelero habitual había sido remplazado por el chequista que me había detenido en el hotel Vokzal. Me dejó un trozo de pan enmohecido en el suelo.

—Al *camarrada* lo han llamado a Kutaís. Así que yo le *traerrré* la sopa —me explicó. Luego me observó de reojo y añadió de forma accesoria—: Aunque no por mucho tiempo, por cierto.

—¿Partirá usted también?

—No, lo *liberrrarrrán*... O lo *fusilarrrán* de aquí a poco. He oído a unos *camarradas* hablar sobre su caso. Leían un comunicado de Moscú *dirrigido* a Irina Muravieva y uno de ellos ha dicho: «Mañana por la noche...». Así que supongo que mañana por la noche tendrá novedades. Muerto o libre... Muerto, más bien, creo yo.

Pasé otra noche de pesadilla. ¿Qué hacía Ivanov? ¿Habría conseguido enviar el radiotelegrama? Derrotado por la fatiga, me quedé dormido al alba. Vinieron a despertarme para mi paseo matinal. El guardia rojo del patio de la escuela, uno al que no había visto nunca hasta entonces, me hizo una discreta señal que me desconcertó. Con la mirada, me invitó a seguirlo. Me llevó detrás de un hangar y me mostró una suerte de trastero para la leña, contiguo al muro que delimitaba el cobertizo. Me indicó que empujara la puerta carcomida y obedecí. Nada más entrar en el trastero, di un respingo de estupefacción. Mi amigo Ivanov estaba allí, entre dos pilas de troncos.

—¡Usted! ¿Cómo es posible?

—Hablemos rápido. Tenemos diez minutos. Sepa solo que he comprado el silencio del chequista que vigila su paseo.

—Pero... ¡Mi mensaje!

—Espere. Deje que le cuente los hechos en orden cronológico: en cuanto me liberaron, me dirigí al puerto y, tomando un trago con los pescadores, me enteré de que el guarda del semáforo es un viejo oficial de marina retirado, un tipo del antiguo régimen al que los bolcheviques juzgaron inofensivo y que subsiste plácidamente en su casa erizada de señales. Me he puesto de acuerdo con él. Se llama Gregor Lobachov. Ayer por la noche fui a verlo de nuevo y le pregunté por su vida, su pasado, sus opiniones... A solas los dos, hablamos sin tapujos y estuvimos maldiciendo a los actuales tiranos. Me mostró su estación de TSH y me explicó que el reglamento restringía el uso al envío de información de orden marítimo a los barcos de paso. Seguro de que podía fiarme de él, le conté la verdad enseguida, toda la verdad. En un segundo había simpatizado con usted, y declaró que no solo rechazaba sus mil dólares, sino que era su obligación ayudarlo, en la medida de sus posibilidades.

—¡Qué valiente!

—A las diez de la noche estaba sentado ante su estación para tratar de comunicarse con el operador del *Northern Star*. No sin esfuerzo, por fin logró transmitir el mensaje convenido junto con el código de la estación para poder recibir la respuesta. Esta no tardó en llegar. A las diez y cuarto, el operador del yate radiotelegrafiaba el siguiente despacho: «Ponemos rumbo a Nikolaya; estaremos frente al puerto a las once de la mañana». Esta es, amigo mío, la buena noticia que quería darle. Esta mañana he vuelto a los alrededores de la escuela, he sobornado al guardia rojo que debía vigilar su paseo y, gracias a cien dólares que le he deslizado en su cartuchera, he obtenido esta entrevista providencial.

Una patada contra la puerta interrumpió nuestro coloquio. Cuchichearon en ruso. Ivanov respondió.

—Tenemos que darnos prisa —me anunció en voz baja—. Teme que se den cuenta de algo raro. Voy a volver al puerto. En cuanto tenga a la vista el yate, alquilaré una barca y subiré a bordo. Y para el resto, ¡Dios dirá!

—Se lo ruego, Ivanov, dese prisa. Me han informado de que la Muravieva y Chapinski decidirán mi suerte esta misma noche: liberación o ejecución. Mis horas están contadas.

—Sí, sí. Vuelva a su paseo con el guardia. Haré lo imposible por salvarle. Ánimo, amigo mío.

Fui incapaz de tocar la comida que me trajeron. El miedo de que a Ivanov le impidieran subir al yate me provocaba sudores fríos. La tarde pasó. Cuando llegó el crepúsculo, el chequista bajó a encender la lámpara del pasillo. Hablaba con un camarada. El acento gutural de su animada conversación llegó hasta mí. Deslicé con el dedo la trampilla del ventanillo y los observé. Se reían. Tan pronto hablaban en voz baja como volvían a alzar el tono para desternillarse de nuevo. El otro chequista señaló mi celda. Se acercaron. Me acosté rápidamente y, al oír el ruido del cerrojo al descorrerse, me eché a temblar. Los dos hombres se detuvieron bajo el marco de la puerta.

El compañero de mi carcelero me observó con interés. La conversación se reanudó con más intensidad, interrumpida por las risas.

—¿Alguna novedad, camarada? —pregunté disimulando mi horrible angustia.

Mi carcelero intercambió unas palabras con el otro.

—¡Bueno! —respondió—. En el punto en el que se halla, creo que podemos contárselo. De todas formas, de aquí a mañana *estarrá* muerto, y no tendrá tiempo de ser indiscreto... ¡Acaba de ser la causa de una buena *querrrella* entre la Muravieva y Chapinski!

—¿Yo?

—¡Sí! Por eso es por lo que mi *camarrada* ha insistido en verlo más de cerca. Han telegrafiado desde Moscú para otorgarle al jefe de la Checa local la

responsabilidad del *verredicto*. La Muravieva, como es lógico, ha decretado su muerte, *perrro* necesita que Chapinski le apruebe la orden de ejecución. Y ahí es donde el asunto se pone gracioso... ¡Ja, ja, ja! —El chequista le dio un codazo a su camarada, ahogó una risa y añadió—: El *camarrada* Chapinski está dispuesto a firmar a condición de que la Muravieva le conceda la..., su... Ya me entiende... Todo lo demás. ¡Ja, ja, ja! Lo que pasa es que la *camarrada* no quiere saber nada de Chapinski. ¡Y no me extraña, con ese careto que tiene, que es *parrra* caerse de espaldas!

—¿Entonces?

—Entonces han tenido una discusión terrible. La Muravieva, que no le teme a nada, le ha marcado la jeta a su galán con un tremendo fustazo, y este ha salido del despacho dando un portazo y negándose a firmar la orden...

—¿Y qué pasa conmigo?

—¡Oh! *Parrra* usted esto no cambia nada. La Muravieva se *saltarrá* el visto bueno del otro y ya está. *Perrro* no ha tenido usted suerte: si Chapinski contara con el respaldo de Moscú, lo *indultarrría* solo por fastidiar a la *camarrada*. Ya ve de lo que dependen las circunstancias. En fin, he *querrrido* avisarlo por adelantado porque no tiene pinta de ser mal tipo. Así no lo pillaré tan desprevenido cuando esta noche, hacia las diez o las once, vengamos a pedirle que recoja sus cosas para ir a la ciudad... —El chequista compasivo lanzó un escupitajo sobre los adoquines y, apoyándose en la puerta, concluyó—: ¿No le *parrrece*, de todas formas, que es *puñeterramente* gracioso? El gran Chapinski con la jeta *desfigurrrada* por su culpa. ¡Ja, ja, ja!

Y la puerta se cerró con la última carcajada de su risa mefistofélica.

Como mucho, me separaban cinco horas del trágico vencimiento, porque era probable que el verdugo viniera a buscarme antes de la medianoche. ¿Cómo esperar que Ivanov lograra prevenir a Griselda y que esta consiguiera actuar en tan poco tiempo?

De repente, me invadió una gran resignación. Sin que mi voluntad hiciera ningún esfuerzo por controlar mis nervios, una suerte de sopor anestésico me adormiló el cerebro, demasiado cansado. Me tumbé en el jergón e, incapaz de reaccionar de otra manera, me puse en manos del destino que por fin se me había fijado.

¿Es verdaderamente tan terrible la muerte? ¿Son los estoicos los únicos capaces de aguardarla con entereza? ¿No es la vida como una sala de espera por la que caminamos lentamente hasta que llega la hora de tomar el tren para el más allá? ¿No deberíamos pensar en ello cada día, dado que mañana la suerte puede reclamarnos nuestro billete de vuelta hacia la nada? Y, sin embargo, nos olvidamos, porque la indeterminación de la fecha fatal nos invita a ello. Singular talante el nuestro, que nos lleva a aceptar sonriendo un cheque en blanco de la parca, mientras que temblaríamos de pavor si esta nos impusiera por adelantado una fecha inexorable.

Me desperté con un sobresalto. Alguien que había entrado en mi celda sin que yo lo oyera me estaba dando golpecitos en el hombro. Mi sueño era tan pesado que tuve que abrir y cerrar los párpados varias veces antes de reconocer a mi visitante. Era Chapinski.

Una ducha fría en pleno rostro no me habría reanimado más rápido. Lo observé bajo la luz amarilla que lo iluminaba de costado. Era verdad que una larga cicatriz roja le cruzaba la frente. Habló el primero, en voz baja.

—Séliman, tenemos diez minutos para huir de Nikolaya, un cuarto de hora para llegar al yate americano y treinta minutos para alcanzar el límite de las aguas territoriales.

Sus palabras parecían sacadas de un sueño. No me moví. Me sacudí por los hombros.

—¡Venga! Levántese pues. Si no se da prisa, lo fusilarán, yo perderé cincuenta mil dólares y...

—¿Chapinski? Está diciendo la verdad... Yo... Yo... Usted... ¡Oh!

—¡Claro que se la estoy diciendo! —respondió enfurecido después de arrastrarme prácticamente fuera de mi lecho—. ¡Tome! ¡Convéznase! —E introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero, de donde sacó un fajo de billetes de banco.

Electrizado por aquel giro inesperado de la fortuna, me levanté.

—Chapinski —dije—, ayúdeme a huir y la fortuna le sonreirá igualmente.

El chequista empujó la puerta de mi celda sin hacer ruido.

—¡Salgamos! —murmuró.

Me invitó a caminar delante de él, en el eje de su revólver, que me encañonaba la espalda. A media voz, me indicó la dirección que debía seguir. El guardia rojo de lo alto de la escalera se echó a un lado para dejarme pasar. Chapinski le espetó en ruso una orden corta. Franqueamos el cobertizo del patio, que estaba desierto. Los hombres de guardia hablaban detrás de un volquete, que imploraba a la noche con sus dos varales vacíos.

—Por aquí —susurró Chapinski. Ya estábamos en la calle, así que apretó el paso—. Ahora, camarada —dijo—, caminemos rápido hasta el puerto. No estaré tranquilo hasta que no pongamos un pie en la lancha motora.

Mi cautiverio y mi privación de comida me habían perjudicado demasiado como para batir cualquier récord de carrera campo a través por una Nikolaya dormida. Pero aquella resurrección casi milagrosa me espoleaba las piernas. Con los dientes apretados y los codos pegados al cuerpo, seguía las grandes zancadas del preocupado Chapinski. Recorrimos una última calle flanqueada de casas bajas y llegamos al muelle de la pequeña dársena central. La costa estaba despejada. No se distinguía una sombra ni a la derecha ni a la izquierda. Dos o tres fanales brillaban en el puerto, luciérnagas mecidas al capricho de las olas. Frente a nosotros, a lo lejos, las luces de posición del *Northern Star* me confirmaban que todo aquello no era ningún espejismo.

Nos desviamos hacia el espigón, una sencilla estacada de madera negra, y descendimos a la playa. Una silueta surgió en la penumbra, detrás de un montón de cajas abandonadas.

—¿Quién está ahí? —pregunté ansioso.

—Ivanov —contestó Chapinski.

El hombre se nos acercó. Reconocí, en efecto, a mi compañero de celda. Al verme, me dio un abrazo y me besó espontáneamente en la boca, a la rusa. ¡El bueno de Ivanov! Todavía hoy pienso en él y sigo agradeciéndoselo con todo el fervor de un corazón en deuda.

Pero Chapinski interrumpió aquellas efusiones.

—¿Dónde está la lancha?

Ivanov meneó la cabeza.

—Debía venir a buscarnos a las diez en punto.

Chapinski escrutó la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

—Las once y diez —constató—. ¿Por qué este retraso?

—No lo sé.

La hoz de plata de la luna, cerca del horizonte, nos iluminó con una fluorescencia opalina. De repente, distinguí una arruga de desconfianza en la frente de Chapinski. Nos miró alternativamente.

—¿Se trata de un plan montado por ustedes dos... para destruirme?

Ivanov lo tomó por el brazo.

—Veamos, camarada, ¿estás loco? ¿No crees que nuestras ganas de huir de aquí son todavía mayores que las tuyas? ¿No me ha entregado la princesa Séliman los billetes para ti, para que salves al príncipe? ¿Por qué sospechar una traición?

Chapinski se excusó con un gesto.

—Tienes razón —dijo—. Veo traidores por todas partes... —Y, volviéndose hacia mí, añadió—: Perdóneme. Tras cuatro años de Checa... Pero hay que ver qué hacemos ahora. Tenemos los minutos contados y no podemos quedarnos aquí sin correr un gran riesgo.

Examinamos las aguas. El mar Negro desplegab su traína ocelada de reflejos lunares. No había ninguna barca acercándose a la orilla.

—¿Podría ser que estuvieran en el puerto?

Ivanov negó con la cabeza.

—No, yo vengo de allí. No hay nadie. ¿Qué hacemos?

Chapinski se volvió hacia mí.

—¿Por qué no saltamos en uno de esos botes que están ahí, amarrados en el muelle, y subimos al yate cuanto antes? Cada segundo que pasamos en esta playa nos pone más en peligro.

—Chapinski tiene razón —dije—. Volvamos rápido al puerto. El *Northern Star* está fondeado a una milla y media. Con dos pares de remos, lo habremos alcanzado en veinte minutos.

Ivanov asintió. Cruzamos la playa corriendo. De repente, Chapinski señaló al mar.

—¡Miren! —exclamó—. ¡El yate está virando el ancla, ya no se ve la luz roja!

Un humo espeso se escapaba de la chimenea, esparciendo unos copos oscuros en la pantalla fosforescente de la noche. La angustia nos dejó paralizados en la arena húmeda.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ivanov.

—Significa que se va. Está poniendo rumbo a alta mar. ¡Miren!

Agarré a Chapinski y a Ivanov por el brazo y exclamé:

—¡No tenemos un minuto que perder! Hay que ir de prisa al semáforo y pedirle a Lobachov que nos vuelva a poner en contacto con el *Northern Star*. Hay algo aquí que se nos escapa. Seguro que estamos siendo víctimas de un trágico malentendido.

—Séliman tiene razón. ¡Vamos al semáforo!

La barraca de madera de Lobachov, con sus dos mástiles y sus antenas, parecía un enorme insecto agazapado en el malecón de piedra, al extremo norte de la dársena. Nos apresuramos, sin perder de vista el yate, que realmente parecía estar zarpando hacia alta mar.

—Si no conseguimos hablar con el *Northern Star* esta noche, estamos perdidos —le dije a Ivanov, que corría junto a mí.

—Dios nos asista —murmuró este.

Alcanzamos el semáforo. Chapinski se detuvo y señaló los postigos cerrados de la ventana, de entre los cuales se escapaba un haz de luz.

—Lobachov está ahí, ¡menos mal!

Ivanov, que se había aproximado con sigilo a la puerta acristalada, nos hizo de repente una señal para que nos acercáramos sin hacer ruido. Una nueva sorpresa nos estaba aguardando en aquella caseta de madera alquitranada. A través de los visillos, reconocimos a la señora Muravieva. Estaba de pie, detrás del viejo Lobachov. Y este, inclinado sobre su mesa de transmisiones radiotelegráficas, parecía a la espera de sus instrucciones. Chapinski, Ivanov y yo lo comprendimos todo. Estábamos aterrados. Pero el chequista reaccionó enseguida.

—Estamos perdidos —susurró al tiempo que nos aferraba a ambos por el brazo—. Solo un golpe de audacia podría salvarnos. Seguidme.

Entonces empujó la puerta con brusquedad y entramos en la caseta. La señora Muravieva se volvió, pero, en un abrir y cerrar de ojos, Chapinski la había inmovilizado.

—Rápido —ordenó—, una cuerda para atarla y una servilleta para amordazarla.

Ivanov se apresuró a ello, con la colaboración de Lobachov. Yo observaba a la señora Muravieva, prisionera del abrazo del chequista. Su estupefacción al verme libre había dado paso a un acceso de cólera.

—¡Tres hombres contra una mujer! —exclamaba—. ¡Qué cobardía! ¡Qué ruin cobardía!

—La lealtad no es, precisamente, algo que haya sabido transmitirnos —repliqué yo—. Tal virtud no tiene cabida en la Rusia de los sóviets.

Trató de pedir ayuda. Chapinski le tapó la boca con la mano.

—No haga tanto ruido, mi hermosa palomita —ordenó—. Tenemos prisa. ¡Ivanov, átale bien los pies y las manos mientras yo amordazo con este fular su boquita de víbora! Eso es. Hazle otro nudo más. No me fío de la camarada... Muy bien... ¡Séliman, ayúdeme a llevarla hasta el cuarto de Lobachov! Despacio, por aquí... Hay que ser cortés con las mujeres guapas, incluso con las que van por ahí dando fustazos en la cara.

Dejamos a la señora Muravieva, impotente, tumbada en el lecho; cerramos la puerta con candado y volvimos junto a Lobachov, que, con total desconcierto, escuchaba las explicaciones de Ivanov.

Este último me presentó al anciano oficial jubilado.

—El príncipe Séliman. Gregor Dimitrievich Lobachov, excapitán de corbeta de la Armada Imperial. Mi amigo es el marido de la princesa Séliman, la dueña del *Northern Star*. Pero, por Dios, camarada, explíquenos, ¿qué estaba haciendo aquí la Muravieva?

—Amigos míos —empezó Lobachov—, les contaré lo que ha pasado, puesto que ahora mi suerte está ligada a la de ustedes. O morimos todos aquí o salimos vivos juntos de este callejón sin salida. —Mientras hablaba, iba manipulando sus palancas para contactar con el operador del yate—. Eran las diez y estaba a punto de irme a la cama esta noche —continuó— cuando esa mujer entró en la caseta. Su actitud autoritaria y la firmeza de sus palabras me inquietaron. Se presentó y enseguida temí por usted, Ivanov, y por su amigo. Mis temores estaban fundados, porque Irina Muravieva declaró sin preámbulos: «Sé que ha enviado usted por TSH un mensaje a ese yate extranjero que está anclado frente a la costa de Nikolaya. También sé que pertenece a la princesa Séliman, la mujer de un prisionero político encarcelado y condenado a muerte por la Checa de Moscú. Así que enviará usted de inmediato el radiotelegrama que le voy a dictar». Traté de protestar, pero Irina Muravieva replicó: «Órdenes de la Checa. Si se niega, haré que lo detengan esta misma noche». No me quedaba más remedio que obedecer... Irina Muravieva me leyó entonces las líneas siguientes, que había escrito en este trozo de papel. Príncipe Séliman, mire usted.

Me incliné sobre la hoja arrugada y descifré en voz alta:

Princesa Séliman a bordo del *Northern Star*. Su marido le será entregado sano y salvo mañana al mediodía en Batumi. Alcance ese puerto cuanto antes. Firmado: Ivanov.

Ivanov estaba estupefacto.

—¿Cómo? ¿Ya sabe que estoy metido en este asunto?

—Lo sabe todo —interrumpió Chapinski—. Pero no perdamos un tiempo precioso parlamentando aquí... Lobachov, ¿ha establecido contacto con el operador del yate?

—No. Todavía no. No responden a mis llamadas...

—Ya lo entiendo —me explicó Ivanov mientras Lobachov seguía enviando sus ondas a través de la noche—. Trataba de matar dos pájaros de un tiro: alejar el yate de Nikolaya para eliminar cualquier posibilidad de que pudiéramos escapar y hacer que los cazatorpederos de la Flota Roja, actualmente en Batumi, retuvieran el *Northern Star*...

—Así es —asintió Lobachov, con la mano derecha en la palanca—, porque en el momento en el que los señores irrumpieron en mi caseta acababa de ordenarme que estableciera comunicación directa con el comandante del cazatorpedero V-14 de la flotilla soviética del mar Negro. ¡Ay! ¡El yate responde! ¡Silencio!

Los tres nos inclinamos sobre Lobachov, que acababa de ajustarse los cascos. Transmitió unas palabras. El golpeteo de la palanca de cobre en la caseta silenciosa traducía nuestra ferviente llamada. Hubo una pausa. Pasó un minuto. Luego dos. ¡Una eternidad! Interrogamos a Lobachov con la mirada, y nos indicó con un gesto que no nos moviéramos. Luego, de repente, tomó un lápiz y escribió, letra por letra, la respuesta del operador. Estaba redactada en inglés:

We are sending at once motorboat to fetch you at the pier.

Ivanov y Chapinski no hablaban inglés. Me interrogaron.

—Nos envían la lancha motora de inmediato para recogernos en el embarcadero —traduje.

Mis dos camaradas de evasión gritaron de alegría. Lobachov se puso de pie y, con la exquisita cortesía de los viejos oficiales de la Armada Imperial rusa, me preguntó:

—¿Disculpará mi atrevimiento, querido príncipe, si le pido que me lleve con usted? Siempre que mi huida a bordo del yate no contraríe a la princesa Séliman, a quien todavía no he tenido el honor de ser presentado...

—Comandante —respondí, tomándole las manos al exoficial—, ¡mi mujer estará encantada de recibir a bordo a nuestro salvador!

Mientras Lobachov me daba las gracias, Chapinski le dijo a Ivanov:

—Vayamos a ver si nuestra hermosa paloma sigue todavía atada y amordazada como es debido. Sería una imprudencia que se escapara de aquí en las cinco o seis horas siguientes. En cuanto a usted, camarada comandante, lo mejor es que deje su estación de TSH fuera de servicio, ¡que haga falta un especialista para repararla!

—Tiene razón. Con la señora Irina Muravieva, cualquier precaución es poca.

Cinco minutos más tarde, los tres rusos y yo abandonábamos el semáforo para alcanzar el extremo del malecón. Las luces del yate todavía se veían. La esperanza

relajaba nuestros crispados nervios como un baño templado. Lobachov, con su ejercitado oído de marino, fue el primero en percibir el ruido del motor en la noche.

—Ya viene la lancha. No han encendido el fanal por precaución. Miren ahí, el haz de espuma bajo la luna. Es eso.

Al cabo de unos minutos, la lancha giraba en la entrada de la dársena y se acostaba junto al muelle. Había dos personas a bordo, dos siluetas negras, la del piloto y la del capitán del yate, sin duda. Cedí el paso por la escala de hierro a mis compañeros de evasión.

—Ivanov, usted primero... Comandante, su turno... Usted ahora, Chapinski...

Los tres saltaron a la lancha. Me dejé caer a mi vez, dispuesto a darle las gracias al capitán del *Northern Star*. Pero se abrieron dos brazos, y una voz que temblaba de angustia murmuró:

—¡Gérard!

Reconocí a Griselda. Mi emoción fue tan intensa que me dejé caer literalmente encima de ella. Mi corazón se desbordaba de alegría. Mis párpados cerrados se llenaron de puntos luminosos. El escalofrío de la resurrección a la vida y al amor me recorría la piel... Me colgué de Griselda como el náufrago se aferra al socorrista que llega para arrancarlo de la muerte. Desfallecido, la estreché entre mis brazos hasta dejarla sin respiración, mientras me reencontraba con su añorado perfume, mientras respiraba la fragancia inolvidable de sus cabellos rubios. De repente, sentí sus labios posados en los míos. Griselda me besaba en la boca con pasión, a pesar de lo sucio que estaba, a pesar de mi barba de ocho días, a pesar de mi cara de fugitivo condenado a trabajos forzados. Su beso me devolvió el conocimiento.

Mientras sostenía sus manitas, que tanto había añorado, entre las mías, dio la orden al piloto de regresar al yate. Mis tres camaradas habían tomado asiento en la parte delantera de la lancha. No hablaban, por discreción. La roda de la lancha surcaba el mar lechoso provocando a cada lado una lluvia de gotas fosforescentes.

—Señores —dije yo entonces—, dejaremos las presentaciones para cuando estemos a bordo del *Northern Star*, para cuando lleguemos a este refugio flotante en el que las reglas de la civilización occidental recobrarán todo su valor.

El viaje fue corto. Pronto subimos al portalón del yate, donde el señor y la señora Maughan me dieron la bienvenida. El capitán condujo a mis tres compañeros a sus respectivos camarotes y, accediendo a sus ruegos, puso sin más tardar rumbo hacia Constantinopla. Tenían tanta prisa como yo por salir cuanto antes de los límites de las aguas territoriales y escapar al posible registro de un patrullero de la Flota Roja.

La bañera de Griselda fue para mí como un pequeño rincón del paraíso terrestre. Mientras me afeitaba con la Gillette de Maughan, Griselda, sentada cerca del espejo, escuchaba el relato apresurado de mi aventura.

—Gérard —concluyó—, ¡hacía por lo menos diez años que no vivía una angustia parecida! El primer radiotelegrama me alarmó... De verdad creí que estabas enfermo

en Nikolaya... Y la idea de saberte solo, desatendido, abandonado en esa aldea caucasiana me daba tanta pena que contaba las horas que necesitábamos para cubrir la distancia entre Trebisonda y Nikolaya. A las once de la mañana, avistamos por fin el puerto y envié a nuestro amigo Maughan en avanzadilla a bordo de la lancha. ¡Imagina mi sorpresa cuando volvió veinte minutos después con un ruso de aspecto patibulario, que le había suplicado que lo condujera inmediatamente ante la princesa Séliman! Aquel hombre, que no parecía otra cosa que un convicto en quebrantamiento de destierro, me confió entonces, en privado, un informe de tus avatares que me dejó estremecida. Cuando me enteré de que estabas encarcelado, expuesto a la vindicta de una revolucionaria rusa y amenazado con ser fusilado aquella misma noche, estuve a punto de perder el conocimiento. Pero ya sabes que enseguida reacciono ante el peligro. La información que me traía Ivanov era demasiado precisa para que ser falsa. Intuí en él a un aliado y me fie por completo de sus consejos. Me explicó entonces que la única oportunidad que nos quedaba para salvarte consistía en comprar la conciencia de Chapinski con cincuenta mil dólares. Le respondí que estaba dispuesta a dar diez veces más si hacía falta, de modo que se marchó a bordo de la lancha motora y volvió con Chapinski esa misma tarde, sobre las seis. Dejamos a este último esperándonos en el puente, e Ivanov se reunió conmigo en mi saloncito para resumirme la situación en dos minutos: «He conseguido tentar al delegado de la Checa local. Le he dicho que, si colaboraba en la fuga del príncipe, recibiría de parte de usted cincuenta mil dólares. Ha aceptado con la condición de que le facilite también su fuga al extranjero». Por supuesto, le prometí a Ivanov que así lo haría. Entonces, me preguntó: «Ahora, ¿dónde están los dólares?». «Los he envuelto en esta servilleta», repliqué. «Solo me preocupa una cosa: si se los doy ya a Chapinski, ¿quién nos asegura que no se marchará con ellos?». Ivanov me explicó enseguida: «Hay que emplear una vieja técnica, muy habitual en Siberia. Vamos a cortar estos billetes por la mitad con unas tijeras... Le dará una mitad a Chapinski y se guardará la otra mitad. Cuando este le haya devuelto al príncipe Séliman sano y salvo, le entregará usted la otra parte de los billetes mutilados. Así tendrá una garantía de la buena fe del chequista, pues no podrá hacer nada con esos dólares mientras no haya cumplido con su misión hasta el final». La idea de Ivanov era excelente. Fue a buscar a Chapinski y nos pusimos de acuerdo. Le entregué sus medios billetes y lo dejé partir, convencida de que mantendría su promesa. Pero, hacia las diez, cuando el capitán se disponía a enviar la lancha a tierra, el operador de TSH nos avisó de que nos llamaban desde Nikolaya. Con el alma en vilo, lo seguí junto al capitán hasta la cabina de transmisión. Allí, el operador transcribió el despacho del guarda del semáforo, que nos instaba a dirigirnos a Batumi. El mensaje estaba firmado por Ivanov. ¡Un cambio de programa semejante nos sumía en la más profunda perplejidad! ¿Por qué irnos a Batumi si te liberaba Chapinski, cuando hubiera sido tan sencillo recogerte en el puerto de Nikolaya? El capitán se olió algo raro. El señor y la señora Maughan, cuando los consultamos, no

se atrevieron a desmentirlo. Yo misma estaba atormentada por la duda. ¿Era mejor quedarse allí o hacer caso de la extraña indicación de Ivanov? Lo discutimos durante una media hora. Al final, convencí al capitán de levar el ancla, porque, después de todo, habría sido demasiado trágico no estar allí para ti por una mala interpretación del radiotelegrama. El yate ya estaba virando sobre su ancla cuando nos llegó un segundo despacho, así concebido: «Mensaje precedente anulado. Disposiciones cambiadas. Vengan inmediatamente a buscar al enfermo al malecón. Extrema urgencia. Ivanov». De modo que el capitán interrumpió en el acto la maniobra y ordenó que bajaran la lancha al mar. El resto ya lo conoces.

Mientras me vestía con un traje de paño azul marino amablemente prestado por Maughan, le desvelé a Griselda la clave del misterio narrándole la inesperada intervención de la señora Muravieva. Se estremeció ante la idea de que aquella dichosa señora de Moscú hubiera estado a punto de apresarme otra vez y de entregarme al verdugo a pesar de todo. Pero alivié la angustia de esta nueva emoción tomando a Griselda en mis brazos y besando de nuevo sus labios, que ya no volvieron a rechazarme.

Todos los pasajeros del yate nos reunimos ante una cena fría servida en el comedor. Cumplí la promesa que había hecho a mis camaradas de evasión y les presenté a Griselda uno por uno.

—El señor Ivanov, un pianista virtuoso que ha frecuentado los calabozos rusos durante mucho tiempo; el comandante Lobachov, de la Armada Imperial, rebajado por los sóviets a las funciones más modestas de guarda de semáforo; el camarada Chapinski, exdelegado de la Checa en Nikolaya... Comunista de ayer, capitalista de hoy.

Mis amigos sonrieron, Chapinski el primero. Ivanov se había inclinado graciosamente delante de la princesa. Lobachov la había saludado llevándose la mano a la altura de la frente. Chapinski se acercó, juntó los talones y besó como un abad del siglo XVIII la muñeca de Griselda.

—Camarada princesa —dijo—, le presento esta noche por primera y última vez mis honores escarlatas e igualitarios, ¡puesto que mañana adoraré aquello que quemé hará pronto cuatro años!

No era posible convertirse con mayor desenvoltura. Tomamos asiento a la mesa en el momento en que el capitán descendía de la pasarela.

—Acabamos de franquear el límite de las aguas territoriales —nos anunció gravemente. Y, volviéndose hacia los tres rusos, añadió—: Ahora, caballeros, están bajo la protección del pabellón americano, y ya ningún comandante de navío soviético tiene derecho a arrestarlos.

Ivanov, Chapinski y Lobachov se levantaron y, volviéndose hacia la princesa, vaciaron sus copas en honor a la bandera estrellada. A las dos de la mañana

abandonamos el comedor. En el pasillo —ojos de buey con marco de cobre sobre caoba tornasolada—, me detuve ante el umbral del camarote de Griselda.

—Querida —le pregunté—, ¿me indicas mi cabina?

Ella se limitó a señalar la suya y a responder con una sonrisa encantadora:

—*Darling*, ¿podrás acostumbrarte a esta celda, después de tu prisión de Nikolaya?

Abracé a Griselda y nos encerramos en nuestra habitación. Las turbinas del yate vibraban con un ruido sordo. El casco apenas cabeceaba sobre el mar tranquilo. Observamos el cielo límpido, claveteado de estrellas, atravesado por la estela luminosa de la Vía Láctea. Los cabellos dorados de Griselda rozaron mi sien. Mi mano se detuvo sobre su garganta impaciente.

—¿En qué piensas, Gérard? —me preguntó.

—En la tan dulce, buena y santa Muravieva —contesté—, que me ha familiarizado con la muerte y me ha devuelto el amor de la única mujer a la que he amado en toda mi vida.

XVI

Mónaco. El *Northern Star* se hallaba anclado en la dársena junto al yate del príncipe. Habíamos comido a bordo, bajo la carpa de rayas naranjas y azules. A nuestra izquierda se alzaba el casino, recargado pastel de arroz, entre la guarnición de angélica de unas palmeras demasiado verdes. Bajo la cálida bruma y las manchas de sombra en movimiento de las nubes de paso, la montaña se difuminaba en tonos grises. Algo más allá, los cuadraditos rosas de las casas de La Turbie parecían derretirse bajo el sol, como helados de frambuesa delante de un radiador.

Griselda y Ruth Maughan habían bajado a tierra para ir de compras. Llegarían en un rato con un cargamento de coloretos, polvos, carmín para los labios, horquillas, perfumes muy caros y lociones inglesas en botellas hexagonales decoradas con los perfiles de las diosas griegas.

El señor Maughan había bajado a buscar unos puros a su camarote. Yo me dejaba mecer por el vaivén de mi *deck chair*... La dulzura de haber vuelto a nacer. La quietud perfecta. La vida es tan bella cuando se han rozado las falanges frías de la Muerte acechante... Rememoraba nuestra fuga por el mar Negro. Mi despedida de Lobachov y de Chapinski frente al Cuerno de Oro. Porque este último, cargado de billetes, había querido rehacer su vida en Constantinopla. Bolchevique por accidente, *businessman* de vocación, mañana sería cambista en Pera, encargado de sala de baile en Berlín o importador de caviar en Londres... Lobachov, un santo, también nos había dejado. Pero él echaba de menos, como Cándido, su pequeño semáforo, donde, a la sombra de los pabellones del código marítimo, cultivaba a Pushkin, Emerson y Schopenhauer. Se retirará a una casa minúscula de Disdarié, moteada de rosas rojas y cercada de madroños enanos. Enfrente del Bósforo, que incita a la meditación, soñará con una época pasada para siempre, en la que a nadie se le ocurría escupir en los pasillos del Palacio de Invierno, en la que las manos sucias de los guardias rojos no mancillaban los gobelinos de la hermosa Kshesínskaya y en la que las habitaciones virginales del Instituto Smolny no habían sido ocupadas todavía por marineros borrachos ni dictadores descerebrados.

Mi amigo Ivanov, mi liberador, se había quedado a bordo a instancias de Griselda, que había prometido organizar un concierto para él en el Carnegie Hall de Nueva York. Sentado al piano, había amenizado las horas de nuestra travesía y puesto música a mi segunda luna de miel con Griselda.

El sobrecargo vino a interrumpir el curso de mis pensamientos.

—Un telegrama para usted, sir. Jenkins acaba de traerlo de la lista de correos.

Sin duda eran noticias de lady Diana, a quien había teleografiado desde Constantinopla un breve resumen de mi misión abortada. Abrí el mensaje:

Sorprendida ante todo por vuestra increíble aventura. Varichkin igualmente estupefacto. Os felicito de corazón por la feliz huida. En principio, boda programada para el 26 de junio, salvo imprevistos. Pedidle a la princesa Séliman que me haga el honor de asistir. Pero, si es posible, acudid al castillo de Glensloy (Loch Lomond) en cuanto recibáis este telegrama. Deseando veros. Algo me tiene preocupada. Con todo mi cariño, Diana.

Nuestro amigo Maughan apareció mientras doblaba de nuevo el papel.

—¿Noticias de la bella Irina? —bromeó.

—No, querido amigo. Lady Diana Wynham nos invita a Griselda y a mí a su boda con Varichkin, que se celebrará el 26 de junio; es decir, dentro de diez días exactamente.

—¿Se casa con un bolchevique? ¡Qué idea más singular!

—Digna de la Madona de los coches cama. Además, piense que este proletario ruso de hoy en día vale más que un gran duque de los de antaño; gracias a él, la concesión de Telavi colmará de petróleo la copa del himeneo. ¡Es una de las sabrosas ironías que a ese malabarista socarrón que es el Destino le gusta reservarnos! Ese comunista a punto de serle infiel al evangelio marxiano y de traicionar a sus camaradas en favor de los capitalistas occidentales va a recuperar una parcela de la fortuna rusa nacionalizada gracias a la intermediación de su futura esposa... Bonita carambola: por un efecto sobre la roja, toca la blanca y gana la partida.

—Pero ¿cómo es posible que lady Diana Wynham, a la que todos describen como una de las lideresas de la sociedad británica, cómo puede ser que esta mujer tan guapa...?

—Pero casi arruinada...

—¿... En fin, a la que en Nueva York consideran una de las Tres Gracias de Hyde Park, pueda estar dispuesta a casarse con un esbirro de los sóviets?

—No comprende usted la situación, amigo mío. No todos los días se encuentran veinte millones de francos de ingresos anuales de la mano de un viejo galán. Los grandes del Reino Unido se han visto seriamente perjudicados por la guerra y los impuestos sobre la renta. Lady Diana Wynham, que depende del oro para ser feliz, tenía pocas probabilidades de encontrar un partido lo bastante adinerado entre los solteros, los viudos o los divorciados de su casta. Estaba destinada a casarse, o al menos a aceptarlo con la mano izquierda, con un nuevo rico sin gracia o con un multimillonario plebeyo y maleducado, y ha preferido a un verdadero bolchevique, un perfecto demoleedor de la sociedad moderna, un demoleedor de la orden de la hoz y el martillo... una vez hecha su fortuna. Además, ya conoce el gusto de lady Diana por todo lo extranjero, lo novedoso, lo original e imprevisible. Una gran dama descendiente de los antiguos reyes de Escocia que se casa con un comunista al que convierte en el virrey del petróleo... ¡Menudo golpe de efecto! ¿Hace falta más para

escandalizar a las redacciones de las gacetas anglosajonas y para que se estremezcan los cables transatlánticos bajo las ondas cruzadas de los comentarios? Porque seguro que ya se imagina lo mucho que sus reporteros yanquis fantasearán en relación a este matrimonio... Ya estoy viendo los titulares a dos columnas: «Súbita conversión de un bolchevique enamorado», «Lady Diana Wynham aplaca a la hidra roja», «De Moscú a Piccadilly», «Eros moja sus flechas en el petróleo». ¡Por citar solo los más sensacionalistas!

El señor Maughan meneó la cabeza y sonrió.

—Seguramente tenga razón. Va a ser testigo de una boda a la que no le faltará chispa, igual que la de la carpa y el conejo.

—Ese tipo de uniones son las más estables.

Las carcajadas pusieron fin a nuestra conversación. Griselda y Ruth Maughan volvían de Montecarlo con innumerables paquetitos atados con cintas rosas.

—¡Pero, mujer! —regañó Maughan a su esposa—. ¿Es que habéis saqueado todas las perfumerías monegascas? Dicen que el dinero de los maridos americanos se volatiliza entre los dedos de sus esposas. ¡Y es cierto, pero yo diría que más bien se vaporiza!

Griselda reparó en el telegrama. Le anuncié la noticia de la boda inminente de lady Diana y manifestó su deseo de aceptar la invitación, puesto que, en seis días, el yate estaría de regreso en Southampton.

Acabábamos de vestirnos para cenar en el Cyro's cuando el sobrecargo me trajo un segundo despacho. Lo abrí en el mismo portalón y leí lo siguiente:

Gérard, os suplico que vengáis inmediatamente al castillo. Varichkin ha desaparecido. Estoy desamparada. Vuestra de todo corazón. Diana.

Griselda y mis amigos comentaron este último mensaje en el Hispano-Suiza que nos conducía al Cyro's.

—Una novia que pierde a su prometido ocho días antes de la boda, eso sí que es mala suerte —observó Griselda, que confiaba en mí y no estaba celosa de lady Diana.

—¿Estará quizá reculando el bolchevique ante el Rubicón? —bromeó Ruth Maughan.

—Se habrá tirado al pozo... —añadió su marido— y ha resultado que no hay petróleo.

—La situación debe de ser grave para que lady Diana me haya enviado este segundo despacho —protesté yo—. Porque pueden reprochársele muchas debilidades, pero no la cobardía.

Griselda le dio a Ruth un codazo.

—¡Escuchen al paladín! —dijo entre risas—. Jamás me habría imaginado que un día podría tomarse tan en serio la defensa de la viuda y el huérfano.

—¡Je, je! —Se carcajeó Maughan—. La viuda es atractiva. En cuanto al huérfano, ¡esperemos a que Varichkin esté muerto!

—Se equivocan con sus chistes —exclamé yo—. Lo único que hago es cumplir con mi deber asistiendo hasta el final a una mujer que ha depositado su confianza en mí y que ahora me pide ayuda.

Griselda me acarició la mejilla con su mano enguantada.

—Gérard, estamos bromeando. De sobra sabes que no te reprocharía nunca que actuases según marcan las reglas del honor y la lealtad. Tienes mi permiso para tomar el primer tren de mañana por la mañana rumbo a Escocia. Nosotros volveremos a Inglaterra con el yate. Me hospedaré en el Ritz de Londres y vendrás a buscarme para asistir a la boda de lady Wynham... ¡Si de aquí a entonces reaparece el fugaz de Varichkin!

—Griselda —contesté acariciándole el brazo—, te estoy infinitamente agradecido por comprender la situación. De verdad que no podría abandonar a esta mujer ahora que me necesita.

Entramos en el *Cyro's*. Una cantante rusa con una diadema titilante y dos exiliados disfrazados con chaqueta roja y botas blancas de cabritillo salmodiaban la *Dubinushka*. Los recuerdos me subieron en tropel al cerebro. Miré con curiosidad a los comensales indiferentes, que mordisqueaban sus costillas de cordero o separaban, concentrados, el costado escarlata de su *pêche Melba*^[35]. Algo más lejos, unas mujeres adoptaban posturas hieráticas, con la boquilla de sus cigarrillos apuntando a la araña del techo y el mentón atrapado en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a sus palmas. Trataban de saborear, como si de un licor se tratase, aquella música alucinante, mientras yo pensaba en los guardias rojos de Nikolaya, en el gorila ejecutor de la justicia, en el desgraciado Chernyshev, autómatas patéticos cuyo engranaje había visto desmoronarse delante de mí, y me daban ganas de interpelar a aquellas gentes que bromeaban con el canto de la muerte. De buena gana los habría salpicado con una palada de barro que les recordara que la vida no es para todo el mundo una sala de baile abierta las veinticuatro horas, en la que reina la despreocupación.

Griselda debió de leerme el pensamiento, porque me tomó dulcemente de la mano y susurró:

—Gérard, te comprendo y te amo.

Se lo agradecí con una mirada tierna y enseguida me calmé. Me di cuenta de lo pueril que había sido mi breve indignación. Aquellas gentes eran los felices del mundo. Se divertían. Y hacían bien. No habían hecho nada para ser felices. Pero lo eran. O creían serlo. ¿Acaso no ha caducado la fórmula oriental de la felicidad y el hombre feliz de hoy ya no es aquel cuya mujer no tiene casi con lo que vestirse?

Me senté junto a Maughan. Iba a pedirle su opinión sobre aquel importante tema, pero me respondió con más pertinencia de la que él hubiera imaginado:

—Sí, compadre, ¡cuatro martinis!

A medianoche nos hallábamos de vuelta en el yate. Ya estaba acostado en la cama cuando Griselda, vestida con un vestido chino verde almendra y rojo vivo, vino a sentarse en el borde de mi cama.

—En el fondo, quizá me equivoque dejándote acudir solo al castillo de la Bella Durmiente, ¿no? —me preguntó. Hacía como que bromeaba, pero yo me daba cuenta de que disimulaba su preocupación. Enterrando los dedos ensortijados de perlas en mis cabellos, continuó—: ¿Has sido su amante, verdad?

Lo negué. Ella volvió a la carga.

—Gérard, dime la verdad verdadera. Dejaré que te marches de todas formas, porque hoy estoy segura de haberte reconquistado, al igual que tú estás seguro también de que me tienes de vuelta en cuerpo y alma. Gérard, con total franqueza, ¿acaso no la amaste un poco?

—Como un hermano, sí. Como un amante, no.

—Has de saber que desde que nos separamos hace dos años he pensado mucho en ti, en la vida, en las crisis sentimentales que a veces alejan a dos seres destinados a estar juntos. Ya no soy tan intransigente como antes, cuando me enteré de que estabas en Palm Beach con mi hijastra Evelyn... He reflexionado. He madurado. He comprendido la poca importancia que tienen las infracciones benignas a la fidelidad. Me refiero a aquellas que no afectan al amor verdadero, a la afección del corazón, profunda, duradera, sólida como el diamante... Así que, mi querido Gérard, puedes contármelo todo, que te amo de forma absoluta y me he dado cuenta de ello cuando he sabido del grave peligro que te amenazaba. Puedes confesarme con total sinceridad que lady Diana solo ha sido una aventura.

—Muy bien, pero no, Griselda, querida. Por muy extraño que te pueda parecer, entre ella y yo no ha habido nunca nada. Las circunstancias no lo quisieron así. He aconsejado y ayudado moralmente a esta mujer. Pero todo por puro diletantismo. Esa es la verdad.

Griselda se convenció. Me estrechó en sus brazos.

—Eres un caso único, Gérard, *dear*, aventurero y Don Quijote. Mezclas con una franqueza desconcertante la lealtad con el gusto por el vicio. En Nueva York llevan dos años hablándome sin cesar de mi marido en el exilio. ¿Sabes lo que les respondía a los que querían perjudicarte, a los cortesanos que intentaban que me divorciara sin sospechar que la pequeña llama seguía aún encendida en mi corazón? Les decía: «¿El príncipe Séliman? Es el san Vicente de Paúl de la Agencia Cook's. Sería capaz de guiarlo a usted a través de los Infiernos sin chamuscarse el faldón del abrigo». ¿No es verdad?

—Y tú, Griselda, eres la mejor de las almas en la más hermosa de las túnicas chinas. Y, para agradecerte el haberme salvado la vida, voy a hacerte morir en mis brazos.

—¡Oh! ¡*Gewrarrrd!*

Cada vez que Griselda modulaba mi nombre con aquella entonación de paloma impaciente, yo la sabía vencida. Sin embargo, escapó de mi abrazo y corrió al otro extremo del camarote.

—¿Se puede saber adónde vas, querida? —exclamé decepcionado.

Alargando su hermoso brazo de terciopelo como el cetro de una emperatriz, respondió amablemente:

—Pero, bueno, Gérard... ¡Pues a cerrar la claraboya!

XVII

Llegué a la orilla del Loch Lomond dos días después, al anochecer. El chófer de lady Diana me esperaba en la estación de Tarbet. Bajo el resplandor del sol del ocaso, el más grande de los lagos escoceses se teñía de malva, azafrán y verde jade. Aquella noche de junio se anunciaba serena. Una brisa imperceptible acariciaba algunas zonas de la superficie, poniéndole la carne de gallina.

Enfrente, el Ben Lomond erigía su pirámide de rocas salvajes, salpicada de púrpura y oro.

—¿Está lejos el castillo? —pregunté al conductor.

—No, señor. A una milla y media, en dirección a la cascada de Inversnaid, pero en la orilla este del *loch*. —Y, arrancando el motor, el chófer añadió con una especie de orgullo—: Estamos en el lado de los Macfarlane.

Me acordaba de la larga *vendetta* que a lo largo de la historia de Escocia había enfrentado a los Macfarlane y los Macgregor, y que databa de los tiempos en los que los jefes de los clanes manejaban la *claymore*^[36] y la daga con demasiada frecuencia.

—¿Y dónde están los Macgregor? —volví a preguntar.

—Enfrente, señor. En la orilla oeste del lago.

—Entonces, ¿las aguas del lago eran una especie de *no man's water*^[37] entre las trincheras enemigas?

—Sí, señor —contestó el chófer forzando la sonrisa—. La superficie del *loch* era de todo el mundo; es decir, de nadie. O, para ser más exacto, de Rob Roy, cuya caverna puede ver al norte de la isla de Wallace, y que se dedicaba a saquear las aguas del *loch* con método y discreción.

—¿Conoce tan bien la región porque es escocés?

—No, señor —respondió forzando una sonrisa mejor conseguida—. Soy belga. Pero mi mujer nació en el lado de los Macfarlane.

El coche pasó bajo un arco de piedras grises selladas con musgo y líquen, y se introdujo entre dos vastos prados festoneados de iris negros. Ante nosotros surgió el castillo de Glensloy, medieval y azulado ya por las sombras de la noche: dos torres cuadradas con arcos romanos y almenas al más puro estilo baronial. Entre las dos torres, más abajo, se hallaba el cuerpo principal, perforado por altos ventanales de guillotina. Aquí y allí, costra vegetal, hiedra en archipiélagos tupidos. Observé que en la torre de la izquierda, en la tercera planta, había dos ventanas cuya luz se encontraba tamizada por cortinas escarlatas. Parecía un rostro rectangular y fantástico que con la mirada arrojara rayos rojos sobre el césped florido. Si hubiera sido supersticioso, aquella visión me habría parecido de mal augurio. Pero no le temo a pasar por debajo de unas escaleras, ni a embarcar en un día trece ni a la sal

derramada, salvo la que cae sobre las clavículas de las viudas de renta vitalicia con demasiado escote.

El chófer se adentró por el sendero entre dos tejos podados en forma de champiñón y se detuvo al pie de una espléndida escalinata. Lady Diana apareció arriba en la terraza, con un traje de paño blanco, un chal de cachemira amarillo ocre y rojo viejo y fedora de hombre. Me llamó agitando una vara.

—*Hello, Gérard!* Hace una hora que os espero.

Subí los escalones de dos en dos y besé las manos que me tendía.

—Siento el retraso, *my dear*, pero, aquí entre nosotros, ¡faltó muy poco para que os quedarais esperándome para siempre!

—Pobrecito mío. Arriesgasteis la vida por mí. Nunca lo olvidaré. Estoy tan contenta de veros aquí... Primero, porque escapasteis sano y salvo de esa deplorable aventura; y, segundo, porque vuestra presencia, esta noche, me consuela más de lo que podéis imaginar. ¡Ay, Gérard...! —suspiró.

—Pero ¿qué ha ocurrido? El telegrama que enviasteis a Montecarlo me dejó preocupado.

Me llevó al otro extremo de la balaustrada de piedra, para charlar más a gusto. La fachada occidental de la terraza daba al lago, que la bruma de la noche ya empezaba a invadir. A la derecha, la pirámide rocosa del Ben Lomond se teñía en aquel momento de un violeta episcopal. A la izquierda, el haz de árboles de la isla de Wallace surgía en medio de las aguas como un oasis de vegetación olvidado entre las dos orillas, evocando el recuerdo heroico del famoso escocés.

Antes de nada, lady Diana quiso conocer en detalle las peripecias de mi viaje al Cáucaso. Cuando hube satisfecho su curiosidad, habló ella.

—Vuestras desgracias, Gérard, me ayudan a entender mejor lo que ha ocurrido aquí. Pero dejadme que os exponga los hechos en orden cronológico: cuando nos despedimos en Berlín, partí a Londres, donde, ocho días después, Varichkin se reunió conmigo. Estaba más enamorado de mí que nunca. Trataba mis felpudos como alfombras de oración y me tenía irritada la piel de la muñeca a fuerza de besarla. Luego, hacia el 5 o el 6 de junio, asombrada de no tener aún noticias vuestras y cansada de telegrafiar a Nikolaya, me dirigí a casa de sir Eric Blushmore, el futuro vicepresidente de mi consejo de administración, y le pregunté si a él le había llegado algún informe de su ingeniero consejero. Me respondió que los informes que el señor Edwin Blankett le había proporcionado eran excelentes, que el negocio de Telavi se presentaba con los mejores auspicios y que la constitución de la sociedad, con un capital de diez millones de dólares, sería solo cuestión de días. Me entregaban, como precio de mi concesión, la mitad más una de las acciones emitidas, de modo que yo representaría en el mercado del petróleo un capital de casi cien millones de francos. Con eso, podría reírme del viento del norte y comer beicon todas las mañanas sin que me tacharan de pródiga. Algo cansada por los acontecimientos pero confiada, sin embargo, en el futuro, resolví seguir esperando en el castillo de Glensloy vuestro

regreso del Cáucaso, para saldar mi deuda con Varichkin, es decir, concederle mi mano. Mi pretendiente me pidió permiso para venir conmigo. Habría sido indecoroso separarme de mi prometido ahora que nuestra unión era inminente, así que lo recibí aquí. —Lady Diana se me había acercado. Luego, como si temiera que oyeran sus palabras, bajó la voz antes de continuar—: Escuchadme bien, Gérard. Eso fue el 8 de junio. Al día siguiente, a Varichkin le trajeron su correo de Berlín y, antes de la comida, me preguntó: «Diana, ¿sigue sin noticias de Séliman?». Mi respuesta afirmativa lo preocupó. Y, como yo buscaba una explicación a este misterio, me confesó que no estaba seguro de que vuestro pasaporte os protegiera de manera eficaz. Enseguida me obsesionó un pensamiento y exclamé: «¿La señora Muravieva?». Me respondió con un gesto evasivo que no sirvió para tranquilizarme... Esperad... Al día siguiente, recibí vuestro largo telegrama desde Constantinopla, que al fin me liberó de mi ansiedad. Se lo comuniqué a Varichkin. Lo leyó varias veces y suspiró: «¡El pobre! Se ha librado por los pelos»... Luego, durante tres días, Varichkin me pareció menos preocupado por cortejarme que por comentar conmigo cada línea de vuestro extraordinario relato. Me hizo comprender que la señora Muravieva acababa de desenmascarar sus artimañas rompiendo las primeras hostilidades contra vuestra persona y que su vindicta se extendería seguramente hasta nosotros, aún más porque vuestra tan inesperada evasión agravaría su fiebre de venganza. La actitud de Varichkin me dejó pensativa, y la noche siguiente le pregunté: «A ver, querido mío, ¿tiene miedo de su amante? ¿Sí o no?». Él se acarició su barbita negra y con su voz melodiosa replicó: «Por mí, no; por usted, sí. Irina ha perdido el control. ¡Quién sabe de lo que será capaz! Créame, Diana, sería más prudente que dejáramos su residencia oficial y nos escondiésemos en alguna parte fuera del Reino Unido; en Francia, por ejemplo, donde nos podríamos casar discretamente. Más adelante, con el tiempo, las cosas se calmarán y así no la habré expuesto a un peligro real que presiento y me preocupa». ¡Me rebelé ante la idea de salir huyendo de aquella rusa de poca monta! ¿Esconderme yo por miedo de la Muravieva? ¿Casarme de manera vergonzosa por temor a esa sucia y ridícula bolchevique? Le dije a Varichkin: «Querido mío, su Irina quizá tenga derecho a decidir sobre la vida o la muerte de los desgraciados contrarrevolucionarios que caen en los sótanos de la Checa, pero puedo asegurarle que se lo pensará dos veces antes de molestar a una Wynham en territorio británico. ¡Aquí se cuelga a las personas que no respetan la vida del prójimo! Nuestros tribunales no tienen con los criminales, ni aun cuando estos actúan movidos por la pasión, la estúpida indulgencia de los jurados franceses, que absuelven a los culpables y animan deliberadamente el abuso del revólver o el cuchillo. De manera que me quedaré en Glensloy. Nos casaremos aquí el 26 de este mes, en cuanto Séliman regrese para ejercer de testigo, y pasaremos por alto el ridículo rencor de esta reparadora de injusticias que digirió mal la *Justine* del marqués divino»... A partir de ese momento, Varichkin no volvió a hablarme de su amante. Incluso parecía haberse olvidado de su existencia y esbozaba conmigo

proyectos deliciosos. Pero de pronto, antes de ayer por la mañana, cuando me desperté hacia las nueve y rogué a Juliette que avisara al señor Varichkin de que iríamos a dar un paseo por el lago antes del almuerzo, esta me miró extrañada y me dijo: «¿Milady no sabe que el señor Varichkin se ha marchado?». «¿Cómo? ¿Ya se ha ido al parque a estas horas?». «No, no, milady. Ha llegado un despacho para él a las ocho de la mañana e inmediatamente ha ordenado al chófer que lo condujera a Glasgow para tomar el primer tren a Londres». Me quedé tan estupefacta que no pude contestar. Edward, mi mayordomo, le había entregado a Juliette un sobre dirigido a mí. Contenía un breve mensaje de Varichkin, escrito a lápiz, en el que me informaba de que su presencia en Londres era urgente e indispensable. No debía preocuparme en absoluto. Me telegrafiaría desde allí y estaría de vuelta en cuarenta y ocho horas, es decir, ayer. Pero, mi querido Gérard, no solo Varichkin no ha vuelto, sino que no he recibido noticias tuyas desde que se fue. ¿Qué pensáis vos?

¿Qué podía yo inferir de su desaparición? Tuve el presentimiento de que era un mal augurio, pero no quise aumentar los temores de Lady Diana.

—Los novios rusos son generosos —me limité a decir—. Habrá ido a Londres en busca del regalo de bodas que le tiene preparado.

El crepúsculo había invadido el parque. El Ben Lomond había perdido su sombrero de cardenal. El viento empezaba a levantarse y lady Diana me tomó del brazo.

—Mi pobre Gérard, tendréis hambre, ¿no? Vamos a cenar.

El comedor del castillo era tan vasto que, salvo la mesa central, que quedaba bajo la proyección cónica de la araña de hierro forjado, el resto se difuminaba en la penumbra. Apenas se distinguían los jabolíes de lana corriendo por la trama gastada de los tapices, como tampoco la página manuscrita de sir Walter Scott que pendía enmarcada en oro entre las dos altas ventanas ni un gran lienzo colgado encima de la chimenea, un retrato de cuerpo entero del tercer duque de Kilmorack, coronel honorario del 34.º regimiento de los *Cameronians*.

Lady Diana se había cambiado el traje de chaqueta por un salto de cama de color rosa de té bordado con cisnes.

—¡La dama del lago! —exclamé cuando apareció en el umbral de la biblioteca bajo el marco de la puerta ojival.

Ella sonrió.

—¿Es el manuscrito de sir Walter Scott lo que os sugiere tal comparación? —preguntó disimulando con ironía la preocupación que la atormentaba—. Mejor deberíais decir: la dama en el lago.

—¿Y eso por qué? Las cosas no podrían ir mejor y la fortuna va a sonreiros de nuevo. Varichkin volverá de Londres con un diamante, ¡uno más!, para ornar vuestra mano derecha, y vuestro anular izquierdo se engalana con una nueva alianza. La idea de esta boda todavía os satisface, ¿no?

—Es el precio que tengo que pagar, Gérard.

—En Berlín me dijisteis que vuestro ruso os había seducido...

—Ya no estoy tan segura. Entonces tenía para mí el encanto de la novedad. Me hacía gracia. A las fieras enjauladas les dan pelotas para que jueguen. Yo jugaba... Además, cuando uno no tiene nada, de buen grado promete lo que sea. La fecha de vencimiento parece tan lejana que no se percibe siquiera en el horizonte. Luego se acerca el día en el que toca pagar la deuda... y entonces se apaga el entusiasmo y empieza a medirse a ojo el foso que se está a punto de franquear. Varichkin me aporta fortuna, es verdad, pero la recibiré, resignada, en la habitación nupcial. Y lo único que cambiará en la Tierra es que habrá una esposa más y una mujer feliz menos.

—¿Es la diferencia de clases de este matrimonio lo que os incomoda?

—No. ¡Más vale ser el primero en Moscú que el segundo en el Stock Exchange de Londres!

—¿Se trata del hombre en cuestión?

—No.

—¿Entonces?

—Es la humillación de poner mi cuerpo en venta por primera vez... Varichkin, como aventura entre dos trenes, me habría gustado. Varichkin marcándome la cadera con el sello del finiquito me irrita. ¡Compréndalo si puede!

—Lo comprendo, lady Diana.

—Vos sabéis, mi querido Gérard, que me he entregado a numerosos amantes. La Madona de los coches cama tiene por única aureola el círculo vicioso de sus caprichos; y, por capilla, las habitaciones de lujo de los grandes palacios. No he sufrido nunca mayor calvario que el de la escalera acolchada del Ritz cuando se estropea el ascensor, y las perlas que me regalan mis reyes magos no las recibo precisamente bajo el umbral de un establo. No tengo ninguna pretensión de honrar a la Virtud ni de vestirme con un sayal cuando Patou inventa unos drapeados tan bonitos y Guerlain unos perfumes tan deliciosos, pero hasta ahora no había puesto precio a mis temblores ni especulado con mis besos jamás. Así que me siento gravemente ofendida, y mi orgullo sufre porque el próximo 26 de junio, por primera vez en mi vida, yo, Winifred Grace Christabel Diana, lady Wynham del castillo de Glensloy, descendiente de la condesa de March, llamada Agnes *la Negra*, que resistió durante diecinueve semanas a los asaltos de los ingleses bajo las órdenes de Salisbury tras las murallas del castillo de Dunbar, abdicaré de mi orgullo, bajaré mi pabellón al umbral de mi alcoba y, cruel innovación, recibiré algo de un hombre en lugar de dárselo yo.

Escuchaba hablar a lady Diana con atención. Con admiración también. Su altivez de escocesa de alta cuna no era nada chocante. Su amor propio exacerbado no se prestaba en absoluto a la risa. Me imaginaba su cercana unión con aquel proletario, convertido en nuevo rico tras ganar en la ruleta de la Demagogia. La veía casada con aquel Varichkin, cuyos ancestros, en lugar de reinar sobre los clanes de las Highlands, erraron, nómadas incultos, por las planicies del Turkestán. Sus tobillos torneados

como los del antílope, su rostro afinado de porte tan soberbio, sus dos ojos grandes, luminosos de perspicacia y comprensión avispada... Todo aquello pagaría por el oro y el lujo, indispensables en su vida como el calor en la del pájaro de las islas y el invernadero en la de la orquídea.

—¿Entonces, hasta ahora, siempre os habíais limitado a dar? —continuó, acariciando con la mano el cisne de su manga flotante.

—Siempre... —me respondió con voz grave—. Siempre me han dado lástima esas mujeres tan numerosas que hacen gala de lo que sacan de la cartera de sus amantes. Que un hombre le pague a una, sea cual sea la elegancia del gesto, que la retribuya, convertirse en la proveedora bonita del cliente masculino, recibir la propina antes de abrir el lecho, ¡qué degradación para la mujer! Preguntadles a mis amantes. No he aceptado de ellos ni un ramo de seis peniques. Cuando me enviaban rosas o joyas, se las devolvía con mi tarjeta y una nota breve, «Ni flores ni regalos», para dejarles claro que eran todos inferiores a mí, que estaban en deuda conmigo y que no había ninguna posibilidad de que el orden de la situación cambiara nunca. Ahora entraré en la categoría de los subyugados y de las sirvientas al convertirme en la esposa sumisa y agradecida de un hombre que me habrá, indirectamente, procurado la riqueza sin la cual no puedo vivir. Peor para mí. Y para él también. —Lady Diana suspiró. Me apretó la mano y, casi solemne, añadió—: En cualquier caso, Gérard, y os lo digo sin ningún dramatismo ni falso orgullo, si mis esperanzas no se realizan y el petróleo de Telavi se queda en espejismo, me mataré antes que alistarme en la trata de esclavas blancas. No estoy dispuesta a quedarme esperando a que un barón de las finanzas se digne hacer mi adquisición y marque mi hombro desnudo con el sello de la servidumbre. ¡Acordaos, Gérard! ¡Acordaos de aquel sueño que tuve y en busca de cuya explicación acudí al inefable y funambulesco *professor* Traurig! El hombrecillo rojo del paisaje escarlata de mi sueño era, sin duda, Varichkin en el decorado sangriento de la Rusia bolchevique. ¡Tuve la exacta premonición de los acontecimientos cuando sentí que me aprisionaban la mano en aquel palacio liliputiense! En realidad, soy prisionera de mi pesadilla, puesto que, si Varichkin me hace rica, le pertenezco; y, si mi ruina se consuma, me aguarda el suicidio... ¡No! No protestéis. Bien sabéis, Gérard, que prefiero la espuma del *extra-dry* al poso de los cálices y el lenguaje mudo de los placeres a la elocuencia de la carne.

Lady Diana calló. Aguzamos el oído de repente. El redoble de un trueno muy lejano se expandía por las colinas. Me levanté y miré por la ventana. La superficie del lago se agitaba bajo el viento, que hacía temblar las hojas en el parque. Al suroeste, las nubes se acumulaban, ocultando la luna.

—Se avecina una bonita tormenta —le dije a Diana—. La quietud de esta tarde era insólita. Y el calor también.

—¿Qué hora es, Gérard?

—Las once.

—Venid a mi gabinete de la primera planta. La biblioteca está muy lúgubre hoy. Esos libros de encuadernación antigua me provocan la misma sensación que una jaula dorada.

Lady Diana se estremeció. Le pasé afectuosamente el brazo por los hombros y traté de calmar su agitación.

—Estáis nerviosa esta noche, Diana. Seguro que es por el calor de la tormenta que se nos viene encima y por la incertidumbre sobre Varichkin... Pero ¡bah!, tranquilizaos. Dentro de nada, brotará petróleo del Banco de Inglaterra. Pronto seréis rica de nuevo. El resto poco importa.

Subimos la monumental escalera del castillo, espiral de piedra gris con encaje de moqueta cenicienta. El fagot del trueno más cercano acompañaba nuestro ascenso. El gabinete, contiguo a la habitación, era una maravilla de gusto moderno en aquel castillo secular. Había, sobre todo, encima del inmenso sofá, un Raeburn admirable que contemplé en silencio.

—Nos vamos a asfixiar aquí —dijo lady Diana subiendo la guillotina de cristal para dejar entrar el viento de la tormenta.

En verdad, la borrasca templada engulló la estancia, pegando al cuerpo de lady Diana el crepé de China de su salto de cama. Al echar la cabeza atrás y abrir los brazos desnudos para respirar mejor el aliento de la noche, se asemejó, de repente, a un mascarón de proa de los trirremes del Mediterráneo.

—¡Ay! ¡Gérard! —gimió—. ¡La felicidad! ¡Me dejaría fulminar por un rayo esta noche si antes pudiera degustarla de forma plena y absoluta!

Me acerqué a ella intentando consolarla.

—Venga, queridísima mía. Nada de palabras grandilocuentes y vacías. Con eso es con lo que los humanos se envenenan. El sabio es quien resiste a lo Absoluto.

Nos habíamos acodado en el ventanal que daba a la terraza y el lago. El caos nocturno del campo conmocionado por la ventisca nos impuso silencio. No hubo jamás un sitio más romántico para dos humanos sensibles a las metamorfosis de la naturaleza. La luna, a la orilla de las grandes nubes que perfilaba de plata, aún iluminaba las aguas lívidas del lago. El Ben Lomond, fantasma inmenso alzando su puño de granito, parecía desafiar la tempestad, mientras que los altos árboles del parque curvaban su frondoso espinazo esperando la tormenta. En la otra orilla, una mansión salpicada de luna justo antes de la oscuridad total. Sin duda habría tentado al buril de Gustave Doré, que habría visto en ella la ilustración de las baladas de Robert Burns.

Lady Diana se acurrucó por instinto contra mí. Un relámpago dibujó al zigzag de un hilván sobre el paño oscuro del cielo.

—Aquí, delante de todo esto, ¿qué es lo que somos? —murmuré—. Nada. Diana, los deseos que portáis son demasiado grandes para vuestro delicado envoltorio. Hay que matar el sueño, ese gusano blanco que corroe el cerebro.

Pero ella no me escuchaba. Me había arrastrado hacia la habitación y, delante del altar de su cama, cubierta de un brocado en tonos azules y flanqueada por cuatro columnas salomónicas de roble, me entregó sus labios con brusquedad. Beso imperioso del que todavía hoy guardo el delicado recuerdo. Me tenía sujeto, aprisionado entre sus brazos desnudos, lianas adorables y persuasivas.

—Gérard —susurró—, en ocho días seré una mujer casada. Venguémonos del destino cruel. Olvidemos nuestras resoluciones, nuestros juegos de antaño con el fuego. Tenemos derecho a burlarnos de la suerte, que pronto me habrá ahogado bajo las pesadas mallas de su red. Os amo por no haberme amado nunca o buscado imponerme vuestro deseo. Habéis sido el más leal de los *gentlemen* desde que os conozco. Habéis arriesgado vuestra vida para que la mía fuera mejor. Por primera vez y de todo corazón, me ofrezco a un hombre que es mi igual. Estoy orgullosa de estaros agradecida y os abro los brazos sin ningún otro propósito que el de ser plenamente feliz.

Dio un paso atrás, sus ojos brillantes de exaltación, el salto de cama abierto sobre su camisón transparente, que llevaba bordado un cardo de seda a la altura del pecho izquierdo: el cardo de Escocia, emblema de su país. Me miraba, temblorosa, una madona poseída por el demonio de la medianoche. Cayó un rayo y el viento entró por la ventana. Las cortinas de la recámarase agitaron como si un ser invisible se moviera tras ellas. Entonces tomé en brazos a lady Diana, la subí a la cama y pensé en una muñeca de trapo rosa, en un pajarillo herido posado sobre fondo azur. Su antigua falta de pudor había desaparecido. Escondía el rostro en el hueco del brazo, el mismo rostro que había visto sin velos durante la *matinée* del Garrick's. Mi boca se posaba ya sobre su carne exaltada y sus manos arañaban los relieves del brocado cuando sonaron en la puerta del gabinete dos golpes que nos sacaron de la cama. La voz de Juliette llegó hasta nosotros.

—Una llamada para milady...

Lady Diana, apenas devuelta a la realidad, se cerró el salto de cama sobre el camisón arrugado.

—¡Ay! ¿Quién es? —preguntó quejumbrosa—. ¡Dios mío, molestarme a estas horas!

—Llaman de Londres, milady... Es muy urgente.

—¿De Londres?

Lady Diana recobró toda su conciencia y salió. Yo me quedé solo en el gabinete. Las gotas de agua fustigaban la grava de la terraza. El viento se había calmado. La luna había desaparecido tras las nubes. Ya no se distinguía nada. Era como si un demiurgo hubiera derramado una botella de tinta sobre el gigantesco grabado que habíamos estado admirando. Esperé cinco minutos..., diez minutos... Me extrañaba que la conversación telefónica pudiera durar tanto, y estaba a punto de salir de la habitación cuando unos pasos precipitados resonaron afuera. Juliette reapareció, conmocionada.

—¡Señor! —me llamó—. ¡Que el señor venga corriendo!

Me apresuré a seguirla. Me condujo hasta un saloncito rosa de la planta baja, iluminado por una tulipa, medusa coralina suspendida del techo. Sobre la alfombra, cerca del aparato telefónico tirado en el suelo, descubrí a lady Diana, que yacía con los brazos extendidos, como muerta.

Y la lluvia golpeaba, regular, monótona, contra la madera de las contraventanas.

XVIII

Acerqué enseguida el oído a su corazón. Latía débilmente, así que mis temores se calmaron. Me volví hacia Juliette.

—Lady Wynham solo se ha desmayado —le dije—. Traiga, rápido, éter y brandy.

Me esforcé en reanimarla. Poco a poco recobró el conocimiento y se abrazó a mi cuello, como una niñita asustada. Se echó a llorar. Cuando Juliette me dio el vaso de brandy, hice que la paciente bebiera y se recobró en el acto, muy rápidamente.

—Gérard, volvamos a mi habitación —murmuró mientras se levantaba—. Ayudadme, ¿queréis?

La tomé de nuevo en brazos y la llevé hasta su cama, que Juliette acababa de preparar. La acostamos. Cuando la criada se hubo marchado, interrogué a lady Diana. Ella se sentó, recostándose contra las almohadas. Volvía a ser dueña de sí misma.

—Gérard —me dijo con sencillez—, estoy definitivamente arruinada.

—¡Oh!

—Os repetiré palabra por palabra lo que sir Eric Blushmore me ha dicho por teléfono: «¿Lady Diana Wynham? Buenas noches, querida amiga. Soy yo, Eric Blushmore. Ruego me disculpe por importunarla a estas horas, pero el director de asuntos rusos de la Foreign Office acaba de comunicarme una mala noticia. Le han informado oficialmente, esta noche, de que el Consejo Económico de los sóviets ha vuelto a examinar la firma otorgada y ha anulado la concesión de Telavi. ¡Estos bolcheviques son realmente imposibles! Mi amigo me ha prometido que el gobierno de Su Majestad protestará ante la URSS contra semejante atropello de los usos internacionales, pero no me ha escondido que los sóviets no tendrán en cuenta ninguna de nuestras representaciones y que será difícil obligar a estas gentes a respetar lo que firmaron...». Le he preguntado a sir Eric si conocía las razones de aquel brusco giro y me ha respondido lo siguiente: «Se debe a una influencia oculta que se ha ejercido en nuestra contra... a menos que no sea sencillamente un nuevo cambio en la política económica de los dirigentes de Moscú». Esa ha sido, querido Gérard, la conversación a raíz de la cual he perdido el conocimiento. Pido disculpas por esta debilidad indigna de mí, pero estoy segura de que lo que sir Eric acaba de anunciarme esta noche es mi pena de muerte.

Quise protestar, lady Diana negó con la cabeza contra el bordado de la almohada.

—No, Gérard. Nada de consuelos banales. Nada de condolencias ante las ruinas de mis castillos en el aire. Os dije que, si este asunto fracasaba, dejaría de luchar. Ahora os lo confirmo: tiro el guante y renuncio al combate. Dejadme sola y gracias por vuestros cuidados fraternales.

Dudé si levantarme o no. Ella sonrió con melancolía.

—No tengáis miedo. No me encontraréis muerta mañana por la mañana. Me doy todavía veinticuatro horas para buscar un final digno de mí. Soñaré esta noche con armas de fuego, puñales y venenos. Compararé mentalmente los atractivos de la asfixia, el ahogamiento o una caída al vacío. Pero os aseguro que mañana por la noche, antes de medianoche, mi elección estará hecha.

—¡Diana!

Estaba sinceramente aterrado por la sinceridad de su tono.

—Sabéis de sobra que mi resolución va en serio —insistió ella—. ¿Os parezco confundida por un ataque de desesperación? ¿Hablo como una exaltada que hubiera perdido la noción de la gente y de las cosas? Lo veo claro, Gérard... Buenas noches, querido mío.

Cansado, acababa de conseguir dormirme tras cinco horas de insomnio cuando Juliette vino a despertarme para servirme el *breakfast*. Enseguida le pedí noticias de su señora.

—Milady ha pasado la noche escribiendo, sentada delante del secreter —respondió—. Todavía huele en su habitación a cera de sellar. He entrado hace un cuarto de hora, pero no he querido molestarla, porque dormitaba. Esperaré a que me llame antes de volver.

Comí sin apetito. Había abierto mi ventana. Las flores de la terraza ofrecían sus corolas todavía húmedas a los rayos del sol matinal. El lago centelleaba como una vidriera. Al pie de la fachada, un jardinero acoplaba el chasquido de sus podaderas al ritmo de una canción popular de Harry Lauder. Tras la tormenta nocturna, la naturaleza desplegaba con orgullo su alegría de vivir bajo la cúpula cerúlea de un cielo immaculado.

Y esa alegría de vivir, de la cual sentía el contagio, me parecía una blasfemia en aquel castillo que albergaba a una condenada. Tenía ganas de correr por la terraza, de brincar en el césped junto a los dos terrier irlandeses que allí retozaban, de saltar a una barca y explorar la orilla sombreada del *loch*. Tenía ganas de vivir y, en la habitación contigua, una mujer que me era querida deseaba la muerte. Yo quería aspirar el perfume fresco de los parterres floridos y, allí mismo, Diana inhalaba el olor fúnebre de la cera con la que se precintan los sobres funestos.

A las once ya estaba vestido. Juliette me informó de que su señora dormía todavía. Bajé, paseé por el parque sumido en una soledad propicia y preparé el alegato que haría dentro de unas horas para disuadir a lady Diana. Tendría toda la tarde. Eso debería bastarme para consolarla, para demostrarle que, en el fondo, el daño no era tan grande y que, con un poco de paciencia y perseverancia, lograría salir de aquella mala racha...

A las dos, lady Diana y yo almorzamos a solas. Como me pareció serena, evité hablar de los acontecimientos del día anterior. Nos sirvieron el postre.

—La desaparición de Varichkin es ahora comprensible, ¿no creéis? Se enteró de la noticia antes que yo y fue a Londres con la esperanza de que el asunto todavía tuviera arreglo —observó de repente.

—Es totalmente evidente.

—Y, como no lo logró, no se atreve a telegrafiarne.

Todavía optimista, quería creer que así era. Dudaba qué responder.

—¡Nada de cloroformo antes de la operación, Gérard! —Se me adelantó ella—. No necesito anestesia. He estado pensando toda la noche. He pensado, sola, en el encanto de vivir bien y en la humillación moral del ir tirando. Mi resolución es definitiva.

—Diana, estáis loca. ¡Uno no se mata porque solo tenga cinco mil libras esterlinas de ingresos! ¡Se suicida uno por amor, en plena crisis pasional!

—¡Qué equivocación, Gérard! Un hombre rico puede matarse por amor. Una mujer pobre se mata por interés. ¿Qué interés me ofrecería la vida ahora? ¿Prostituirme para intentar aferrarme un poco a las migas de mi esplendor del pasado? No, no. Mi vida ha sido bella. Mi muerte la abreviará con la misma belleza. Vuestra aflicción sincera es el único rayo de luz que penetra en mi tumba ya entreabierta y, si necesitara algún consuelo, sería saber que vos, mi verdadero amigo que no estaba destinado a ser mi amante, me habéis asistido hasta el final.

La sobremesa terminó. Mi ansiedad crecía de hora en hora. La radiante belleza de aquella jornada de junio me parecía una ofensa a la muerte que merodeaba alrededor del castillo. Inquieto, paseaba por la terraza esperando la llegada de algún sirviente alarmado.

A las cinco tomé el té con lady Diana. Llevaba un vestidito de tursor bordado y zapatillas de deporte. La totalidad de sus joyas había vuelto a los respectivos compartimentos de guata de su joyero. No podía acusársela de mostrar un romanticismo teatral ni de preparar con grandilocuencia un final de estrella del esplín.

No me atreví a sermonearla de nuevo. Parecía tan ajena a cualquier pensamiento trágico... Volvía a verla tal y como la había conocido antes, en Londres: impulsiva y casi alegre; excéntrica y prudente; el cerebro amueblado de contrastes y adornado de paradojas al capricho de un decorador todopoderoso.

Salvando mi experiencia en la celda de Nikolaya, no he vivido nunca unos momentos más dolorosos. Hubiera sido una falta de decoro volver a sacar el tema de la muerte; tenía la esperanza de que, antes de la noche, ella dudaría. ¿A cuántas mujeres no habremos oído una noche jugar con el espectro del suicidio tan alegremente para luego, por fortuna, recular ante lo irreparable? Lady Diana era mujer, después de todo...

Así conseguía librarme de mi preocupación durante unos minutos, y luego esta volvía de repente. Sabía que la hija del duque de Inverness no escondía un alma fabricada en serie en el taller en el que el Creador estandariza las pasiones humanas.

Torturado por la duda, me disponía por última vez a intentar arrancarla de sus mórbidos pensamientos cuando el rugido de un automóvil llegó hasta nosotros.

—¿Una visita a estas horas? No estoy esperando a nadie... —se extrañó lady Diana.

—¿Vuestro chófer, quizá?

—No. Mi coche está en el garaje.

Apareció una silueta al fondo del sendero, entre los tejos y la balaustrada. Un gesto reveló mi sorpresa.

—¿Quién es? —preguntó lady Diana, cuya vista era menos aguzada.

—¡Varichkin!

Había reconocido al ruso, que caminaba a paso rápido hacia nosotros. Una fugaz palidez decoloró el rostro de lady Diana. Comprendí la emoción que la invadía. ¿Era el regreso de Varichkin un feliz presagio? ¿Habría conseguido cambiar la decisión de los sóviets? De ser así, significaría la resurrección de todas las esperanzas, el sol después de la tormenta.

Me puse de pie. Me urgía interrogar a nuestro visitante.

—¿Y bien, mi querido amigo?

Varichkin besó rápidamente la mano de lady Diana.

—Queridísima mía, sir Eric la ha informado, ¿no es cierto? Lo he intentado todo para convencer a esos brutos de que reconsideraran el ucase. No hay nada que hacer —le anunció enseguida, sin preámbulos inútiles—. Usted me dirá: «Entonces, ¿con qué derecho se atreve a presentarse de nuevo ante mis ojos?». Y yo le responderé: «Con el derecho que tiene un hombre galante a proteger a aquella que se expone a un grave peligro». Porque vengo en coche desde Glasgow para detener la amenaza que se cierne sobre usted.

—¿Qué amenaza? —preguntó lady Diana sin manifestar la menor emoción.

—Irina Muravieva está en Escocia. Uno de mis amigos del servicio de contraespionaje de los sóviets en Londres ha tenido la generosidad de prevenirme. Señalaron su paso por Estocolmo y por Kristiansund, donde se embarcó rumbo a Leith.

—¿Leith... el puerto de Edimburgo? —exclamé.

—Sí, se la ha visto en Edimburgo, donde entró en contacto con nuestro S. R.^[38] de Londres. Su presencia en Escocia tiene un único móvil: obtener una explicación definitiva de usted, lady Diana. Pero yo sé el tipo de explicaciones que pueden dársele a Irina Muravieva y por eso he venido corriendo hasta aquí... Diana, mientras yo viva, ella no la importunará. Eso es lo que tenía que decirle... A pesar de mis esfuerzos, no he conseguido que le restituyan su concesión. La libero, pues, de su promesa de matrimonio. Pero yo no estoy en paz con usted. Por mi culpa, la acecha una peligrosa adversaria. Me quedo a su lado para protegerla.

Las palabras de Varichkin eran las de un hombre leal. Lady Diana se lo agradeció.

—Gracias, Varichkin. Su conducta me conmueve porque le honra. Pero cuando Gérard le explique mi resolución comprenderá que las intenciones de la Muravieva me son por completo indiferentes.

Como lady Diana quería quedarse a solas en la terraza, Varichkin y yo bajamos junto al lago. Apenas nuestras voces quedaron lejos de su alcance, el ruso me cogió del brazo y me preguntó preocupado:

—¿Qué resolución?

—El suicidio —murmuré.

Varichkin se detuvo en seco bajo los árboles, que dudaban en la brisa de la noche.

—¿El suicidio? —repitió con voz gutural—. ¿De veras Diana quiere morir?

Le conté todo lo que había ocurrido en el castillo. Pareció profundamente afligido.

—Querido amigo, mi dolor es intenso, porque yo amo a Diana —me dijo—. He fracasado en mi deseo de aportarle un patrimonio y ya no tengo derecho a pedirle que responda al sentimiento que me inspira. ¡Pero todavía la amo, y nada de lo que le afecte me es ajeno!

—Lo sé, Varichkin. Sobre todo, amigo, no debemos dejarla un minuto sola, en la medida de lo posible. Hay que hacer todo lo esté en nuestras manos por impedir esas intenciones tan horribles.

—¡Ay, cómo me gustaría que entre los dos la arrancásemos de esta fúnebre obsesión! Me da miedo... Usted la conoce tan bien como yo. —Profirió entonces un grito de angustia sincera—: ¡Séliman! Si muere, llevaré ese crimen sobre mi conciencia y seré inconsolable... ¡Ay! Adivino lo que piensa. Que mi alma de bolchevique impenitente ya carga con el peso de otros tantos. Cierto. Pero se trataba de crímenes políticos. Se puede matar u ordenar matar por una idea. No se debe dejar morir a una mujer por dinero. ¡No, no!

Nuestra ardiente conversación nos había llevado al borde del agua, enrojecida por los reflejos del sol crepuscular. Puede que aquella orilla idílica y encantadora no hubiera recibido nunca el eco de unas palabras tan graves. A medida que la recorríamos, Varichkin se exaltaba, hablando sobre la vida y la muerte con una sensibilidad desconcertante para aquel bárbaro que, apenas ayer, pinchaba por sadismo el escote de las cortesanas en un reservado del Walhalla de Berlín.

Me detuve de repente junto a una roca y dirigí la vista hacia la terraza de Glensloy.

—Varichkin, no nos alejemos demasiado. Tiene usted razón, y no hay que dejarla sola...

—Sí, sí, volvamos a subir —dijo al tiempo que daba la vuelta—. No deberíamos haberla abandonado a sus pensamientos.

Apretamos el paso y volvimos al rincón de la terraza donde habíamos estado tomando el té lady Diana y yo. Allí ya no había nadie.

—¿Habrà vuelto a entrar en el castillo? —se preguntó Varichkin preocupado.

—Eso espero.

Le mostré las ventanas de la biblioteca. Las luces brillaban.

—Está allí —observé aliviado.

—Vamos, rápido. No volvamos a dejarla. Es una enferma que necesita cuidados.

Varichkin partió a grandes zancadas. Subimos la escalinata, flanqueada por unos leones de piedra con el hocico roído por la intemperie y las crines carcomidas por el musgo. Varichkin empujó la puerta de la biblioteca. Entramos... y no pasamos del umbral. Lady Diana e Irina Muravieva estaban allí cara a cara.

XIX

La escena se me quedaría grabada para siempre en la memoria: Irina Muravieva delante de la ventana central, con indumentaria de viaje y sombrero de ante, las manos en los bolsillos de su chaqueta cruzada; Lady Diana indiferente, altiva, delante de la chimenea que porta el escudo de los duques de Inverness en el atrio. Dos tigresas enfrentadas. La hija de los mongoles contra la hija de los celtas. Dos razas... Dos mundos... Dos mujeres.

Varichkin y yo no éramos más que comparsas, unos figurantes sin importancia. No nos atrevíamos a movernos.

Lady Diana habló la primera:

—Varichkin, sus previsiones eran exactas. La señora Muravieva ha venido hasta mi casa para pedirme una explicación. Mi mayordomo me ha anunciado hace un rato su visita. He ordenado que la acompañaran hasta aquí. Yo acabo de llegar, y me disponía a preguntarle el objeto de su visita cuando han aparecido ustedes...

Mientras que yo me había acercado a lady Diana, Varichkin se había colocado del lado de Irina. Pero esta última, sin mediar palabra, se dirigió hacia la puerta que acabábamos de franquear, la cerró deliberadamente y se metió la llave en el bolsillo. Lady Diana se sorprendió.

—¡Señora —exclamó—, puesto que ya se conduce por mi casa como por terreno conquistado, estoy obligada a pedirle a un sirviente que la acompañe hasta la puerta! Aquí, en territorio del Reino Unido, no hemos adoptado todavía el régimen soviético. ¡Mi castillo de Glensloy no se nacionaliza!

Lady Diana tendió el brazo hacia el llamador, pero Irina sacó rápidamente un revólver de su bolsillo.

—No llame... —ordenó— o disparo.

Varichkin y yo quisimos intervenir. Irina nos apuntó con el cañón de su arma.

—Ni ustedes tampoco, señores —prosiguió—. Estamos aquí para hablar sin testigos, porque lo que tenemos que discutir lady Winham y yo no es asunto de nadie. Como usted ha dicho, lady Wynham, he cruzado Europa para venir a preguntarle la razón de su comportamiento. Estoy en mi más absoluto derecho. No me negaré, creo yo, que fue usted la que vino a quitarme a mi amante y a seducirlo para conseguir su complicidad, es decir, una traición a los ojos de sus camaradas de Rusia, prometiéndole su mano si cumplía con su parte del trato. Casi consigue realizar su bonito plan. Si no llego a intervenir, se habría enriquecido a expensas de nuestros proletarios georgianos y, gracias al petróleo ruso, habría recuperado usted su vida de lujo desenfrenado, que es una ofensa para la miseria del mundo... Lo primero que quiero que sepa es que, tras haberle concedido la ilusión de un éxito demasiado fácil, comencé mi revancha convenciendo a mis amigos de Moscú del error que habían

cometido. Estoy más que satisfecha de haberlo logrado, porque me desagradaba, lady Wynham, satisfacer sus deseos devolviéndole ese lujo superfluo que necesita para vivir. Una vez cumplido este acto de justicia, quería verla para declararle que, al arrancarme el amor de Leonid Vladímirovich Varichkin, me ha roto el corazón y me ha quitado mi razón de vivir.

Lady Diana se encogió imperceptiblemente de hombros.

—Señora, yo no soy la que la obliga a vivir una vida que le es odiosa —se mofó.

Irina dio un paso hacia nosotros.

—Lady Wynham, somos dos mujeres disputándonos al mismo hombre. Una de nosotras sobra.

—Eso mismo pienso yo.

Irina se había acercado todavía más a su rival. La tragedia era inminente. Lady Diana, impasible ante su adversaria, se exponía sin miedo a la furia de sus celos. Irina, revólver en mano, cual pantera al acecho vigilando dos sombras amenazadoras, nos saeteaba a Varichkin y a mí con miradas breves. Los ojos claros le brillaban bajo el reborde mate de su toca de piel.

—Señora Muravieva —intervine interrumpiendo aquel diálogo—, una de las dos estaría de más si compartieran en efecto el amor del mismo hombre. Pero deje que le afirme por mi honor que acusa falsamente a lady Wynham: el señor Varichkin no ha sido nunca su amante. Pregúntele.

—Irina, te juro que lady Wynham y yo nunca nos hemos... —exclamó Varichkin tendiéndole la mano.

Pero lady Diana no lo dejó acabar.

—Querido amigo —dijo sencillamente—, ¿por qué hacer un falso juramento para desarmar el brazo de la señora Muravieva? ¿Cree usted que es digno recurrir a la mentira para tratar de apaciguar su cólera?

Yo me había vuelto hacia lady Diana. Súbitamente, acababa de leerle el pensamiento: ¡se estaba acusando en falso para exaltar el furor de su enemiga y encontrar así la muerte que deseaba! Intenté hablar, pero lady Diana me impuso silencio con una mirada.

—Señora, entérese, pues, de mi boca —prosiguió—: le confirmo que he sido la amante de Varichkin y no comprendo por qué estos señores tratan de confundirla. Uno no debe renegar nunca de sus actos, ni de sus pensamientos ni de sus amores. Enseguida deseé a su amante; y él a mí, también. En Berlín, en Londres y aquí mismo hemos vivido juntos unas horas maravillosas, comparadas con las cuales, las noches que usted le brindaba eran sin duda bien aburridas y burguesas. Los besos que yo le he dado seguro que lo han hecho olvidar sus besitos de estudiante envidiosa de las grandes damas con las que se cruzaba por la calle. Yo, lady Diana Wynham, hija de reyes, le he otorgado unas caricias que usted, hija de proletario y advenediza pretenciosa de la Revolución rusa, ni siquiera habría podido inventarse. ¡Ay! ¿Ha venido a pedirme una explicación, pobre damisela, usted que hacía la calle mientras

degollaban a sus grandes duques? Pues, bien, aquí la tiene, y con todos los pormenores.

Irina miraba a lady Diana como una fiera a punto de abalanzarse. Sus pupilas irradiaban chispas desenfrenadas, las fluorescencias del odio antes de estallar.

—¿Eso es todo? —exclamó.

—¿No le basta con saber que he tenido en mis brazos a su amante metamorfoseado por la felicidad?

—¿Eso es todo?

—¿Que sus labios, cansados de los suyos, temblaron en los míos como los de un agonizante resucitado? ¿Que una noche se burló de usted, de sus estúpidas creencias, de su apostolado ridículo y odioso...?

Entonces se desencadena la tragedia. Hoy vuelvo a verlo con todo lujo de detalles: Irina, a dos metros de lady Diana; Varichkin, a la derecha, delante de un antiguo Chippendale, adornado con un lavamanos de estaño blasonado; yo, a la izquierda, esperando en cualquier segundo el dramático desenlace de este diálogo.

Las últimas palabras de lady Diana han provocado al fin el acto criminal en el cerebro de la rusa. Esta levanta la mano derecha, en la que brilla el cañón damasquinado de un pequeño revólver con culata de nácar. En ese mismo instante, Varichkin, asiendo al vuelo una estatuilla de bronce del velador vecino, la lanza contra el brazo de Irina alcanzándola en la muñeca. ¿Azar milagroso? ¿Destreza prodigiosa? El golpe surte efecto y la bala que sale del cañón del revólver desviado por el choque va a perderse entre lady Diana y mi persona.

El dolor hace que Irina afloje la mano y deje caer el arma sobre la alfombra. De un salto, Varichkin la recoge, apunta a Irina en la sien y dispara.

Irina Alexandrovna Muravieva se desploma, muerta en el acto.

* * *

Lady Diana se había puesto más pálida que un lirio. La estupefacción, la sensación indecible de que acababa de resucitar la hacían tambalearse. Me apresuré a retenerla entre mis brazos. Entretanto, Varichkin posó el revólver en la alfombra, junto a la mano de la muerta. De una forma muy sencilla, como si fuera un testigo indiferente de la tragedia que acabábamos de presenciar, declaró:

—Esta mujer acaba de suicidarse en su casa, lady Diana. Es, de hecho, lo mejor que podía hacer después de atentar contra usted. La bala de la pared de allí, cerca de ese cuadro, será para los investigadores una prueba de lo más formal. Porque, tanto el príncipe Séliman como yo, es decir, dos testigos honorables, no dudaremos en declararlo así cuando venga el coronel: «La señora Muravieva se ha suicidado delante de nuestros ojos, por un desengaño amoroso y tras intentar asesinar a lady Diana, antes de que pudiéramos intervenir para detener su gesto fatal...». El revólver de fabricación rusa de antes de la guerra será una certitud más para los jueces escoceses

y, con tales pruebas irrefutables, fallarán su veredicto habitual: suicidio por enajenación mental transitoria. —Varichkin hablaba con una tranquilidad pasmosa. Como lady Diana por fin empezaba a recuperarse, le dijo—: Espero, querida amiga, que no esté enfadada conmigo por haber orientado hacia otra parte la bala que el Destino le había reservado.

—Se lo agradezco, Varichkin —replicó lady Diana—. Esta noche pensé que había encontrado una forma elegante de terminar con mi vida. Cuando la mano de esta mujer me ha apuntado al pecho, he creído ver la muerte. Ahora ya sé cómo es y me parece que no volveré a llamarla hasta que venga a buscarme. —Lady Diana se dirigió a la puerta. Se volvió en el umbral y, como si le estuviera pidiendo a la doncella que retirara la bandeja con las tazas, me dijo—: Gérard, disponded, os lo ruego, del cuerpo de esta mujer mientras Varichkin telefona a la policía local.

Cerró la puerta tras de sí. Varichkin reflexionó un segundo.

—Mire: la bala se ha alojado en el cerebro. Ha sangrado muy poco. Tendrá restos de pólvora en la piel, lo cual es excelente para satisfacer a los médicos forenses. Veamos, ¿está todo en orden? ¿La posición del cuerpo es natural? Sí... Entonces, vamos a prevenir al mayordomo con el rostro afligido de rigor y enviemos al chófer a buscar un médico... cuyos cuidados serán perfectamente inútiles.

La sangre fría con la que Varichkin había reaccionado me parecía casi sobrenatural. Lo seguí sin responder nada. Antes de abrir la puerta, me miró. Sus ojos volvían a ser humanos. La voz se le hizo más dulce. La emoción por fin le veló el tono.

—¿Cree usted que, después de esto, lady Diana consentirá igualmente en casarse conmigo? —me preguntó, casi con humildad.

—Lo dudo, querido amigo.

Él suspiró. Salió el primero. Yo me volví para lanzar una última mirada a la pobre mujer vestida de beis con toca de ante, tendida sobre la alfombra con los brazos en cruz y las manos inertes. Me pareció que un espectro melancólico abrumado por la pena rondaba a su alrededor: era el verdugo de Nikolaya, el monstruo silencioso y obtuso, el gorila de la Checa con la estrella roja tatuada en la muñeca.

XX

La Gare de l'Est. Hace un rato, en el hotel Crillon, donde hemos pasado la noche, le he anunciado a Griselda que tenía un último deber que cumplir. No habremos asistido a la boda prevista en los salones del castillo de Glensloy, pero es importante para mí despedirme de lady Diana, que partirá a las dos en punto a bordo del Orient Express hacia un destino desconocido.

La espero en el andén. Es la una y media. Los primeros viajeros se insinúan en los pasillos de los coches cama etiquetados VIENA-BELGRADO-BUCAREST-CONSTANTINOPLA. Surge un carrito cargado con dos maletas y un neceser de cocodrilo malva que reconozco. Detrás del mozo de equipajes aparece lady Diana: sinfonía en gris perla, desde el sombrerito con alfiler de horquilla de diamantes hasta la punta de los zapatos de piel de serpiente a juego, sin olvidar el fular en tonos degradados que medio esconde muy calculadamente un *sautoir* entre sus sedosos pliegues.

Lady Diana, con indumentaria de viaje, camina, grácil, por el andén soleado. Una sonrisa le ilumina el rostro límpido. La indiferencia ante el mañana aviva el azul de sus ojos. ¡Qué milagrosa metamorfosis desde el otro día fatídico en el que, ante un lago ribeteado de juncos, intercambiamos palabras ribeteadas de negro!

—¡Ay! ¡Gérard! ¡Ya estáis ahí! ¡Qué amable...! De verdad que habéis sido para mí, hasta el final, uno de los caballeros fieles con los que soñaban los señores de los castillos en los tiempos en los que María Estuardo se comprometía con Bothwell... Mozo: esas tres maletas al coche cama número 4. Aquí tiene veinte francos. Para las carreras del próximo domingo...

Lady Diana me tomó del brazo y me llevó hacia la cabecera del tren.

—Mi querido Gérard, he pensado mucho desde que la señora Muravieva casi cumpliera con mi deseo de un día. Figuraos que el drama de Glensloy me ha devuelto finalmente el gusto por la vida. ¿Un contraste más de mi naturaleza caprichosa, diríais? ¡Pues sí! Cuando se le ha sacado la lengua a la parca y esta ha estado a punto de llevaros consigo, se desarrolla un respeto inesperado por ella. ¡Cuando pienso que, para estar más segura de morir, me acusé delante de aquella eslava impetuosa de haber sido la amante del dulce bolchevique...! ¡Qué aberración! ¡Qué locura! Es verdad que la ruina de mis proyectos en el Cáucaso me había trastornado por completo.

Quedamos en *dead heat*^[39] con la locomotora. Dimos media vuelta.

—En cualquier caso, Varichkin os salvó, aunque no pudiera enriqueceros —observé.

—Por supuesto. De un oleoducto al cañón de un pequeño revólver no hay mucha más distancia que de la sonrisa de una mujer al rictus de la muerte... ¿Todavía soñáis con aquella tragedia, Gérard? A mí me estuvo atormentando la pupila de acero de

aquella arma de repente apuntada en mi dirección cada noche durante tres días. Veía a la Muravieva desplomándose sobre mi alfombra, una muñeca iracunda súbitamente desquiciada... Luego, por fin, el veredicto del jurado, convencido como el forense de que la rusa había cometido suicidio, me devolvió el sueño. Me afligió más anunciarle a Varichkin su despido que evocar la muerte de su desgraciada amante.

—¿Cómo aceptó vuestra decisión?

—Con estoicismo.

Habíamos rebasado la mitad del cuerpo del furgón de cola. Dimos media vuelta de nuevo.

—Le hablé a Varichkin de manera muy sensata —retomó lady Diana—. Le dije: «Querido mío, ¿por qué empeñarnos en llevar una vida desgraciada, apretada y difícil? Usted, un fracasado de la política, puesto que ni siquiera es capaz de explotar su situación de comunista eminente para redondear su cuenta bancaria; y yo, una arruinada de la alta sociedad, ya que lo único que tengo para figurar en el mundo son mis perlas y unos bienes inmuebles hipotecados hasta las veletas. No lo amo tanto como para rebajarlo al rango de gigoló... y lo estimo de todas formas lo suficiente como para no transmutar sus pulmones en branquias. Confíe en mí, pues. Es mejor que nos separemos amigablemente. Usted regresará a Moscú, donde sus queridos camaradas le tendrán reservada una porción de la tarta de la Checa, y yo me gastaré mis últimos billetes de banco peregrinando por el vasto continente. Retomaré por necesidad la vida errante que llevaba antaño... para dar gusto a mis caprichos».

—En definitiva, Diana, ¿adónde vais?

—Tengo un billete para Constantinopla. Pero puede que me detenga en Viena o en Budapest. Eso va a depender del azar o del color de los ojos de mi vecino de compartimento. He reservado unos apartamentos en el Imperial, sobre el Ring, y en el Hungaria, a orillas del Pest, pero quizá duerma en un hotel sombrío de la Josephstadt o en un palacio de la colina de Buda. Estoy muy abierta a las sugerencias de lo imprevisto. Hace seis meses que llevo una vida monótona, ¿no os parece, Gérard? Ya va siendo hora de que salpimente mi menú y caracolee sin objetivo preciso por la pampa de la Aventura. Como un ave migratoria cansada de capitales y balnearios, anidaré según se me antoje, le cantaré al claro de luna cuando me plazca y me acurrucaré bajo la tormenta de las decepciones o los chaparrones de las mentiras... Reniego profundamente de las palabras pesimistas que pronuncié en Glensloy, querido mío. La vida sigue siendo bella. Los hombres no serán nunca menos estúpidos. Y yo me doy seis semanas para descubrir al imbécil que satisfará mis caprichos y hará que maduren en mi caja fuerte las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

—Diana, me complace volver a veros con esa disposición optimista. Estaba seguro de que una mujer como vos no podía darse por vencida y morir de desesperación cual modistilla enamorada o viuda rica que ha perdido a su amante.

—Solo una sombra empaña mi horizonte, Gérard, y es la tristeza de dejaros... Hemos compartido la misma vida desde hace seis meses; casados, no habríamos estado más cerca el uno del otro. Moralmente, es obvio, puesto que está claro que la suerte no ha querido que encontráramos, una noche, el vado del Rubicón... Pero nuestra unión mental, nuestra unión espiritual, ha sido completa. Este afecto tan tierno, esta amistad algo enamorada, no es de las cosas que se olvidan. En el curso de mis insomnios futuros, conservaré el recuerdo maravilloso de un amigo que fue un hombre galante. Cuando admire vuestro retrato, que llevo en mi bolso de cocodrilo malva, se me encogerá el corazón y murmuraré, como Hamlet ante el cráneo de Yorick: «Fue un hombre de un tacto y una lealtad infinitos... Conoció los peores secretos de mi vida y arriesgó la suya para que el Lujo de los ojos de oro no desertara del umbral de mi casa...». Sí, Gérard, eso es lo que diré cuando contemple esta querida y vieja fotografía que me entregasteis la noche de Navidad, a cambio de nuestro primer beso fraternal bajo el muérdago de Berkeley Square.

La mano de lady Diana se apoyaba en mi brazo. Me detuve, más emocionado de lo que parecía.

—Vuestras palabras me conmueven infinitamente, Diana —respondí con un nudo en la garganta—. Dejadme decir que nuestra amistad secreta es la única capilla en la que me gustaría arrodillarme para rezar por vuestra felicidad futura.

—¡Bah! La felicidad es un enigma. Los que lo resuelven se convierten en millonarios o en misóginos. Como yo ya soy un poco misántropa, ¡espero que no me quede más remedio que convertirme en millonaria! Mientras que vos, Gérard, todo va a sonreiros a partir de ahora. El Amor y el Dinero. Os espera la princesa Séliman, reconquistada. Os aguarda la serenidad más perfecta en un rincón de El Dorado.

—No estoy pensando en mí, Diana, que soy perfectamente feliz con Griselda, sino en vos.

La hora de la partida era inminente. Los rezagados se encaramaban al estribo y de las ventanillas abiertas asomaban brazos para recibir las maletas. El vagón engullía los equipajes y vomitaba a los amigos de los pasajeros.

Lady Diana posó sus manos enguantadas en ante gris sobre mis hombros y, con los ojos repletos de lágrimas de repente, murmuró:

—Gérard..., ¿nuestro último beso, quizá?

Estaba tan afectado que no me moví. Entonces, muy dulcemente, sus labios besaron los míos. Caricia de terciopelo sobre mi corazón palpitante. Bálsamo maravilloso sobre la herida de la partida.

—Diana... —balbuceé—, que Dios os proteja.

Ella cerró los ojos para detener las lágrimas.

—Gracias, Gérard, mi gran amigo, mi caballero andante...

El revisor nos invitó a subir. Lady Diana subió de un salto, ligera. Reapareció en el hueco de la ventanilla abierta, mientras la locomotora comenzaba a toser antes de recitar la monótona letanía de su caldera en marcha. Todavía veo aquel rostro y los

rizos rubios enmarcados por el sombrero y el fular gris. Todavía veo los grandes ojos húmedos, dolorosos como los de las vírgenes de Correggio, la mirada cargada de ternura... Adiós mudo de la Mujer a la conquista de un Grial repleto de cheques cruzados. Último pensamiento de la viajera por un camino de Damasco flanqueado de palacios floridos y de gemas cegadoras. ¿Qué le reservaría el azar al final de su viaje? ¿Un parque festoneado de orquídeas o un rincón del cementerio a la sombra de los cipreses? ¿Un trono de oro macizo o una mesa de operaciones? ¿El brazo de un amante o los dedos de un estrangulador?

El tren se marchaba. La querida manita gris enguantada volvió a agitarse. Respondí con mi fedora. Permanecí largo rato en el andén, con el sombrero en la mano, delante del convoy fúnebre de una amistad que se marchaba y que quizá no volviera nunca a mí. No era capaz de moverme. Una abrumadora melancolía me anclaba al borde del andén desierto. Mis ojos seguían la curva de los raíles por los que había desaparecido el tren, el tren de lujo que se llevaba a la Madona de los coches cama rumbo a su nuevo destino.

FIN



MAURICE DEKOBRA (26 de mayo de 1885, París - 1 de junio de 1973, París) fue un escritor francés. Su verdadero nombre era Maurice Tessier. Visto como escritor subversivo en las décadas de 1920 y 1930, se convirtió en uno de los escritores franceses más conocidos entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Sus libros han sido traducidos a 77 idiomas.

A la edad de 19 años, comenzó su carrera como periodista trilingüe —francés, inglés, alemán. Durante la guerra de 1914-18 fue asignado como oficial de enlace/intérprete, primero al ejército indio y luego al ejército de los Estados Unidos. Los contactos que hizo en ese momento despertaron su pasión por los viajes. Atribuyó el origen de su seudónimo a un episodio en el norte de África cuando vio a un encantador de serpientes con dos cobras. Supuestamente comenzó a pensar en las «deux cobras», que lo llevaron a De-kobra, luego a Dekobra. El término *dekobrisme* fue acuñado a partir de su ficción, en la que utilizaba características periodísticas en sus novelas. Eligió vivir en los Estados Unidos de 1939 a 1946. Al regresar a Francia, comenzó a escribir *whodunits* (novelas del tipo de las escritas por Agatha Christie).

Reportero, escritor, bon vivant, Don Juan mundano, cantor de «la edad del cóctel», un Morand en versión pop, sería uno de los primeros occidentales en visitar Nepal. Fue compañero de fatigas londinenses de Chaplin, cazador de tigres en tierras de maharajás, amante de Rita Hayworth y asiduo de las compañías transatlánticas en tiempos en que la *jet set* se llamaba *smart jet*.

Notas

[1] Knight Grand Cross of the Bath, G. C. B. por sus siglas en inglés, «Caballero Gran Cruz de la Orden del Baño»; Knight Commander of the Order of St. Michael and St George, K. C. M. G. por sus siglas en inglés, «Caballero Comendador de la Orden de San Miguel y San Jorge»; Knight Commander of the Royal Victorian Order, K. C. V. O. por sus siglas en inglés, «Caballero Comendador de la Real Orden Victoriana». (Todas las notas son de la traductora). <<

[2] Member of Parliament, M. P. por sus siglas en inglés, «Miembro del Parlamento».
<<

[3] Probablemente, el doctor esté refiriéndose a los manuales cartománticos destinados a la interpretación de los sueños que se publicaban en la época bajo este título —literalmente, «La clave de los sueños». <<

[4] «Se busca secretario personal para miembro de la nobleza británica. Requisitos: buena presencia, refinado, con formación superior, conocedor de la alta sociedad internacional, hablar inglés, francés y alemán a la perfección. Abierto también a los extranjeros. Envíense datos, credenciales, foto, etc., al apartado de correos 720, a/c Times, Londres». <<

[5] Populares guías de viaje y ferrocarriles de la época. <<

[6] La expresión francesa se traduciría por «actuar con elegancia, desenvoltura», pero el panache es al mismo tiempo un penacho: el grupo de plumas que adorna, por ejemplo, los cascos militares de algunos uniformes de gala. <<

[7] «Guardia urbano», en alemán en el original. <<

[8] Se refiere a Max Reinhardt, director austríaco de teatro y de cine, reconocido por ser un gran innovador e impulsar el expresionismo en ambas artes. Del comentario de Séliman se desprende que su importante renovación del teatro no siempre fue entendida por sus contemporáneos. <<

[9] Bajo el nombre de «*Grande Mademoiselle*» se conoce a la duquesa de Montpensier, Ana María Luisa de Orleans, pues era el título que le correspondía por ser la hija mayor del hermano del rey de Francia. La causa de ese «aspecto feroz» que le atribuye Séliman podemos deducirla de las pinturas que la representan, pero probablemente se deba también al fracaso en su empeño por casarse con Luis XIV y su consiguiente apoyo a los movimientos de insurrección de la Fronda. <<

[10] Látigo de castigo ruso. <<

[11] «Pequeño productor o artesano», en ruso en el original. <<

[12] Los tacones rojos fueron en el siglo XVII un símbolo de nobleza entre la alta aristocracia europea, y la imagen permaneció en los siglos posteriores como metáfora de elegancia y educación. De ahí la ironía del subsiguiente comentario de Séliman.
<<

[13] «Entremeses», en ruso en el original. <<

[14] «Salón de baile», en alemán en el original. <<

[15] «Primer bailarín», en alemán en el original. <<

[16] «¡Ah, milady, un placer!», en alemán en el original. <<

[17] «Coñac francés», en alemán en el original. <<

[18] Se trata de Fritz Haarmann (Hannover, 1879-1925), un asesino en serie, también conocido como «el carnicero de Hannover». <<

[19] Literalmente «Gris de campaña»; con este término Séliman se refiere a un militar del ejército alemán, que adoptó este color para sus uniformes durante buena parte del siglo XX. <<

[20] Justo antes de declararle la guerra a Rusia en 1914, Alemania se declaró en «estado de peligro de guerra» o *Kriegsgefahrzustand*. <<

[21] «¡Apágate, candela fugaz!», de William Shakespeare, *Macbeth*, acto v, escena 5, verso 25. <<

[22] «Disculpe usted», en alemán en el original. <<

[23] Revista satírica berlinesa de la época. <<

[24] Ferdinand von Rezníček fue un ilustrador y caricaturista austríaco, famoso por sus colaboraciones con revistas satíricas como *Simplicissimus*. Falleció en 1909, por eso Séliman habla de los dibujantes del momento como «herederos» de Rezníček. <<

[25] Un compartimento de fumadores. <<

[26] Shimmy, que en inglés significa «contoneo», es también el nombre de un tipo de baile que estaba de moda en la época. <<

[27] «¡Atención! Ahora ya puede...», en alemán en el original. <<

[28] El País de la Ternura o de la vida amorosa es un lugar alegórico inventado en 1654 por la escritora francesa Madeleine de Scudéry en su novela *Clélie, histoire romaine*. <<

[29] «Querido», en alemán en el original. <<

[30] Los *comitadjis* fueron los miembros de la Organización Interna Revolucionaria de Macedonia, grupo de resistentes búlgaros y macedonios formado en 1893 para luchar por la liberación de Macedonia. En la época en la que transcurre la acción de la novela, la OIRM existe todavía y se ha convertido en una organización terrorista. <<

[31] «El Rey de las Montañas» es el apodo de un cruel bandido que aparece en la novela homónima de 1857 del escritor francés Edmond About. <<

[32] «¡Abra la puerta!», en alemán en el original. <<

[33] La familia Prunier fue pionera en ofrecer pescado y marisco fresco en París, sirviéndolo en su famoso restaurante o vendiéndolo vivo en su pescadería. En la época, este tipo de producto se transportaba por ferrocarril desde el puerto hasta la capital francesa, en unos vagones refrigerados que solían pertenecer a los propios restaurantes. <<

[34] «La fuerza es el poder», en alemán en el original. <<

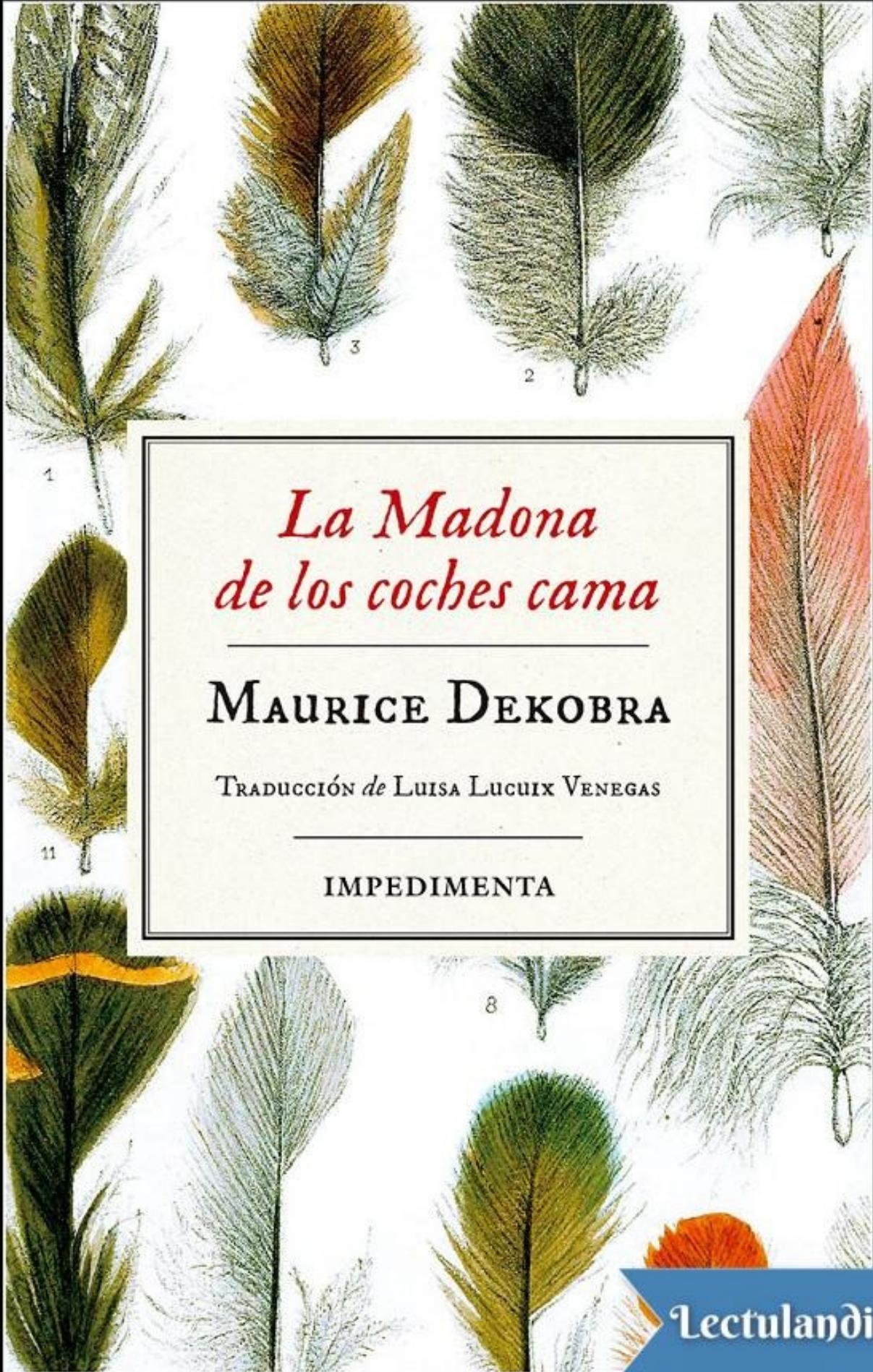
[35] Se trata de un postre compuesto de melocotón, helado de vainilla y sirope de frambuesa. <<

[36] Espada escocesa. <<

[37] Literalmente «agua de nadie», por analogía con la expresión inglesa «*no man's land*» o «tierra de nadie». En inglés en el original. <<

[38] *Sotsialisti Revoliutsioneri*, S. R. por sus siglas en ruso, «Socialista Revolucionario». <<

[39] «Empate», en inglés en el original. <<



*La Madona
de los coches cama*

MAURICE DEKOBRA

TRADUCCIÓN *de* LUISA LUCUIX VENEGAS

IMPEDIMENTA

Lectulandia

